



UNA DULCE  
MADRILEÑA

AMOR Y EROTISMO

*Samuele Beni Abram*



Cronos

Editorial Cronos (Autores Independientes)

©Samuele Beni Abram, 2020



1ª edición digital

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo del los titulares de la propiedad intelectual.

Aula de Escritores — Editorial Cronos (Autores Independientes)

Sant Lluís 6, bajos - 08012 Barcelona

E-mail: [info@editorialcronos.com](mailto:info@editorialcronos.com)

**[www.editorialcronos.com](http://www.editorialcronos.com)**

**[www.auladeescritores.com](http://www.auladeescritores.com)**

*Esta es una historia real. Como reales son los personajes y los lugares donde ocurrió.*

## LLEGADA A BARCELONA

En aquel entonces yo era un simple escritor, un poco vagabundo y un poco aventurero. Un lobo solitario. Un seductor nato. Que había hecho de mi vida una búsqueda de la pasión.

Mientras esperaba que Luis, el camarero del bar Zúrich, me sirviera mi vino preferido, oí una voz que me resultaba familiar.

—Samuel, ¿Cómo estás?

Como si hubiera oído una voz del más allá, me giré de golpe y vi a mi querida amiga Mónica. Una conocida abogada con un mega estudio en el barrio de San Gervasio.

—¡Mónica! —le dije sorprendido.

—¿Estás de nuevo en Barcelona? —me preguntó con asombro —Pero ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has llamado?

—Mónica, ¿Cómo estás? ¡Qué casualidad! —Me levanté y le di un beso en la mejilla —He vuelto hace solo 15 días y no he tenido tiempo de hacer nada todavía. Hoy es el primer día solo para mí.

—Pero ¿Dónde vives? —me preguntó curiosa.

—He encontrado un apartamento en el Borne y me he mudado ahí. Es maravilloso, grande, luminoso, justo enfrente del mercado. Cuando termine de instalarme como es debido, quedamos para comer un plato de pasta —le dije sonriendo.

—¡Estupendo! Me gustaría mucho. Pero háblame antes de ti, ¿Qué has hecho durante este tiempo? Hace casi dos años que no te veo.

—Bueno, ya sabes... ¡He estado en Brasil!

—Sí, me acuerdo. Pero ¿Por qué has vuelto?

—Si te digo la verdad, estaba cansado de estar allí. Demasiado lejos de la familia, de Europa, de Barcelona. Y, además, Mónica, seamos sinceros, con 45 años ya es el momento de parar. ¿No crees?

—¿De parar? Una persona como tú no se para nunca.

—No, no es verdad. Llega un momento en la vida en el que apetece tener cerca a las personas de siempre, a la familia, a los amigos de la infancia, los lugares en los que hemos vivido y hemos nacido...y, como es natural, ¡A mamá!

—¿A mamá?

—Claro, a mamá, ¿Quién si no? La mamá es la única mujer que no te traicionará nunca.

Bajó la mirada mostrando una dulce sonrisa, y con un leve matiz de curiosidad femenina, me preguntó...

—Pero dime, ¿Te has comprometido? ¿Te has casado? ¿Has formado una familia?

—¡Libre! Estoy libre y disponible para todas estas chicas guapas —le respondí abriendo los brazos e indicando a una rubita que pasaba por delante de nosotros con un culo respingón

—Y tú Monica ¿Qué haces? ¿Has encontrado un marido aburrido o un novio simple y banal?

—Yo, como siempre, trabajo, como una buena abogada debe hacer. Pero nada más.

—Y, ¿El amor? ¿Estás enamorada? ¿Has hecho alguna locura durante estos dos años en los que no nos hemos visto?

—Nada, nada de nada. No lo creerás Samuel, pero el panorama es pésimo y el mercado no ofrece nada de bueno.

—No te preocupes Mónica, ahora he vuelto yo a darle un poco de luz a la ciudad y hacer felices a estas mujeres solas y necesitadas.

—¡Calla! Eres demasiado peligroso y, ahora que has vuelto de Brasil, aún más. Por cierto, ¿Has empezado ya a trabajar?

—¿Dices como arquitecto? Por ahora continuaré con eso, es lo único que sé hacer. Aunque creo que me resultará difícil volver a introducirme. Después de dos años de ausencia, no será fácil para mí encontrar trabajo.

—¿Aún escribes? ¿Has escrito algo bonito? ¿Has publicado algo?

—¿En Brasil? Mónica, ¿Estás de broma? He escrito cosas que quiero publicar, pero como ya sabes, es difícil para un escritor encontrar una editorial que se arriesgue y te apoye. Mi idea es la de escribir una novela —le dije esbozando una sonrisa maliciosa y dejando que ella interpretara mi sonrisa.

—¿Quieres escribir una novela?

—Sí, una novela que hable de un gran amor. Que hable de mi vida. Algo que haga vibrar el alma de quien la lea.

—Tendrás alguna idea, ¿No?

—No, por ahora no tengo ninguna idea. Estoy pensando solo a cómo hacerla.

—¿Has pensado ya en el título de tu novela?

—Eso ya lo he pensado, «Una dulce Madrileña». Es la historia de una chica de apenas 20 años que se enamora de un hombre mucho más maduro que ella. Al principio él se resiste, pero después, con el paso del tiempo, también él se enamora locamente de ella. Es una historia de un amor intenso, llena de altos y bajos, de intriga, de pasión, de misterio, de erotismo, de sexo. Como debe ser una historia de amor.

Me mira con los ojos abierto lleno de asombro, y me dice...

—¡Parece una novela interesante!

—Es una novela erótica Mónica, muy erótica. Ese erotismo que necesita una pareja para vivir algo único e inolvidable. En definitiva, para no aburrirse.

—Venga Samuel, entonces ponte a escribir tu novela, tengo curiosidad por leerla.

—Serás la primera en saberlo, no lo dudes.

—¡Fantástico! Entonces, quedamos en eso... Ahora tengo que irme, tengo una cita con una amiga. Adiós Samuel, me ha gustado mucho volver a verte.

Se levantó y, guiñándome un ojo, se fue a paso rápido. Poco después, yo también me levanté y me dirigí hacia casa. Aún tenía que deshacer las maletas y llamar a mis amigos de siempre, sobre todo a mi amigo David, el mexicano.

Cuando llegué a casa, me di una ducha de agua fría dejando que el agua se secase en la piel. Me preparé un zumo de zanahoria y, tumbado en el sofá, llamé a David.

David era un hombre que buscaba una mujer para casarse y formar una familia. Una verdadera marmota hogareña. Siempre había criticado mi forma de ser y de vivir las mujeres.

—¿Entonces? —dije cuando oí su voz al aparato—. Querido amigo, ¿Cómo estás?

—¿Samuel? ¿Eres Samuel? No me lo puedo creer, ¿Qué haces? ¿Dónde estás?

—Pero ¿Cómo que dónde estoy? ¿No ves el número desde el que te llamo? He vuelto a Barcelona amigo mío.

—¿A Barcelona? ¿Has vuelto a Barcelona? No me lo puedo creer, me alegro mucho. Y, ¿Cuándo has vuelto?

—Hace quince días más o menos. Sé que no he elegido el mejor mes para regresar, pero para mí está bien. Así puedo hacer mis cosas con calma.

—No me lo puedo creer... qué alegría me da oírte. Tenemos que vernos lo antes posible, tengo tantas cosas que contarte, pero, sobre todo, quiero saber de ti. Pero cuéntame, ¿Has venido para quedarte o estás aquí de paso?

—Me quedo en Barcelona definitivamente.

—¿Has venido solo o te has traído alguna conquista? —me preguntó una con cierta curiosidad.

—David... si me hubiera traído alguna conquista, habría venido con un avión lleno —le respondí sonriendo —¿Y tú? Dime... ¿Sigues con esa guapa finlandesa? ¿Cómo se llamaba?

—Margarita —me respondió de inmediato.

—¿Sigues con Margarita?

—Sí, aún estamos juntos, estoy muy feliz y muy enamorado de ella. He tenido mucha suerte de haberla encontrado.

—¿Qué bien! Me alegro mucho por ti, de verdad. Y cuéntame —Aquí el panorama «mujeres» ¿Cómo va? ¿Hay algo bueno?

—¿Que va Samuel! El panorama está fatal y no hay buen producto —me respondió riendo. — ¿Qué haces este mes de Agosto? ¿Te vas de vacaciones? ¿Tienes proyectos?

—Nada de nada. ¿Qué quieres que haga? Nadie sabe que he vuelto a Barcelona.

—Mira...yo en una semana me voy a Israel. Estoy solo porque Margarita pasa las vacaciones con sus padres en Finlandia. ¿Por qué no vienes conmigo? Tendremos mucho tiempo para hablar y contarnos cosas interesantes.

—¿A Israel? Pues ¿Sabes que es una buena propuesta? Y ¿Cuánto te quedas?

—Diez días. Ya he reservado el hotel en el centro de Tel Aviv.

—¿David! —Le respondí entusiasmado —Me parece una propuesta fantástica, voy contigo, me uno.

—Entonces, ¿Cuento contigo para la conquista de Israel!

Colgué el teléfono con una cierta felicidad en el corazón. Haber vuelto al origen, si así se puede decir, y haber vuelto a encontrar a mi amigo de siempre tal y como lo había dejado, me daba una cierta alegría.

«Me pregunto qué bagaje de tristeza, y durante cuánto tiempo, debe transportar dentro de sí misma una mujer antes de encontrar el valor de vivir. Cada mujer esconde, a veces, en lo más profundo de su alma, dolorosos secretos que le impiden ir hacia adelante en la vida con alegría. Momentos llenos de tristeza que no comparte con nadie, a veces, ni con ella misma. Una vida no vivida ya que vivida con demasiada mediocridad o, quizás, perdida en la banal y común búsqueda de la estabilidad y de la certeza. De donde invertir sus sentimientos. Con la ilusión de no sufrir por amar, impidiendo así, a su corazón de sentir y a su alma de brillar.

Muchas mujeres creen que pueden ser felices asegurándose hombres convenientes, pero estos hombres, carentes de cualquier capacidad para amar con pasión, con el paso del tiempo, se convierten en el motivo de su infelicidad»

## DOAIE

Cogí un vuelo directo de Barcelona a Tel Aviv y, en menos de cinco horas llegué al destino. La capital israelí es una ciudad increíble, dinámica, joven, con una vida nocturna de las más intensas de todo el medio oriente.

Aquel día hacía un calor insoportable, el aire era bochornoso y se sudaba fácilmente.

No tenía ganas de ir a la playa. Así que dejé que mi compañero de viaje, David, robara todos los rayos de sol que pudiera y por 100 shekels, unos 20 €, compré un billete de autobús para Masada. Un asentamiento de piedra, construido en la cima de una montaña, declarado por la Unesco uno de los lugares culturales más interesantes del país.

El conductor del autobús, un tipo pequeño y robusto que olía a peste, peludo como un oso, que sudaba como si estuviera dentro de una sauna y hablaba solo, me dejó junto a otros turistas al pie de la montaña indicándonos la dirección para llegar a la cima.

El calor y la humedad eran insoportables. A mitad de camino ya había acabado una de las tres botellas de agua que llevaba con esfuerzo. Al llegar delante de la puerta principal del asentamiento, me alejé de los demás turistas para perderme entre aquellas casas rocosas. Fue precisamente detrás de una de estas casas sin techo, un cúmulo de rocas más alineadas y más aisladas de las otras en el borde de la montaña, donde la vi. Estaba sentada encima de una piedra, con una pierna cruzada sobre la otra masajeándose el pie. Parecía destrozada por el calor y por el cansancio. Llevaba puesto un vestidito de algodón blanco con rayas azules que, debido al sudor, se adhería al cuerpo como un guante y resaltaba sus formas. Los cabellos rebeldes, de un color rojo oscuro, cubiertos por un gran sombrero de paja, descendían como racimos de uvas a los lados. Las gafas, grandes y negras, le defendían de los fuertes rayos del sol y escondían sus ojos. La sensualidad que transpiraba, por la dulzura de sus gestos, la transformaban en una mujer misteriosamente interesante y deseable para cualquier hombre. Se llamaba Doaie y residía en Austria. Había venido a pasar las vacaciones a Israel para ver a su familia. No era guapa, pero había algo de melancólico en su ser cubierto por un velo de tristeza. Con solo 33 años había vivido demasiado de la nada y poco de lo que deseaba. Sentí su mirada a través de esas gafas impenetrables encontrarse con la mía. Aquella misteriosa e insólita conexión fue suficiente para acercarme a ella.

—¿Te han dejado sola o te has perdido? —le pregunté esbozando una sonrisa e introduciéndome en su mundo.

—He venido sola. —me respondió sin temor —Mi marido se ha quedado en casa de mis padres. Hace demasiado calor para él.

Fingí no interesarme por el hecho de que estuviera casada, aunque tengo que reconocer que no me gustó mucho la idea.

—¿De dónde eres?

—Vivo en Viena, pero soy judía. Vengo todos los años en agosto para ver a mi familia.

—¡Yo también soy judío! —le respondí con cierta empatía —No tenía ganas de perder mi tiempo en una playa. Además, en Barcelona también hay playa.

—¡¡Barcelona!!! —Me respondió sonriendo —Qué bonita ciudad, me gusta muchísimo. Ya he ido tres veces y aún tengo ganas de volver.

—¿Has estado? Pero ¿Cómo es posible que una mujer como tú va a Barcelona y nadie me avisa?

Intentaba hacerme el gracioso de alguna manera.

—Y ¿Quién querías que te avisara? —Me preguntó riendo

—¿Quién? Pues el destino, el azar, algo que hace que las personas que tienen que tropezar en la vida se encuentren a pesar de todo.

Bajó la mirada como si quisiera tomarse una pausa de reflexión antes de hablar.

—¿Eres uno que cree en el destino?—me preguntó curiosa.

—Mucho más que en un simple destino. La casualidad no existe y todo esconde un motivo. ¿No estás de acuerdo?

—Me haces reír con tus palabras. Quiere decir que, si decido volver a Barcelona, te llamaré. ¿Te parece bien?

Parecía que no tuviera ganas de hablar. O quizás lo hiciera solo para desalentarme.

—Me parece muy bien. Puedes venir cuando quieras. La ciudad ha cambiado mucho, creo que no la reconocerías.

—Me gustaría de verdad, —me respondió con un velo de tristeza —por desgracia mi vida ha cambiado mucho desde que me he casado. No sé... puede ser que yo también haya cambiado.

—No te preocupes —le dije esbozando de nuevo una sonrisa —El matrimonio hace eso y cosas mucho peores. Lo importante es que tú seas feliz, lo demás no importa.

—¿Feliz? Qué gran palabra. Y ¿Qué es la felicidad? ¿Perseguir un sueño? ¿Tener una ilusión? Mira Samuel, a veces sucede que el sueño que tú has perseguido con toda la ilusión de tu corazón, con el tiempo cambie y se transforme en algo que nunca habrías querido para ti. Te das cuenta, pero sigues viviendo intentando respetar los compromisos contraídos.

—¿Compromisos contraídos? —le pregunté asombrado —¿Estar con un hombre lo llamas «compromisos contraídos»? El único compromiso es el deber que tienes contigo misma. Si no amas al hombre que tienes a tu lado, permanecer fiel a ciertos principios no tiene sentido. Porque, en realidad, traicionarías al único aliado que tienes, tú misma.

Me miró en silencio y, sin decir ni una palabra, siguió masajeándose el pie. Esa mujer tenía algo que me atraía que no sabía definir. No era su cuerpo, sino la sensación que me llegaba de ella. Sentía que con ella podría hacer de todo y no habría tenido miedo de nada. Miedo de ser otra, miedo de pensar, miedo de ser juzgada, pero, sobre todo, no habría tenido miedo de vivir algo diferente si se presentara el caso. Aquella mujer me gustaba. Me gustaban sus ojos, sus orejas, la forma de su cabeza, de su nariz. Me gustaban sus manos, sus incisivos ligeramente irregulares, las arrugas minúsculas que aparecían a los lados de la boca cuando sonreía. Me gustaba todo de ella.

El sudor le había mojado el vestido y su cuerpo escondido por aquel ligero tejido de algodón mostraba nítidamente sus formas. Para no romper la magia del momento, cogí una botella de la mochila y le derramé un poco de agua en los pies y dentro de las manos, que había juntado en forma de cuchara. Levantándose el vestido, dejé que el agua se deslizara lentamente entre las

piernas para aliviar un poco su lisa y aterciopelada piel. Luego, con las manos, esparció el agua acariciándose las piernas. Entreví las braguitas de encaje blanco. Me acerqué a ella, y con un gesto, le aparté el cabello. Le derramé lentamente un poco de agua en el cuello, que cayó como una cascada dentro del escote del vestido, resaltando aún más la redondez de sus senos y el grosor de sus pezones que, en contacto con el agua, se endurecieron. Después de ese momento de alivio y de gran complicidad, entre charla y charla nos perdimos de nuevo, caminando entre aquellas rocas que nos escondían de un mundo que siempre es el mismo. Después de un rato, entramos en una cueva en la cima de la montaña y nos sentamos en una piedra grande y redonda buscando algo de alivio y de protección de ese sol abrasador. Una ligera brisa que circulaba entre la entrada y la salida de la cueva hacía que ese aire bochornoso fuera más soportable. Sin esconder un falso pudor, se levantó el vestido hasta la ingle. Se quitó el sombrero dejando caer el cabello y, cuando se quitó las gafas, conseguí ver el verde esmeralda de sus ojos rodeados por millones de pecas. Poseía una carga erótica que me perturbaba. Comenzó a secarse el sudor de la frente, con un pañuelo mojado con el poco de agua que quedaba en la última botella.

Lo metía bajo el escote de su vestido y se lo pasaba por los senos con un gesto simple y lento, cargado de sensualidad. Una vez recuperadas las fuerzas necesarias, bajamos juntos y cogidos de la mano, la montaña en dirección del autobús, que nos habría llevado de vuelta a nuestro destino. Nos habríamos despedido como dos buenos amigos y, quién sabe, si el destino lo hubiera querido, nos habríamos encontrado de nuevo.

Pero Doaie, para mi sorpresa, abrió una peligrosa puerta y me empujó a jugar.

—¿Te apetecería darte un baño? —me preguntó entusiasmada —Es pronto para volver a casa y el último autobús pasa dentro de cuatro horas. Tenemos todo el tiempo que necesitamos.

—¿Un baño? —le respondí sorprendido por aquella propuesta.

—Sí —insistió ella —un baño. Estamos a poca distancia del Mar Muerto, ¡Mira! —me dijo señalándomelo —. Si vamos andando acortando por el campo, podemos tardar unos 20 minutos como máximo. Nos refrescamos y luego volvemos para coger el último autobús.

No le habría dicho que no por nada del mundo.

Cruzamos por el campo, por los pequeños senderos llenos de arbustos y piedras pisadas por los pastores, hasta llegar, cansados y sudados, ante una playa blanca y desierta, con una arena fina y cálida. Corriendo delante de mí en dirección al mar, se quitó con un gesto rápido el vestido y se dejó caer, desnuda, en las calientes aguas del Mar Muerto. Yo, sin decir ni una palabra, la seguí haciendo lo mismo. En el agua nuestros cuerpos se tocaban, se buscaban, se acercaban. Se dejaba llevar cuando la levantaba con los brazos para lanzarla por los aires, dejándola caer de nuevo en el agua. Pero cuando intentaba abrazarla para estrecharla entre mis brazos, huía entre risas. Después de un baño excepcional, dimos un paseo por la orilla del mar con los pies aún en el agua. Encontramos por el camino un viejo quiosco que vendía zumos naturales de frutas mezclada con cachaza. Un licor fortísimo que proviene de la caña de azúcar. Lo utilizan los brasileños para hacer batidos de fruta. Una bomba alcohólica. Sentados en la arena, uno al lado del otro, nos bebimos tres o cuatro copas cada uno. Lo suficiente para quedarnos dormidos. Cuando nos despertamos, el sol nos había abandonado a nuestro destino.

—¡Es tardísimo! —Gritó asustada —Son las 19:00 y hemos perdido el autobús. El último pasaba a las 18:30. ¿Qué le digo a mi marido?

Yo, que había caído en un sueño profundo, me desperté de golpe al oír esos gritos. Sonreí al verla tan preocupada. Por una parte, me sentía mal por ella, por otra parte, a mí de su marido, no me importaba nada. Pensé que el destino había jugado a mi favor.

—Venga... no te preocupes, —le dije para tranquilizarla —Antes de que se haga de noche

encontraremos un sitio para dormir y puede ser que incluso un teléfono para que puedas avisar a tu marido.

Dio un profundo suspiro, dibujando en el rostro un gesto de inevitable resignación. Después de todo, no teníamos otras alternativas. Empezamos así a caminar por la orilla del mar, durante kilómetros, buscando cualquier lugar donde refugiarnos de la noche. Después de casi una hora, encontramos un asentamiento de caravanas alquiladas a turistas deseosos de disfrutar de las románticas puestas de sol del Mar Muerto. Un lugar encantador, aislado de todo y rodeado por altas colinas llenas de árboles. Decidimos entonces descansar y retomar el camino al día siguiente. La larga caminata había vuelto a debilitar su pie dolorido. Afortunadamente para mí, no había teléfono. La única luz de la que disponíamos venía de las velas que nos habían regalado por haber alquilado la caravana. Sentados sobre unos cojines de lino, bajo el pequeño porche de la caravana, observando el mar, ambos dejamos salir una parte de nosotros mismos. Comenzamos así a confesarnos secretos que, en un cierto modo, nos habrían acercado más que mil abrazos.

—¿Por qué te has casado tan joven? —Le pregunté curioso.

—Con 33 años, una mujer ya no es joven, —me dijo poniéndose seria—. Me he casado hace tres años, pero hace diez que estoy con él, es el único hombre que he conocido. Pero... supongo que me he equivocado. Casarse joven ha sido un error que, antes o después, tendré que arreglar de alguna forma si no quiero perder mi vida. Pero tal vez...lo ame aún.

—Y entonces, si lo amas ¿Por qué te quejas?

—La cuestión es que con él no me he sentido nunca amada. No ha sido nunca capaz de hacerme volar, de hacer brillar mi alma. Con el paso del tiempo, nuestra historia se ha transformado en una rutina, en algo mecánico y monótono que se repite a diario. En definitiva, con él no me he sentido nunca como una princesa.

—¿Una princesa? —Le pregunté sorprendido por aquella afirmación.

—Si... una persona especial, única, insustituible. Una mujer necesita abrir su corazón para poder sentir. Y mi marido nunca ha sido capaz de encontrar las llaves para acceder. Siempre se ha limitado a darme lo que quería. Una familia, una casa, la estabilidad, pero no ha intentado nunca nada que fuera más allá. No sé si me explico Samuel, una mujer necesita algo más que la seguridad de un futuro. ¿Me entiendes?

—Claro...claro que te entiendo. En definitiva, ¿Tu marido nunca ha sido capaz de hacer que sueñes? Quiero decir...

—No, ¡Nunca! Demasiado práctico, racional, esquemático. Incluso cuando hago el amor con él, no hay juego, complicidad, intriga, erotismo, solo sexo.

—¿Erotismo! ¡Complicidad! —Exclamé sorprendido —Tú quieres el tesoro más difícil de encontrar.

—¿Por qué dices eso? A fin de cuentas, no pido mucho.

—La complicidad, el erotismo, son la base de una pareja, si falta esto, no hay nada. Creo que donde existe un placer físico de costumbre, no puede haber erotismo. Cuando el placer se transforma en una obligación o en una rutina, donde existe una pura y simple respuesta a una necesidad biológica, no puede haber erotismo.

—¿Qué es para ti el erotismo? —Me preguntó con una cierta malicia, desafiando mis afirmaciones filosóficas.

—Para mí, el erotismo es el esfuerzo del hombre y de la mujer para superar la naturaleza de las cosas. Superar la estabilidad de las cosas y la normalidad de hábitos de todos. El erotismo, aunque es una parte cómplice e inherente al amor, es el talento humano para llegar a vivir algo

más grande. De hecho, el amor o el sexo, o estar junto a una persona, sin erotismo, se reducen con el tiempo a una simple práctica debida a una serie de circunstancias.

—¿Y tú? ¿No tienes sueños? ¿Por qué un hombre como tú está solo? ¿No has pensado nunca en casarte? ¿En tener hijos? No sé... ¿En formar una familia?

—A decir la verdad, creo que cada uno de nosotros nace con su destino y que, hagas lo que hagas para cambiar ciertas circunstancias, las cosas son como son porque ya han sido escritas. Puede que yo forme parte de uno de esos hombres que tienen que vivir la vida sin vínculos, sin compromisos, solo aventuras.

El pie le dolía y lo masajeaba continuamente. Conseguí encontrar en los cajones de la caravana, una crema sin abrir. Un aftersun olvidado por alguien. Se tumbó en la cama cubriéndose con el vestido y apoyó el pie sobre mis piernas. Yo, que me había sentado en el borde de la cama, empecé lentamente a masajearle el pie, extendiéndole esa crema fresca y suave incluso entre los dedos. Mis manos se deslizaban sobre su piel y mis dedos se cruzaban con los dedos de sus pies. Poco a poco, con un movimiento rotatorio, subí por las piernas desplazándole el vestido y acercándome cada vez más al cruce de sus muslos. Conseguí abrirle los pocos botones que aún la protegían y liberarla completamente de ese trozo de tela que escondía su cuerpo. Oía el sonido de su respiración que, poco a poco, se aceleraba. Cerró los ojos y se abandonó, dejando salir un suspiro profundo por la apertura de sus labios. De vez en cuando, su lengua salía de su boca y mojaba, con la saliva, sus labios. Yo observaba, sin decir nada, sus gestos, su cuerpo, la expresión de su rostro, y oía sus gemidos haciéndose cada vez más profundos. El corazón me latía fuerte y cada instante que pasaba me llenaba de deseo por tenerla y hacerla mía. Forzando una leve resistencia que hacía con las piernas para cerrarme el paso, comencé, con una mano, a acariciar su sexo perfumado e hinchado de deseo. Ya mojado de placer. Sentía sus gemidos crecer, ahogados por una falsa vergüenza. Había girado el rostro, escondiéndose un poco entre los pliegues de las sábanas, y gemía.

—Déjate llevar...calma...tranquila. —le decía con un hilo de voz —Te gustará muchísimo, escucha solo el tacto de mis manos que se deslizan sobre ti. Sobre tu cuerpo. Te desean, te quieren, como te deseo yo.

—Pero no... no... Samuel no puedo, no puedo. Soy una mujer casada. ¿Qué pensarás de mí?

—No pienso nada. Me gusta muchísimo estar aquí contigo. Y me gusta también tocar tu cuerpo. Eres preciosa Doaie.

—A mí también... A mí también me gusta cómo lo haces. Pero soy una mujer casada. Mi marido...mi marido...

Entendí que dentro de ella había comenzado ese conflicto moral que afecta a muchas mujeres. Esa lucha interior entre lo que se debe hacer, porque es lo correcto, y lo que se debe vivir para saborear la vida intensamente. Tenía que tranquilizarla.

—Déjate llevar, Doaie, déjate llevar. —Seguía diciéndole con un hilo de voz —Estamos solo tú y yo. Te deseo con todas mis fuerzas, déjame, te daré placer. Será nuestro secreto.

Pasaba mis manos sobre sus senos, haciendo una cierta presión, apretándolos un poco. El contacto con ese cuerpo tan caliente me excitaba y mi miembro se puso duro y recto. Incluso el olor de nuestros cuerpos sudados se había hecho intenso, más fuerte, más animal. Era el olor de la pasión. Completamente mojada entre las piernas, empezaba a moverse cuando, dándole pequeños toques con la punta de los dedos, golpeaba su clítoris, que se hinchaba hasta ponerse duro y recto como un clavo. Cuando su excitación se hizo visible a través de sus gemidos y su cuerpo ya no le pertenecía, con un gesto más decidido, le abrí las piernas y deslicé el dedo índice dentro de su sexo.

—Párate... Párate... No puedo... —me dijo con un hilo de voz —No puedo, soy una mujer casada.

—Deja que yo me encargue, déjate llevar. Me gusta sentir tu piel lisa, suave, blanca, perfumada, que se resbala bajo mis manos que te acarician, te tocan, te desean. Quiero darte un placer que se quede dentro de ti, en tu cuerpo, en tu mente, en tu alma.

—No... Te ruego, para, para...Samuel

Me tumbé ante ella. Las manos fueron sustituidas por los labios que recorrían lentamente su cuerpo. Empecé a chuparle el clítoris, masajeándolo con la lengua con movimientos rotatorio. Apretándolo con delicadeza entre los dientes. Penetrándola con la lengua para sentir ese sabor solo suyo. Cayó en el éxtasis total. Y apretando los puños y agarrándose con las manos a la cama, llegó, a pesar de su resistencia a un placer supremo, que con un grito, desgarró la silenciosa noche. Fue un orgasmo liberador, donde el alma se unió al cuerpo.

—Sí...si...si...Samueeeel...ohhhh

Agarró fuerte con las manos mi cabeza empujándola aún más dentro de ella, estirando y encogiendo las piernas a mí alrededor como un cepo. La lamí dulcemente durante un tiempo infinito, llevándola más veces al paraíso. Luego, me hice un hueco en la cama al lado de ella. Y la luz de la luna fue testigo de una noche de intenso amor. Le gustaba sentirse penetrada lentamente, a intervalos. Y cada vez que lo hacía, le faltaba la respiración. Me tumbé entonces boca arriba, con la espalda un poco elevada por dos cojines que puse detrás de mí. Ella se colocó encima, y se introdujo mi miembro duro y recto dentro de ella. Dejándose caer con el cuerpo hacia delante, empezó a moverse frotando su sexo contra mi vientre. Había apoyado las manos en mis hombros para tener más equilibrio y para poder sentirlo más intensamente dentro. Su rostro, sus senos, parte de su cuerpo estaba iluminado por la luz de la luna que entraba, celosa de ese acto de amor por las pequeñas ventanas de la caravana. En un momento dado, se giró y se tumbó sobre mí dándome la espalda. Yo, desde abajo, con las manos libres, le cogía los senos juntándolos entre ellos. Empujaba los pies contra el borde de la cama, y empujándome también hacia arriba con las piernas, arqueaba el tronco para conseguir entrar más profundamente dentro de ella.

—Si... si... me voy... me voy...sigue, no te pares...no te pares... no... no... me voy... Gritaba presa de un agradable delirio.

Ya era mía. Cuando acabamos, nos quedamos allí, mirándonos en silencio. Nos levantamos luego en mitad de la noche para refrescarnos, bañándonos en las cálidas aguas del Mar Muerto. El viento cálido soplaba suavemente, y el aire se llenaba de un perfume exótico. Persiguiéndonos, volvimos a la caravana, y caímos de nuevo, cansados y abrazados, en un sueño profundo. Al día siguiente por la mañana, el autobús nos separaría y nos devolvería a nuestros respectivos destinos, a nuestra vida de siempre. Para Doaie era la primera vez que traicionaba a su marido.

«Siempre he pensado que los amores más bellos, las aventuras más emocionantes, las sensaciones más intensas, surgen de los pliegues secretos de lo que aparentemente podría parecer un error. De hecho, la libertad de ser, de amar, de expresarse, de probar lo prohibido, lo perverso, existe también y sobre todo en el placer de descubrir lo desconocido. Aquello que nunca tendríamos el valor de vivir.

No es fácil entender la historia de vida de uno mismo. Desde donde se tiene que empezar a contar esa historia. No se sabe donde todo comenzó. Tal vez de una decisión, una elección, un pensamiento, una renuncia, un momento de alegría o de tristeza. Es difícil de comprender donde has terminado de existir y has comenzado a vivir. En qué momento la historia de tu vida se ha transformado»

## UNA DULCE MADRILEÑA

«Ni mi carne, ni mi espíritu, ni mi alma, olvidarán jamás el amor sentido, probado y vivido por aquella pequeña madrileña»

El amor es algo realmente grande. No es un acuerdo recíproco o un querer de la voluntad. No es la necesidad de estar con alguien o una alternativa a la propia soledad. El amor es deseo, es pasión, es intriga, es la complicidad invisible que une dos almas nacidas para estar juntas. Es la locura recíproca de querer vivir intensamente algo único. El amor sin estos componentes, con el tiempo, se transforma en una banal y simple compañía de cómodo que nos robará la alegría de vivir ciertos instantes, la felicidad de sentir sensaciones profundas, el gozo de estar en sintonía con la propia alma. El deseo del corazón de latir fuerte por aquello que es verdadero. Nos quitará la luz de la cara, de nuestra sonrisa, de nuestros ojos, que se esconderán detrás de una nube de tristeza. Porque si el alma se aleja del cuerpo, el amor se reduce a unos momentos mecánicos, repetidos y conocidos, que nos harán envejecer rápidamente.

No sé si existe un plan divino y las personas que se encuentran están ya destinadas a ello, o si la vida es solo una serie de coincidencias y de incógnitas que suceden casualmente. Nunca he tenido una idea clara al respecto. Lo único que puedo decir es que algunas cosas en la vida ocurren de manera tan sincronizada y perfecta que cualquiera podría pensar que alguien la está dirigiendo.

## EL ENCUENTRO

Martina en seguida me pareció diferente a las mujeres que había conocido hasta aquel momento. Diferente incluso a aquellas que había soñado, deseado, imaginado, querido. Me gustaba cómo movía las manos, como sonreía, cómo se acomodaba el pelo tras la oreja, cómo caminaba, cómo se vestía, cómo se dejaba tomar el pelo. Pero lo que más huella dejó en ambos, no fue lo que más nos gustaba a los dos sino por el contrario aquello que más odiábamos. Aquello que no deseábamos en nuestras vidas.

Martina parecía una mujer venida de otro planeta, de un mundo hecho de otra realidad. Lo que ella representaba no estaba escrita en la expresión de su cara, sino en el sensual lenguaje de su cuerpo. Las sensaciones que su cuerpo transmitía cuando estabas cerca, cuando lo mirabas, o lo deseabas. Y fue precisamente esa forma fascinante, femenina y sensual de vivir y de ser, la que me embrujó. La que hizo que ella, la pequeña Martina, se transformara con el tiempo en una droga, a la que no habría podido nunca renunciar.

En aquella época yo vivía en la parte alta de Barcelona, en un pequeño apartamento de 45 metros cuadrados con un gran balcón que había llenado de geranios rojos. Una mañana, volviendo a casa tras haber pasado la noche con una brasileña que había conocido en el restaurante *Boca Grande*, vi que un agente inmobiliario entregaba las llaves del pequeño apartamento junto al mío a tres personas muy distintas. Era una familia compuesta por un padre, una madre y una hija de poco mayor. Al entrar en casa, oí sonar el timbre. Cuando abrí la puerta vi que eran estas personas, que muy educadamente mi se presentaban preguntándome si sabía dónde se hallaba el contador de la luz. Ya que este debía encontrarse fuera del apartamento. El señor García, director de una entidad pública, la señora Núñez, maestra de infantil, y la hija de ambos, Martina, apenas inscrita en la Universidad de Barcelona, en la facultad de Medicina.

Así me hicieron saber que la chica sería mi nueva vecina. A juzgar por su aspecto físico, no debía tener más de 18 o 20 años. Elegante y delicada en los movimientos, no era guapa, pero poseía un cuerpo sensual y voluptuoso, una mirada despierta y abierta. Los ojos, ligeramente contorneados sobre sus párpados superiores por una sutil línea negra, contrastaban con unos labios carnosos y tersos de un color rosa suave. Llevaba puesta una camiseta de seda negra con pequeños botones de perla, una faldita corta de color azul oscuro de la que salían, provocadoras, dos piernas hermosas y torneadas, y unas zapatillas negras de gamuza de tacón alto. Tenía en la mirada aquella malicia ya un poco experimentada que la volvía irresistible. El padre había comentado en mi presencia a su hija que era afortunada de tener, sin haberlo mínimamente buscado, un vecino simpático y encima italiano. Martina amaba Italia, adoraba el calor de su gente y el sabor de su cocina.

—Cada vez que voy a Italia —intervino la hija —Engordo siempre dos kilos. La pasta me gusta

muchísimo, no puedo evitarlo.

Para hacerme un poco el simpático, añadí:

—¡Porque no sabes cómo cocino yo! Nosotros los italianos somos los maestros de la pasta.

Río divertida con mi afirmación, pero no añadió nada más. Martina sostenía mi mirada sin que yo fuese consciente del ruido de su cerebro a merced de consideraciones críticas sobre mí. No era muy desenvuelta en la comunicación, y pude intuir en ella una cierta discreción.

A la mañana siguiente, bajé al bar para saborear mi café diario y me encontré a Martina sentada en la pequeña mesa junto al cristal, escribiendo. Desde la calle llamé su atención dando unos golpecitos en el cristal y, con gestos, le propuse si podía sentarme con ella. Me respondió con una sonrisa moviendo la cabeza con gesto afirmativo. Mientras me adentraba en el local dirigiéndome hacia ella, elaboraba en mi cabeza una frase para disculparme por la osadía con la cual me había atrevido a abordarla. Una vez sentado, el feeling entre nosotros fue inmediato. Al menos así lo sentí yo. Comprendí que Martina no era de aquellas chicas que se mostraban, o que quieren aparentar. Vivía en su burbuja, en un mundo totalmente suyo. Cuando le hablaba, adoptando un tono de voz profundo y sereno para dar mayor importancia a mis palabras, me miraba a los ojos impasibles, escuchando con atención todo aquello que le decía. A pesar de mi actitud de viejo conquistador no conseguía averiguar qué tipo de reacción provocaba en ella. Así que intenté, para salir de aquella situación embarazosa, hacerla sonreír con un chiste. Pero obtuve el resultado opuesto, y se cerró aún más. Cuando me levanté al despedirme, antes de alejarme, le pedí disculpas por cualquier cosa que hubiese podido molestarla de la que yo fuese responsable. Por un tiempo no volví a verla. Pero un día, la vi en una parada de autobús cercana a casa, con la mirada clavada en el asfalto de la acera.

—¿Quieres que te lleve Martina? —le pregunté gentilmente acercándome con mi Scoopy.

—Preferiría que no —me respondió con decisión.

Aquella reacción enérgica me dejó aturdido unos segundos, pero no me rendí.

—Venga, es solo para llevarte. No tengo intenciones extrañas. —le dije sonriendo para intentar desmontar su rigidez.

Me hizo entonces un largo discurso sobre el hecho de que ella no creía en las coincidencias, subrayando que tenía un problema con la gente que se le aparecía así, de improviso. Pero ¿Cómo se atrevía esa jovencita a encararme de aquel modo? Habría querido tapparle la boca con una mordaza y follármela con tal fuerza que la hiciera gritar de dolor y placer. Llevarla hasta el límite y escucharla invocar mi nombre, suplicándome que parara.

La llegada del autobús fue providencial, y Martina entró sin siquiera volverse para saludarme. Sentí que acababa de entrar en su lista negra de imbéciles. Algunos días después la volví a encontrar cuando regresaba a casa con las bolsas de la compra.

—Sé sincera —le dije— ¡Quiero solo entender qué es lo que te pasa conmigo! No he hecho nada, pero por alguna razón que desconozco, me has catalogado ya como una persona a evitar. ¿No te caigo bien o es que no soportas a los italianos?

Me sentía un estúpido haciéndole aquella pregunta, pero verdaderamente no conseguía entenderla y quería saber lo que pensaba sobre mí. Ella sonrió, se mordió los labios, y en pocas palabras me lo dijo.

—Eres un hombre peligroso Samuel, se ve al mirarte. Fundamentalmente eres una persona obsesiva y dominante. Y yo represento tu nueva obsesión. Pero créeme, por muy bueno que seas conquistando a las mujeres, tus técnicas conmigo no funcionan.

Me estaba diciendo que mi interés por ella, ya demasiado evidente, era patológico. Me trataba

como al tonto del pueblo. En aquel momento pensé cuánto me habría gustado ayudarla a liberarse de sus miedos y sus tabúes y hacer que descubriera cómo el dominio y la posesión sexual podrían ser placenteros para una mujer. Decidí entonces desafiarla y ver si estaba a la altura de sus palabras.

—¿Tú sabes quiénes son mis compañías? —le pregunté sin tapujos—¿El tipo de mujer que frecuento? Es decir, ¿Con quién me acuesto?

Le había hecho aquella pregunta quizás algo fuera de contexto en la conversación que estábamos teniendo, pero era la única que podía introducir el argumento al que yo quería llegar.

—¿Sabes por qué me acompaño con un cierto tipo de mujeres?

Nada intimidada por mis preguntas, fue directa y tajante.

—Para no sentirte atado. Son solo aventuras de una noche. Para ti no tienen importancia, lo haces solo para divertirte.

—¡Exacto! ¡Muy bien! —le respondí —Entonces...»dado que era tan inteligente«—Le pregunté qué pensaba de aquello.

Aún más ácida, me respondió:

—Mi opinión no importa mucho, más bien nada diría yo. Eres libre de hacer lo que quieras, es tu vida. Como has dicho tú, conocer los propios límites ayuda mucho, y creo que tú los conoces. Por eso escoges ese tipo de mujer. Pero el problema es otro...

—Ah, ¿Sí? ¿Cuál es el problema? —le pregunté curioso.

—Que a mí no me gusta ese tipo de hombre. Nunca me ha gustado. Dicho eso, te aconsejo que no te esfuerces más en intentarlo conmigo.

Y sin añadir nada más, abrió la puerta del edificio y entró en la casa.

Aquella noche me fui a dormir con un único deseo, follármela, someterla, hacerla mi esclava. Tenía que hacerlo bien, tener un plan, una táctica, una estrategia maquiavélica en la que ella tendría que caer. La vida y mis experiencias me habían enseñado que todas las mujeres podían caer. Incluso las más fieles, las más difíciles, las más santas, lo importante era encontrar su punto débil. Aquellos famosos cinco minutos en los cuales una mujer está dispuesta a hacer todo, cualquier cosa, con quien sea, incluso si es un desconocido. Y yo era un maestro en encontrarlos.

Tras las dos semanas de convivencia con sus padres, que se quedaron junto a ella para ayudarla a integrarse en la ciudad, Martina se quedó sola y para mi sorpresa, no tardó en hacerse notar. Puse así en acto el plan estudiado. En lugar de conquistarla como a una mujer adulta, me hice en cierta manera amigo suyo. De hecho, Martina, poco a poco, sin darse cuenta, entró en mi trampa y nuestra relación cambió.

El primer día me pidió sal de cocina y se presentó con una faldita de vértigo. El segundo día me pidió una bombilla y también en aquella ocasión llevaba puesto un vestidito blanco que evidenciaba sus formas. El tercer día me preguntó cómo completar la declaración de eliminación de residuos urbanos. Y también ahí llevaba una camiseta de algodón sin sujetador y unos pantaloncitos cortos que se le adherían al culo como un guante. El cuarto día, me pidió un paseo en mi Scoopy. El quinto día me pidió una ayuda urgente para arreglar el asiento del WC muy inestable por dos tornillos que se habían soltado.

—¿Tienes dos minutos para dedicarme Samuel? —me preguntó con una sonrisa —No consigo cerrar la tapa del *wáter* y cada vez que me siento encima se mueve.

—¿Se mueve? —le respondí sonriendo—Si yo fuera el WC y tú te sentaras encima de mí, te garantizo que yo también me movería como un mono delante un plátano.

Me sonrió, pero no dijo nada.

—Venga...déjame ver.

—Perdona, perdona de verdad Samuel, eres muy amable. La verdad es que no sé cómo agradecértelo.

—Bueno... —la miré con cierta malicia—Habría un modo de agradecérmelo, pero es mejor dejarlo, sería demasiado peligroso.

—¿Peligroso? —me preguntó curiosa —¿Por qué peligroso?

—Ya sabes...—le dije jugando con una cierta ingenuidad que no me pegaba nada —Visto que entre nosotros hay más de 20 años de diferencia, es difícil para mí proponerte cualquier cosa que no te produzca miedo.

—¡Pero yo no tengo miedo! Y además siempre me han gustado los hombres maduros. Los chicos de mi edad me aburren. No saben cómo tratar a una mujer, y no tienen nada que decir. Parecen tontitos.

—¿Una mujer? —Le dije abriendo los ojos como platos. Sabiendo perfectamente que aquella sublime provocación le fastidiaría y en cierto modo habría inducido una reacción de su parte.

—Sí, ¿Por qué? —me respondió casi resentida —¿Me ves demasiado joven?

—Bueno...tú sabes cómo son los 20 años.

—La edad no cuenta. Son las experiencias vividas las que nos hacen adultos.

—¿Has vivido tanto como para poder decir eso? —le dije, volviendo a provocarla.

—No, no tanto. Pero he vivido. He visto muchas cosas que recuerdo con placer, y otras con dolor. Y, además, soy una persona abierta. —me respondió con cierta bravuconería.

—¿Abierta? —simulé no haber entendido la definición.

—¡Sí abierta! Estoy dispuesta a probar cosas nuevas. Que me hagan crecer y madurar. Convertirme en una mujer.

—Ah...abierta en ese sentido.

—Claro, en ese sentido ¿Qué habías entendido?

—Nada, nada... —le dije para no dar demasiada importancia a un dialogo que evidentemente no había entendido —Entonces, aparte de ir a la universidad ¿No haces nada más? ¿No te ves con nadie? ¿No tienes ninguna historia? No sé...un chico por ejemplo. ¡Cualquiera!

—¿Cualquiera en qué sentido? —me respondió irónica.

—Cualquiera en cualquier sentido —le dije con insinuación.

—No, ahora mismo no estoy buscando ninguna historia. No tengo ni quiero ningún compromiso.

—¿Culpa de una historia que terminó mal? —le pregunté curioso e intrigado.

—Puede ser... ¡Quién sabe!

—Siempre puedes buscar historias menos serias—le sugerí, divertido por la conversación. Intentando llevarla a mi terreno.

—No busco ningún tipo de historia, mucho menos historias poco serias. Y además yo no soy una mujer que busque aventuras —me respondió lapidaria.

Me estaba haciendo entender que no quería un polvo rápido. En resumen, aún me estaba retando. Después, me preguntó si yo salía con más de una mujer, subrayando de nuevo la opinión que tenía de mí. Yo, para no caer en el mismo discurso, cambié el argumento.

Aquella jovencita mimada y presuntuosa ya me había cansado y no tenía más ganas de jugar con ella. Sin embargo, tras aquella insólita conversación, ocurrió algo totalmente diferente entre nosotros. No sé cómo lo hacía, pero, puntualmente, cuando yo volvía a casa cada noche, incluso cuando era tarde, sonaba mi timbre, y Martina se presentaba siempre para pedirme cualquier cosa

o, simplemente, para darme las buenas noches. También es cierto que, cada vez que me la encontraba en el ascensor o por las escaleras, con aquellas gafas de intelectual perversa que utilizaba cuando iba a la universidad, la miraba con deseo, y siempre tenía la tentación de hacerle cualquier propuesta indecente, aunque después me bloqueaba, pensando en su joven edad.

Hasta que una noche que volvía a casa sobre las 22:00h, totalmente agotado del trabajo, Martina, luciendo un vestidito de encaje negro y un pintalabios de color fucsia, volvió a presentarse en la puerta de casa, para pedirme un enésimo favor. Entonces le dije que no tenía intención de cocinar para cenar y que se subiera conmigo en mi Scoopy sin hacerse o hacerme demasiadas preguntas, la invitaba a cenar en el Borne en un restaurante típico italiano.

—¡Joder Martina! —le dije cuando apareció en mi puerta —Vestida así eres una bomba, un peligro viviente, se la pondrías dura hasta a un muerto.

Exageraba, lo sabía. Pero quería cambiar las reglas del juego y estaba dispuesto a perder mi conquista. Pero Martina, para mi sorpresa, no se asustó con mis palabras y me respondió en la misma línea.

—¿De verdad? —me preguntó girándose sobre sí misma como una bailarina. —¿Me queda bien este vestido? Lo he comprado hoy en Mango del Paseo de Gracia. Estaba rebajado.

—¿Sí? ¡Estás preciosa, joder! Mango debería hacerte un monumento. Escucha Martina, tengo una cosa que proponerte...esta noche no tengo ganas de cenar en casa y quiero salir. Si estás libre, te invito a cenar en un agradable restaurante en la parte más antigua de Barcelona. ¿Quieres venir conmigo?

No se lo tuve que repetir dos veces. Se cambió y se puso algo más apropiado para la ocasión, se puso el casco y, en un santiamén, se había ya acomodado radiante de alegría, en mi moto.

—¡De acuerdo entonces! —me dijo abrazándose firmemente a mi cintura para agarrarse —¡Me escapo contigo! Vamos donde quieras. Me fío de ti.

«La vida tiene un modo insólito de comunicarnos lo que tiene reservado para nosotros. No es solo en el modo, también en la forma. Y esa forma, casi siempre se esconde dentro de las personas que menos lo aparentan. A veces, los secretos y los mensajes más bellos y dulces se nos comunican en momentos en los que pensábamos que todo estaba ya perdido y que las posibilidades que teníamos a nuestra disposición para ser felices eran pocas. Permanecemos solos frente a nosotros mismos con la visión de un mísero y pequeño horizonte de vida, donde el miedo a aceptar un destino que creemos inevitable entristece nuestra alma.

Pero en la vida es inútil luchar, o correr con los brazos abiertos hacia cualquiera que deseamos. Se debe tener la sabiduría de que esa persona llegará a nosotros en el momento justo, y si nos lo merecemos. Porque aquello para lo que estamos destinados no nos lo podrá quitar nadie, porque gravita con fuerza en nuestra dirección y llegará a nosotros a pesar de todo»

## UNA NOCHE DIFERENTE

Poco después, llegamos al restaurante. El Gravin, gestionado por unos amigos míos del sur de Italia, aparentaba ser una vieja tasca del renacimiento. Gianni, el propietario, un tipo simpático y alegre, se había dejado crecer la barba, lo que le confería, aún más, la apariencia de buen anfitrión. Venía de un pueblo de la Puglia, Gravin, que recibe su nombre de la palabra griega «placer de comer». Dado que Martina era una amante de la pasta, el Gravin nos ofrecía una amplia variedad de platos procedentes del sur de Italia. El restaurante en sí era íntimo y acogedor, con paredes de piedra vista y vigas de madera en el techo. En el centro del local había dos grandes ventiladores con aspas que, como molinos de viento, movían el aire. En las estanterías, viejas botellas cubiertas de polvo recordaban tiempos pasados. Largas trenzas de ajos, pimientos, tomates secos y berenjenas, caían en algunas esquinas del local, iluminado por velas durante la noche. Cuando llegamos, la hospitalidad de Gianni fue, como siempre, cálida.

—Hombre, ¡Samuel! ¿Cómo estás? —me dijo abrazándome.

—Hola amigo...estoy fantásticamente bien y, como ves...—señalando a Martina que, para la ocasión, se había puesto un vestidito rojo fuego —Tengo una maravillosa compañía.

—Pero ¿Me dices qué hace esta maravilla de chica con un tipo como tú? No es guapa, ¡Es guapísima! Pero ¿Dónde la has encontrado? —me preguntó cogiéndome de un brazo y empujándome a un lado.

—Soy un hombre afortunado Gianni —le respondí sonriendo —¿Qué le voy a hacer?

—Eres guapísima —le dijo mirándola de nuevo —Samuel es realmente un hombre afortunado.

—¡Ojo! Que no es mi novia. ¡Ojalá lo fuese! —intervine para recuperar el control de la situación.

Martina, como si no hubiese escuchado mis palabras, me miró y añadió:

—Tu amigo Gianni es muy gentil y simpático. Un verdadero italiano del sur.

—Pero ¡Martina! Todos los italianos son así.

—Sí, es verdad —me respondió —cada vez que voy a Italia me siento como si estuviera en casa. ¡Se come tan bien en Italia! Los italianos son muy buenos cocinando.

—No solo cocinando...somos también buenos en otras cosas...

—¿Por ejemplo? —Me preguntó maliciosa.

—Bueno...dejémoslo estar...

—Venga chicos, sentaos —nos dijo Gianni con cierto apremio, liberándome de una situación embarazosa en la que me había metido sin darme cuenta—Sentaos...enseguida estoy con vosotros.

Martina no añadió nada más y me siguió cogiéndome de la mano. Nos sentamos en una mesa de la habitación más pequeña, que se encontraba debajo de la cocina, bajando unos pocos escalones de piedra. Era precisamente la parte del restaurante a la que yo iba cuando quería conquistar a una

presa tan codiciada y solicitada como, en aquel caso, lo era Martina. Una vez tomado asiento, añadí que los italianos son los hombres más galantes del mundo y que saben cómo hacer que una mujer se sienta bien. Los camareros, Ciro de Nápoles y Andrea de Belluno, competían por servirnos la mesa y así poder ver aquella voluptuosa chica de piel bronceada. Tras la cena, paseamos por los alrededores del Born cogidos de la mano. Perdernos por aquellas callejuelas de piedra que caracterizaban la parte antigua de Barcelona, nos transmitía un cierto aire de misterio. El antiguo mercado central, reestructurado hacía poco, nos parecía sugerente y envolvente, ofreciéndonos una visión misteriosa de las excavaciones romanas iluminadas por lámparas de aceite. Aquellas ruinas de piedra nos llevaban hacia atrás en el tiempo. A una forma de vida que se remontaba a muchos siglos pasados.

—¿Quién sabe cómo habría sido vivir en este tiempo? —me dijo observando atentamente las excavaciones.

—Ese es uno de mis tres grandes deseos —le respondí dándome un poco de misterio.

—¿Cómo? —me preguntó sorprendida —¿Cuáles son tus deseos?

—Poder viajar en el tiempo. Poder elegir cualquier época pasada. Volver a formar parte de aquella civilización. ¡Imagina cómo sería! ¿Sabes? Si estas piedras pudieran hablar ¿Cuántas cosas podrían contar?

—¿Y qué les preguntarías a estas piedras?

Su tono de voz contenía esa ingenua malicia que, como dije antes, convierte a una mujer en interesante y atrayente.

—Le preguntaría si las mujeres que vivían en estas casas eran guapas. Si eran sensuales. Si les gustaba hacer el amor y ser poseídas por sus hombres. Y cómo lo hacían.

—¿Qué? ¿Pero hablas en serio? ¿En serio les preguntarías eso? —me preguntó sorprendida.

—¡Claro! Me gustaría haber sido cualquiera de estas piedras para haber asistido a algún espectáculo nocturno. A veces, mirar es mucho más placentero que hacer, ¿No crees?

—¿Mirar? ¿Mirar qué? —me respondió seria.

—Pero ¿Cómo que qué? ¡Cómo hacían sexo! ¿Sabías que el imperio romano ha sido una de las épocas más perversas de la historia? Hacían orgías gigantescas.

No dijo nada. Me lanzo una mirada de soslayo y alejándose un poco, continuó caminando delante de mí. Yo observaba cómo caminaba. Cómo movía su cuerpo. Aquel culo, grande y redondo que, aprisionado por el ajustado vestido, parecía que se quisiese salir. Varias veces, caminando en silencio por aquellas callejuelas iluminadas por la tenue luz de las farolas, tuve la tentación de empujarla dentro de un portón de algún edificio dejado abierto. Apoyarla contra la pared, levantarle el vestido, arrodillarme frente a ella y comenzar a lamerle entre las piernas, para sentir su perfume, el olor natural de su sexo, su sabor. Apoyarla después con la espalda en el muro, levantarla en peso con los brazos y follármela metiéndosela desde abajo, para hacérsela sentir hasta el fondo, dura y grande. Para hacerla morir de placer. Después dejándole las gafas puestas, la habría arrodillado frente a mí, y tirándole del pelo hacia atrás, la habría obligado como a una esclava, a lamérmela entera. Pero aquella gran diferencia de edad me impedía actuar y bloqueaba mis fantasías.

Martina me habló de sus proyectos, de su pasado de estudiante modelo en el Liceo Clásico de Madrid y de sus temores de ser catapultada a una ciudad tan diferente a la suya. Sus inquietudes amorosas por encontrar a la persona adecuada. Las cicatrices aún abiertas por la última relación que tuvo y que había terminado hacía poco, con un chico cinco años mayor que ella de quien se había enamorado perdidamente. Solo en aquel momento comprendí que aquella jovencita

madrileña había tenido solo un hombre en su vida. Una sola experiencia de sexo y de amor. Y que su actitud, aquel modo de vestir, aquellos discursos de mujer experimentada, no eran más que una protección para enmascarar su timidez y defenderse de un mundo que no daba espacio a su sensibilidad.

—Cuando empecé mi historia con Paco yo era virgen. Ha sido mi único amor. Creí que iba a ser para toda la vida. Lo llegué a creer de verdad.

—¿Por qué terminó? —le pregunté curioso.

—Después de los dos primeros años, nuestra relación se había transformado en un ritual rutinario y banal. Cada vez nos veíamos menos. Hacíamos el amor solo los fines de semana. Nunca viajábamos. Nunca nada nuevo. Nunca una propuesta emocionante. Paco se había relajado, y había dejado de hacerme sentir una mujer cortejada y deseada.

—Eres demasiado joven para renunciar a esto Martina. —le dije serio —Sentirse deseada es la sensación más bella para una mujer. Hace que te sientas viva y participe de algo. Cuando en un hombre ya no vive el deseo de conquistar, la relación está acabada.

Escuchaba con atención mis palabras.

—Sí, así es, es verdad lo que dices Samuel. El tiempo, muchas veces, la mayor parte de las veces cambia las relaciones y las conduce a convertirse en una amistad. El tipo de relación que no tiene nada que ver con el amor, porque está vacía de pasión y sigue adelante solo por la fuerza de la inercia.

—O de conveniencia o de gratitud —añadí yo —Y como tú dices...no tiene nada que ver con el amor, con la pasión, con el sentimiento. Y créeme Martina, cuando se renuncia a escuchar el latido de nuestro corazón y a hacer que brille nuestra alma, a prescindir de la edad o del tiempo, sin importar de las experiencias vividas, la mente y el cuerpo comienzan inevitablemente a envejecer, porque carecen de la alegría de vivir.

—Es cierto... Samuel, es cierto lo que dices. Estoy de acuerdo contigo, pero verás... a veces el miedo a quedarse solo nos juega malas pasadas y, sin querer, nos quedamos junto a una persona que no es para nosotros. Intuimos que a largo plazo no seremos felices. Que el sentimiento espontáneo y natural perderá la libertad de expresarse. Que la relación se transformará en algo banal y repetitivo. Pero, por miedo a la soledad, no hacemos nada.

—¡No a tu edad! —le respondí con energía —No con veinte años. Mira Martina, el silencioso paso del tiempo no es suficiente para solidificar una unión o para dar la sensación de que las cosas van bien, o de que estamos menos solos. La pasión no encuentra desfogue en la vida tranquila. Necesita emoción, probar cosas nuevas, diferentes, arriesgadas, morbosas si queremos hablar de sexo.

—¿Morbosas?

—¡Sí! Algo que despierte en ti tus instintos más animales. Que te haga soñar y desear. Que te haga estremecerte y no te deje dormir por la noche, manteniéndote despierta masturbándote en la oscuridad.

—¡Yo no me masturbo! —me dijo molesta —No me he masturbado jamás. No me ha hecho falta.

Y acelerando el paso, se distanció un poco más de mí. Pensé que se había enfadado, pero tenía que insistir sobre ese punto.

—¿No? —le pregunté sorprendido —¿Y qué te ha enseñado Paco en esos cinco años en los que habéis estado juntos? ¿A masticar golosinas?

—¿Paco? Pues Paco y yo nos amábamos. Nos amábamos de verdad. E incluso si, como tú

dices, hoy el amor se ha transformado en algo para rellenar los espacios vacíos, eso no va conmigo. No va con mi modo de pensar.

Se había cabreado de verdad. Estaba fascinado con su modo de hablar, que parecía más maduro que el de muchas chicas de su edad. Y admiraba el entusiasmo que ponía en defender sus principios. Aquella pequeña madrileña me fascinaba. Transportado por aquella conversación, empecé también yo a abrirme, olvidando que, frente a mí, se encontraba una jovencita apenas mayor de edad. Le comuniqué cuánto me divertía vivir sin tomarme demasiado en serio, tratando de saborear cada instante de la vida. Especificándole que, para mí, la vida no era nada más que sentir cosas diferentes en cada momento. Como respuesta, Martina me dijo que yo cumplía muy poco los parámetros que cumplían las personas de mi edad. Las cuales, no frecuentaban ciertos restaurantes para seducir a jovencitas. No viajaban por el mundo en busca de aventuras. Pero, sobre todo, nunca habrían salido con una chica tan joven, porque podría ser su propia hija. Burlándose de mí, se estaba vengando atacándome.

—Pero Martina —repliqué enérgicamente —¡Yo soy un hombre que vive de pasiones! No vivo nada en relación a la edad que tengo. Sin embargo, intento vivir aquello que me hace sentir vivo y que me transmite algo.

—Es bonito y emocionante lo que dices Samuel. Vivir así es el sueño de todos. Pero, de esa forma, podrías encontrarte sin nada.

Continuaba atacándome.

—¿Haber vivido la vida intensamente para ti es quedarte sin nada?

Viendo que me estaba alterando, cambió el tono de la conversación.

—No...no quiero decir eso. Quiero decir construir una familia, tener hijos. Alguien que esté a tu lado.

—¿A mi lado? ¿Y quién me garantiza que la familia, los hijos, estarán siempre conmigo? No existen las garantías Martina, cada uno nace con un destino. El secreto está en aceptar el propio destino, por bonito o feo que sea.

Seguimos nuestro largo paseo nocturno, hablando de todo un poco, hasta llegar al parque de la Ciudadela. No había nadie en la calle y se había levantado un poco de viento que le despeinaba el pelo cubriéndole la cara. Atravesamos el Paseo Picasso para recorrer en silencio, cogidos de la mano, aquel misterioso camino cubierto por grandes arcos de piedra y bordeado de viejas tiendas que vendían durante el día, cítricos y frutos secos. Así llegamos hasta el «Aire de Barcelona». Un gran espacio de 300 metros cuadrados excavado en el subsuelo de un edificio colonial donde habían construidos unos baños árabes. Un gran Hamann, formado por un circuito de siete piscinas con diferentes temperaturas de agua.

—Entremos, venga...—le dije cogiéndola de la mano y tirando de ella tras de mí —Vamos a darnos un baño caliente y un masaje relajante. Venga...ven.

—¿Cómo? —me preguntó maravillada —¿Pero dónde? Son las doce de la noche. ¿Pero qué quieres hacer?

—No te preocupes, cierran a las 1:30h. A lo mejor hay sitio todavía, y nos dejan entrar —le dije para animarla y vencer su duda.

—Pero yo no tengo bañador.

—No importa, yo tampoco. Con la oscuridad del sitio no se darán cuenta de nada. Y, además... un bañador no es muy diferente de la ropa interior ¿No?

Efectivamente, no se dieron cuenta de nada. El espacio termal estaba extrañamente desierto. Una vez comprada la entrada, nos dieron los albornoces blancos correspondientes y las zapatillas

de plástico blancas para entrar en el agua. Tras gustar una taza de té caliente de frutas, «cortesía de la casa» nos aventuramos a descubrir el lugar. Uno se perdía entre aquellas paredes perfectamente restauradas, hechas de ladrillo antiguo. Entramos en la piscina de agua caliente, después en la de agua fría, en la tibia, en la bañera de agua dulce y la de agua salada. Y después... fue el momento de entrar en la bañera de hidromasaje que estaba deliberadamente iluminada solo con la luz de una vela, dado que estaba construida en una hondonada más baja que las otras piscinas. Los chorros de agua, que salían con violencia de los orificios laterales y del suelo de la piscina, le quitaron el sujetador. Martina no se dio cuenta. Sus senos, bellos, redondos, jóvenes, no tenían necesidad de ningún sostén. Flotaban en la superficie como dos pequeños globos. El miembro se me puso duro, no duro, durísimo. Parecía que quisiese salir de mis calzoncillos. Estaba tan excitado con la visión de aquella carne joven y deseosa de sexo, que me la tocaba bajo el agua. Si no hubiese estado el vigilante, me la habría follado. Moviéndome en el agua, me acerqué aún más a ella e hice que lo sintiera apoyándolo levemente por detrás. Martina me miró, pero no dijo nada. Aquellos ojos, aquella mirada, fue un tácito acuerdo de lo que más tarde habría ocurrido entre nosotros si hubiésemos seguido viéndonos. A pesar del gran *feeling* que había entre nosotros, seguía pensando que era demasiado joven para mí. Y aquella idea no me abandonada ni un instante. Cuando volvimos a casa, a altas horas de la noche, me despedí dándole un beso inocente en la mejilla. Pero, antes de entrar en mi apartamento, me agarró de una mano y con una sonrisa me dijo...

—Gracias de verdad Samuel. He pasado una noche fantástica. Espero pasar más momentos como este junto a ti.

—Martina...—le respondí —no me tienes que dar las gracias, no te he hecho ningún favor. Y, además, yo también he estado muy bien contigo.

Cerré la puerta y me metí en la cama. Pensé que hubiese sido una noche aislada y que no repetiríamos el juego. Me equivocaba. En contra de mi profética previsión, las salidas a cenar se repitieron varias veces más, hasta que ocurrió aquello que temía.

Un domingo por la tarde, estábamos juntos dando un paseo por el Turo Park. Caminando, me puse detrás de ella y con la cara apoyada en su sien, cruzándole los brazos por delante, empecé a describirle y darle a conocer los lugares de mayor interés del parque. Le enseñé también el camino que yo hacía normalmente cuando iba a correr, atravesando el parque por la noche antes de que cerrase. Durante aquellas detalladas descripciones, tal vez transportado por las circunstancias, le di un inocente beso en el cuello. Pero al no recibir ninguna reacción, golpeado en mi orgullo masculino, después de unos instantes, le di otro beso apoyando los labios de un modo más sensual. Esta vez se giró hacia mí, mirándome con aire intrigado pero brillante de deseo. Bajó la mirada y dio un paso hacia mí, acercándose más. Tal vez lo estaba esperando. Me acerqué con mi boca a la suya. Rocé mis labios húmedos con los suyos. Agarré con mis dientes su labio superior, mojándolo con la lengua, y la besé. La besé con pasión estrechándola contra mí. Besé sus labios, su boca, sus mejillas, el cuello. Bajé con los labios y empecé a besarle la espalda y su piel sobre el escote del vestido. Sus pezones se pusieron duros, conseguía sentirlos cuando se abandonaba a mi abrazo. Fue un beso larguísimo que comenzó a cambiar mi existencia y, desde aquel día, también la suya. Cuando volvimos a casa, antes de darnos las buenas noches, nos quedamos un rato hablando en la puerta de nuestros respectivos apartamentos. Me habría gustado que se quedase en mi casa para tomar la última copa de vino junto. Pero también en esta ocasión, lo rechazó. Y con aquel típico modo de hablar madrileño me dijo:

—Esta noche siento que no debo quedarme en tu casa. Es demasiado pronto Samuel.

—Vale, no pasa nada si tú no quieres. Y, además, Martina, créeme que no haría nada que

supusiese arriesgarme a perderte.

—Lo sé...lo sé...estoy segura de que te portarías bien. Pero es que no tengo miedo de ti. Tengo miedo de mí. Así que... prefiero aplazar nuestro vino a otro momento.

—La verdad es que no consigo entenderte —le dije un poco sorprendido. —También a ti te ha gustado cuando nos hemos besado en el parque, ¿No? ¿Y ahora me dejas así? ¿Tienes miedo incluso de tomar un vino en mi casa? De verdad Martina, no te entiendo.

—Mi italiano guapo, estar sola contigo me gusta mucho, pero es demasiado peligroso. Eres un hombre muy atractivo, demasiado. Sé perfectamente que cualquier mujer querría estar en mi lugar. Pero para mí es aún demasiado pronto. Apenas te conozco.

—Mira Martina, si aquí alguien ha de tener miedo, ese soy yo, no tú. Quien tiene algo que perder soy yo, no tú.

Lo dije para darme un aire de importancia y, al mismo tiempo, hacerle entender que no tenía miedo a vivir lo que la vida me presentaba.

—¿Tú? ¿Por qué tú?

Lo había entendido, pero simulaba.

—Porque yo soy mucho más viejo que tú. Tú tienes veinte años y yo tengo cuarenta y cinco, la diferencia de edad es enorme. Si yo me enamorase de ti y tú después no me quisieras más o me dejases por un chico más joven ¿Qué haría yo? ¿Cómo me quedaría? ¡Imagina qué desilusión!

—¿Enamorarte de mí? ¿Un hombre como tú? ¿Con lo que has vivido? Yo no podría darte jamás lo que tú buscas en una mujer.

Estaba jugando y sabía hacerlo. Quería escucharme decir aquello que ya sabía o intuía.

—¡Te equivocas! A lo mejor lo que yo busco, tu lo tienes de sobra. Solo que aún no lo has descubierto.

Se echo a reír y, deseándome la buena noche, abrí la puerta de su apartamento. Después de que ella entrara, yo cerré la puerta del mío con una ligera tristeza en el alma. Por otro lado, podía entenderla. Tras darme una ducha fría para enfriarme la calentura, me metí en la cama y pensando en Martina me quedé dormido al momento.

Cuando hablaba con ella, las palabras me salían de un modo natural, como si ya la conociese desde hace tiempo. No me dirigía a ella haciendo chistes, insinuaciones o gestos simpáticos para romper el hielo como estaba acostumbrado a hacer. Sino de un modo simple y natural, como si tuviese la certeza de que ella no se habría ido jamás. No tenía necesidad de la acostumbrada máscara que me ponía cada vez que quería conquistar a una mujer. Pero quizás este era el motivo, no sentía que tuviera que conquistarla. La sensación que tenía era de haberla recuperado después de una larga pausa vivida sin ella. Entre nosotros se instauró desde el principio una melancólica comprensión de la vida que nos acercaba y nos daba la sensación de estar hechos el uno para el otro. Ambos veníamos de historias de amor en las que habíamos perdido una parte importante de nosotros mismos. Donde las heridas abiertas no se habían cicatrizado del todo. Donde el dolor y la tristeza experimentados ocupaban aún una parte importante de nuestros corazones. Hablando con ella, sentía nacer dentro de mí un nuevo e inesperado modo de ser, percibía una comprensión y una complicidad recíproca que nos unía profundamente. Con ella conseguía liberarme de ciertos comportamientos y formas de ser que me habían alejado de mí mismo y de aquello que verdaderamente era.

«He entendido que la felicidad no consiste en encontrar a alguien a toda costa para hacer un camino junto. Ser felices significa tener a ese alguien que nos hace vibrar el alma y latir el corazón. Solo con esa persona aquel camino tiene un sentido. La mayor parte de las veces, la felicidad se esconde en la periferia de lo que hacemos. Y aunque no sea evidente, es accesible a cualquier ser humano a prescindir de su fortuna, de su condición social y de sus capacidades intelectuales. Porque la felicidad no depende tanto del placer, del amor, de la consideración o de la admiración de los otros, sino de la plena aceptación de uno mismo, que consiste, en tener el coraje de recorrer el camino para el que hemos nacido.

He pensado, según mi filosofía de vida, que no todos nacen para hacer las mismas cosas o seguir los mismos caminos. Tener un trabajo, una familia, tener hijos. Cada uno de nosotros encierra en la hondura del propio ser una semilla distinta que germina de forma diferente y que necesita de otras cosas. Esa semilla representa lo que estamos destinados a ser y a convertirnos»

## EL DESTINO ES EL DESTINO

Los días y las semanas transcurrían agradables. Martina ocupadísima con las clases y yo siempre muy atosigado con mi trabajo como arquitecto. A veces, por la tarde, cuando terminaba el trabajo en la oficina antes de lo previsto, aprovechaba para quedarme en casa escribiendo mi novela erótica. Y aunque escribir me apasionaba, había momentos en los que me sentía muy solo. Habría querido tener junto a mí la compañía femenina de alguien con la que exteriorizar y compartir aquellas partículas de amor con las que había sido dotado. Y más a menudo de lo que podía imaginar, mi pensamiento se iba con ella, con Martina. Pensaba en el olor de su piel, en la suavidad de sus labios, en la dulzura de su forma de ser, en la sensualidad de su cuerpo. Aquella jovencita me fascinaba, pero al mismo tiempo me daba miedo. Percibía un peligro al que no estaba acostumbrado desde hacía tiempo. Pero el giro decisivo, ocurrió una noche cuando al volver de un entrenamiento en el gimnasio la encontré esperándome pálida y aterida frente a la puerta de mi casa. El termo eléctrico de su piso se había estropeado en bloque y no suministraba agua caliente desde hacía horas. Y Martina, que tantas veces me había confesado cuánto amaba el agua caliente, incluso en verano, no había podido ni siquiera lavarse la cara.

—¡Hola Martina! Pero ¿Qué haces sentada en la escalera? —le pregunté sorprendido de verla allí sentada.

—Perdóname Samuel, soy un desastre. Se me ha roto el termo eléctrico. Con el agua helada en casa no puedo ni darme una ducha.

Tenía un aire triste, como si aquello que le había ocurrido fuese parte de un destino adverso.

—No te preocupes, ¡Todo tiene arreglo!

Le propuse que si quería podía darse una ducha de agua caliente en mi casa, así haría las paces con la mala suerte. Mientras, yo habría hecho un pequeño intento de reparar la instalación del calentador, sabiendo perfectamente que no lo habría conseguido jamás.

«Un lobo de los bosques, predador sanguinario de pobres jovencitas, no se transforma en un cachorrito amoroso y altruista»

Le di una toalla y, tras enseñarle mi ducha con abundante difusión de agua caliente, aceptó la invitación. Le di también una crema jabonosa que acababa de comprar en el Body Shop con olor a vainilla y que dejaba la piel lisa y resplandeciente como el culito de un bebé.

—Si no llegas, puedo enjabonarte la espalda y tal vez...

—Italiano...italiano, llego perfectamente, gracias.

—Mira que en la ducha hay espacio para dos. Puedo entrar contigo y ni siquiera te des cuenta

de mi presencia.

—Aprendí a lavarme sola a la edad de cinco años.

—Me complace que hayas sido una niña así de precoz. Pero no sabes cómo te lavaría yo si te dejases llevar.

—Te equivocas italiano, precisamente porque me lo imagino no te dejes entrar.

Me sonrió, y sin añadir nada más, se giró y entró en la ducha. Dejó, de todas formas, la puerta del baño semiabierta. No sé si lo hizo a propósito o se olvidó de cerrarla. Esto lo entendí con el tiempo al conocerla. El hecho es que, desde un pequeño hueco que abrí un poco más empujando la puerta hacia adelante, pude verla mientras permanecía escondido en la sombra. Pude así, asistir a un maravilloso espectáculo al que no habría renunciado por nada del mundo. Aunque el agua caliente, que caía como una catarata, había creado una nube de vapor, podía verla con nitidez. Llenó la esponja con aquella crema jabonosa que, al primer contacto con el agua, se transformó en una gran bola de jabón que cubrió su piel sin dejar ni un espacio libre. La pasaba con una lentitud inusual sobre su cuerpo. La pasaba entre los senos, siguiendo sus líneas, la redondez, el grosor, hasta cubrirlos completamente con aquel jabón espumoso. Sus pezones sobresalían exuberantes, contrastando con el blanco de la espuma. Entonces, abrió ligeramente las piernas doblando un poco las rodillas hacia delante y comenzó a frotar la esponja en el medio insistiendo en el clítoris. Después por detrás, abrió con la mano libre las nalgas de aquel culo duro y respingón para dejarla entrar mejor dentro. Seguía con la mirada cada uno de sus gestos. Como si lo estuviese fotografiando en la memoria. A veces, apretando las piernas e inclinando la cabeza hacia atrás, se echaba con el mango de la ducha un torrente de agua caliente su cuerpo. Se movía debajo el agua como si estuviese poseída por aquella agua, que salpicaba con violencia su la piel. Bajaba después el mango de la ducha en medio de las piernas y, orientando el chorro hacia su sexo, lo mantenía apretado entre los muslos de forma que, con la presión, el contacto fuese más intenso. Yo, escondido en la sombra, con el miembro que me explotaba, no podía resistir más aquella visión. Decidí entonces cerrar la puerta del baño y dejarla tranquilamente darse su ducha, y, cargado de hormonas, me fui a ver si resolvía el problema del termo. Pero frente al hecho, no sabiendo qué hacer, decidí desconectar el enchufe y dejarlo todo como estaba, para que un técnico de asistencia pudiese arreglarlo al día siguiente. Mientras tanto, Martina había terminado ya su ducha.

—Martina, ¿Estás? ¿Aún estás ahí? —le pregunté cuando volví al piso.

—¡Claro! ¡Sí! ¿Dónde quieres que esté? ¡He terminado ya!

—No hay problema, tómate tu tiempo. Quería solo decirte que no he podido hacer nada por el termo. Tendrás que ducharte en mi casa todos los días durante una semana.

—¡Nooo! ¡Venga ya! ¡No me lo puedo creer! ¿De verdad?

—Estoy de broma...solo que mañana por la mañana tendrás que llamar a un técnico. No he podido hacer nada.

—¡Eso ya me lo imaginaba!

Dejé que hiciera sus cosas tranquilamente y fui a tumbarme en el sofá para relajarme un poco. A continuación, la puerta del baño se abrió. Martina salió con la toalla anudada sobre los pechos, descalza y con el pelo húmedo. Tenía la piel aún mojada y las gotas de agua se deslizaban bajo la toalla cayendo al suelo. Al verla de aquel modo, me vinieron a la mente, como visiones, las escenas que le había robado observándola mientras se duchaba. Sentía la sangre circular velozmente y el corazón latir rapidísimo. Para aliviar la tensión, le dije que no tenía ningún secador que pudiera prestarle para que se secase el pelo.

—Lo siento Martina, pero en casa soy un desastre. No tengo nada para que puedas secarte el pelo. Si quieres te doy una toalla más pequeña.

—No te preocupes Samuel —me dijo para quitarme mi evidente vergüenza— no pasa nada. Me gusta tener el pelo mojado después de la ducha y me gusta sentir la sensación de que el agua se seca lentamente sobre la piel. La deja más lisa y suave.

Y mientras lo decía, para involucrarme en aquella sensación, pasaba las manos por los brazos acariciándolos. Notando mis ojos abiertos de par en par sobre su cuerpo, me sonrió y, sin bajar la mirada, abrió una puerta mágica. Fue así como, sin decir ni una sola palabra, me acerqué a ella, la cogí en brazos, la llevé al dormitorio, y la abandoné delicadamente en la cama. La piel, un poco bronceada, resaltaba sobre el blanco de las sábanas. Los cabellos negros se esparcieron como un abanico. Le abrí lentamente la toalla mirándola intensamente a los ojos. Me acerqué a ella y comencé, dulcemente, a besarla apretándola contra mí. Sus labios sabían a miel, a fresa, a cereza. Suaves y carnosos. Deslicé lentamente mi boca por su cuerpo, haciendo que sintiera mi lengua. Olía a vainilla, a almendra. Me acerqué a su pecho y atrapé, entre mis labios, uno de sus pezones ya duros. Comencé a chuparlo. Primero uno, después el otro. Sus aureolas, grandes y negras como las de una mulata, tenían un gusto muy particular. Bajé, besándola lentamente por el vientre, metiéndole la lengua en el ombligo. Bajé aún más. Por los muslos, por el interior de los muslos, por las piernas. Comencé a besarle uno a uno los dedos de los pies, pasando mi lengua por el medio. Las uñas de los pies estaban pintadas con esmalte rojo brillante. Sin despegar los labios de su cuerpo, subí hasta su sexo. Me parecía bellissimo, perfumado, limpiísimo, sin un solo pelo alrededor. Solo una ligera línea negra. Lo metí entero en mi boca como si quisiese comérmelo. Empecé a mover los labios presionándolo un poco, como si quisiese aspirarlo. Le hacía sentir mi lengua, que se abría espacio infiltrándose entre aquellas húmedas ranuras. Después, volví a cerrar los labios y, haciendo una ligera presión, aprisioné su clítoris. Pellizcándolo con la punta de la lengua. Primero con un movimiento dulce, con pequeños golpecitos, después rápido ejerciendo más presión. Martina, extendida sobre la cama, gemía de placer. Se movía frenética buscando con las manos un punto de apoyo. Su respiración se hacía cada vez más profunda. Con los ojos cerrados se apretaba los pechos acercándolos el uno al otro, persiguiendo, con ligeros movimientos del torso, a mi lengua que entraba y salía de su sexo, como si la estuviese follando.

—Sí... sí, siiiii, siiiii sigue... sigue. Me gusta tu lengua. Qué lenguaaaa. Qué lengua tienes Samuel. Sigue te lo suplico. Sigue... sigue... Me da un gusto de muerte. Me haces gozar. Siii... siiii... ooooooh... Samuel... Samuel...

Endureció las piernas y, aferrándose con las manos al borde de la cama, se dejó llevar a un placer desenfrenado.

—Siiii... me corroooooo... me corro... aaaaaah... Samuel... aaaah...

Fue todo tan bello, sensual, armónico, natural. Como si nos conociésemos desde hace tiempo. Como si entre nosotros siempre hubiese existido un gran entendimiento sexual. Ni ella ni yo teníamos la sensación de que aquella hubiese sido para ambos la primera vez, sino más bien la multiplicación de nuestro deseo más profundo. Un deseo que, sin yo saberlo, nos habría hecho cómplices durante mucho tiempo.

Con dulzura la giré, le abrí las piernas y me tumbé detrás de ella introduciéndome en el hueco. Con las manos le abrí las nalgas del culo, y comencé a lamerle el orificio. Ella curvaba el torso, levantando el culo hacia mí para dejarme entrar mejor con la lengua. Cogí entonces un cojín y se lo metí debajo del vientre para que pudiese estar más cómoda y elevar lo máximo posible la pelvis. Le metí la lengua lo más profundo que pude. Poco después, liberó de nuevo otro orgasmo en mi boca. Había llegado el momento de hacerla mía. Tenía que follármela. La giré de nuevo y

me deslicé dentro de su sexo empapado, y mirándola fijamente a los ojos, la penetré con fuerza. Ella levantó las piernas y puso los tobillos sobre mi espalda. Le dije que levantara los brazos, y ella obedeció. Le dije que se moviera un poco, y ella obedeció. Le dije que apretara las piernas con fuerza en torno a mí, y ella obedeció. Conforme le daba órdenes, ella los seguía. Obedecía a todo aquello que yo le decía. Ya no era dueña de su cuerpo, ni de su mente. Yo aumentaba el ritmo para hacerla prisionera de aquel estado de placer del que ya no podía liberarse. La levanté de peso, llevándola a horcajadas sobre mis rodillas. Por un momento, vi sus ojos cubiertos de un brillo de lágrimas, de deseo, de pasión. Apretados el uno contra el otro, nuestros corazones palpitaban encontrando una armonía común. Empujé con mi mano su cabeza hacia abajo, hacia mi polla grande y dura. Tenía la polla hinchada, roja de deseo. Tenía ganas de sentir sus labios, su lengua, sobre mi glande que comenzó a lamer con frenesí. La sensación de sus labios frescos sobre mi piel ardiente, me llevaron a un estado de éxtasis incontrolable. Apreté entonces mis manos alrededor de su cabeza intentando ser delicado, y entré con todo mi miembro dentro de su boca. Percibí cómo se contraía su respiración. No tenía una garganta profunda. Intenté controlarme, pero no pude, y enseguida le llené la boca de mi semen caliente. Me dejé caer sobre la cama con los brazos abiertos. Estaba satisfecho y feliz. Feliz por mí, por ella, por el momento que estábamos viviendo. Un momento en el que el cuerpo se unió al alma para elevarse al éxtasis.

—¿Sabes Samuel? Nunca lo había hecho así. Nadie me había besado así, y menos aún el culo —me dijo satisfecha.

—¿Te ha gustado? —le pregunté mirándola intensamente.

—Me ha vuelto loca. He disfrutado como nunca. Creo que he tenido un orgasmo increíble. No sé cómo explicártelo. En cualquier caso, gracias.

—Tenía muchas ganas de ti Martina. Pero tengo también mucho miedo —le dije pensativo.

—¿Miedo? Y ¿Por qué tienes miedo? ¿Te doy miedo? —me dijo riendo.

—¡No! Tú no. Tú no me das miedo, es más, te deseo aún más. Lo que me da miedo es la situación que estamos viviendo. Y las sensaciones que me llegan al vivirla. Somos tan diferentes, y tú eres tan joven.

—Yo estoy bien contigo Samuel, y quiero vivir contigo todo lo que pueda. Yo no tengo miedo. Y, además, la edad para mí no es un problema.

—Bueno Martina... un poco sí... diría que mucho. Pero no es solo la edad. Tú buscas un gran amor, un chico con el que construir un futuro, crear una familia, tener hijos. Yo soy un hombre que vive de aventuras, un lobo solitario. Y créeme, no lo digo para desanimarte, es la verdad.

—¿Quieres continuar tu vida solo? ¿No te gustaría tener una mujer que te amase, que estuviese junto a ti, que se preocupase por ti? También los lobos solitarios necesitan a alguien ¿No?

—Claro que lo querría, pero no con una jovencita de veinte años. Y, además, Martina, mi última historia de amor, se remonta a hace ya un año, y fue un desastre total. Una desilusión de la cual no estoy seguro de haberme recuperado todavía.

Se me oscureció el rostro recordando lo que había vivido y, por un momento, volví atrás en el tiempo.

—¿Ves Martina? La desilusión no es como la tristeza o el sufrimiento que, pasado un tiempo, se desvanece, reduciéndose a un recuerdo efímero. La desilusión en el alma continúa viviendo dentro de nosotros, y se mantiene viva haciéndonos pensar en aquello que podía haber sido y no fue. Y se necesita tiempo para recuperarse. Mucho tiempo. Y con cualquier persona que conozcamos, que nos guste, que nos haga sentir, que nos atraiga, intentamos protegernos para no sufrir de nuevo.

—Cuéntamelo, dime qué paso Samuel —me preguntó interesada en mi estado de ánimo.

—¡No! No... no... este no es el momento, no vale la pena. Teniendo en cuenta que todo lo que era importante para mí, para ella no valía nada.

—Pues entonces dame un beso, otro beso por favor... Tengo ganas de tus besos, para mí son importantes.

—¿Un beso? ¿Solo un beso? Yo aún estoy deseoso de ti.

Me acerqué a ella, cogí con fuerza su cara entre mis manos y comencé a besarla repetidamente. Quería que recordase para siempre aquella noche. Que se acordase de mí. Y, aunque decidiera no volver a verme más, habría quedado impreso en su mente. Su respiración era caliente y constante, su corazón latía con un ritmo relajado. Me besaba, susurrándome que no tenía intención alguna de marcharse, de dejarme, de irse. Cuando aquella noche se acurrucaba a un lado de la cama, yo la buscaba, me acercaba y sobreponía una pierna por encima de ella. Con un brazo le rodeaba el cuerpo para protegerla y defenderla del silencio, de la soledad, de la oscuridad, de las sombras, que parecía que querían poseerla. Para sentir aún más el calor y el olor de aquel cuerpo sudado contra el mío. Creo que la abracé toda la noche. Sus piernas tocaban las mías, entrelazándose a veces. Sus cabellos, enredados y esparcidos sobre las mejillas, le cubrían parte del rostro. Observaba su pecho grande y redondo cubierto por aquella sutil sábana de lino blanco. Me gustaba observarla cuando dormía. Parecía una niña pequeña, dulce e indefensa, sin ninguna protección. Me metí bajo la sábana como si fuese en la profundidad de un océano. El aire ahí abajo era más caliente y el olor de su piel un poco sudada, más fuerte, más natural, más animal. El sonido de su respiración era tan recóndito que no se daba cuenta de mi presencia. No se daba cuenta de nada. Hice deslizar suavemente la punta de mis dedos sobre su sexo para sentir su abultamiento. Sentía su palpar, las hendiduras, aquella leve protuberancia me excitaba. Aquel fino enredo de pelillos negros como el carbón y cuidados al extremo, resaltaba sobre el blanco marfil de la sábana de lino. Fui con la punta de la lengua a molestar a ese pequeño puntito que parecía estar durmiendo, dejando tras de mí una ligera estela de saliva. Martina seguía durmiendo, acunada entre sus sueños. El placer se mezclaba entre el sueño y la realidad, entre el rechazo y la aceptación, entre el abandono y el abuso. Mi miembro comenzaba a hincharse de nuevo poniéndose duro y latiendo de deseo. Entré lentamente dentro de ella y comencé a moverme con un ritmo cada vez más profundo y penetrante. Pero lento, muy lento. La escuchaba gemir, escondía sus gemidos en la almohada. Me apretaba el culo clavando sus dedos en mis nalgas y me empujaba con fuerza dentro de ella acelerando mi ritmo. Los suspiros se hicieron más pesados, y nuestro semen caliente fluyó en un orgasmo lleno de amor. Nos quedamos así, inmóviles. Ella, entre mis brazos, apretándose contra mí, yo, dentro de ella. Y el mundo allí fuera, el mundo que nos esperaba. Aquel mundo superficial que jamás habría entendido la intensidad del amor que estaba naciendo entre nosotros, era un mundo que no nos interesaba. Dormimos abrazados toda la noche. A la mañana siguiente cuando se despertó, me dio un beso y me dijo eufórica de alegría:

—He pasado una noche fantástica Samuel. Estoy feliz de haberte conocido.

—¿Feliz? ¿Por qué eres feliz? Feliz es una palabra importante, tal vez demasiado.

—¿Sabes Samuel? No sé si feliz es la palabra exacta, pero contigo estoy bien, me siento bien, no me he sentido así de bien jamás con un hombre...con ninguno.

—Bueno...creo que tampoco has estado con tantos con veinte años ¿No?

—No, no me he explicado. Quiero decir que contigo tengo la sensación de que podría hacer cualquier cosa. Podrías proponerme hacer cualquier cosa y yo realmente no podría negarme. ¡No sé si me entiendes Samuel! Es como si estuviese embrujada o con una energía misteriosa.

—¿Cómo me dices esto? ¡Ni siquiera me conoces!

Estaba intrigado con sus palabras y curioso por saber más.

—Créeme Samuel, sé lo que te digo. Una mujer, aunque sea joven como yo, estas cosas las siente. No es importante el tiempo para entenderlo.

—Te cojo la palabra Martina —le dije —¿Quién sabe si un día te propondré algo realmente insólito! quién sabe...

—¿Por ejemplo? —me preguntó curiosa

—Un día, no ahora. Ahora no es el momento, prefiero quedarme aquí tumbado hablando de nosotros.

El drama comenzó, cuando nos dimos cuenta de la hora. Eran las 16:00h de la tarde. Ninguno de los dos le había dado importancia al tiempo. Martina, dando un grito, salió de la cama con un salto. Se envolvió apresuradamente en la toalla, abrió la puerta de mi piso y, transitando por el pasillo del edificio semidesnuda, entró deprisa en su casa gritándome que me vistiera lo más rápido que pudiera. Sin entender el porqué de tanta prisa, me puse un par de pantalones vaqueros medio rotos y una camisa blanca para lavar. Divirtiéndome con aquella situación que me llevaba atrás en el tiempo. Una vez vestidos le di el casco y ella se subió de un salto en mi Scoopy. Después de unos diez minutos, llegamos a la estación de Sants, donde llegaba el tren AVE proveniente de Madrid hacia Barcelona. Aquel fin de semana sus padres, junto con su hermana pequeña Mónica de cinco años, venían a verla. Martina se había olvidado completamente. Pero aquello que en principio parecía un problema, fue superado sin ninguna dificultad y las cosas continuaron procediendo tranquilamente.

Era mi costumbre proponer a Martina veladas improvisadas y, sin ningún aviso previo, la llevaba a cualquier restaurante que había descubierto por casualidad. Al volver a casa, a veces algo achispado, se quedaba a dormir conmigo, sobre todo cuando llovía. La lluvia tenía sobre ella y sobre mí, la capacidad de unirnos y hacer que lo que cada uno sentía por el otro se hiciera más intenso. Aquella jovencita, aunque joven e inexperta, conseguía transmitirme sensaciones que yo no había experimentado con ninguna otra mujer. Recuerdo una noche cuando me desperté en mitad de la madrugada para ir al baño. Ella estaba allí, pegada a mí, durmiendo con el cuerpo descubierto y con la cara girada hacia arriba. Tenía los brazos cruzados tras la cabeza y las piernas ligeramente abiertas, inmersa en un sueño profundo. Tal vez debido a las tres botellas de vino que habíamos bebido con avidez en un restaurante de carne argentina. Cuando volví del baño, me quedé algunos instantes observándola antes de tumbarme en la cama de nuevo. Era hermosa, para mí más que hermosa. Encendí entonces una pequeña vela, cogí una botella de aceite perfumado que tenía en la mesita de noche, lo calenté pasándole por debajo la llama de la vela y me lo eché en las manos. Deposité después algunas gotas de aceite en varias partes de su cuerpo, pero sobre todo encima de su sexo. En la mitad de aquella ranura sutil el aceite bajaba como un río dentro de un dique. Cogí después algunas rosas rojas que tenía siempre metidas en un vaso de cristal sobre la mesa de mi escritorio. Cogí sus pétalos y, colocándolos delicadamente uno a uno, le cubrí el cuerpo, hasta esconderlo completamente bajo un manto de pétalos rojos. En contacto con el aceite caliente, los pétalos adhirieron a su piel deshaciéndose, perdiendo su fuerza, derritiéndose y acentuando su aroma. Un secreto que me habían enseñado hacía mucho tiempo las mujeres de Hong Kong. Comencé entonces con otros pétalos, que sostenía en la mano en forma de espátula, a esparcir los pétalos ya derretidos, llenando la habitación de un aroma indescriptible. Con las yemas de los dedos humedecidas con el aceite, acariciaba dulcemente su piel lisa y aterciopelada. Comenzó a despertarse, estando adormilada en aquel soñera en el que a veces se permanece con placer por la mañana antes de levantarse. Lubriqué con aceite también mi miembro, ya erguido y duro, y entré dentro de ella. Sus gemidos empezaron a escucharse.

—Sí... siii, pero ¿Qué haces? ¿Estás loco? Oooooh... estás loco... locooooo... siiiiii... amor...

amor.....sigue... si... sii... siiii... siiiii...

—Te deseo Martina. Te deseo con locura. Eres mía, solo mía.

—Sí... siiii... ooooh... Samuel soy tuya, solo tuya.

—Dime que harás todo lo que yo quiero, lo que te pida, lo que te ordene. Dímelo... dímelo. Te transformaré en mi esclava.

—Si... si... si... haz de mi lo que quieras. Haré todo lo que quieras. Soy tuya. Solo tuya. Tu esclava. Tuya para siempre.

Aún recuerdo la expresión de su cara al pronunciar estas palabras. Realmente, aunque Martina me transmitiese una cierta ternura debido a su joven edad, en el fondo era una mujer, y yo, debía vivirla por las sensaciones que sentía estando con ella. Tal vez por las experiencias vividas anteriormente, o por probar cualquier cosa que alimentase mi placer mental, amaba someter a una mujer y hacer de ella una esclava que obedeciera mi voluntad, mis placeres. Y todo esto, siempre sin implicarme demasiado en la relación. Pero con el tiempo y sin darme cuenta, aquel juego amoroso cambió sutilmente las reglas y nos encontramos, tanto ella como yo, inmersos en una relación que marcó de forma indeleble nuestras vidas.

En las vacaciones de Semana Santa, Martina volvió con su familia a Madrid, mientras yo decidí ir a pasar cinco días a la isla de Menorca. Aunque estábamos lejos el uno del otro, nos hablábamos por WhatsApp todos los días enviándonos mensajes llenos de erotismo. A veces, también alguna foto erótica. La mayor parte de las veces Martina, para satisfacer mis demandas morbosas, me enviaba un selfi que la mostraba en posiciones escabrosas. Un día me envió una foto tomada en la penumbra que la mostraba desnuda, tumbada en la cama, mientras se masturbaba, con una vela encendida y colocada sobre su ombligo iluminando su cuerpo. Lo que hacía que aquella chica fuese única para mí, era el entusiasmo que ponía al perseguir sus propios objetivos, sin interferir en mi vida privada. Evitando o superando siempre con una sonrisa mis problemáticas frustraciones o las dudas conflictivas que me afligían. Y, probablemente, a ella le gustaba mi carácter autónomo, libre y, en un cierto sentido, despreocupado. La total ausencia de presión hacia ella, hacia su tiempo, y hacia aquel mundo en el que a veces se escondía.

«Cada uno busca la mitad que le corresponde, para llenarse de felicidad y poder amar con intensidad. Solo así, una vez encontrada, el alma se lanza a la locura, grita de alegría y vive, manifestando su felicidad que transpira por todos los poros de la piel.

El amor es encontrar justo a esa mitad que, al estar juntos, hacer perder valor a todo lo demás. Porque aquello que sentimos nos llena de una alegría tan grande que querríamos parar el tiempo. Solo en ese momento somos conscientes de la paz, de la calma, de la serenidad que nos posee.

Existe a nuestro alrededor un universo que se mueve, que nos ve, que observa nuestro modo de ser, y de vivir. Conoce nuestros pensamientos y escucha nuestras palabras y ve si todo eso está en sintonía con nuestras acciones. Conoce también nuestros sueños, y si lo que buscamos lo merecemos y lo deseamos intensamente, probablemente nos ayuda a conseguirlo. El amor, llega solo a quien sabe darle el espacio justo y el tiempo que necesita para madurar»

## FORMENTERA

Un cambio radical en nuestra relación tuvo lugar en el puente del 1 de mayo. Caía justo en medio de la semana. Por lo tanto, teníamos, incluyendo sábado y domingo, cinco días festivos para estar juntos. Dos días antes de que empezara el puente, aprovechando que la noche anterior Martina había dormido en mi casa, mientras le preparaba para desayunar su capuchino con trocitos de chocolate dentro y sus galletas de mantequilla de la marca Molino Bianco, le propuse sin rodeos:

—Prepara una bolsa con lo necesario porque nos vamos a la playa.

—¿A la playa? ¿Y dónde? —me preguntó sorprendida.

—¡Martina! Nada de preguntas. Prepara una bolsa, mete dentro algunos trapitos y vámonos.

—¿Trapitos? Perdona, pero yo no tengo trapitos. Y, además, ¿Me dices dónde vamos?

—¡Vamos! Es una sorpresa.

Me miró asombrada y pasó a la acción sin preguntarme nada más. Ya hacía una semana que había decidido pasar esos cinco días con ella en Formentera. Había reservado un vuelo previamente y, allí, una vez que llegáramos al puerto de Ibiza, un ferri nos llevaría a aquella maravillosa isla en unos veinte minutos de navegación. El Caribe de Europa. Playas blanquísimas y agua cristalina. Reservé un agradable hotel en un pequeño pueblo de pescadores, completamente renovado. Caló de San Agustí. Antiguamente era un pequeño puerto, donde los barcos de pequeñas dimensiones llegaban repletos de madera y carbón que, una vez descargados, vendían a la gente del lugar y que estos, a su vez, distribuían por la isla. Después de haber aparcado la moto alquilada nada más pisar la isla a uno de los muchos negocios que encontramos al desembarcar, le propuse que nos bañáramos inmediatamente en el mar. Aunque después, fue un poco vergonzoso entrar en el hotel, mojados, con la ropa enrollada, tirando de las maletas y con los pies llenos de arena. Parecíamos dos inmigrantes desembarcados hace poco. La chica del hotel, una simpática y regordeta morenita, rellenita al punto justo, sorprendida por nuestro estado, registró la entrada con una cierta indecisión. En ese instante Martina me sonrió preguntándome si yo había nacido chiflado o me había vuelto así con el paso del tiempo.

—¿Ha sido quizás una mala idea? —le pregunté.

—No, para nada, es la mejor idea que has tenido desde que nos conocemos. Pensaba que estas escenas solo se vivían en las películas.

Nos dieron una habitación con vistas a la mar, dotada de una pequeña terracita donde se podía tomar tranquilamente el sol desnudo sin que nadie nos viera. Cuando entramos en la habitación, le quité el bañador mojado y empecé a besarla. Sentí su piel que transpiraba de excitación y entré dentro de ella al natural. Cuando Martina, después, vio llenarse el vientre de mi líquido caliente y espumoso, se le bloqueó la respiración. Probablemente no estaba acostumbrada a gestionar ese

tipo de situaciones. De hecho, se sintió algo desconcertada al encontrarse tumbada en la cama con la vagina literalmente rebosante de todo mi placer.

En la isla nos desplazábamos con una moto de campo de cuatro ruedas, como las del Paris Dakar, con la que podíamos ir sobre la arena. Aprovechando que con esa moto, al igual que con un pequeño tanque, podíamos movernos libremente incluso sobre terrenos áridos e irregulares, un par de veces, después de haber cenado, de noche, fuimos a las grandes playas de La Savina, Ses Illetes, y de Levante, buscando un rincón aislado donde zambullirnos en el agua. Iluminados solamente por la luz de la luna. Para que nuestra estancia fuera más agradable y poder visitar las calas más hermosas, e incluso las piscinas naturales como Punta Pedrera, alquilé, a una agencia de pequeñas embarcaciones, una lancha neumática Zodiac amarilla y gris de casi seis metros, con la que descubrir los lugares más inaccesibles de la isla.

Aquel famoso domingo, un día caluroso y bochornoso, dimos una vuelta con la lancha neumática bordeando la costa de la isla a una velocidad no demasiado elevada. Martina, apoyada en los codos, y relajada sobre los cojines delanteros que le hacían de tumbona, tomaba todos los rayos de sol disponibles llevando solo un mini bikini. Cuando nos encontrábamos a unas millas de la costa, le pregunté si aquella situación no la invitaba a hacer algo más divertido que tomar el sol. No se lo tuve que repetir dos veces, estiró una pierna y me apoyó un pie en la ingle, percibiendo inmediatamente mi excitación. Liberé mis genitales del bañador y ella empezó a deslizar arriba y abajo las plantas de los pies sobre mi miembro ya duro.

—Eres el hombre más loco que conozco —me dijo riendo.

Esa forma tan especial que tenía de reír en todas las situaciones me transmitía una alegría de vida difícil de describir.

—¡La culpa es tuya Martina! Eres tú la que me provocas solo mirándote. Venga... ven aquí cerca de mí, que apago el motor.

—Venga ya Samuel...pueden vernos.

—Y, ¿A quién le importa? Que nos miren si quieren. Verán algo bonito. Y, además, tengo unas ganas locas de hacer el amor contigo. Aquí, en medio del mar, es inspirador.

Apagado el motor de la lancha neumática, me apoyé con la espalda en el lateral de la proa e hice que se pusiera encima de mí. Con un movimiento delicado y sensual, se puso de pie y volvió a caer dulcemente sobre mi miembro. Cuando entré dentro de ella, habría deseado permanecer ahí para siempre. Nuestros labios se acercaban, se exploraban, se tocaban, se rozaban, se comían con pasión, humedecidos por nuestras salivas. Su lengua se encontraba con la mía y descendía lentamente por mi cuello, bajo la barbilla, se paraba y lo mordía haciéndome sentir los dientes. Movía lentamente la cadera apretándome con los brazos y acercándose con su cuerpo al mío. Casi no podía respirar de la emoción. Puede que alguna embarcación pasara cerca y nos viera, pero no habría podido interrumpir aquel acto amoroso. Lo que estábamos sintiendo era mucho más que un placer físico, era un distanciamiento absoluto del mundo. Una exclusión de la realidad. Existíamos solo yo y ella. Le aguantaba el culo con las manos siguiendo el ritmo de sus movimientos. Sosteniéndola con una ligera presión hacia arriba cuando se levantaba, y empujándola hacia abajo cuando descendía. Se movía lentamente y en profundidad, sintiendo mi miembro hasta el fondo. Para sentirlo aún más, se apoyaba con las manos a la lancha neumática y yo arqueaba el torso sosteniéndome con los pies. En aquella posición, su pecho grande y duro, se relajaba cubriéndome el rostro. Y yo, con los labios, me hacía un hueco chupándole los pezones. Nuestros cuerpos sudaban bajo aquel sol que asistía, como un espectador silencioso e impasible, a nuestro acto de amor. Terminamos ambos sudados y nos zambullimos desnudos directamente en el mar para refrescarnos. Desde ese momento entendí que hacer el amor no era solo entrar y salir, sino que era

un juego de complicidad recíproca.

Luego, hicimos una excursión a la Isla de Espalmador. Un islote desierto, accesible solo a través del mar. El agua era cristalina como no la había visto nunca, y la arena blanquísima. Cuando llegamos, me tumbé en la arena en la orilla del mar, con la parte alta del torso fuera del agua y las piernas dentro. Ella estaba cerca de mí mirándome. Sin decir ni una sola palabra, me quitó el bañador, se quitó el suyo, y se colocó de nuevo sobre mí. Martina quería hacer el amor en cualquier momento. Las pequeñas olas contribuían a darle un movimiento más penetrante al descender y más ligero al elevarse. Sus cabellos mojados, largos y negros, le cubrían el rostro y, cuando descendía sobre mí apoyándose con los brazos en mi espalda, le caían hacia adelante. Veía solo sus labios abriéndose camino entre el cabello, para dejarme apreciar el placer que estaba experimentando. Podía gritar y desahogar su libido. Nadie podría escucharla. Estábamos solos en la isla. Al menos eso era lo que yo creía.

«En la vida de todo ser humano, existe una gran diferencia entre los momentos que se suceden. Cada instante está lleno de algo y, a veces, resulta imposible explorar esas realidades. No sabemos con precisión de dónde se derivan ciertas sensaciones o ciertos pensamientos que nacen de repente dentro de nosotros y nos atraviesan el corazón.

Los eventos más significativos que se producen nos sorprenden y se manifiestan contra nuestra voluntad. Somos espectadores ante un río de pensamientos que cambian el flujo de nuestras horas y tienen la capacidad de transformar nuestro estado de ánimo haciendo que reaccionemos de forma diferente. Tenemos que reconocer que esas mágicas visiones provienen de una energía desconocida, obligando a cada uno de nosotros a pasar por su verdadera esencia y su carácter. Por las experiencias vividas, las fantasías soñadas y los recuerdos aún vivos en los rincones más ocultos de nuestro ser. Y si es verdad que la vida no se mide por la cantidad de veces que respiramos, sino por las que permanecemos sin aliento, significa que nada de lo que nos sucede es por casualidad»

## DOS CHICOS

Delante de nosotros, a pocos metros de distancia, escondidos detrás de un arbusto, dos chicos disfrutaban de la escena masturbándose. Me di cuenta por casualidad, porque vi algunas ramas de ese arbusto moverse.

—Martina, no levantes la cabeza ahora mismo, haz como si nada, pero hay dos chicos que, escondidos detrás del arbusto que se encuentra a nuestra derecha, nos están mirando.

—¿Qué? —me respondió interrumpiéndose— ¿Hay dos chicos que nos miran? ¿Dónde? ¡No veo a nadie!

—No te pares... no te pares, sigue moviéndote como si no pasara nada. Detrás de nosotros, en el arbusto a mi derecha, hay dos chicos que nos miran. Creo que están desnudos y que se están masturbando.

Cuando Martina se dio cuenta, vi cómo cambiaba la expresión de su rostro.

—Madre mía, ¡Qué vergüenza! Me quiero morir.

—Venga Martina, no digas tonterías, es divertido. Sigue moviéndote como si no estuvieran y veamos qué pasa. ¿No te gusta la idea?

—La idea de que alguien te mire mientras hacemos el amor es muy excitante, pero me bloquea. Me da un poco de miedo.

—Sigue moviéndote—insistí yo— hazles ver cómo lo haces. Verás que es divertido.

Normalmente, si había alguien que nos pudiera ver, Martina no solo no quería que la tocara, sino que quería irse. Ya había pasado otras veces. Y yo, para respetar sus tiempos aún demasiado prematuros, siempre había aceptado. Sabía que, si quería llegar a ella, si quería someterla y hacerla mi esclava, debía tener un poco de paciencia y darle el tiempo y la confianza que necesitaba. Pero finalmente, Martina me susurró que aquella situación le excitaba muchísimo y que también ella tenía curiosidad por ver lo que sucedía. Era la primera vez que Martina y yo hacíamos el amor al aire libre de una forma tan explícita delante de alguien que nos miraba. Al oír aquellas palabras, me invadió una ola de perversión y mi excitación aumentó. Ella se dio cuenta, y con una mano tocó al final de mi miembro sintiendo su dureza. Lo apretó fuerte para que se hinchara aún más dentro de ella, y empezó a restregarse frenéticamente contra mí, subiendo y bajando su cuerpo. Con el corazón que me latía a mil por la excitación, por ella y por aquellos dos chicos que escondidos detrás del arbusto se tocaban, le abrí las nalgas del culo para que pudieran verlo mejor. Visto que se habían dado cuenta de que, a pesar de su presencia continuábamos, uno de los dos chicos, el más joven, se armó de valor y salió del arbusto acercándose a nosotros. Sin dejar de mirarnos, con su miembro duro y recto que seguía tocándose, y con los ojos lánguidos y el rostro rojo de deseo, se sentó a nuestro lado. Tenía una polla enorme, exageradamente grande. Sintiéndose aceptado, se acercó aún más. Solo a un metro de distancia de Martina, que había

aflojado el ritmo. Entendí, intercambiando una mirada con el chico, que deseaba el cuerpo de Martina. Quizás, de una cierta forma, se presentaba la ocasión perfecta para que yo pudiera empezar a educarla según mis deseos.

—¡Martina! —le dije susurrándole en una oreja. ¡Mira cómo te observa! Se lee en sus ojos que le gusta cómo te mueves.

—Samuel, ¡Este chico me está poniendo nerviosa! —me dijo con un tono de voz exasperado.

—¿Por qué? ¿No te gusta la situación? Yo la considero excitante. Este chico no tiene más de 25 años y es muy atractivo. Tiene un miembro realmente grande. Enorme. Mucho más grande que el mío.

—Samuel...—Me dijo acercándose aún más a mí—Tiene un miembro exagerado. ¡Claro que lo he visto! Es enorme y, además, parece muy duro. A decir la verdad, me excita mucho ver cómo se lo toca. Pero me violenta un poco porque invade nuestra intimidad.

—Martina... Creo que ha llegado el momento en el que deberías empezar a vivir algo más sexual, insólito, diferente.

—¿Por ejemplo? —me preguntó mirándome a los ojos—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres proponerme?

—¿Por qué no dejamos que participe? Utilizamos a este personaje que ha aparecido de repente para darnos más placer. Por otra parte, estamos solo tú y yo en esta isla.

—¿Quieres que participe? ¿Ahora? ¿Y para qué? Yo estoy dispuesta a hacer de todo contigo, pero no con un desconocido. Y, además, ¡Ni siquiera lo conocemos!

—Pero ¡Martina! Precisamente eso es lo bonito. No sabemos quién es. No volveremos a verlo nunca más. Venga Martina, déjate llevar... fíate de mí... fíate.

—Lo intentamos si quieres, pero con una condición.

Notaba que no estaba segura de sí misma y tampoco de la situación que estábamos viviendo.

—¿Qué condición?

—Suceda lo que suceda con él, no pares nunca, ni siquiera un solo momento, de mirarme a los ojos. Quiero saber que estás aquí. Que estás. Que estás conmigo.

—Te lo prometo... Te lo prometo mi amor.

Me giré hacia el chico y, con un gesto de la cabeza, lo invité a participar. Él, sin hablar, se acercó a nosotros tanto que nos podía tocar con la mano. Martina me miró, pero no dijo nada. El chico, que mirándolo de cerca no tenía realmente más de 25 años, empezó a masajearle la espalda. Se colocó de pie detrás de Martina, acariciándole la cabeza, los hombros. Sus manos descendían poco a poco por delante acariciándole incluso los pechos, pasando por arriba y juntándose hacia abajo en el vientre. Entendí que deseaba con pasión su cuerpo. De pie, delante de nosotros, se veía la potencia de su polla, era enorme. Martina seguía moviéndose sobre mí gimiendo de placer. Presa de una excitación física y mental que no era capaz de contener.

—Me parece que está exagerando—me dijo susurrándome en el oído. Me está tocando de una forma demasiado atrevida.

—No... no te preocupes, déjate llevar, es una situación excitante. ¿No te gusta?

—Si... Siiiiii, claro que me gusta. Me gusta mucho., pero tengo miedo de que la cosa se nos vaya de las manos.

—No te preocupes... No te preocupes Martina—le dije tranquilizándola—¿Quieres o no quieres ser mi esclava?

—Si... Siiiiii, claro que quiero Samuel. Pero esta situación me parece...

—Entonces tienes que seguir mis órdenes. Debes hacer lo que te digo, sin interrumpir este

mágico momento.

Martina, mirándome con los ojos brillantes de excitación, me respondió sin dudar.

—De acuerdo Samuel, tienes razón. Haz conmigo lo que quieras, soy tuya y solo tuya.

Al oír estas palabras dichas con tanta sumisión, le hice un gesto al chico para que empezase a tocarla de la forma más íntimamente posible. Entonces, bajó la mano por delante y, con la punta de los dedos, empezó a tocarle el clítoris, ralentizando mis movimientos, pero sin impedirme de poseerla. Cogí entonces con las manos sus pechos, apretándolos y acercándolos entre ellos. Yo seguía tumbado en la arena, con el miembro dentro de Martina. Le cogí la mano izquierda y, desplazándola hacia el miembro del chico, la forcé un poco para que lo tocara y sintiera entre sus dedos ese miembro grande y duro. Martina opuso una leve resistencia y, en el primer intento, retiró la mano.

—¡No! ¡No! No, Samuel, no quiero... no quiero.

—¡Haz lo que te digo! Cógelo con la mano y empieza a tocarlo. ¡Es una orden! Eres mi esclava.

—No... no... no quiero.

—¡Tócalo! ¡Tócalo! —le decía ordenándolo— ¡De lo contrario le digo que empiece a follarte! ¿Quieres que lo haga? ¿Quieres que él te folle?

—No... no... ¡No!

—¡Entonces haz lo que te digo!

Le cogí de nuevo la mano y la acompañé con un gesto hacia el miembro de aquel chico. Ella, temerosa, pero sometida a mi deseo, aceptó el juego y lo cogió en su mano sin poder cerrarla por el gran tamaño de su miembro. Empezó a tocarlo con el movimiento de la mano de arriba abajo, lo más rápidamente posible. Entendí que, también Martina, excitada por la situación, se sentía libre de expresar su sexualidad. Con ese comportamiento de mujer experimentada, amante del sexo, me daba a entender el grado de complicidad que estaba naciendo entre nosotros. La escena no duró mucho, el chico, con un ahogado gemido, alcanzó rápidamente el orgasmo y se fue corriendo. Poco después, también Martina y yo finalizamos nuestra relación sexual. Aquella experiencia cambió definitivamente nuestra vida sexual. Nuestras fantasías se habían enriquecido por una conexión mental que nos hacía sentirnos cada vez más cerca el uno del otro.

De nuevo en la lancha neumática, en el camino de vuelta hacia el hotel, observaba a Martina pensando en las escenas que había vivido. Entendí que vivía dentro de ella una parte perversa y masoquista, sometida y rebelde, que iba en busca del placer más desenfrenado, más morboso, más prohibido, que se le presentara. Una continúa búsqueda de sensaciones nuevas.

—Dime Martina—le pregunté para romper el silencio—¿Te gustó cuando ese chico vino cerca de ti y empezó a tocarte?

—¡Sí! Me gustaba mucho. Ha sido muy excitante.

—¿Qué ha sido muy excitante? quiero decir, ¿Qué es lo que te ha excitado?

—Quiero ser sincera contigo Samuel. Al principio no me gustaba para nada la idea de que otro hombre pudiera entrar entre nosotros mientras hacíamos el amor. Pero, cuando ese chico se ha acercado con ese miembro grande y duro hacia mi cara, y ha empezado a tocarme cada vez más descaradamente, he dejado de ser yo. He dejado de pensar. Y me he dejado llevar, transportada por las agradables sensaciones que ese cuerpo extraño me transmitía. Ese miembro que latía entre mis manos como un corazón, parecía tener vida propia.

—Y si te hubiera dicho que te lo follaras, ¿Lo habrías hecho? ¿Habrías dejado que él te follara?

—Creo que no, pero... para ser sincera, hasta hoy nunca había pensado que habría podido llegar a hacer lo que he hecho contigo. No pensaba que fuera capaz de tanto. Pero lo he hecho.

—No te entiendo... ¿Qué quieres decir?

Lo había entendido perfectamente.

—Quiero decir que, quizás, vive dentro de mí una mujer que ni siquiera yo conozco. Lo opuesto de lo que soy. Capaz de hacer y aceptar cualquier cosa.

—¿Y no estás contenta? Has descubierto una parte de ti que no conocías. Quizás, vive dentro de ti una mujer que necesita emociones para sentir placer. Por eso sales conmigo. Para que yo pueda hacer que entiendas lo que vive dentro de ti. De hecho, Martina, yo también soy así. El amor simple, rutinario, banal, me aburre y me cansa.

—¿Y quién crees que sea yo Samuel?

—¿Quién eres? ¿Qué vive dentro de ti? Son cosas muy diferentes, ni siquiera yo estoy seguro. Pero ¿Tú qué quieres de ti misma?

—No lo sé, ya no estoy segura de nada. A ver, yo creo saber quién soy, pero últimamente, estando contigo, me sorprende cada vez más de mis acciones. No solo de lo que hago, sino también de lo que siento y pienso. Eres capaz de abrumarme y llevarme a un estado mental en el que ya no me siento dueña de mí misma. Solo tengo ganas de dejarme llevar por lo que estoy viviendo. Ya no estoy segura de nada, ni siquiera de conocerme.

—Para mí Martina, tu eres lo que muchas mujeres habrían querido ser, pero no han tenido nunca el valor de serlo. ¿Culpa de ellas? ¿Culpa de sus hombres que no quieren que conozcan su sexualidad? Es difícil de decir. La mayor parte de las mujeres reprime sus deseos sexuales para no romper una falsa e hipócrita, llamémosla, social armonía que se establece con el tiempo en una pareja... Por esto todos, y todas, traicionan y se separan. La rutina les mata.

—¿Y a ti? ¿Qué tipo de mujer te gusta? ¿Cómo soy o cómo imaginas que podría ser? A parte de la atracción física, ¿Qué te gusta de mí?

—Me gustas porque eres una mujer preparada para satisfacer cualquier placer erótico que se le presenta. Una mujer dispuesta a vivir esas experiencias que permanecen dentro de cada uno de nosotros, no solo como un placer físico, fácil de olvidar, sino como algo que te transporta cada vez que lo piensa, en otra dimensión. A ver Martina, lo que me fascina de una mujer, lo que me atrapa, o que hace que me enamore, no es el hecho de que sea hermosa, fascinante, inteligente o rica. Lo que realmente me atrae es su capacidad de aceptar el placer de la vida cuando se presenta. Como tú.

Me di cuenta de lo que le había dicho era difícil de aceptar por una chiquilla de 20 años como Martina, pero tenía que desenmascaramme. No podía seguir jugando con ella. Quería que entendiera qué tipo de hombre tenía delante, para poder elegir de irse o aceptar mi código. Se levantó y se me acercó casi queriendo susurrarme algo en el oído. Cogió mi cara entre sus manos y, con un hilo de voz, me dijo.

—Deduzco que, además de ser un lobo conquistador, un depredador, como te gusta definirte, eres también un hombre dominante. Un hombre con una dureza que no había visto nunca, al que le gusta que los demás obedezcan y sigan sus órdenes sin discutir. Sobre todo, las mujeres. Creo que llegar a ser tu esclava, significa pasar unos límites que no se si estoy dispuesta a atravesar. Pero... después de las sensaciones que he sentido hoy contigo, incluso cuando mi cabeza me decía que no. Que me levantara y me fuera. La parte de mujer que tú estás descubriendo consigue aceptar tus órdenes más fácilmente. Aunque si yo...—y me lo dijo poniéndose seria—no soy una chica fácil de conquistar, y mucho menos de doblegar a tus deseos.

—¡Eso ya lo veremos! —le respondí decidido.

Llegamos así, después de casi veinte minutos de navegación al Puerto de la Sabina para

devolver la lancha neumática a la agencia y poder ir a relajarnos a la piscina del hotel.

«No he creído nunca en los amores demasiado fáciles, que se deslizan sin escollos y fluyen sin encontrar obstáculos. No los he visto nunca auténticos. Siempre he pensado que fueran portadores de un segundo fin. Creo que las personas son tan diferentes y complicadas entre ellos, que no es fácil para nadie encontrar su alma gemela.

A veces se lucha para superar ciertas diferencias, pero se debe luchar para acercarse. A veces se discute para superar momentos difíciles, pero se debe discutir para conocerse. Por otra parte, el amor es una alianza que une a dos personas más que cualquier otra cosa, y se respalda con todo su peso sobre la lealtad, sobre la sinceridad, sobre la fidelidad, sobre la complicidad, pero, sobre todo, sobre el diálogo. Sin estos tratos sagrados, el amor no es nada»

## UN PARTIDO DE TENIS

El hotel que estaba en frente del nuestro, había organizado, para quien quisiera participar, un pequeño torneo de tenis. A la pareja ganadora le regalarían, como premio, una excursión en barco. Aunque el tenis no era mi deporte preferido, y tampoco el de Martina, para no desperdiciar otro día tomando el sol, decidimos participar equilibrando así el número de inscritos. Nos encontramos en la final, y ahora que lo pienso no sé ni siquiera como conseguimos llegar, a una pareja de holandeses que sin dificultad alguna, nos ganó en el campo. Una vez finalizado el partido, el marido de ella, un gigante de más de dos metros se fue corriendo a su habitación a descansar. También su mujer, al menos creo que lo era, una rubia que no estaba nada mal, con un cuerpo atlético y definido, sin dignarse ni siquiera a dedicarnos una sonrisa, parecía que tenía mucha prisa por irse. Martina, sin embargo, se dirigió tranquilamente hacia el vestuario femenino privado y yo me dirigí hacia el mío, que estaba justo al lado del femenino. Cuando entré en el vestuario, levantando la mirada, me di cuenta de que estaba separado del femenino solo por una pared hecha de troncos de árbol puestos en fila como una fortaleza. Vi, en la parte superior, una fisura más grande que las demás. Cogí un taburete, el que utilizan los árbitros para sentarse cuando asisten a un encuentro de tenis, me subí y observé con mucha atención el vestuario femenino. Inmediatamente tomé conciencia de todo. Desde aquella altura, y en aquella posición, podía ver lo que sucedía sin ser visto. Me bajé de nuevo y, sin dudarlo, cerré la puerta del vestuario para que no me molestaran. Me subí otra vez al taburete y vi a Martina, que más bien con el rostro serio, había entrado hacía unos pocos minutos. Empezó a desnudarse para darse una ducha. Yo la observaba ignorando lo que estaba a punto de suceder. En lugar de entrar bajo la ducha, Martina empezó a mirar, con una cierta curiosidad, su cuerpo reflejado en el gran espejo que ocupaba toda la pared. Se acercaba, observando entusiasmada sus formas, que se delineaban asumiendo una forma más sensual, redonda, femenina. Los senos, grandes y duros, se movían ligeramente cuando se giraba sobre sí misma, levantándose sobre la punta de los pies. Notaba en su mirada que el placer de observarse se volvía, poco a poco, un placer físico. De hecho, empezó lentamente a frotarse con la palma de la mano entre las piernas. Se giraba sobre la punta de sus pies y se observaba el culo sacándolo hacia afuera. Le pasaba las manos encima siguiendo dulcemente su forma. Nunca pensé que aquella chica tan joven e inexperta, de buena familia y bien educada, enfrentándose a sus primeras experiencias sexuales, fuera mentalmente tan morbosa. ¿Qué fantasía erótica estaba atravesando su mente en ese momento? ¿Quizás lo que vivimos en la playa la había alterado? Me vinieron entonces a la cabeza las confesiones que me hizo dos noches antes, cuando le pedí que me contara alguna fantasía erótica. Fuimos a cenar a la luz de las velas, a un restaurante francés de San Francisc Uno de esos lugares escondidos y acogedores, donde se podía hablar tranquilamente escuchando una música suave.

—Venga Martina, no te hagas rogar, cuéntame tu secreto. Dime cuál es la fantasía sexual que te

da más morbo.

—¿Secreto? —me respondió sonriendo—No sabría decirte realmente qué es lo que me da más morbo. Pero ¿Por qué lo llamas secreto?

—Porque es algo que quizás puedes hablar con una amiga, difícilmente con un hombre, y menos aún con tu chico. Sabes cómo son los hombres, ¿No? Tienen celos incluso de las fantasías de una mujer. Por esto todos se dejan. Las mujeres con hombres de ese tipo se aburren.

—No lo haría nunca —me dijo seria, anticipándose a lo que estaba por decirme—pero creo, repito, solo creo, que mi fantasía, como la de muchas mujeres, sea la de ser poseída por una mujer, o al menos saber qué se siente.

—Creo que esta sea la fantasía de casi todas las mujeres. Pero dime Martina ¿Cómo te gustaría que aconteciera? Quiero decir, ¿Cómo te gustaría que fuera? ¿Con violencia o con dulzura?

—¿Con una mujer dices? Bueno... sin duda me gustaría que fuera muy, muy dulce, lento. No me gusta la violencia. De todas formas, repito...va a seguir siendo una fantasía. Las mujeres nunca me han gustado.

—¿No te ha sucedido nunca que una amiga, o alguien que conoces, se acercara a ti para hacerte proposiciones indecentes? Digamos, tentadoras.

—¡No...! ¡No! ¿Estás loco? Te he dicho que es solo una fantasía.

—Sabes... siempre he pensado que el sexo entre dos mujeres es más suave, natural. No hay esa violencia y brutalidad que existe como entre dos hombres.

—Sí, en esto tienes razón. Yo también pienso lo mismo. De todas formas, creo que no llegaría a sentir el mismo placer. No sé. Tengo la sensación de que me faltaría algo.

—Pero ¿Serías activa o pasiva? Quiero decir... ¿Te dejarías involucrar y participarías o permanecerías bloqueada?

—No lo sé. Realmente no lo he pensado nunca. Como ya te he dicho, siempre ha sido una simple fantasía. No sé. ¿Qué quieres que te diga? Creo que no. No me involucraría. A mí me gustan los hombres.

—¿Y con dos hombres lo harías? Dos amigos, por ejemplo. Si te gustaran los dos y te encontraras en esa situación, ¿La vivirías?

Vi sus ojos brillar con una luz que no logré descifrar. Y con una media sonrisa traviesa me dijo:

—¿Qué preguntas! ¿Cómo puedo saberlo? Como te he dicho, para mí... sería más fácil con dos hombres que con una mujer. Aunque sería muy violento.

—¿Preferirías dos hombres a una mujer?

—Creo que sí. Te lo he dicho, era una fantasía, a mí las mujeres no me atraen.

Los morbosos diálogos de la noche anterior, que me atravesaban la mente en ese momento, fueron interrumpidos por la puerta del vestuario femenino que se abría. Vi entrar a la mujer holandesa que había jugado al tenis contra nosotros hacía media hora. Alta, un físico esbelto y más bien musculoso. Pecho no grande pero firme, piernas largas y un culo de modelo, duro e pequeño. Tenía que ser una mujer fuerte. Martina, pillada por sorpresa, aún desnuda delante del espejo, avergonzada por la circunstancia, se apartó y se dirigió rápidamente hacia su taquilla para coger la toalla y todo lo necesario para darse una ducha. Vi que la holandesa le echó una mirada casi de desprecio. Como si le hubiera fastidiado descubrir a Martina mirándose en el espejo.

A través de esa ranura, podía observar, escondido en la sombra, sin ser visto, a las dos mujeres. Me di cuenta, para mi asombro, que la holandesa se acercó a la puerta principal del vestuario y la cerró con llave. Martina pasó por delante de ella, sin ni siquiera mirarla, y se metió en la ducha. Escuchaba cómo caía el agua. La holandesa se desnudó, cogió su toalla y, después de unos

minutos, la vi entrar también en la ducha. Las dos habían desaparecido de mi vista. Oía solo el ruido del agua. Decidí, de todas formas, esperar sentado. Tenía el presentimiento de que iba a suceder algo. Después de unos minutos, cuando salieron de la ducha con la toalla alrededor del cuerpo, la holandesa se acercó a Martina y le puso las manos en los hombros para ayudarla a secarse. Martina la miró avergonzada por esa inesperada amabilidad. Alejándose un poco, le sonrió para agradecerle el gesto. Pero la holandesa le agarró por el brazo y, como si no hubiera pasado nada, siguió pasándole la toalla por los hombros. Luego, con un gesto brusco, le quitó la toalla de la cintura dejándola completamente desnuda. Martina la miró asombrada, le sonrió por educación, pero se veía que se encontraba incómoda.

—Gracias...gracias—le dijo algo confusa—puedo hacerlo sola.

Y de un tirón, intentó recuperar su toalla. Pero la holandesa fue más veloz y, con un gesto rápido la recuperó, tirándola al suelo a pocos metros de ellas. Vi el rostro de Martina ponerse rojo de rabia.

—Pero ¿Qué hace? ¿Está loca? Perdone señora, —dijo recuperándose—no me gusta que una mujer toque mi cuerpo. Se lo agradezco, pero lo haré yo... se ha tomado unas confianzas que no debía, ni siquiera le conozco.

Mientras tanto, la holandesa se había acercado y le agarraba por un brazo.

—¡Déjeme! Déjeme por favor... —le dijo Martina ya enfurecida.—¡Le he dicho que me deje! —le gritó.

Pero la holandesa, sorda a aquellas palabras, empezó a pasar la toalla por el cuerpo de Martina. Por el pecho, la barriga, entre las piernas. Martina permanecía inmóvil. Petrificada ante aquella situación que no sabía gestionar. Vi después que, con una actitud decidida, la holandesa tiró la toalla y se arrodilló delante de Martina. Con las manos le agarró con fuerza el culo, y lo apretó acercándose con su boca al sexo de Martina, que, cogida por sorpresa de nuevo, no sabía cómo reaccionar. Su instinto fue el de alejarse, liberarse de aquella situación. Consiguió escaparse y se sentó en un banco en una esquina del vestuario. Cruzando las piernas y los brazos, adoptando una posición de defensa y de rechazo, empezó a gritarle muy alterada.

—Pero usted está loca. Está loca... ¡Loca! Váyase o llamo a alguien —le gritó furiosa —

La otra, nada intimidada, ni por el rechazo, ni por los gritos, se sentó a su lado, abrazándola y apretándola contra ella. Vi un enérgico rechazo da parte de Martina, que intentó empujarla fuera, para alejarla de donde estaba sentada. Un silencioso enfrentamiento. Los brazos se cruzaban y los cuerpos se endurecían. Ambas se tiraban de los pelos con fuerza. Como si estuviera en marcha una lucha entre las dos, de hecho, lo era. Pero la holandesa era físicamente más fuerte. Martina empezó a gritar casi suplicándole.

—Pero ¿Qué hace? ¡Pare señora! ¿Qué hace señora? ¡Pare, por favor! ¡Pare! ¡Está loca! No... no... ¡No quiero! Martina consiguió escapar otra vez. Se puso de pie y corrió rápidamente a la otra parte del vestuario, hacia la salida. Agarró con las dos manos el pomo de la puerta, moviéndolo enérgicamente para abrirla. Pero no le fue posible. La puerta estaba cerrada con llave. En ese momento, la holandesa, con aire decidido, se puso en pie enérgicamente y, con una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro se acercó con paso lento hacia Martina que no sabía ya qué hacer. Yo, sentado arriba y escondido en la sombra, tenía curiosidad por ver lo que iba a suceder. Tenía la vaga tentación de intervenir, pero la situación era tan excitante que decidí presenciarla sin moverme. Mientras tanto, la mujer holandesa había conseguido coger, con su delgada y gran mano, las muñecas de Martina, llevándolas hacia arriba y empujándolas contra la pared. Con una pierna, consiguió abrirse camino entre las piernas de Martina, echándose encima con el peso de su cuerpo. La agarraba firmemente para que no pudiera ni liberarse ni huir.

—Pero ¡Qué hace! ¡Deje que me vaya! No...No...¡No quiero! ¡No quiero hacer esto! Pero ¿Cómo se permite? Déjeme... ¡Déjeme o empiezo a gritar! ¡No! ¡No!

Ahora su mirada era más preocupada. Sus ojos reflejaban algo de temor por esa situación que se le estaba escapando de las manos. Mientras tanto, la holandesa se había acercado con su boca a los labios de Martina, besándole con gran pasión y sensualidad. Martina intentaba huir girando la cabeza, pero ella la mantenía contra la pared y le impedía cualquier movimiento. A un cierto punto, las dos bocas se unieron y los gestos de rechazo se bloquearon. Vi la cabeza de la holandesa que se movía suavemente y, cuando la retiró, vi que Martina respondía a sus besos. Su cuerpo estaba invadido de placer. Entendí que el deseo de probar una experiencia nueva e insólita se había apoderado de Martina. Mientras la holandesa, con una mano bloqueaba sus muñecas, con la otra cogió sus pechos y empezó a apretarle los pezones con los dedos. Su lengua envolvió un pezón. Los succionaba, lo chupaba, lo mordía. Sabía muy bien que, entre el dolor y el placer, existía una línea muy sutil. Martina, asustada por esa situación que se le había escapado de las manos, retomó los movimientos de rechazo y de rebelión.

—Pero ¿Qué hace? Déjeme...déjeme...no...no...no quiero... ¡He dicho que no! Noooo... por favor.

Pero la holandesa, con una fuerza inesperada, la golpeó fuerte contra la pared para que entendiera, de una vez por todas, que ella era la que mandaba. Se apartó del cuerpo de Martina y le dio una bofetada en la cara. Y luego otra. Los ojos de Martina se abrieron de golpe. Permaneció inmóvil, petrificada, sin decir una palabra. La holandesa, dueña de la situación, puso su mano en el sexo de Martina y empezó a frotarla enérgicamente de arriba a abajo. Martina empezó a gemir, cerró los ojos, y se dejó llevar por el placer que aquella mano femenina le daba.

—Siii...si... si...no pares, sigue... sigue...no te pares. —ahora la trataba de tu.

La holandesa seguía tocándola con maestría. Con las rodillas le abrió aún más las piernas para abrirse espacio. Vi un último intento de rechazo por parte de Martina, pero su cuerpo ya estaba invadido por el deseo. Empezó a moverse frenéticamente con el torso, siguiendo los movimientos de la mano. Pronunciaba frases sin sentido. Veía sus ojos abrirse y cerrarse continuamente. Noté que su respiración se volvía cada vez más irregular y sus gemidos cada vez más profundos. Sabía, conociéndola, que estaba cerca del orgasmo. Un momento después, un grito de inmenso placer resonó en el vestuario.

—Aaaaah... me encanta...aaaaah...siiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

Era la primera experiencia de Martina con una mujer. La idea de haberla visto tener sexo con una mujer me daba un morbo increíble. Me giré en el taburete para colocarme mejor. Volví a oír unos pequeños gritos que atrajeron de nuevo mi atención. Entendí, por los gemidos, a veces no precisamente de placer, que otra vez se estaba llevando a cabo una especie de lucha. La holandesa había apoyado las manos sobre los hombros de Martina y la empujaba con fuerza hacia abajo, para que se arrodillara frente a ella. Se puso con su sexo delante de la boca de Martina y le obligó a besarla empujándole la cabeza contra sus muslos. La agarraba fuerte por los pelos, tirando de ellos para que no pudiera liberarse. Después de algunos tirones por parte de la holandesa para no perder el control del dominio, entendí, por los movimientos de la cabeza de Martina, que estaba chupando. Con un gemido profundo y prolongado, la holandesa alcanzó el orgasmo y aflojó el agarre. Martina, sentada en el suelo, se apoyaba con los brazos en el banco de madera, quizás por el cansancio, quizás para recuperar aliento. No conseguía ver la expresión de su rostro, pero intuía que no había acabado aún. La holandesa se le acercó y la ayudó a levantarse tirando de ella por un brazo que, inesperadamente, le puso detrás de la espalda, para que no pudiera liberarse. La empujó hacia adelante e hizo que se tumbara sobre un banco de madera. Se inclinó sobre ella y,

agarrándole fuerte los brazos detrás de la espalda, empezó a chuparle su sexo. Después de algunos minutos, para poder chuparle mejor, dejó sus brazos libres y le abrió aún más las piernas. A ese punto, para Martina habría sido fácil liberarse, levantarse de golpe y volver a escapar, pero para mi sorpresa, no vi ningún rechazo. Ningún intento de fuga por parte de ella que se agarró con las manos a los laterales del banco. Abrió más las piernas doblando las rodillas y se abandonó a la holandesa que, con voracidad, abusaba de ella. Con el cuerpo sudado y excitado por tanto placer, Martina se mordía los labios, movía la cabeza, daba pequeños gritos y alcanzó de nuevo un orgasmo liberatorio.

—Siiiiii... siiiiiiiii... siiiiiiii... bastaaaa... basta... si

Era obvio que dentro de Martina vivía la necesidad de crear situaciones arriesgadas. Alimentar fantasías morbosas, probar siempre algo diferente. Me gustaba constatar que aquella chica estaba dotada de una carga depravada explosiva. Me sentía más cerca de ella. Más dispuesto a vivir emociones nuevas.

Yo, escondido ahí arriba, estaba muy excitado y empecé a masturbarme. Tenía la polla que me iba a explotar. Mi mano se deslizaba rápido, apretándolo con fuerza, casi haciéndome daño. Tiraba hacia arriba de la piel hasta cubrir completamente el capullo y tiraba de ella hacia abajo del todo, arriesgándome a romper el tenue hilo que la mantenía unida. Una salpicadura tremenda. Una parte del líquido me llegó hasta debajo del cuello.

Cuando Martina salió del vestuario, yo estaba esperándola en el bar que se encontraba fuera del complejo turístico. Parecía disgustada y muy probada. Le pregunté, ignorando lo sucedido, por qué se había retrasado. Me respondió, bajando un poco la mirada, que había tenido que limpiar su taquilla, porque había tenido un problema. Una vez que habíamos vuelto al Hotel, me preguntó si podía ponerle un poco de crema en los hombros. Le dolían. La noté un poco afectada durante dos o tres días más, tanto que me hizo dudar si había hecho bien en no intervenir. Tenía un cierto sentimiento de culpa al verla con la expresión triste y pensativa. Pero después de tres días, la situación volvió a la total normalidad.

«En la vida cotidiana deseamos lo extraordinario, en lo extraordinario buscamos la tranquilidad y la rutina. No hallamos la paz hasta que no hemos transformado un amor resplandeciente en algo controlable y definido. Pero el precio que tenemos que pagar es el fin de la pasión. Pero cuando desaparece el éxtasis, es el fin del amor. Y aquello que podía ser algo maravilloso, se transforma, por la búsqueda de la certeza y por el miedo a vivir lo desconocido, en el banal y cotidiano aburrimiento. Y no existe nada que destruya más fácilmente un amor que la repetición del idéntico.

Para que una relación no caiga en la monotonía y en la costumbre, se debe saber vivir algo sexualmente diferente. Aunque si algunas veces pueda ser peligroso. Pero quizás puede que el secreto esté precisamente ahí, en el riesgo...o, mejor dicho, en el peligro»

## LA LLUVIA

Era casi media noche. Me encontraba leyendo un libro tumbado en la cama, escuchando un poco de música clásica. Por la ventana abierta entraban ligeras ráfagas de viento que refrescaban el aire de la habitación. Martina entró en la habitación sin llamar a la puerta. Acababa de volver de su caminata nocturna por la orilla del mar. Ese paseo que daba de vez en cuando le ayudaba a pensar. Al menos era lo que me decía. Llevaba un vestidito de flores corto sobre el bañador y los pies descalzos. Siempre había admirado sus pies, con esos dedos largos y delgados y las uñas pintadas de rojo. Fue a la ventana, apoyó los codos en el alféizar y se puso a mirar hacia fuera mientras el viento que entraba hacía revolotear sus mechones negros y largos.

—¿Qué he hecho mal? —me preguntó.

—Nada —le respondí sorprendido por aquella pregunta.

Empezó a llover a cántaros, ella se tumbó a mi lado y dio un profundo suspiro para calmar la falta de aliento. Con la claridad de los relámpagos la veía de vez en cuando levantar la cabeza como si esperara a alguien o algo.

—¿No quieres cerrar la ventana? —me preguntó.

—Es agradable tumbarse en la cama y escuchar la lluvia —le respondí.

La lluvia caía haciendo un gran estruendo, pero en nuestro rincón, escondidos de todos, éramos capaces de entendernos incluso susurrando. Estábamos cerca el uno del otro, abrazados, unidos. Pero Martina no estaba pendiente de mí, de mis besos, de mis palabras, de lo que le susurraba. Hacía que me sintiera como un muñeco inútil.

—¿Cuándo dejará de llover? —me preguntó.

—Parará dentro de cuarenta días —le dije con voz sombría. La luz de un relámpago lejano entró en la habitación iluminándola parcialmente, pero me dio tiempo a ver que sonreía. Me puso una mano en el pecho y sus dedos subieron hasta mi hombro. Sentía sus uñas metiéndose bajo mi pelo. Le quité el vestido y lo tiré en la oscuridad. Sonreía como una niña apretando los ojos.

—¿Y ahora? —dijo ella apuntándome con un dedo en el cuello como una pistola.

—¿Ahora? ¿Ahora qué?

Sabía perfectamente a lo que se refería. A pesar de que me había gustado presenciar la escena con la holandesa, no quería que acabara así. Tenía curiosidad. Quería conocer sus sensaciones, lo que había sentido. Y, al mismo tiempo, quería disculparme por no haber hecho nada para impedirlo. Pero no sabía cómo empezar la conversación.

—Martina... tengo algo que decirte... bueno...digamos que conozco un secreto tuyo.

—¿Un secreto? —me respondió sorprendida —¿Qué secreto?

—¿Te enfadas si te digo que lo sé todo, que lo he visto todo, que estaba allí escondido, observándote?

—¿Que lo sabes todo? ¿Que lo has visto todo? Pero ¿El qué? Sinceramente no entiendo a qué te refieres. Si tienes algo que decir, dilo y ya está.

—Ya sabes... en los vestuarios... sí, me refiero... con esa holandesa con la que hemos jugado al tenis... mientras tú estabas allí, con ella, yo lo he visto todo. Estaba escondido en la otra parte del vestuario y he presenciado toda la escena.

—Ahhhh...Y tú, como eres un perverso no has venido ni siquiera a ayudarme. Te gustó el espectáculo ¿Eh? Te has divertido a mis espaldas ¿Eh?

—No...Venga... qué dices... ha sido muy bonito, y tú me has gustado muchísimo. Te has comportado de una manera fantástica. Estaba muy excitado viéndote. Me he tocado dos veces.

—Me lo imaginaba...me lo imaginaba, tenía la sensación de que lo sabías.

—Pero venga Martina... no podías saberlo, no digas tonterías.

—Mira Samuel, cuando salí del vestuario y te vi allí, en la barra tomándote un café, esperándome, lo intuí inmediatamente. Tus ojos, la expresión que tenías en la cara, me decían claramente que sabías algo. Ya hace meses que nos conocemos.

—Bueno... ya sabes cómo soy.

—Y ¿Por qué has decidido decírmelo?

—Es el último día que estamos juntos en Formentera. He estado muy bien contigo. Me parecía justo que lo supieras. No quería mentirte. No quiero que entre nosotros haya mentiras. Y además... tengo mucha curiosidad por saber.

—Y ¿Qué te gustaría saber? —me preguntó esbozando una sonrisa cómplice.

—¿Qué pensabas en ese momento? Quiero decir... ¿No tenías la sensación de traicionarme? Y, ¿Por qué te has dejado llevar de esa forma si no habías tenido nunca una experiencia con una mujer?

Con una sonrisa maliciosa, perspicaz e inteligente, empezó con su suave voz y con esa sensualidad típica de las mujeres que tienen mucho que contar, a relatarme su visión de las cosas.

—En un primer momento no entendí bien las intenciones de esa mujer y pensé que estaba bromeando. Pero, cuando intuí lo que podía suceder, intenté liberarme, escapar, pero ella era más fuerte que yo. Demasiado fuerte. Me cogió por sorpresa y no fui capaz de impedir que me besara. Sin darme cuenta me dejé llevar. Sentía un fuego dentro de mí por ese contacto que no sabría explicar. Me faltaba el aire por el miedo, pero perdí el control de mi cuerpo. El orgasmo que sentí, el primer orgasmo, hizo que temblara todo mi cuerpo y me invadieron escalofríos de placer. Cuando me obligó a chuparle entre las piernas, aunque no lo había hecho nunca, me invadió una sensación extraña. Usaba mi lengua como si fuera un miembro masculino manteniendo con fuerza mi cabeza entre sus piernas y obligándome a chuparla. No podía liberarme. Esa especie de violencia que sufrí, esa sumisión a sus deseos, a un cierto punto ha empezado a gustarme muchísimo. No me preguntes por qué. No sabría responder. Cuando me sujetaba las manos y no podía liberarme, me sentía su esclava, una posesión suya. En aquel momento habría podido hacer conmigo todo lo que hubiera querido y yo habría cedido a sus peticiones. Me sentía obligada a seguir sus órdenes. No tenía la fuerza de rebelarme. Y además, a decir verdad, en ese momento ya no quería irme, tenía curiosidad por ver lo que iba a suceder. Llegué tres veces al orgasmo de una forma que no había experimentado nunca. No sé qué decirte Samuel. Sentirse una puta con el hombre que te gusta es una sensación maravillosa, pero más natural. Yo la he probado también con una mujer. Y tengo que decir que ha sido una experiencia realmente agradable.

—¿Volverías a hacerlo? —le pregunté curioso.

—Sin duda —me respondió intercambiando de nuevo una mirada cómplice.

Helada por la ventana abierta, fue al baño a darse una ducha caliente antes de dormir. Dejó otra vez la puerta abierta. Esperé que el calor empañara los cristales. Abrí de golpe las dos puertas de plástico de la ducha y entré con ella bajo el agua. Empezamos a besarnos con pasión, con ganas, con deseo. Bajo esa agua hirviendo, que caía con fuerza, nuestros cuerpos se agarraban, se acercaban, se buscaban compenetrándose.

La empujé dulcemente contra la pared de la ducha. Martina temblaba de excitación. Empecé a besarle los muslos, apreté fuerte sus glúteos entre las manos, parecía que quisiera hundir mis dedos dentro de su piel. Besé su vientre, el ombligo. Dobló ligeramente las rodillas y acercó su cadera arqueando su cuerpo hacia adelante y apoyándose aún más con los hombros a la pared de la ducha. Con la palma de la mano le extendí el gel creando una gran cantidad de espuma. Estaba borracha de placer. La giré contra la pared. Apoyó los brazos en la pared, levantando el culo y sacándolo hacia afuera. Con la mano derecha le tocaba el clítoris mientras que, con la izquierda, le abría los glúteos para entrarle por detrás. Empecé a moverme con un movimiento lento, con cuidado para no hacerle daño. Su culito era muy estrecho. Era su primera vez. No lo había hecho nunca con nadie. Intentó agarrarse a esa resbalosa pared estirando los brazos hacia arriba. Abriendo las palmas de las manos como ventosas. Su cabello largo y negro le cubría la cara. El agua caía con violencia sobre nuestros cuerpos. Me movía lentamente dentro de ella, pero no conseguía darle el placer que deseaba. Cogí entonces la alcachofa de la ducha. El chorro de agua salía por tres orificios centrales. Disminuí un poco la presión del agua y, girando la alcachofa conseguí que el agua saliera solo por un orificio que dirigí hacia su clítoris. Gritó por la sorpresa. A penas se mantenía sobre sus piernas y extendía los brazos para poder agarrarse a los extremos de la mampara. El chorro de agua, a veces lejos, a veces cerca, le daba placer. Cambié de nuevo el tipo de chorro en la alcachofa. Fuerte y rápido. Potente como el martillo de un paleta que derriba un tabique. Martina me miraba sonriendo. Después de alcanzar el orgasmo, se arrodilló ante mí y se la metió en la boca, chupándolo con fuerza. Yo también alcancé el orgasmo rápidamente.

No entendía lo que me estaba pasando, o mejor dicho, lo entendía perfectamente pero no quería admitirlo de ninguna manera. Tenía un miedo terrible a reconocer a mí mismo que esa chiquilla me trastornaba. Me encontraba con 45 años, después de haber follado con cientos de mujeres y haber vivido todo tipo de aventuras en compañía de una chica de 20 años que me embrujaba con sus silencios, con sus miradas, con la disponibilidad sexual que vivía dentro de ella y que ella reservaba para mí. Para mí y solo para mí. No sabía dónde estaba el límite, pero tenía curiosidad por descubrirlo. Quizás era el regalo de un destino que hasta entonces había sido injusto conmigo.

Tres noches después de volver de Formentera, mientras estábamos cenando, Martina recibió una llamada inesperada de su madre que, preocupada, quería saber cómo estaba y si todo iba bien. No dijo nada sobre dónde nos encontrábamos, lo que hacíamos, de nuestro viaje a Formentera. Nada de nada. Entendí perfectamente, por sus ojos y su actitud, que su madre, al igual que su padre, no sabía absolutamente nada de nuestra relación. Esto dejaba aún más claro algo de lo que yo ya era plenamente consciente. Me encontraba totalmente fuera de su vida sentimental. Era una historia de amor imposible. Pero tan pasional, tan intrigante, tan atractiva e intensa que, en cualquier caso, colocada sobre la balanza de la vida, valía la pena vivir.

«He entendido que la vida que se estanca corre el riesgo de morir. De hecho, una de las características de la vida es entender que todo está en continuo movimiento, en proceso de cambio y de evolución. Y nada permanece en el mismo modo. Muchos alimentan la ilusión de poder vivir tranquilamente, para no alterar con nuevas emociones la propia vida. Refugiándose en la búsqueda de ilusorias certezas por miedo a sufrir. Se trata de una de las ilusiones más peligrosas, porque cuando se renuncia a vivir, por miedo a sufrir...a no escuchar las necesidades del alma... a no dejar latir el corazón por miedo a lo que no se conoce...empieza, en el cuerpo y en la mente, la decadencia que nos llevará, con el tiempo, a apagar las luces de nuestra alma»

## CONVENTO EN ROMA

—¿Me llevas a Italia? Siempre ha sido mi sueño.

Me dijo un día sin rodeos mientras estábamos tumbados en el sofá uno junto al otro.

Yo concentrado leyendo un libro erótico y Martina con su iPad que la llevaba lejos de la realidad. De hecho, algo que adoraba de ella era la curiosidad que tenía por cualquier cosa y, como yo, amaba viajar.

—Y ¿Dónde te gustaría ir? —le pregunté.

—¡A Roma! Siempre he querido ver esa ciudad.

—Roma es una ciudad preciosa. Una de las ciudades más bonitas del mundo.

—Entonces, ¿Vamos?

—¡Iremos a Roma! —le dije sin dudar.

—Gracias Samuel, eres maravilloso, y yo te quiero con locura.

Quería que ese viaje fuera para Martina algo inolvidable. Y, además de haber preparado cuidadosamente la ruta de los lugares que visitar y los restaurantes donde ir, en lugar del clásico hotel, reservé una habitación como huésped de un convento de monjas transformado en residencia cultural. Un zona excepcional en Trastevere. La parte artística y bohemia de Roma. En un pequeño castillo de piedra perfectamente reestructurado, del año 1300, las monjas alquilaban habitaciones a los turistas. De noche se podía dormir con las ventanas abiertas por el silencio que reinaba. Todas las ventanas del pequeño castillo daban a un gran patio central transformado en un jardín de rosas rojas. Los jazmines que rodeaban los muros colindantes contribuían con su perfume a transmitir una agradable sensación. Las monjas que gestionaban ese pequeño castillo de veinte habitaciones eran fantásticas. Siempre ocupadas y listas para responder con inteligencia a cualquier solicitud de los huéspedes.

La tarde que llegamos a Roma, para celebrar el viaje, nos emborrachamos en compañía de los cantos y de la música de tres viejecitos en una antigua taberna de Trastevere. Cuando salimos era tarde y hacía un calor horroroso. Imitando una famosa película italiana «La Dolce Vita», para soportar ese calor asfixiante, fuimos a bañarnos a la Fontana de Trevi, que se encontraba en el centro de Roma. Pero poco después de entrar en el agua, alguien, envidioso de tanto amor, llamó a la policía que, amenazándonos con una importante multa, hizo que nos saliéramos. Al volver al convento todos dormían. Reinaba un silencio sepulcral. Ni siquiera encendimos las luces de la entrada y, con el móvil, iluminamos el camino hacia nuestra habitación. Hice que se quitara los zapatos para subir la gran escalera de madera que crujía con cada paso y separaba el salón de las habitaciones. Las grandes vidrieras coloridas y los tragaluzes filtraban la luz de la luna en varios colores. Cuando entramos en la habitación, cerré la puerta tras nosotros y preso del deseo la apoyé en el muro. Poco a poco, con las manos temblorosas, recorría su cuerpo. Le abrí las

piernas, me arrodillé ante ella y empecé a lamerla. Mi lengua se deslizaba por su vello perfumado. Sus suspiros lentos y prolongados alimentaban mi deseo de poseerla. De su cuerpo, medio iluminado por la luz de la luna, las gotas de sudor caían al suelo.

—Véndame —me dijo como si me estuviera dando una orden.

—¿Cómo? ¿Perdona? ¿Cómo has dicho?

—Véndame los ojos y átame las manos, me excita muchísimo. Tengo la sensación de estar poseída, violada, tocada por más manos. Sentirme objeto de tanto deseo me gusta. Le até las manos detrás de la espalda con unos cordones de zapatos y con una banda elástica negra que llevaba siempre conmigo para dormir, le vendé los ojos. La cogí en brazos y la tumbé en la cama, con la cara contra el colchón. Le puse un cojín bajo la barriga para levantar más su culito duro y puntiagudo. Le unté con un aceite corporal el culo, deslizando los dedos entre sus nalgas, introduciéndolos también dentro su orificio para lubricar la zona. Luego, con dulzura, me tumbé sobre su cuerpo sosteniéndome con los codos para no pesarle demasiado y, lentamente, poco a poco, la penetré por detrás, entrando en ella hasta el fondo. Un grito prolongado, ahogado en parte por el cojín, irrumpió el silencio de la noche. El dolor se mezclaba al placer, para luego transformarse en un placer increíble. Martina presa del delirio, me suplicaba que no parara. Tiraba de su cabello para mantenerla cerca de mí e impedirle que con un movimiento del cuerpo hiciera que me saliera. Me vino entonces otra buena idea. Estábamos en la tercera planta, nadie podía vernos, todos dormían tranquilos. Hacía un calor infernal. Empujamos la cama fuera al balcón, circular, rodeado de macetas de rosas. Solo quedaban unos pocos centímetros de la cama dentro de la habitación. Una terraza a cielo abierto. La giré hacia mí. Le até de nuevo las manos a los lados de la cama, dejándola con los ojos vendados. Hicimos el amor bajo la luz de las estrellas como si estuviéramos suspendidos en el vacío. Abría la boca, aguantaba la respiración, apretaba con fuerza las manos, intentando llevarlas hacia ella y romper esos lazos. Levantaba las piernas de forma que entrara aún más dentro de ella. Me excitaba muchísimo verla ahí, tumbada con ese pecho enorme, esos pezones negros, ese cuerpo sudado que se resbalaba en mis abrazos. Por una pequeña ventana de madera de la otra parte del patio, justo delante de nosotros, donde dormían las monjas, vi encenderse una luz. Una sombra entró en la habitación y la luz se apagó de nuevo. Estaba seguro de que detrás de ese vidrio opaco alguien nos estaba mirando. No le dije nada a Martina. No quería que se asustara. Después de un rato, la desaté, hice que se levantara de la cama y que se apoyara con las manos en el balcón, le abrí las piernas y entré, desde detrás, dentro de ella. Apretaba, con fuerza, sus manos sudadas a la barandilla, levantando los talones y permaneciendo sobre las puntas de los pies. De vez en cuando echaba un vistazo a esa ventanita. Sabía con seguridad que alguien nos estaba espiando. Quizás nos espió durante todo el tiempo observando el espectáculo. La mañana siguiente, después del desayuno, las monjas reunidas alrededor de una gran mesa me miraban esbozando pequeñas risas y hablando entre ellas. Lo sabían todo, quizás lo habían oído todo. Mi plan había sido descubierto. Los gritos, los suspiros y los ataques repentinos de placer, en plena noche, habían despertado a todos los huéspedes. La directora quiso hablar conmigo en su despacho.

—Querido Samuel, ¿Me puedes explicar lo que ha pasado esta noche? Quiero decir, hasta esta mañana. Todos esos gritos, esos ruidos, ese continuo hablar, ¿Qué ha pasado? —me preguntó esbozando una sonrisa.

—Discúlpeme Superiora, discúlpeme. Sin querer, dejé la televisión encendida anoche. Me he dado cuenta esta mañana cuando he llegado. Puede ser, que hayan emitido programas especiales en la televisión, quizás algo osado, con alguna escena ruidosa. Un programa de variedades por ejemplo... no lo sé... debe ser este el motivo, de lo contrario no sabría explicarlo.

La Superiora, una mujer pequeña y gorda, era una monja fantástica y llena de energía. Sus ojos vivos e inteligentes esparcían vitalidad. Detrás de ese rostro rosado se escondía una expresión forzosamente seria, pero a la altura de su cargo.

—La televisión, ¿Eh? El espectáculo de variedades, ¿Eh?

—Entiendo... entiendo... pero mira, querido Samuel, intenta no olvidar la televisión encendida por la noche, porque a ciertas horas, ciertos canales, emiten programas un poco... digamos equivocados, un poco obscenos. Puede que demasiado ruidosos o atrevidos para este lugar. Mira, en este convento no vemos ciertos programas, y nos gustaría no tener que oírlos, ya que nuestros huéspedes prefieren la tranquilidad.

Los días sucesivos a lo ocurrido, para compenetrarnos aún más entre nosotros, los dedicamos a descubrir Roma. Volvíamos al convento cansadísimos y acabábamos la noche sentados en el balcón con una botella de vino y una vela encendida, hablando de la vida. Al acabar nuestra aventura romana, la tarde que volvimos a Barcelona, Martina se quedó a dormir en mi casa. Durmió toda la noche con la cabeza apoyada en mi hombro. Aunque no era oficial, vivía en mi casa y conmigo. Cada noche dormía en mi cama y su apartamento le servía como armario, biblioteca, estudio. Eran pocas las noches en las que no se hacía el amor. Los fines de semana, la despertaba con una avalancha de mimos, caricias y besos, que me devolvía mientras aún tenía los ojos cerrados. Cuando nos levantábamos le preparaba su desayuno preferido, y algunas veces la ayudaba a ducharse. Después, ella huía para estudiar y yo administraba mi tiempo entre trabajo y escritura. Y de este modo, el tiempo pasaba entre nosotros de la forma más agradable. Pero una tarde, Martina vino a mí con una expresión triste en el rostro. Estaba rara, y tenía la mirada baja. Me dijo que en unos diez días se mudaba, como había hecho el otoño anterior, a París para estudiar. Este traslado lo querían sus padres, que seguramente habían notado la relación entre nosotros. Lloraba solo al pensarlo. Puso su vida en mis manos y me dijo que, si yo no quería, no iría. Habría dejado los estudios y habría buscado un trabajo en Barcelona para estar conmigo. Martina era una de esas mujeres que amaban vivir intensamente y ponían el amor en primer lugar. Para ella, la diferencia de edad no era importante. Aunque me encogía el corazón, intenté convencerla de que esa era una decisión tomada por sus padres y que ella debía escucharlos. Inevitablemente, había llegado el momento en el que nuestros caminos tenían que separarse. Yo tenía que desaparecer de su mundo, totalmente diferente al mío. Entre las lágrimas que le caían sin parar, me pedía que fuera a verla todos los fines de semana, que no la olvidara, que no destruyera nuestra historia de amor, sino que siguiera creyendo en ella.

—No quiero perderte. No quiero renunciar a ti. —me decía entre lágrimas —

—Martina, escucha... yo tampoco quiero, pero tú eres demasiado joven para mí y dentro de algunos años te darás cuenta del error.

—Pero para mí la edad no importa, ¡Te lo he dicho mil veces! No encontraré otro hombre que me haga sentir como me has hecho sentir tú.

—Créeme Martina, tienes que ir a París. Iré a verte cada vez que pueda. Nuestra historia no se acabará, pero tienes que ir.

—¡Prométeme que vendrás! —me decía abrazándome entre lágrimas —¡Promételo! ¡Júralo! ¡Promételo!

—Te lo prometo... te lo juro. Lo haré.

Tomar esa forzosa decisión fue durísimo para mí. Más de lo que pudiera imaginar. Los días sin la compañía de Martina pasaban lentos. Y aunque me había prometido a mí mismo, y estaba decidido a no volver a verla por su bien, en realidad la echaba muchísimo de menos. Solo pensaba en ella, y mi vida se había transformado en una dura lucha entre el corazón y la mente.

Sentía un dolor inmenso dentro de mí. Sobre todo, por la mañana, cuando me despertaba acostumbrado a verla a mi lado, sonriendo, alegre, feliz. Siempre con ganas de ser besada. La idea de no volver a ver esa sonrisa que me llenaba de luz, hacía que me hundiera en una nube de tristeza. Por la noche permanecía tumbado observando la llama de una vela que se movía, intentando encontrar, a través de ese movimiento, las respuestas a mis preguntas. Era suficiente ver algo simple y banal que me la recordara, para emocionarme y sumergirme en esas maravillosas sensaciones que sentía cuando ella estaba cerca de mí. No tenía ganas de salir con los amigos, de encontrar la compañía de una mujer, o esforzarme por no pensarla. Prefería vivir ese raro divorcio con la vida, donde a veces perdía la sensación de existir. Por la noche, cuando volvía del trabajo, espiaba de casualidad, a dos enamorados que se besaban sentados en un banco. Todo me resultaba diferente. Y las cosas habituales, los lugares habituales y esas formas de vida que antes tenían un sentido para mí dejaban de existir. Tenía la sensación de escuchar su voz, o verla caminar por la calle entre la gente. La vaga sensación de que pudiera escucharme en la distancia, y sentir mi deseo por verla y de estar con ella. A veces, antes de dormir, sentir la presencia de Martina cerca de mí. Y abrazar la almohada, y apretarla fuerte hacia mí, y cerrar los ojos para soñar con ella. Y por la mañana, cuando me despertaba, y no la veía a mi lado me daba cuenta de que había sido solo un sueño. Una ilusión que había prolongado mi sufrimiento. Tenía la convicción de que lo que muere es porque dejamos de soñarlo y de desearlo con la debida fuerza. Nos rendimos antes las evidencias y provocamos así que nuestro sueño se desvanezca. Mi alma sufría, pero tenía que aceptarlo. El único tipo de amor que podíamos darnos yo y Martina era una pasión momentánea, pero nunca una relación de amor.

Desde que se fue a París, casi todas las noches antes de dormir, permanecíamos al teléfono durante horas o nos enviábamos infinitos mensajes de amor, de pasión, de promesas. Aunque yo valoraba su vida más importante que mi felicidad, incluso así, con todos los esfuerzos que hacía, no era capaz de quitármela de la mente. Estaba seguro de que la distancia haría que Martina caminase sin mirar atrás y empezara a construirse un futuro con un hombre más cerca de ella, pero me equivocaba. Martina no buscaba un futuro. Quizás, por estar junto a un hombre como yo, buscaba otra cosa. De todas formas, pensándolo bien, una de las cosas que me gustaban más de ella era que no era una de esas mujeres que pretenden impresionarte desde la primera cita. Esas que quieren saberlo todo sobre ti, y te hace mil preguntas, casi siempre muy banales. O quieren ser originales a toda costa vendiéndote aquello que no tienen y no son. Martina no tenía todas esas estrategias, formas de ser y de hacer, que se vuelven pesadas y ridículas con el tiempo por lo falsas que son. Era una de esas chicas simples y naturales, que creía realmente en el amor y estaba dispuesta a todo.

«La vida es una vibrante armonía de contrastes, contrapuestos y contrarios. En la oscuridad encontramos siempre un poco de luz. Y en la luz, se esconde siempre una parte de la oscuridad. No somos solo lo que comemos y el aire que respiramos. Somos también las relatos que hemos escuchado, las fábulas que nos han contado, los viajes que hemos hecho, las personas que hemos conocido, las historias de amor que hemos vivido, y que llevamos dentro de nosotros en cada momento. No podemos alejarnos de todo esto porque si lo hiciéramos, dejaríamos de existir. No se nos mide por lo que vemos, por una realidad que se nos escapa y cambia en cada momento. Sino por lo que sentimos, porque sigue viviendo dentro de nosotros a lo largo del tiempo»

## HIDROMASAJE EN PARÍS

Eran casi las 10 de la mañana. No tenía ganas de ir al trabajo y decidí regalarme el día. Mientras el café se calentaba, y preparaba con calma mis cosas para ir a correr a la playa, mi móvil sonó. Pensé que alguien me estaba buscando por trabajo y decidí no hacer caso. Pero, después de algunos minutos, el teléfono sonó otra vez. En la pantalla no aparecía el número. Normalmente no respondía nunca cuando no veía quién me llamaba, pero no sé por qué, ese día hice una excepción.

—¿Diga?

—¡Hola guapo! ¿Cómo estás? ¿Sabes quién soy? No te habrás olvidado ya de mi, ¿Verdad?

—¿Martina? ¿Eres Martina?... ¿Me llamas desde París?

—¡Qué listo mi italiano! ¿Cómo estás? Tenía muchas ganas de escucharte.

—Bien, ¿Y tú? ¿Cómo estás? Me has dado una bonita sorpresa. No esperaba tu llamada. ¿Dónde estás?

—¿Cómo que dónde estoy? Estoy en París. Te llamo para hacerte una propuesta... ¿Quieres venirte este fin de semana? Puedes quedarte cinco días. No tienes excusas para no venir. Puedes estar en mi casa, mi compañera se ha ido a casa de sus padres.

—¿Ir a verte? —le respondí sorprendido —No sería mala idea Martina...solo que es un poco tarde para proponerlo, ¿No crees? No sé si conseguiré encontrar un billete de avión.

Intrigado le pregunté.

—¿A qué se debe esta llamada repentina? ¿Y esta invitación? Hace más de dos semanas que no sabía nada de ti.

—Samuel... Samuel —me respondió sonriendo —He pensado mucho en ti estas dos semanas. Tengo ganas de verte. Tengo ganas de hacer el amor contigo. ¿Te parece tan raro?

—Martina, a mí también me gusta mucho estar contigo —le respondí halagado —pero sabes que nuestra historia es imposible.

No me respondió. Sentí solo una respiración profunda al otro lado del teléfono.

—Venga... —le dije para tranquilizarla —deja que vea si consigo encontrar el billete y te llamo en veinte minutos.

—Intenta venir Samuel... haré que no te arrepientas. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa?

—No cariño, las cosas deben ganarse y se te interesa mi sorpresa debes hacer un esfuerzo por venir.

Sin añadir nada más, colgó el teléfono.

Yo también tenía muchas ganas de verla. Encendí el ordenador y entré en las diferentes

compañías aéreas con las que normalmente hacía el trayecto Barcelona —París. Por suerte, aunque carísimo, encontré un último vuelo al final de la tarde. Le envié un mensaje desde mi móvil. «Llego a París, al aeropuerto de Orly sobre las 20:30, te espero allí.»

Me respondió con una carita sonriente y un beso.

El avión aterrizó puntual. Martina estaba allí esperándome. Llevaba un vestido corto de encaje rosa, y unos zapatos con tacón alto azul oscuro. Los cabellos negros como el petróleo se deslizaban cubriendo solo una parte de su pecho. Sobre sus labios grandes y carnosos, un ligero velo de pintalabios rosa que resaltaba sobre la piel de su rostro de un color avellana claro. Los ojos estaban escondidos por unas gafas negras, redondas, del tipo intelectual. Sabía cómo gustar, y lo que me gustaba a mí de ella. Me recibió con una sonrisa y un beso profundo.

—Tenía tantas ganas de verte Samuel —me dijo abrazándome —

—Y yo de verte a ti —le respondí dándole un beso —estás preciosa.

Nos subimos en un taxi y, casi sin hablar, para no estropear el encanto del momento, nos dirigimos a su casa. Vivía en un ático de 50 metros cuadrados, en la quinta planta de la Rue Mouffertard, en el 5º distrito, cerca del Panteón. Una de las zonas más glamurosas de París. En una callecita típica francesa llena de tiendas, bares y pequeños restaurantes románticos. Su apartamento, que compartía con una amiga, era un loft luminoso, decorado con estilo minimalista rigurosamente blanco. Una escalerita lateral llevaba a la terraza, donde se encontraba una bañera de hidromasaje, iluminada durante la noche por faros de colores incrustados en el suelo. Dejé las maletas y fuimos a cenar a uno de mis restaurantes preferidos. Un japonés de diseño con una atmósfera única. Decorado en madera clara, las mesitas bajas estaban separadas por cortinas transparentes que descendían del techo. Los camareros llevaban un kimono de color rosa y nos daban de comer en unos platitos plateados. Volvimos a casa sobre las 12:00 de la noche.

—Espera... no tengas prisa, —me dijo casi leyéndome el pensamiento y anticipando cualquier iniciativa mía —Me doy una ducha y vengo contigo. He comprado un aceite especial para la piel y quiero probarlo. Entró en la ducha y empezó a bañarse bajo un torrente de agua. Cuando salió de la ducha, un poco mojada y enrollada en la toalla, se tumbó en la cama.

—Samuel, ¿Me harías un masaje? —me preguntó esbozando una sonrisa.

Me acerqué a ella, le abrí la toalla y empecé a extenderle un aceite perfumado de almendras que había comprado para la ocasión. Después de casi una hora de masaje la estreché fuerte entre mis brazos besándola con infinita dulzura. Cansados, nos quedamos dormidos abrazados el uno al otro. El día siguiente lo pasamos paseando por las calles, descubriendo los rincones secretos de un París desconocido para muchos turistas. Parándonos de vez en cuando para beber una copa de vino. Sobre las 22:00, borrachos de tanto vino, volvimos a casa. Tenía unas ganas locas de hacer el amor con ella.

—Venga... ¡Date una ducha rápida que luego me la doy yo! Tengo ganas de hacer el amor contigo —le dije casi dándole una orden —.

Fue rapidísima. Salió del baño aún mojada. Llevaba una bata de seda negra transparente. Se arregló el pelo peinándolo hacia atrás y se sentó en un sillón delante de mí cruzando las piernas.

—¿Te gusta mi pijama? —me dijo sonriendo —Lo he comprado para ti.

—Eres maravillosa Martina, me gustas con locura. Me doy una ducha rápida y estoy contigo.

Era la noche perfecta para estar en casa. Pero como siempre, cuando se hacen planes parece que hay alguien que nos observa y se divierte destrozándonos.

—Te ha llegado un mensaje en el móvil —me dijo con la cara seria cuando salí de la ducha —  
Con el ruido del agua no había oído sonar el teléfono y me había olvidado de apagarlo.

—¿Un mensaje? —le dije asombrado —

—¿Quién puede ser a esta hora? —me dijo con un tono irónico.

—Será alguien que me busca por trabajo —le respondí prudente.

—¿Te crees que soy idiota Samuel? ¿Te crees que he nacido ayer? Nadie te llama por trabajo a esta hora. Esta es una de tus habituales putas.

—¿Qué? Pero ¿Qué dices? ¿Estás loca?

—No me cuentes historias Samuel, ¡Déjame ver el teléfono!

—¿Qué? ¿Estás loca? El teléfono es privado incluso para ti.

—Samuel, ¡Déjame ver el teléfono! Quiero ver si lo que me dices es verdad.

Era verdad, era todo verdad. El mensaje era de Mónica, que me ayudaba a corregir los textos de mi novela. Pero la forma en la que me lo preguntó Martina, tan duro y autoritario, me puso nervioso.

—No te deajo ver nada, son asuntos míos. Y, por favor, no empieces a discutir otra vez.

—Escúchame bien —me dijo levantándose del sillón — ¡Déjame ver el teléfono o me voy!

—Pero ¿Se puede saber qué coño te pasa Martina? ¿Por qué quieres siempre estropearlo todo? ¿Por qué creas siempre un motivo para discutir?

—Samuel déjame ver el móvil o me voy de verdad. Te lo digo en serio.

—¡Tú estás loca! ¡Te estoy diciendo la verdad! Tienes unos celos obsesivos. Tienes que ir a un médico.

No escuchó ni siquiera mis palabras. Se había ya puesto un vestido y se estaba acercando a la puerta para salir.

—Déjame ver el teléfono o me voy, ¡Canalla! —me dijo gritando.

—¡Martina estás loca! Loca de verdad. Te estoy diciendo la verdad. El teléfono no te deajo verlo por principios. No puedes entrar en mis asuntos privados.

—Eres un cabrón, eres un pedazo de cabrón Samuel. ¡Traidor! No quiero verte más —y abrió la puerta para salir.

La agarre con fuerza por un brazo.

—¿Estás loca? ¿Me puede decir adonde pretende ir?

—Me voy Samuel, estoy harta de ti y de tus mujeres, y cuando vuelvo no quiero verte en mi casa. ¡Vete ya!

—¿Martina por favor quieres calmarte? Te lo pido por favor.

—¡Vete ya! Vuelve a Barcelona con tus mujeres. ¡A mi déjame sola!

Me quedé sin palabras, con la toalla atada en la cintura y con la otra un poco húmeda en los hombros. No entendía qué estaba pasando. Últimamente encontraba siempre cualquier motivo para discutir. Siempre había un problema. No conseguíamos nunca estar realmente tranquilos. Martina tenía un carácter conflictivo y discutía por todo.

No sé lo que le pasaba, pero sus altibajos de celos, así como sus altibajos de humor, eran terribles y, a veces, yo no sabía cómo gestionarlos. Mientras estábamos discutiendo acaloradamente, nuestra escena fue interrumpida por unos ruidos, por unos gritos, por una música a todo volumen. A esas horas de la noche, en una callecita tranquila, en la zona alta de París, no era normal.

Aproveche la oportunidad para que se calmase un poco.

—¿Qué son esos ruidos? ¿Esa música? ¿Esos gritos? ¿Hay una fiesta? —le pregunté un poco molesto —

—Creo que sí —me respondió también sorprendida.

Intrigados por ver lo que estaba ocurriendo, salimos la escalera que conducía a la terraza. Había una fiesta en el ático junto al nuestro. Las dos terrazas estaban separadas solo por pocos metros. Diez o quince entre chicos y chicas de unos 25 años se lo estaban pasando bien. Reían, bromeaban, bailando medio desnudos y borrachos siguiendo la música. Cuando nos vieron salir, yo en calzoncillos cortos, y ella con esa bata semitransparente, empezaron a gritar, a llamarnos, a aplaudir.

Decidí jugar mis cartas. Me acerqué a Martina y le susurré en el oído.

—Martina, tengo ganas de hacer el amor contigo. Subiendo las escaleras me he excitado, toca... toca... —le cogí la mano e hice que notara mi miembro duro —.

—Yo también tengo ganas. Desde la última vez que nos vimos, solo pienso en hacer el amor — me respondió —Venga, vamos para abajo.

—No...no... espera, tengo una idea, una idea genial.

Ella me miró sorprendida. Estaba acostumbrada a mis fantasías extrañas.

—¿Y si lo hacemos aquí?... En la bañera de hidromasaje. ¿Delante de todos? Se morirán de envidia viéndonos.

—Pero ¿Qué dices? ¿Estás loco? No digas estupideces... y además... puede ser peligroso. ¿Y si llaman a la policía?

Me eché a reír. Sabía que la idea le gustaba. No se había negado nunca a nada de lo que le había propuesto.

—Anda ya... Martina venga... nadie llamará a la policía. No hacemos daño a nadie. ¿Sabes lo que voy a hacer? Me voy a acercar a esos chicos y les voy a decir lo que queremos hacer. De esa forma... guardarán un poco de silencio y no nos molestarán.

—Pero ¿Qué haces? Ven aquí, ¿Estás loco? No les digas nada, me da vergüenza... ven aquí. ¡Samuel!

Me acerqué a ellos, y gritando les dije...

—Chicos... chicos... ¡Escuchad! Yo y mi chica tenemos ganas de hacer el amor y lo queremos hacer en esta bañera de hidromasaje, así que, si no gritáis y permanecéis un poco en silencio durante una hora, os dejamos asistir a una película porno gratis. Como única condición, os pido que bajéis la música.

La propuesta fue un éxito. Dejaron de hablar entre ellos, y permanecieron ahí en silencio, con la boca abierta y con los ojos fijos en nosotros. Algunos se llenaron la copa de vino o champagne. Otros empezaron a tocarse, llenos de deseo y de sanas hormonas, intuyendo ya el tipo de espectáculo al que iban a asistir. Casi todos se acercaron el máximo posible a la barandilla que separaba las dos terrazas. Algunos de ellos cogieron sillas y se sentaron en primera fila, como si fueran al cine o al teatro. Otros permanecieron en pie. La distancia entre nosotros se reducía solo a algunos metros.

Podía ver en sus miradas la duda de si habríamos tenido el valor de tal osadía. Nos acercamos a la gran bañera de hidromasaje. Con una mano comprobé la temperatura del agua. Estaba caliente. Encendí el turbo para que adquiriera fuerza. En pocos minutos las pompas de agua empezaron a salir acompañadas por la luz de esos faros de colores que se encontraban dentro de la bañera. Le quité la bata y Martina permaneció allí, desnuda, de pie, ante ellos.

—Venga Samuel, ¡Para!me da vergüenza... no podemos hacerlo... nos están mirando todos... por favor, para.

Seguí besándola lentamente ignorando sus palabras. Me quité los calzoncillos con un gesto

rápido. La sonrisa de Martina me confirmaba que había elegido el modo y el tiempo apropiado. Entramos en la bañera. Una nube de vapor nos escondía. Pasamos algunos instantes en silencio, dentro del agua. Abrazados, besándonos, mirándonos. Sin violencia, sin prisa, sin hacer ruido, sin hablar. Mis manos exploraban su cuerpo. Con los dedos busqué sus pezones ya duros. Le apreté los pechos acercándolos entre ellos. La cogí por las caderas y la acerqué hacia mí. Me apoyé con la espalda en el borde de la bañera y, con la rodilla que había introducido entre sus piernas, intentaba elevarla fuera del agua. Después de un rato, con un empujón lento y dulce, entré dentro de ella. Se la metí entera hasta el fondo, levantándola con la cadera. Empecé a abofetearla dulcemente en la cara, dándole pequeños golpes. A ella le gustaba ser tratada de esa forma, y me ponía la cara. Sentía su respiración, que se hacía cada vez más fuerte. Con las manos se sujetaba en el borde de la bañera para mantener el equilibrio y empujar el cuerpo hacia mí. Me agarraba los hombros para hacer palanca. El pecho le salía hasta la mitad del agua y las gotas se mezclaban con las de sudor. Yo, estirando los brazos, me sostenía agarrándome con las manos en el borde de la bañera. Ella sobre mí, con los brazos alrededor de mi cuello, se movía lentamente apoyándose en mis hombros. En ese movimiento lento y sensual escondido por una leve nube de calor, éramos los protagonistas absolutos de la noche.

—Dime que te gusta... —le susurré en una oreja —Quiero saberlo...dime que te gusta... sentirla así de dura... grande...dentro de ti... que se mueve...

—Sí...sí... sigue, no te pares Samuel, por favor. Me gusta muchísimo, estoy a punto de correrme... sigue... sigue... me excita verte así, mojado, sentirte hasta el fondo, dentro de mí. No me dejes, no me dejes nunca... eres mi hombre... mi hombre... quiero estar siempre contigo. Sigue, sigue... fóllame así, me vuelves loca. Muévete... muévete así, lentamente, te siento mucho. No pares... me vuelves loca. Fóllame...fóllame...

Quería que ese momento no acabara nunca. Su cuerpo estaba inundado de espasmos, gemidos, suspiros. Hasta que... con un grito llegó al orgasmo, y yo con ella. Momentos de inmenso placer.

—Has estado maravillosa, Martina. Hacer el amor contigo siempre es bello.

Ella me miró y me lo agradeció dándome un beso. No sé cuánto tiempo permanecemos así, uno contra el otro, abrazados, sin preocuparnos por nuestros espectadores. Su piel mojada, resplandecía con los reflejos del agua. Cuando salimos de la bañera, los chicos nos aplaudieron llenos de alegría. Empezaron a gritar, a reír, a saludarnos, algunos querían el bis. Me acerqué a ellos y, sonriendo, les dije...

—Chicos... os anuncio que, por esta noche, el espectáculo ha terminado, espero que os haya gustado, nos vamos a dormir.

Oí un fuerte aplauso a mis espaldas. Bajamos por las escaleras. Ella me miraba en silencio... luego, rompiendo el silencio me dijo.

—Estás loco... tú estás loco de verdad... pero me gustas... me gustas... me gustas muchísimo. Eres el tipo de hombre que necesito. ¿Sabes? Has hecho que me sienta una mujer esta noche. Una mujer como no me he sentido nunca...

Al día siguiente, nos levantamos sobre las cuatro de la tarde. Me despertó el aroma del café que Martina había preparado. Pasamos todo el día paseando por París. Buscando oportunidades en las tiendas abiertas por rebajas. Yo me compré unas chaquetas militares viejas en una de esas tiendas de ropa usada que se encuentran en Montmartre, el barrio de los artistas. Ella, un abrigo de los años 50. Encontramos también unas viejas gafas de sol con la montura de tortuga y unos zapatos de pitón para mí. Volvimos a casa, muy cansados, sobre las 23:00h. Nos tumbamos en el sofá a ver una película alquilada en una tienda. Abrazados el uno al otro, gustando una copa de vino y fumando con el narguile un tabaco a la fruta de marruecos, nos adormentamos. La mañana

siguiente yo tenía el avión para Barcelona. Era una mañana triste para ambos. Cuando éramos juntos, estábamos realmente bien.

«El amor físico raramente se confunde con el amor del alma. No es difícil que dos cuerpos se unan con un movimiento común e invariable. Quién sabe... algunas veces puede darse también la unión de dos almas. Pero... es muy difícil y raro que el cuerpo se una a la propia alma y, en armonía con el cuerpo y el alma del otro, experimente una auténtica pasión.

He entendido que la felicidad no consiste en encontrar a alguien a toda costa para hacer un camino junto. Ser felices significa tener a alguien que hace que el alma vibre y el corazón lata. Solo con él o ella, ese camino tiene sentido. Muchos temen que la felicidad sea un bien lejano, motivo por el que corren hasta no poder, en la esperanza de acercarse a ella, sin darse cuenta de que cuanto más corren, más se alejan. No todos nacen para hacer las mismas cosas o seguir los mismos caminos, tener un trabajo, tener hijos. Cada uno de nosotros encierra, en lo más profundo de su ser, una semilla que germina de una forma diferente, y necesita cosas diferentes. Esa semilla representa lo que estamos destinados a ser y a convertirnos»

## MONTENEGRO

Martina, además de estar segura de sí misma, era muy anhelosa y estaba llena de iniciativas. Quería hacerlo siempre y en todas partes. En el sexo era una de esas mujeres que se si encontraba ante una situación insólita, no se echaba nunca para atrás. Como aquella vez que fuimos a pasar cinco días a Montenegro. Fue una experiencia fantástica. Mi amigo Filip me había invitado a ir a verlo a Montenegro, para una fiesta especial que tenía lugar en Budva. Un amigo suyo, después de siete largos años de reformas, abría las puertas de su castillo para dar una fiesta memorable con más de 500 invitados de todas las partes de Serbia y Croacia. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de Martina. Después de ese fin de semana en París que pasé con ella, volví a desaparecer. No sabía cómo volver a recuperar el contacto, ya que la echaba de menos. Esa me pareció una buena ocasión para hacerlo y disculparme por mi comportamiento. Decidí escribirle. Una hora después, me respondió sorprendida por mi mensaje.

—Hola italiano guapo, pensaba que ya te habías olvidado de mí. Me imagino que no quieres verme más, ¿Verdad? ¿Cómo estás?

Noté en su voz un velo de irónica tristeza.

—Tengo una propuesta que hacerte Martina, y no acepto un no por respuesta. —traté de evitar una enésima discusión —El 21 de este mes voy a Montenegro y me quedo hasta el 27. Me ha invitado un amigo a una fiesta en un castillo. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Un castillo? —me respondió sorprendida —¿Bromeas o hablas en serio?

—Venga Martina... Sabes que no estoy bromeando. Sí, en un castillo. ¿Te vienes? Así tendré la oportunidad de disculparme por todo.

—¿Disculparte? ¿Tú? Anda, olvídale.

Cogí el avión en Barcelona, un vuelo directo a Dubrovnik. Un pequeño pueblo sugestivo, construido todo en piedra frente al mar. Una vez allí, cogí el autobús que, en dos horas, me llevaría a Budva. Había quedado con Martina a las tres de la tarde. Ella llegaba de París dos horas antes. La vi esperándome sentada en una mesita de la plaza principal de Dubrovnik tomándose un café. Llevaba una camiseta y unos pantalones largos de algodón. Quitaba el aliento.

—Hola italiano, ¿Cómo estás? —me recibió radiante —.

—Hola Martina, estoy bien... muy bien.

—¿Por qué me has llamado después de todo este tiempo? ¿No tenías ninguna amante que te acompañara?

Su voz escondía cierta rabia, creo que incluso rencor.

—Yo no tengo amantes —le respondí serio, intentando evitar una posible discusión.

—¿Y me has llamado porque quieres que ocupe un lugar en tu vida o solo porque no tienes nada mejor que hacer?

Quise desdramatizar el tono de la conversación. Conociendo a Martina, que no se rendía nunca, sabía a dónde quería llegar.

—Te he llamado porque tengo muchas ganas de darte unos buenos azotes en ese culo duro y redondo.

Se levantó, me estrechó fuerte contra ella, y me dio un beso lleno de pasión que atrajo la mirada de algunos clientes del bar. A pesar de nuestras diferencias, no podía separarme de esa pequeña madrileña.

Budva era un lugar encantador. Todo de piedra y a orillas del mar era considerado el lugar más chic de Montenegro. Había reservado un Hotel lleno de encanto, para celebrar nuestro encuentro. Un 5 estrellas de lujo, a poca distancia del centro histórico, situado frente a la playa. El Avala Resort Hotel, estaba equipado con sauna, solárium, centro de bienestar, casino, dos piscinas y una gran bañera de hidromasaje frente al mar. En la recepción nos recibieron con sonrisas y las chicas, casi todas rubias, competían por ser las primeras en piropear a Martina por su belleza típica española. La habitación era preciosa. Tumbados en el sofá, desde una gran ventana que iluminaba todo el cuarto se podía ver el mar abierto. La cama era grande y dura. Se podía mover como quisiéramos con un mecanismo hidráulico.

Pasamos los dos primeros días perdiéndonos por las calles de piedra pulida de ese pueblecito completamente reformado. La piedra gris con la que se había construido le daba un aire austero y lleno de misterio. Un pequeño restaurante lleno de almohadillas coloradas, no muy lejos de nuestro Hotel, nos invitaba a entrar y a probar sus especialidades. Después de cambiarnos, para ponernos algo de ropa cómoda y acorde con el ambiente, fuimos a cenar. Sentados uno al lado del otro, empezamos una de nuestras intrigantes conversaciones.

—Dime algo que no le dirías nunca a nadie.

Nada atemorizada por mi insólita pregunta, me miró con el rabillo del ojo. Luego, se armó de valor y, tumbándose sobre los cojines para estar más cómoda, empezó a hablar con ese tono de voz cálido y sensual.

—Hay algunos días, cuando estoy sola, que me atraviesan pensamientos que no me dejan ni siquiera respirar. Estos pensamientos pueden asaltarme por la mañana nada más levantarme o de noche mientras duermo. Salgo entonces de debajo de las mantas dejando la cama desordenada y el pelo enmarañado. Me pongo delante del espejo que tengo dentro del armario y me observo. Observo mi cuerpo. Empiezo a pasarme las manos por debajo del pelo, hago algunas muecas con la cara, con los ojos, con la boca, realizando expresiones y posturas diferentes. Me giro sobre mí misma. Observo mi culo y empiezo a tocarlo, siguiendo su forma, pasando lentamente las manos por encima. O, a veces, cuando estoy más excitada, cojo una silla, me siento acercándome al espejo, abro las piernas hacia adelante y observo mi sexo, abriéndolo ligeramente con la punta de los dedos. Intentando ver dentro. Permanezco al menos diez minutos con las piernas abiertas delante del espejo. Luego me levanto y me pongo las medias de color negro transparente con liga auto adherente, deslizándolas sobre la piel, hasta llegar a la parte alta del muslo. Me pongo también un corpiño de encaje negro de seda transparente, con rositas bordadas encima y lo aprieto fuerte en la cintura. Lo aprieto también fuerte en el pecho, tirando de los numerosos lazos rojos en la parte trasera que recorren la espalda. Haciendo, que mi cintura parezca más fina de lo que es. Destacando mi pecho grande y próspero que se levanta hasta llegar casi a mí barbilla. De ese modo, parezco una mujer de la calle. Una de esas que te piden dinero apoyadas en las esquinas de viejos edificios en las zonas pobres de la ciudad, o que encuentras en esos viejos burdeles de los barrios pobres y de mala fama frecuentados solo por un cierto tipo de hombres. Siempre me he sentido una puta. A pensarlo bien, puede que lo haya sido en mi vida anterior. Me pongo unas

botas de piel negra con un tacón muy alto que me llegan bajo la rodilla y me vendan la pierna hasta la mitad del muslo como un guante. Me acerco con la cara a pocos milímetros del espejo y observo mis labios. Cojo entonces una barra de labios roja y empiezo a pintarlos con esa pasta suave. La extiendo bien pasándola varias veces hasta rellenar todos los pliegues. Cojo después un lápiz y rímel negro, y empiezo a pintar mis cejas, y luego las pestañas, y pinto mis ojos de negro, completamente negros. Después, cojo una brocha grande, polvos de color violeta oscuro y celeste, los mezclo y creó una especie de arena, de tierra de varios colores. Me pinto la cara con esa arena para tener una expresión más fuerte y agresiva. Para sentirme, todavía más, una puta. Un color vampírico entre el celeste y el violeta, que refuerzo pasando por encima un velo de polvos brillantes. Cojo de la crema, blanca, y me la pongo en el cuello, en las orejas, alrededor del nacimiento del cabello, destacando así mi boca roja, mis ojos negros, y la piel del rostro violeta y celeste oscuro. Así vestida me observo. Me siento un vampiro salido de las tinieblas. Una puta de la noche. La puta de un burdel. Me gustaría estar sentada junto a otras putas sobre un sofá de terciopelo rojo, en un salón de un viejo burdel, esperando a que un cliente se acerque a mí y me ofrezca dinero para follarme. Obligándome a complacer todos sus deseos. Con esa idea en la cabeza que atormenta mi cuerpo y mi alma, cierro las ventanas, bajo las persianas, echo las cortinas y enciendo unas velas, que coloco en las esquinas de la habitación. Pongo una suave música y un poco de incienso, y cualquiera que sea el día o la hora, en ese solemne momento, me aílo de todos. Me siento entonces delante del espejo y me acerco lo máximo posible. Abro las piernas y observo mi sexo abierto, con los labios deseosos y ya húmedos. Cojo una barra de labios de color rojo fuerte, el mismo con el que antes me había pintado los labios, y lo paso alrededor de la boca de mi sexo, creando así dos bocas, dos entradas diferentes. Empiezo a tocar mi clítoris, primero con una mano, luego también con la otra mano. El color rojo de la barra de labios se extiende por todo mi sexo. Apoyo, entonces, los hombros en la silla, arqueo el cuerpo, recostando la cabeza en el respaldo y, con un movimiento, dejo que mi cabello caiga por detrás de mí. Empiezo a sudar, mientras mis manos siguen tocando cada vez más rápido mi sexo.

De vez en cuando, levanto la cabeza y miro mis movimientos, como si fueran independientes de mi cuerpo. Empiezo a jadear, a gemir, a suspirar, mis gemidos aumentan sofocados por morderme con fuerza los labios. Sentir dolor me da placer y me excita. Cierro los ojos. Mi mente empieza a pensar libre y solitaria en esa oscuridad iluminada solo por las luces de esas velas. Pienso que estoy poseída por un desconocido. Hombres que se masturban o que el mismo espejo me posee. Empiezo a tener fantasías irreales que entran en mi cabeza. Cuando mi excitación llega al máximo y me acerco al orgasmo, saco los pies de las botas, los apoyo en el cristal, abro las piernas lo máximo posible, levanto la cabeza y, mientras alcanzo un orgasmo increíble y violento que me deja sin respiración, miro cómo sale mi líquido.

Sin que Martina se diera cuenta, había abierto la cremallera de mis pantalones y había sacado mi polla por debajo de la mesa. Grande y dura. Nadie se dio cuenta del gesto, el restaurante era demasiado lleno como para que alguien nos prestara atención a nosotros. Por debajo de la mesa le cogí una mano y, sin decirle nada, la puse sobre mi miembro.

—Pero ¿Qué haces? ¿Estás loco? ¡Estamos en un restaurante! ¡Nos pueden ver!

—Venga tócala, cógela entre las manos, haz que sienta tu contacto. Me ha excitado muchísimo lo que me has contado. Mira que dura la tengo.

—Te siento muy excitado —me dijo apretándolo con fuerza—¿Qué es lo que te ha gustado de lo que te he contado?

—Tu relato me ha excitado muchísimo. Tengo unas ganas locas de follarte. Hacer que lo sientas hasta el fondo y hacerte gritar de placer. Tócalo...tócalo. ¡Venga! —le digo en un ataque de deseo

irrefrenable.

—¿Te gusta cómo te estoy tocando? Al notarla tan dura, me entran ganas de sentir tu capullo en mi boca. De chupártela, para que te corra en mi cara.

—Si... si... sigue...así, sigue... quiero correrme en tus manos, quiero correrme debajo de la mesa.

—Pero ¡Estás loco! ¡Estás loco!

—Cuéntame otra historia Martina. Otra historia excitante. ¿Qué pensabas cuando estabas ahí, delante del espejo? ¿Qué habrías querido hacer?

—Te lo he dicho, me habría gustado que un hombre hubiera estado allí, un desconocido.

—¿Te habría gustado que entrara un desconocido en tu casa, mientras estabas delante del espejo?

—¿Sabes Samuel? Te confieso que, cuando me pongo delante del espejo, a veces hago una cosa, pero me da vergüenza decírtela.

—Dime, dime ¿Qué haces...que haces? —Le pregunté —Cuéntame, que estoy excitado y tengo ganas de correrme.

—Bueno, a veces, cuando estoy ahí, con los labios pintados de rojo, los ojos negros, con las medias puestas, a veces, cuando estoy sumida en una fuerte excitación, me levanto y cojo uno de esos miembros de goma con lazos y lo ato a la silla. Le pongo vaselina encima y me lo meto dentro, accionando esos controles mecánicos que tienen los arneses. Abro mis piernas y veo reflejado en el espejo este miembro dentro de mí. Empiezo a pensar que me están follando dos hombres rudos y brutos. Que me violan. Siempre tengo ganas de vivir esta fantasía. Dos hombres que me follan fuerte, dos desconocidos. Lo único que busco es el placer, el placer de la carne. El deseo de satisfacer la libido que, en ciertos momentos, me posee.

—Sigue Martina... sigue moviendo la mano así... así... estoy a punto de correrme... me corro... me corro —le dije con un hilo de voz.

No pude controlarme más y llené su mano con mi líquido caliente. Fue un orgasmo excepcional. La miré satisfecho. Volvimos al hotel abrazados, besándonos sin separar los labios el uno del otro. Cuando cerré la puerta de la habitación detrás de mí, la cogí, la empujé contra la pared, le abrí la camiseta y empecé a besarle el pecho apretándolo entre mis manos. Le bajé los pantalones, y aún de pie, abriéndole ligeramente las piernas y moviendo hacia un lado las braguitas de encaje negro, me puse de rodillas y empecé a chuparle entre las piernas. Estaba completamente empapada, le cogía el culo con las manos, acercándomela. Empecé a penetrarla con la lengua y a moverla dentro de ella. La giré, y aún apoyada contra la pared, empecé a chuparle el culo abriendo sus nalgas para entrar mejor. Le gustaba mi lengua. En el centro de la habitación había una gran mesa cuadrada, cubierta por un mantel de lino blanco. Unos candelabros de plata con velas estaban colocados en el medio de la mesa. Cogí los dos candelabros, encendí las velas, y los coloqué en los laterales de la mesa. La empujé contra la mesa, la tumbé encima y le abrí las piernas. Su sexo estaba abierto, libre. Cogí una silla, me acerqué a la mesa y, tirando de ella hacia mí, cogí sus piernas y las apoyé sobre mis hombros. Empecé poco a poco, sin prisas, a lamerla con la lengua, alrededor de su sexo. Con los dedos a acariciarle en interior de sus labios, cogiendo entre el índice y el pulgar, el clítoris. Apoyé entonces sus piernas en la silla y, empecé a follarla con fuerza, haciéndola resbalar sobre ese mantel blanco que cubría la mesa. Hasta que llegamos juntos a un orgasmo tremendo.

La noche de la fiesta nos preparamos con esmero. Martina me dio una sorpresa que no me esperaba. Salió de la ducha con la toalla enrollada alrededor del cuerpo, sujetada por un nudo,

abrió la maleta que había apoyado en la cama, y me dijo sonriendo.

—¡Mira! Me he traído el vestido que te gusta tanto. No me lo he vuelto a poner —me dijo sonriente. —La verdad es que me había prometido a mí misma ponérmelo solo si te volvía a ver.

—¿Tenías miedo de no verme más?

—Mira Samuel, en este tiempo que no hemos hablado, te he echado mucho de menos. He tenido miedo de perderte. No sabía qué hacer.

—¿Y qué querías hacer?

—No lo sé, no lo sabía de verdad. Lo único que sabía, o eso creo... es que esta vez no te iba a llamar. Respetaría tu silencio. Tu libertad. Tu elección.

—¿Qué elección?

—¿Cómo qué elección? ¡La de no querer verme!

—Martina, sabes que no es una elección. Entre nosotros hay... existe...

—Si...si...lo sé, lo sé. Entre nosotros existe el problema de la edad, y de tantas otras cosas. Pero ya te he dicho mil veces que para mí no es un problema. Yo te quiero. Te amo. No puedo estar sin ti. No sé qué hacer para que lo entiendas.

Me acerqué a ella y le di un beso abrazándola fuerte.

Se puso el vestido sin sujetador. El tejido de seda se pegaba a su cuerpo como un guante. Era de una belleza fuera de lo común. Quitaba el aliento.

Nos encontramos entonces con mi amigo Filip y su chica, de origen oriental, en la plaza central de Budva delante de la iglesia. A partir de ahí, los momentos sucesivos no dejaron de sorprenderme. Un autobús con los cristales azulados, puesto a disposición para los huéspedes, vino a recogernos y nos llevó a la tan esperada fiesta. Sentada a mi lado, en esos cómodos sillones de piel negra, Martina olía a vainilla. Me miraba regalándome de vez en cuando media sonrisa y apoyando la cabeza sobre mi hombro. Estaba feliz de estar allí con ella. Después de unos veinte minutos, llegamos al castillo. La categoría de coches aparcados fuera de la entrada me daba a entender el tipo de gente que nos íbamos a encontrar. El castillo representaba uno de los símbolos históricos de Budva. Construido en una roca calcárea sobre una colina, desde sus 960 metros de altura dominaba todo el paisaje de los alrededores. Pequeñas aberturas en los muros abrían el acceso a pasillos y pasadizos secretos, que conducían misteriosamente a rincones inaccesibles del castillo. Los subterráneos perfectamente reformados estaban aún destinados a salas de tortura divididas en celdas, donde antiguamente se torturaban a los huéspedes que no eran deseados. Martina me seguía cogida de la mano, entusiasmada y curiosa. Caminaba detrás de mí, con sus zapatos de tacón alto con destreza y desenvoltura entre aquellas piedras inconexas. Nos sentamos después en una gran sala renacentista. Las luces de las velas daban un aire misterioso a todo aquello. Los mayordomos en uniforme blanco traían los platos en bandejas plateadas. Me di cuenta de que una pareja de dos amigas miraba asiduamente a Martina como si yo no existiera. Una situación que despertó mi curiosidad, pero no le di demasiada importancia. Puesto que Martina, bronceada como era parecía sacada de una revista de moda y atraía todas las miradas. Después de la cena, nos sentamos en un gran sofá blanco con una botella de champagne. Las dos chicas vinieron a sentarse justo a nuestro lado. Rivka era delgada y masculina en su forma de ser. Helena, más voluptuosa y sensual. Las dos, rusas, de Moscú. Para mi sorpresa, hablaban perfectamente español. Habían vivido dos años en Madrid y habían trabajado como modelos. Elegantes y refinadas en su forma de actuar, se veía que eran de un alto nivel social y económico. Era la primera vez que nos veíamos y, sin embargo, gracias a su insólita simpatía, cogimos confianza en seguida. Como si nos conociéramos de mucho tiempo. Después de un rato hablando y

riendo, me levanté para coger otra botella de champagne. Una de ellas, Rivka, se levantó y me acompañó. La otra Helena permaneció sentada hablando con Martina. Nada más alejarnos un poco, Rivka se me acercó y, cogiéndome por un brazo, me dijo.

—Tu chica es preciosa—Una cereza difícil de encontrar.

Entendí inmediatamente el sentido de la afirmación y le seguí el juego.

—¿Te gustan las cerezas? —le respondí con un tono malicioso —.

—Yo y mi amiga adoramos las cerezas —me dijo como si no pensara en otra cosa—.

—Y te gustaría comerte mi cereza, ¿Verdad?

—A las dos nos gustaría comernos esa cereza.

Entendí dónde quería llegar y qué me estaba proponiendo.

—A ella no le gustan las mujeres. Tendrás que saber conquistarla. ¿Serías capaz de hacerlo? le pregunté intrigado por la respuesta —.

—Déjanos a nosotras, no te arrepentirás —me respondió sin dudar.

—¿Sois buenas? Quiero que le guste... que sienta placer... que esté contenta con esta nueva experiencia.

—Mira —me dijo con un tono como para aclarar las cosas —a mí y a mi amiga nos gustan solo las mujeres, solo las cerezas. Le daremos un placer que no puedes ni imaginarte. Fíate de mí.

—¡Vale! Acepto el juego. Pero con una condición, de lo contrario no me interesa.

—¿Qué condición? —me respondió curiosa.

—Quiero asistir a todo el espectáculo, de principio a fin.

Me respondió sin dudar:

—Puedo aceptar esta condición si tú aceptas la mía.

—Dime, te escucho.

—No debes entrar entre nosotras. No debes tomar ninguna iniciativa y no debes abrir la boca. Tienes que permanecer en silencio mirando.

—Vale, trato hecho.

Acepté la propuesta intrigado y excitado, ya que recordaba con placer la experiencia que Martina vivió con la holandesa. La idea de volver a ver ciertas escenas me excitaba muchísimo.

A las dos de la noche salimos los cuatro medio borrachos del castillo. Un taxi nos llevó al apartamento de Helena para celebrar el final de la noche. Una excelente botella de vodka nos esperaba en el mini bar. El apartamento de Helena tenía una decoración minimalista. Completamente blanco, pocos muebles, el suelo de mármol veneciano y las paredes con estuco a la cera. Muy chic. Una gran cristalera, desde donde se veía el mar, iluminaba la habitación y creaba una atmósfera de misterio, escondiendo parcialmente los rostros de cada uno de nosotros. Se sentaron las tres en el sofá. Martina en el medio. Yo permanecí de pie, cerca de la cristalera, casi escondido por una cortina, observando la escena. El corazón me latía fuerte por la excitación y un escalofrío de sudor recorría mi cuerpo. Me sudaban las manos de tanta tensión. La luz de la luna que se reflejaba en el mar entraba por la cristalera, iluminando toda la escena. La noche era cálida y tranquila, y no circulaba mucho aire en la habitación. Martina, ignorando lo que estaba a punto de suceder, estaba visiblemente borracha y se reía de todo. Las dos chicas se quitaron rápidamente los vestidos y se quedaron en tanga, dejando al descubierto sus cuerpos atléticos y fibrosos. Luego, se acercaron las dos a Martina, que aún no había entendido bien la situación y, forzándola un poco, le quitaron el vestido. Noté una cierta resistencia por parte de Martina, pero muy débil, ya que todo parecía un juego.

—Pero ¿Qué hacéis? —preguntó sorprendida —.

—Deja que nos encarguemos nosotras, —le respondió Helena—hace calor, y sin los vestidos estamos más cómodas.

—Puedo hacerlo sola, gracias.

—No, —le respondió Rivka con un tono de voz seco y autoritario —lo hacemos nosotras.

Martina sorprendida por la reacción un poco brusca, se dejó llevar. Como en un juego, Helena propuso ponernos unas máscaras para que el momento fuera más divertido. Me di cuenta de que la máscara que le dieron a Martina tenía los ojos tapados. Empezaron a tocarse, a buscarse, a abrazarse, intentando reconocerse recíprocamente. Cuerpos que se movían con sensualidad. La atmósfera se hizo excitante, e incluso Martina parecía excitada por esa situación. Sus movimientos eran irregulares, y su forma de moverse, un poco distraída, parecía que sirviera solo para calentar su cuerpo ya sudado. Helena, con un movimiento rápido, casi por sorpresa, intentó meterle una mano por delante, dentro del tanga. Pero inmediatamente fue rechazada con fuerza y firmeza, tanto que, por un momento, llegué a pensar que todo había terminado.

—¿Qué haces? —le dijo Martina apartándose con el cuerpo y quitándose la máscara —.

No me gusta este juego. No vuelvas a hacer un gesto así o me voy.

—Perdona, —le respondió dulcemente Helena—estaba de broma, no te enfades.

—Que quede claro que a mí no me gustan las mujeres, y no quiero que este juego vaya a más.

Tuve un intercambio de miradas con las chicas y, a pesar de lo sucedido, les hice un gesto con la cabeza para que pasaran a la acción. Ya había escuchado antes ese discurso, y sabía que, si conseguían que Martina pasara el límite, ya no se detendría. Quizás había llegado el momento de forzar la situación. Me acerqué y me senté en silencio en el sillón delante de ellas. Estaba muy excitado. Le invitaron, cogiéndola dulcemente por los brazos, a sentarse en la cama. Martina no parecía muy convencida, pero cedió a la presión y a la voluntad de las dos chicas. Puede que la cantidad de vodka bebida había hecho su efecto. Rivka se colocó detrás de ella. Helena se arrodilló delante de ella apoyando las manos sobre sus piernas. Las manos fuertes de Rivka empezaron a tocarle los muslos. Se le acercó con el cuerpo y, empujándose hacia adelante, apoyó el pecho sobre los hombros de Martina. Estirándose un poco más sobre ella, empezó a tocarle el vientre, luego, subía hacia el pecho. Sus manos tomaron posesión del cuerpo de Martina que, parecía darse cuenta de que algo estaba a punto de suceder.

—¿Qué haces? ¡No quiero! Protestó, pero no se rebeló.

Helena empezó a acariciarle el interior del muslo, pasándole las manos sobre el tanga. Haciendo una ligera presión. Rivka de detrás, haciéndole perder el equilibrio, le agarró con fuerza el pecho y la tiró hacia ella. Cruzó rápidamente sus piernas por delante como unas tenazas, impidiendo que Martina pudiera levantarse o liberarse y le bloqueó los brazos tirando con fuerza hacia ella. Rivka detrás, Helena delante. Martina ya no podía moverse. Solo en ese momento, se dio cuenta de la situación y gritó. Pero era demasiado tarde.

—Pero ¡Qué hacéis! ¡He dicho que no! ¡Ya está! ¡Quiero irme! ¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡No quiero esto! ¡No me gusta! ¡Dejadme! ¡Ayuda! ¡Ayuda! Samuel...Samuel...

Pero Rivka era más fuerte y la había inmovilizado. Me resultaba difícil presenciar esa pasional sensualidad de cuerpos que se tocaban, se besaban, se buscaban, sin hacer nada. Pero lo había prometido. Los gemidos y los gritos sofocados de Martina me excitaban muchísimo. Violada por dos desconocidas. Las manos de Rivka, afiladas y fuertes, agarraron los pechos de Martina y empezaron a apretarlos acercándolos. Haciendo, de esta forma, que sus pezones se hicieran más duros y evidentes. Un grito de dolor, o de placer, salió ronco de la boca de Martina. A ese punto, Helena, de rodillas delante de ella, le arrancó con fuerza el tanga dejándola desnuda. Martina

probó a apretar las piernas, pero una bofetada que le dio Helena hizo que su rebelión acabara. Aunque no fue una verdadera bofetada, me cogió por sorpresa. Me quedé observando la escena. Martina se mantenía en equilibrio entre el dolor y el placer. Difícil de entender dónde estaba el límite. Helena le abrió con fuerza las piernas y su mano le entró en el medio. Le metió dos dedos que empezó a mover con energía y, con un movimiento giratorio, los empujaba cada vez más hacia el fondo. Martina intentaba rebelarse moviéndose con el cuerpo, pero era demasiado tarde para escapar. La respiración se hacía más fuerte, más acelerada, bajo el ritmo de esa mano que se movía cada vez más rápido. Su cuerpo se encontraba invadido por un placer que desconocía. Helena se levantó y sin dejar de mover los dedos dentro de Martina, empezó a chuparle los pezones duros y negros. A veces mordiéndolos. Rivka, desde detrás, la sujetaba con fuerza por los brazos. No podía soltarse. Martina se rebeló de nuevo, intentando salir de esa situación. Estiraba las piernas, estiraba los muslos intentando encontrar un punto de apoyo para levantarse, una forma de salir. Se movía frenética en la cama, pronunciando frases sin sentido. Se mordía los labios, apretaba los puños, y los movimientos de los dedos de Helena eran cada vez más intensos y penetrantes. Tenían el dominio de su cuerpo. Rivka, la cogía con fuerza del pelo, tirando hacia ella y le lamía el cuello con la lengua. Martina lanzó un grito como si quisiera negarse a sentir placer. Pero pocos instantes después, alcanzó un orgasmo fuerte y prolongado. Un placer que se apoderó de todo su ser. Las dos chicas seguían tocándola, acariciándola, besándola. Notaban que su resistencia desaparecía rápidamente. Un cierto abandono en su voz me dio a entender que estaba cerca de alcanzar otro orgasmo...y así fue. Después, casi despertándose de un sueño, rogó de nuevo a las chicas para que la dejaran libre.

—No... no...no... ¡Dejadme! No quiero. Por favor, os lo ruego, ¡Dejadme! —el tono de su voz era más suplicante—. ¡Me hacéis daño! ¡No quiero!

—¡Cállate! ¡Cállate! ¿Quieres callarte? —le gritaba Rivka.

—¡Dejadme! Estáis exagerando. ¡Dejadme! ¡Empiezo a gritar!

Le gustaba... le gustaba que le violaran.

Hizo de nuevo un movimiento brusco con el cuerpo e intentó liberarse cruzando las piernas como para levantarse, pero otra bofetada de Helena en su cara hizo que se rindiera. El cuerpo de Martina parecía invadido por descargas eléctricas. Se movía frenética, y su respiración era cada vez más irregular. Sus piernas no estaban quietas. Las levantaba y las bajaba sin tener el control. Se agarraba con fuerza a las sábanas intentando liberarse. Su cuerpo no tenía ningún secreto para las dos chicas que cada vez estaban más ardientes y ávidas de sexo.

—¡Basta! —le gritó Rivka —O te estás quieta o te hago daño de verdad.

Y tiró con fuerza de su cabello, largo y vaporoso, hacia ella.

—Si te mueves, te los arranco —añadió.

A un cierto punto, Helena se levantó y sacó de la cómoda junto a la cama, dos lazos de seda negra, y le ató las manos a Martina. La giró boca abajo. Rivka le pegaba fuerte en los glúteos hasta hacerla gritar. Ataron sus pies a los extremos de la cama formando una X con las piernas.

—No... no... por favor, ¡Dejadme! ¡No quiero! ¡Dejadme! ¡Dejadme!

Martina seguía negándose, diciendo que no, intentaba escapar, pero la fuerza de Rivka le impedía cualquier movimiento. Tumbada en la cama, en esa posición, no podía hacer nada. Los movimientos de rechazo se bloquearon y se dejó llevar. Obligada a seguir el juego, a ceder a su voluntad, como un objeto en sus manos. Las dos chicas se dieron cuenta de que se había rendido y empezaron a besarla con pasión. Después de una media hora que abusaban de su cuerpo, se alejaron de ella dejándola sola, atada en la cama, con los ojos vendados. No sabía lo que estaba a punto de suceder. Rivka abrió un cajón y cogió un bastón de piel con una soga en el extremo, como

los que usan los jinetes. Una especie de látigo. Martina no podía moverse. Helena se acercó, se tumbó detrás de ella, entre sus piernas, le abrió las nalgas del culo agarrando la extremidad con las manos y empezó a chuparle el orificio. Mientras, Rivka, situada delante de ella, empezó a golpearle el culo con ese pequeño látigo que pronto le dejó la piel roja. Golpeaba cada vez más fuerte. Martina gritaba entre el dolor y el placer. Tenía la sensación de que amaba ser tratada de esa forma. Rivka le golpeaba primero un glúteo, luego el otro. Los golpes del látigo le llegaban fuertes y precisos.

—¡Párate! ¡Párate! ¡Me hacéis daño! —gritaba Martina.

—Cállate... cállate... tienes que callarte. Quédate quieta o te hago daño de verdad.

—No quiero seguir, ¡Desatadme!

—¡Cállate! Ahora viene lo mejor. Te gustará muchísimo.

—No... no... ¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Dejadme!

Pero Rivka y Helena imponían con fuerza su voluntad y Martina, como una niña indefensa, estaba atemorizada. Helena se puso uno de esos guantes finos y transparentes que usan los cirujanos para operar, prácticamente una segunda piel. Se extendió entonces vaselina en las manos, se tumbó de nuevo entre las piernas de Martina y le metió dos dedos por detrás. Dentro del orificio ya muy húmedo. Moviéndolos con maestría, encontró su punto sensible. Le ordenaron empujar el culo hacia afuera, oscilar las nalgas, apretar los glúteos. Y ella lo hacía. Lo hacía y se movía como si tuviera un miembro que la penetraba por detrás. Se movía de una forma dulce y lenta. Oscilando el culo, seguía el movimiento de los dedos de Helena. La estaban follando como lo habría hecho un hombre. Después de esa última pasión, se tumbaron junto a ella, le desataron las manos, las piernas, e iniciaron dulcemente a acariciarle el cuerpo. Martina, en medio de ellas, parecía responder. Ahora, ella también intercambiaba besos y caricias, quizás para agradecerles el placer sentido. Salimos del apartamento sobre las siete de la mañana. Sin decir ninguna palabra. Intercambiándonos alguna mirada, llegamos al Hotel. Nos tiramos en la cama muertos de cansancio. Y dormimos sin interrupción hasta las seis de la tarde. Esa noche fuimos a cenar a nuestro restaurante preferido delante del mar, para abrir la última botella de vino.

—Dime la verdad —le pregunté mirándola a los ojos —¿Te gustó lo de ayer por la noche?

—Me gustó muchísimo. No me imaginaba que pudiera ser tan bonito. Aunque, te digo la verdad, me costó mucho relajarme —casi excusándose por haber sentido placer.

—¿Qué pensabas cuando estabas ahí? ¿Cuándo te tocaban, te besaban, obligándote a hacer lo que querían?

—Intenté reaccionar, escapar, pero no podía. Luego, no sé por qué, a un cierto punto el dolor había desaparecido y empecé a sentir placer. Y luego, el hecho de que tú estuvieras allí mirándome, me tranquilizaba.

La mañana siguiente desayunamos juntos. Hacía calor, aunque el cielo nublado amenazaba lluvia. Sentados allí en ese bar, nos mirábamos en silencio. Absorto en mis pensamientos, recordaba la noche anterior. De vez en cuando encontraba los ojos silenciosos de Martina que me espían. Las personas a mí alrededor se movían tranquilas, envueltas en cierta apatía. Todo parecía tranquilo, pero en mi cabeza reinaba la confusión, el nerviosismo, la agitación, y una pregunta seguía rondándome la cabeza sin descanso. Me invadieron los celos por el placer que había sentido. ¿Le había gustado más de cuando hacía el amor conmigo? ¿Sabían chuparle y lamerle mejor de como lo hacía yo? ¿Se había dejado llevar para aumentar nuestra complicidad o porque estaba invadida por un deseo irrefrenable? Martina rompió el silencio de mis pensamientos.

—Quiero estar contigo Samuel. ¿Por qué no vienes otra vez a verme a París? —me dijo con una voz de esperanza.

La miré sonriendo sin responderle.

—Venga italiano, te necesito. No quiero vivir una simple aventura. Quiero algo más, algo que tenga sentido. No quiero ser una mujer del momento.

—No puedo, lo sabes —le dije con una cierta tristeza. —Y, además, ¡mi trabajo! No podría hacerlo. Pero te prometo que nos veremos lo más frecuentemente posible.

—¡Y entonces, voy yo a Barcelona! ¡Voy yo a vivir contigo! Dejo los estudios en París y voy a vivir contigo.

—¿Cómo? —le pregunté casi asustado —¿Dejarías París? —

Sabía que la mujer que tenía delante de mí, habría tenido el valor de hacerlo.

—He pensado mucho en ti. No quiero pasar más tiempo sin ti.

Había verdad en sus palabras, lo intuía por la luz de sus ojos.

«A veces, el miedo de estar solos y la prisa por reemplazar a alguien, hace que cometamos errores que luego se pagan con la pérdida de la libertad.

Siempre he pensado... que el amor debe ser esa cosa pura y verdadera, cómplice y sincera, leal e indivisible, y no la sustitución de la soledad o la búsqueda de la conveniencia.

Siempre he pensado... que el amor con una mujer es como una cadena formada por muchos anillos y, por cada problema superado, por cada dificultad superada, se añade un anillo a esa cadena, que se hace más larga, más fuerte, más resistente al tiempo.

Siempre he pensado... que el amor es una emoción que nace de lo desconocido y entra de repente en nuestra vida. Es una felicidad que hace que nuestro corazón sonría y nos transmite la sensación de no estar solos.

Siempre he pensado... que el amor es sentir las penas y las alegrías del otro como propias. Es saber esperar, saber renunciar, saber luchar, saber compartir, saber dar y saber recibir, pero, sobre todo, es tener el valor de estar. Estar siempre, en cualquier circunstancia.

Siempre he pensado... que el amor golpea de forma astuta, a menudo repentina, con un sentimiento irracional que nos penetra e nos invade todo el organismo. Se difunde capilarmente y cambia nuestra forma de pensar y de actuar, y crea un pacto, una alianza, un lazo entre dos personas que no se puede traicionar»

## VUELVE A BARCELONA

La intensidad del viaje a Montenegro fue decisiva en las decisiones de Martina. Dejar París para volver a Barcelona no le habría resultado fácil. Pero Martina y yo estábamos preparados para lo que pudiera ocurrir, sabiendo que la decisión que ella estaba tomando no sería un punto a nuestro favor. Martina viajó a París y en un par de días preparó la mudanza. Yo no pude acompañarla, pero contraté un servicio para que la ayudaran a embalar todas sus cosas y dejarle tiempo para despedirse de los amigos de clase. El día que llegó a Barcelona, le dije que cogiera un taxi y que viniera directamente a mi casa para cenar. La engañé diciéndole que tenía una reunión importante y no podía llegar a tiempo al aeropuerto. Esperaba que Martina se enfadara y me montara una pequeña escena. De hecho, era su «modus operandi» cuando hacía varios días que no nos veíamos.

—No tienes nunca tiempo para mí, ¿Verdad? Siempre ocupado con tus cosas.

—Pero, Martina ¿Qué dices? No puedo dejar el trabajo, tengo una cita importante.

—¿Y yo? ¿No soy importante? No pierdes ninguna oportunidad para maltratarme.

—¿Se puede saber qué te sucede? Vienes a Barcelona, yo estoy contigo en todo y para todo y ¿Me dices que te estoy maltratando?

No sé qué había pasado, pero después del episodio que vivimos juntos en Montenegro, Martina se había vuelto más celosa y posesiva. Pero yo, a parte de la diferencia de edad, no me apetecía aún tener una relación tradicional con ella. Seguía amando mi libertad, y no había decidido todavía meter los remos en el barco. Es decir, dejar de llevar el tipo de vida que hacía. Pero su insistencia se estaba volviendo realmente insoportable y cada vez que hablaba con ella era una pequeña guerra. Llegamos así, después de muchas discusiones, a un acuerdo recíproco, en el que Martina se quedaba en Barcelona, es verdad, y esto lo había aceptado pero, por lo menos durante un año, aunque saliéramos juntos, ella viviría sola. Si pasado ese año de prueba todo funcionaba como debía, iríamos a vivir juntos. Ya que, además, a nuestra situación se había añadido otro problema insospechado...mi trabajo como arquitecto había despegado finalmente, y gracias a mi vecino y amigo ruso Miky, apodado el Gran Miky, me había puesto en contacto con varias agencias con clientes dispuestos a invertir en Barcelona.

El problema añadido era que estos empresarios rusos tenían inversiones en todas las partes del mundo. Y yo estaría obligado a viajar dejando a Martina poniendo siempre en duda mi fidelidad. No tenía mucho tiempo para dedicarle o, al menos, no todo el tiempo que ella quería. Casi siempre estaba estresado por la gran cantidad de trabajo que empezaba a ser difícil de gestionar. Martina, mientras tanto, había encontrado trabajo en una cafetería del Raval que estaba casi siempre llena de negros, marroquíes, paquistaníes y algún borracho del barrio. Un lugar de mierda. Pero era lo único que había encontrado. Tenía un horario diferente al mío, y terminaba por

la noche, a veces muy tarde, ya que se quedaba haciendo la limpieza, tanto que nos resultaba casi imposible vernos. El propietario del bar era un gordo borracho, sucio y malhumorado, con el que no había forma de hablar. Pero era el único trabajo que había conseguido encontrar. Había discutido con sus padres, que no aceptaban una relación entre un hombre de 45 años y una chica de 20 años. Pero cuando Martina tomaba una decisión, era terca como una mula y llegaba hasta el final. Al alejarse de su familia, de sus cosas, de su mundo, había volcado todo su afecto en mí, y la exigencia de estar juntos, de salir y de vernos, empezaba a ser obsesiva.

—Hola Samuel, ¿Dónde estás? He salido ahora del trabajo, ¿No vemos para comer una pizza?

—Estoy todavía en la oficina, esperando a los clientes rusos para un proyecto nuevo, si quieres cuando termine te llamo.

—Vale pero no muy tarde que tengo ganas de verte y de estar un poco contigo.

—No entiendo por qué tienes tantas ganas de verme, nos vimos anoche.

—¿Todavía no lo has entendido? ¡Entonces eres tonto! Con todo lo que hemos vivido juntos, si tú no fueras importante para mí, te aseguro que ya te habría dejado.

—¿Y habrías escapado con un chico más guapo, más simpático y más joven que yo? —le dije intentando ser gracioso.

—¡Más joven seguro! Pero puedes estar tranquilo, a mí lo niños no me gustan, prefiero los hombres maduros —me respondió con una cierta contundencia.

—Pero ¿No soy demasiado maduro para ti?

—¡Qué va! Para mi eres perfecto. Yo de un hombre quiero aprender, que me enseñe, quiero crecer con él. ¿De qué me sirve salir con uno de mi edad? Por esto amo a los hombres maduros.

—Entonces, ¿Puedo estar tranquilo?

—Pero ¿Cómo es posible que cada vez que hablamos me saques siempre el tema de la edad? Empiezas a ser monótono.

—Escúchame chica que ama a los hombres maduros, tengo que dejarte, de lo contrario no acabo mi trabajo y no nos podemos ver a tiempo.

—Vale, ¡Pero date prisa!

Los clientes rusos llegaron más tarde de lo previsto a la oficina y tuve que quedarme con ellos y dedicarles todas las atenciones posibles. Cuando acabamos la reunión de trabajo, pensé escapar con Martina pero no me fue posible. Quisieron invitarme a toda costa a cenar al Bocagrande. Un restaurante de moda de Barcelona. Sin decirme nada, ya habían reservado una mesa en la zona privada del local, y la cocina permanecía abierta solo para nosotros. Cuando me liberé de ellos, era ya muy tarde. Intenté llamarla. El teléfono sonaba pero Martina no respondía. Lo intenté otra vez, nada. Le envié entonces tres mensajes al móvil, pero ella no respondía. Probablemente estaba durmiendo. Había empezado a llover sin interrupción y parecía que iba a durar. Las calles estaban desiertas. Me acerqué, caminando bajo los techados, a una parada de taxi para coger uno. Volver a casa andando, con esa lluvia, era imposible. Justo en el momento en el que entraba en el taxi, me llegó un WhatsApp de Martina bastante enfadada. Me puse entonces bajo un techo para leer atentamente lo que me había escrito.

—¿Te parece hora de llamarme? Estoy durmiendo en casa de una amiga. No quería quedarme en casa sola esperando tu llamada como una estúpida.

—Perdóname mi amor, no he podido liberarme antes—le escribí como respuesta.

—Sí, sí, siempre excusas, siempre la misma excusa. Ya es la tercera vez que haces esto. Solo por recordártelo.

—Mira... ya que te has despertado, te llamo al móvil y hablamos mejor. Con estos mensajitos demenciales me pongo nervioso. Y además, estoy debajo de un techo de una tienda para protegerme del agua.

—Venga, ¡llama! Dame solo cinco minutos que voy a tumbarme en el sofá del salón.

El tiempo necesario para encontrar un sitio donde protegerme de la lluvia que caía como una cascada y la llame. Al primer tono del teléfono me respondió.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le dije un poco nervioso —Puede que tu no lo hayas entendido todavía pero yo trabajo. No lo hago por diversión.

—Trabajo, trabajo, trabajo, ¡Yo también trabajo! Pero consigo siempre encontrar cinco minutos para ti, para estar contigo, para escucharte. Mientras que tú estás siempre ocupado.

—Pero ¡Joder Martina! Te estoy llamando a esta hora de la noche bajo el agua, ¿Y me dices que no encuentro tiempo para ti? ¿Tú entiendes que nuestro trabajo es completamente diferente y que yo tengo que estar disponible para un cierto tipo de cliente?

—Será diferente para ti, pero no para mí.

—Martina, hemos vuelto hace 15 días de Montenegro, de verdad...

—¿Y entonces? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver esto? Son dos cosas diferentes. Aún no entiendo cómo no te das cuenta. Una mujer no necesita grandes hechos como un viaje a Montenegro o donde quieras. Necesita una presencia diaria, pequeños gestos para sentirse deseada y amada por un hombre. ¿Te entra en la cabeza?

—Por favor, no me eches el sermón. No me cuentes gilipolleces. Yo estoy siempre presente contigo y lo sabes. Pero ¿Qué tengo que hacer? ¿Me mantienes tú?

—Me dices siempre lo mismo, empiezo a cansarme. Mira, dejémoslo y no lo hablemos más.

—¿Dejarlo? Pero ¿Qué dices? ¿Estás loca? No, no estás loca, ¡Eres una egoísta! ¡Solo piensas en ti! Eso es en lo que te has convertido. En una egoísta que solo busca satisfacer sus necesidades, y no piensa en las mías. No eres capaz de ponerte en mi lugar y buscas solo tu placer personal, como si yo no existiera.

—¿Egoísta? Y en Montenegro entonces ¿Fui egoísta?

—¿Montenegro? ¿Qué tiene que ver Montenegro? ¿Por qué? ¿Es que no te gustó lo que hiciste? ¿Ahora quieres echarme en cara lo que pasó en Montenegro?

—Me gustó mucho, muchísimo, las cosas como son. Pero yo lo hice, sobre todo, por ti.

—¿Por mí? ¿Cómo que por mí?

—Sí, ¡Claro! Por ti. Pero ¿Tú qué piensas, que yo estas cosas las hago con todos?

—No, no he dicho eso. Pero joder... ¿Se puede saber por qué sacas este tema precisamente ahora? Estábamos hablando de otras cosas. ¿Te has arrepentido de algo?

—No, no, para nada. Solo quería que te dieras cuenta de que yo no soy egoísta.

—¿Darme cuenta? ¿De qué querías que me diera cuenta?

—Que yo soy y puedo ser también otra mujer si quiero. En todos los sentidos, y por ti lo haría. Pero tú, sin embargo, no cambias nunca y siempre eres el mismo. Por mí no haces ningún esfuerzo.

—Mira, no tengo más ganas de escucharte, vamos a dejarlo que estoy cansadísimo. Tengo sueño y estoy completamente mojado por esta mierda de lluvia. Hablamos mañana, buenas noches.

Y le colgué el teléfono furioso. Siempre discutiendo, por cualquier cosa. No me dejaba espacio, no me dejaba vivir. Ni que fuera su padre. No era capaz de entenderme. Cada vez que viajábamos y salíamos de la ciudad, era una mujer excepcional, pero después de una semana de volver a

Barcelona, una vez que entrábamos en la rutina del día a día, se transformaba en otra mujer. Insoportable. Decidí irme a la cama, al día siguiente iría a verla al trabajo para ver si se arreglaban las cosas. Mientras dormía, en la soñera, en muchos momentos pensaba en Martina. Me apenaba tener siempre esas pequeñas discusiones sin importancia con ella. Sentía que nuestra relación se estaba consumiendo, pero por más que lo intentara, no podía impedirlo. Al día siguiente, por la mañana, después de haber terminado de arreglar mis cosas de trabajo, fui a verla al bar. Cuando entré estaba con un cliente sirviéndole una botella de vino. Me gustaba sorprenderla ocupada con sus cosas, aunque Martina era muy seria y profesional en el trabajo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Te he dicho mil veces que no vengas a verme. ¿Quieres que me echen?

—¡No exageres! ¿No te alegras de verme? ¿Por qué me tratas así? Qué buena bienvenida que me da.

—Estoy trabajando, ¿Lo puedes entender?

—¡A quién le importa! Tenía ganas de verte, te doy mi regalo y me voy. Y además, ¿Cuándo tú trabajas es importante, mientras si trabajo yo no vale nada?

—¿El regalo? ¿Qué regalo? ¿Me has comprado un regalo?

Hacía como si no hubiera escuchado bien mis palabras, quizás ella tampoco tenía ganas de discutir, no era necesario.

—¿Ves cómo eres? Luego me dices que no quieres verme. Solo te interesa el regalo —le dije riendo.

También ella se rio.

—Dime, ¿Qué regalo me has comprado?

—Mira... ¿Sabes qué he pensado hacer este fin de semana? Ir al Hotel Arts y borrar todas nuestras pequeñas discusiones.

—¿Cómo? ¿Qué quieres hacer? Ir al Hotel Arts, no lo entiendo.

—Reservo una habitación doble con vistas al mar. El sábado cuando termines de trabajar, vienes, yo termino antes y te espero en el Hotel. Cenamos tú y yo frente al mar, una buena botella de vino frío, hacemos el amor toda la noche y el domingo, si hace buen tiempo, vamos a la piscina. Pasamos dos días juntos, solos tú y yo, ¿Quieres?

—Sabes que yo el sábado trabajo, ¿Verdad? De todas formas, puedo pedirme dos horas y llegar un poco antes el sábado por la tarde.

—Sí, vale, así un día lo podemos pasar juntos.

—Sabes que me gustan tus iniciativas Samuel, ¡Acepto! Pero ahora déjame trabajar. ¿Era este el regalo?

—Digamos que este es solo el principio de lo que quiero darte, la otra parte te la daré en el Hotel.

—Vale, gracias. Gracias mi amor.

—Adiós mi amor —le di un beso rápido y salí del bar.

No entendía por qué Martina tenía tanto interés en trabajar en ese bar sucio y mal frecuentado, de todas formas, a ella le gustaba y para mí era suficiente.

«A veces, el medio que la vida utiliza para comunicarte las cosas no reside solo en el modo, sino en la forma. Y esa forma, casi siempre, se esconde dentro de las personas menos llamativas y más profundas.

Amarse significa, sobre todo, aceptarse y respetar los tiempos y los silencios del otro. Superar juntos las diferencias que atraen los opuestos y que traen, la mayor parte de las veces, significados profundos.

Una mujer puede vivir dignamente su existencia sin perder esa dulzura que la caracteriza. Esa inteligente capacidad de saber perdonar un error, una palabra o un gesto, para poder seguir creciendo junto a su hombre y defender ese amor ante el mundo.

No he creído nunca en los amores demasiado fáciles, que se deslizan sin escollos y fluyen sin encontrar obstáculos. No los he visto nunca auténticos y siempre he pensado que tenían una segunda finalidad. Creo que las personas sean tan diferentes y complicadas entre ellas que no es fácil para nadie encontrar su alma gemela.

A veces, se lucha para superar ciertas diferencias, pero se debe luchar para acercarse. A veces se discute para superar momentos difíciles, pero se debe discutir para conocerse.

Pero esto significa amarse.»

## HOTEL ARTS

El Hotel Arts está considerado uno de los primeros cinco Hoteles del mundo. Diseñado por el célebre arquitecto Bruce Graham, de Skidmore, el Hotel Arts forma parte del renacimiento cultural de Barcelona. Fue construido en vidrio y acero para los juegos olímpicos de 1922. Su decoración interior se basa en espacios asombrosos. Formado por cinco restaurantes, varios jardines, tres piscinas, dos bares y un prestigioso Spa. En el jardín principal, la gran escultura de un pez dorado de Frank Gehry es una de las obras de arte contemporáneas más importantes de Barcelona.

Reservé una habitación fantástica en la planta 27. La cama era enorme, podrían haber dormido cinco personas. Una suave moqueta permitía estar descalzo por la habitación. Equipada con hidromasaje delante del ventanal, desde donde, sumergido en la bañera, se podía ver el panorama del mar y toda la ciudad a 360°. Un escenario impresionante. Cuando Martina llegó, yo estaba nervioso por enseñarle la habitación.

—Es un Hotel maravilloso, visto desde aquí parece aún más grande—me dijo delante de la puerta de entrada.

—¿Por qué estás tan entusiasmada Martina?

—No lo sé. He pasado mil veces por delante y siempre me he imaginado historias que pueden haber pasado en las habitaciones de este Hotel. No sé... no sé cómo explicarlo, pero al verlo me da morbo.

—¿Morbo?

—Sí, ¡Morbo! Me parece un Hotel morboso.

—Yo también pienso lo mismo, este hotel tiene algo perverso.

—Bien, veamos si también conmigo se despierta tu perversión —me dijo riendo.

—Contigo, cualquier cosa despierta mi perversión. No me he encontrado nunca una mujer que me dé más morbo que tú.

Me gustaba terminar las conversaciones con este tipo de frases teatrales y ver cómo se encendían los ojos de Martina. Cuando atravesamos la puerta de entrada del Hotel para llegar a la recepción, teníamos que coger el ascensor. Al entrar, apoyé a Martina en la pared de espejos y la besé con pasión, susurrándole que, de ese momento, tenía que cumplir cualquier deseo mío. Una vez que se abrió el ascensor, dos chicas guapas y jóvenes, con acento extranjero, nos dieron la bienvenida.

—Señor Samuel, bienvenido al Hotel Arts, es un placer tenerle de nuevo aquí con nosotros.

—Hola Claudia, ¿Cómo estás? Llevo ya alojado un día y ahora vengo a dejar los documentos de mi huésped.

—Ah, bien, perfecto... perfecto, cojo los formularios para rellenarlos.

Cuando Claudia se alejó, me giré hacia Martina que me miraba con una expresión dura en el rostro.

—Aquí tiene Señor Samuel, la segunda llave.

—Gracias Claudia.

Me dirigí hacia el ascensor con Martina, que se resistía a cogerme de la mano. Cuando entramos, intenté besarla de nuevo, pero se negó girándome la cara.

—¿No estás contenta? —le pregunté sorprendido.

—Hasta hace cinco minutos estaba muy contenta, estaba feliz.

—Y ¿Por qué hasta hace cinco minutos?

—¿De verdad que no lo entiendes, Samuel? ¿Crees que soy tonta? He visto cómo te miraba esa Claudia, y no quiero saber por qué. Te da del tú, y te llama Samuel como si te conociera desde hace tiempo. ¿Quieres decirme cuántas veces has venido a este Hotel?

—¿Eres tonta? Pero me gusta cuando te pones celosa, me excita. No quiero mentirte. He venido algunas veces, pero la mayor parte de las veces ha sido para reunirme con algún cliente.

—Samuel ¿Me ves cara de idiota?

—Venga, déjalo, no sigas con las estupideces, estamos aquí tú y yo, intentemos solo estar bien. Además, es un regalo que quería hacerte.

—Para mí es importante saber, no quiero ser una de tus putas.

—Venga Martina... ¿Por qué quieres arruinarlo siempre todo con cosas que no tienen importancia?

No dijo nada más y subimos en silencio en el ascensor. Ella con la cara mirando hacia abajo. Yo intentando encontrarme con sus ojos. Cuando abrí la puerta de la habitación, se presentó ante los ojos de Martina, un apartamento de 200 m<sup>2</sup>, decorado con un gusto increíble. Martina se quedó impasible, sin decir nada, observando a todos y cada uno de los muebles de maderas preciadas. Las mesas de cristal con jarrones llenos de flores, el gran sofá y los sillones, una pantalla gigante, el suelo de mármol y la terraza que rodeaba todo el apartamento.

—¡Increíble! Es cinco veces más grande que mi casa.

—No está mal, ¿Verdad?

—Venga Samuel, no te hagas el interesante.

—Espero que por lo menos esto haya hecho que se te pase el enfado.

—Samuel ¿Crees que esto sea suficiente para que te perdone?

—¿Perdonar? Espérame en la terraza, preparo dos vasos de ron y voy para allá, así hablamos un rato.

Me dirigí hacia el enorme mueble negro para sacar del frigo la botella de ron. Cogí dos vasos grandes de cristal y los llené de hielo. Tanto a ella como a mí nos gustaba frío. Me acerqué luego al gran equipo de música y puse nuestra canción preferida, la Bohemia de Charles Aznavour. Al sentir esas melodiosas palabras llenas de amor me acerqué de nuevo a ella.

—Has puesto nuestra canción preferida—me dijo emocionada.

—Si... ¿Te gusta? ¿Estás contenta?

—Gracias Samuel, me has hecho un regalo precioso.

—¿Recuerdas tu promesa?

—¿Promesa? ¿Qué promesa?

—Que durante dos días serás mi esclava.

—Intentaré mantener mi promesa y estar a la altura de tus exigencias—me respondió riendo.

La acerqué hacia mí cogiéndola por un brazo y le di un beso. No sentamos luego en el sofá para ver el panorama que pasaba ante nuestros ojos. Por la noche, fuimos a cenar al restaurante del hotel. Martina vino a la cena con una faldita de seda rosa y una camiseta negra, también de seda, con pequeños botones de madreperla con forma de corazón. Los zapatos de tacón alto estaban atados lateralmente por una pequeña hebilla dorada. Mientras estábamos allí, hablando tranquilamente, me di cuenta de que una pareja nos estaba observando con curiosidad e interés. Pero no dije nada a Martina. Aunque luego vi que, en un momento dado, estaban hablando de nosotros. Después fuimos a tomar algo al bar del Hotel. Martina pidió un whisky con limón y mucho hielo, yo una tónica. Nos quedamos allí, sentados uno ante el otro, hablando casi toda la noche. La mañana siguiente hacía un día espectacular, el tiempo ideal para tomar algo de sol en la piscina. El Hotel ponía a disposición de los huéspedes todo lo necesario. Mientras estábamos tumbados al sol, llegó la joven pareja de la noche anterior, y se tumbaron no muy lejos de nosotros. Se quitaron, tanto él como ella, el bañador y se quedaron desnudos. A un cierto punto él, sin percatarse de la gente que había a su alrededor, empezó a besarle el cuerpo, para seguir haciéndole un masaje muy atrevido. Ella estiraba su mano hacia su miembro, haciendo que se despertara enérgicamente. Me pareció que, a un cierto punto, se lo metió en la boca y empezó a hacerle una mamada. Pero estaban demasiado lejos y no era capaz de ver bien lo que sucedía. Decidí de todas formas no hacer demasiado caso y pasar. Martina, que se había dormido al sol, cansada del trabajo acumulado, no se había dado cuenta de nada. Sobre las seis de la tarde, después de haber estado todo el día en la piscina, fuimos a darnos una ducha, y nos arreglamos para la cena. En el restaurante del hotel, estaba la misma pareja que vimos antes en la piscina. Estaban comiendo en la mesa justo junto a la nuestra. Nos hicimos amigos. Carlos era un chico atractivo, moreno, de ojos verdes, con un físico atlético, de unos 35 años. Era ingeniero y vivía con su novia Pilar en San Sebastián. Pilar, sin embargo, era pequeña, un poco regordeta pero con buen cuerpo, firme y proporcionada. Tenía una cara dulce y sensual, y era realmente divertido hablar con ella. Era muy simpática y tenía una forma de reír contagiosa. Hacían realmente una bonita pareja. Después de haber cenado y haber bebido varias botellas de vino, Carlos nos propuso de ir a tomar algo a su habitación. Se alojaban en la última planta del hotel, desde donde se podía ver un panorama único. Su suite en la planta 35 era la más lujosa del Hotel Arts. Dos categorías superiores a la nuestra.

—¿Qué decís? ¿Venís a tomar algo con nosotros? Tenemos una habitación en la última planta del hotel, desde donde se puede ver toda la ciudad y el mar abierto.

Miré a Martina, que parecía emocionada con la propuesta. A mí también me apetecía seguir la noche con ellos. Cuando llegamos a su habitación, Carlos abrió el frigo bar y nos ofreció algo de beber. Puso una música suave y bajó las luces. Martina se sentó en el gran sofá con Pilar y empezaron a hablar de todo un poco. Mientras, yo, con el vaso en la mano, me acerqué al ventanal observando el mar. En ese momento, Carlos se me acercó y me preguntó...

—¿Qué tal si bailo un lento con tu novia mientras tú bailas con la mía?

Lo miré a los ojos y entendí inmediatamente, por su expresión, que deseaba a Martina. Pero intenté seguir el juego.

—¿Por qué no? Puede ser una situación divertida.

—¿Quieres que me limite a bailar? —me preguntó Carlos

—¿Qué quieres decir? No lo he entendido—le dije sorprendido, aunque lo había entendido perfectamente.

—No lo sé, he tenido una idea. Pero no quiero ofenderte. No te conozco y no sé cómo podrías tomártelo.

—Dime Carlos, no te preocupes. Dime qué has pensado.

—Tu chica es guapa y seductora, y la mía también. Veo cómo la miras. Si quieres podemos hacer un juego erótico, no sé...un intercambio de parejas. Si a ellas les parece bien, claro. Aunque creo que no debemos adelantarnos en decirlo.

—No sé si Martina entrará en ese juego. Creo que no ha tenido nunca experiencias de este tipo —le respondí perplejo.

—Venga Samuel, intentémoslo, no perdemos nada y puede ser realmente divertido. Además, es solo un juego. No me digas que no lo habéis hecho antes.

—A decir verdad, así directamente no. Quiero decir, que Martina haga algo con otro hombre y yo con otra mujer, no.

—¿Y por qué no probamos? Veamos qué sucede. Si luego no va bien, o alguien se enfada, nos paramos y lo dejamos.

Lo que Carlos me estaba proponiendo era muy excitante. No sé cómo Martina reaccionaría, pero me daba un morbo increíble probarlo. Además, todo lo que le había propuesto hasta ahora, lo había aceptado sin dilación. Me puse de acuerdo con Carlos para ver cómo conducíamos el juego, y me dejé transportar por su propuesta. Una vez estudiada la estrategia, Carlos, que no veía la hora, invitó a Martina a bailar. Empezó a hablar tranquilamente con ella, siguiendo el ritmo lento de la música y estrechándola cada vez más entre sus brazos. Me di cuenta de que las manos de Carlos descendían y se deslizaban claramente sobre el culo de Martina, que aceptaba el juego riendo e intercambiando de vez en cuando alguna mirada cómplice conmigo. Mientras yo con Pilar hacía solo de espectador. A un cierto punto Carlos cruzó su mirada con la mía buscando una confirmación para seguir hacia adelante. Yo, guiñándole el ojo, le indiqué que fuera hacia adelante, con la curiosidad de ver lo que podía ocurrir. Carlos empezó a estrecharla cada vez más hacia él, y dejar que sintiera la hinchazón de su polla, que crecía visiblemente entre sus piernas. Mientras que, con una mano le tocaba el pecho. Martina empezó a mirarlo de cierta manera. Aunque no podía imaginar dónde podía llegar esa situación. Carlos intentó apretarla más fuerte, y reteniéndola, la empujó, con determinación, hacia un gran sofá. Introdujo una mano bajo la camisita de Martina que dio un salto hacia atrás, para liberarse, buscándome con la mirada. Yo fingí no verla y fui con Pilar detrás de una gran cristalera opaca que dividía el salón del dormitorio. Dejando solos en el salón a Martina y Carlos que con un gesto rápido, le abrió la camiseta y empezó a chuparle el pecho. Vi que Martina se oponía empujándolo hacia atrás con las manos.

—Pero ¿Qué haces, Carlos? ¿Estás loco? ¡Déjame, déjame!

Él, reteniéndola con fuerza, no le respondió y siguió besándola.

—Pero déjame, ¿Estás loco? Carlos, ¿Qué haces? ¿Qué quieres hacer?

Intentó huir, pero Carlos fue más rápido y, agarrándola de un brazo, la empujó con un gesto brusco sobre el sofá, haciéndola caer de espaldas. Se arrodilló rápidamente ante ella y, levantándole con fuerza la falda, empezó a besarle entre las piernas. Martina, cuando llevaba esas pequeñas falditas de seda, no llevaba nunca ropa interior.

—¡Déjame, déjame!... Samuel, Samueeeeeel ¿Dónde estás? Déjame Carlos o empiezo a gritar. ¡Déjame!

Carlos no respondía y seguía con la cabeza entre sus piernas, completamente cubierta por la falda. Veía a Martina que empujaba su cabeza para que saliera, apartándose con el cuerpo. Intentaba huir. Pero Carlos seguía empujando, con el peso de su cuerpo, su cabeza entre las piernas. Veía que la resistencia de Martina se hacía cada vez más débil, pero no quería ceder.

—Pero ¿Qué haces Carlos? ¿Estás loco? ¡Déjame! ¡Déjame! Ah...ah...no... ¡No quiero! No, Samuel, Samuel...si...ah...sii.

Ví que Carlos salía con la cabeza fuera de la falda de Martina y, con un gesto brusco, empezó a chuparle vorazmente el pecho, apretándolo con las dos manos.

—Nooo...no, no, no...ahh...ohhh..

Le tiró del pelo hacia atrás y, apoyándose con el cuerpo en el sofá, la besó con pasión en la boca para acallar sus lamentos. Pero esta vez, vi que Martina respondía al beso y lo abrazaba. Comprendí que había cedido. Carlos se separó de nuevo de ella y volvió a chuparle el sexo. Pero esta vez, los lamentos de Martina eran diferentes.

—Ah... bien Carlos, ¡Cómo lo estás chupando! Lo chupas muy bien, qué lengua... qué lengua, ahhh... Siiiiii... Siiiiii... sigue, sigue.

Pilar, que había asistido a la escena, me miraba con una sonrisa maliciosa y se sentó en la cama escondida por ese cristal opaco. Empezó a desabrocharse el vestido. Uno a uno, los botones explotaban abriéndose y su cuerpo caliente aparecía ante mí. Yo me había quitado los pantalones, lo tenía duro. Pilar, se arrodillo ante mí y se la introdujo en la boca. Yo le empujaba la cabeza hacia abajo y, con un hilo de voz le decía:

—Qué guarra, eres una guarra, chúpala guarra, chúpala... entera, hasta el fondo.

Me acerqué de nuevo a la cristalera de separación, y sacando un poco la cabeza fuera del vidrio, vi a Martina tumbada en el sofá, con la camisa abierta y la falda levantada, mientras Carlos besaba su cuerpo con pasión. Me miró seria, parecía enfadada. Quitó rápidamente la mirada y siguió empujando la cabeza de Carlos entre sus piernas. No entendía lo que le pasaba, la veía contrariada. Pero, a ese punto, había llegado demasiado lejos para parar. Habría quedado como el típico italiano celoso. Entonces abrí y cerré fuerte la puerta de entrada del apartamento. Como si yo y Pilar nos hubiéramos ido. Me escondí de nuevo detrás del cristal desde donde podía ver sin ser visto y escuchar sin ser oído. En ese momento, escuché que Martina me llamaba.

—¡Samuel!... Samuel... ¿Te has ido? ¿Dónde estás?... ¡Samuel! ¡Para! ¡Para Carlos! Se han ido... ¡He dicho que te pares! Aaahhh... ¿Qué haces? No...no quiero. Quita la mano, ¡para!

—Déjate llevar, déjate llevar Martina, me gustas muchísimo —le susurraba Carlos.

—No, no quiero... no quiero... para, no quiero seguir, para. ¡Se han ido! No...no, Samuel se ha ido.

—No importa Martina, no importa. Estoy yo... estoy yo. Estamos solos tú y yo.

Veía que Carlos la agarraba fuerte contra él.

—Estamos solos tú y yo. Podemos hacer todo lo que queramos.

Ví que Carlos se había quitado los pantalones y, tirando de ella hacia él, intentaba metérsela dentro. Martina creía que era su mano, pero era solo el principio de la punta de su polla. La tenía impresionante.

—No... No... Quita la mano, quítala... ¡Samuel! No, Samuel, Samuel, ¿Dónde estás? No... ¡No! Aaaaah... ¡Sí! Es enorme, es enorme, siiiii... siiiii... me gusta.

—¿Te gusta Martina? ¿Te gusta? Dime que te gusta.

—Es grande, demasiado grande, me haces daño, me haces daño.

—Venga, verás que te gusta, ya verás que te gusta. Ven, ven aquí.

—Sí Carlos, sí. Tienes una polla enorme, enorme. La noto, se mueve...demasiado grande... sí, sí.

Carlos, apoyado con los brazos en el sofá, entraba y salía dentro de ella con pasión. Como un martillo neumático. Martina, deslizándose hacia adelante, se acercaba a él con el cuerpo.

—Ohh... qué placer, sí... qué placer... oooh.

Después de algunos minutos, alcanzó un orgasmo terrible. Yo volví a abrir la puerta, haciendo como si entrara de nuevo en el apartamento. Carlos lo sabía todo, nos habíamos puesto de acuerdo antes. Martina se vistió de prisa sin mirarme a los ojos. Nos volvimos a sentar todos juntos para tomar la última copa antes de irnos a nuestra habitación. Las miradas se cruzaban y hablaban solas. Las palabras eran superfluas. Salimos de la habitación tarde y volvimos a la nuestra sin decir ni una sola palabra. Ni en el ascensor, ni en el pasillo. No abrimos la boca. Me tumbé en la cama, encendí la luz de la mesita de noche y, cruzando los brazos bajo la cabeza, observaba a Martina mientras se desnudaba. La miraba como si fuera culpable de algo. Los celos, que me quemaban el pecho, me hicieron romper ese silencio.

—Te noto muy silenciosa.

—Ya lo sabes todo, ¿No? Mira Samuel, yo no soy tonta, y creo que ya lo sabías todo desde el principio, ¿Verdad? Lo habías planeado, ¿A que sí?

Intenté cambiar de tema porque veía que Martina estaba muy alterada.

—No sé, dime qué opinas... ¿Qué pensabas? ¿Qué sentías? ¿Te ha gustado la situación? ¿Te gustaba que este Carlos te estuviera follando? No lo sé, dime algo, pero no el silencio.

—Estoy muy cabreada, Samuel.

—Venga Martina, ha sido solo un juego, algo sin importancia. Venga, dime algo... dame tu opinión.

—Me da un poco de vergüenza hablar contigo de esto, y además estoy muy alterada.

—¿De vergüenza? No me hagas reír Martina, gritabas como una loca. ¿Ahí no te daba vergüenza?

No me respondió, pero su mirada me hizo sentir culpable.

—Al principio estaba un poco nerviosa, pero luego me ha gustado la idea de que tú me ofrecieras a otro hombre, a un desconocido. Me ha parecido muy excitante. Aunque deberías habérmelo dicho.

—¿Qué tenía que decirte?

—Samuel, no te hagas el listo, lo tenías todo preparado, ¿A que sí?

—Preparado, ¡No! No me esperaba que fuera a acabar así. Sinceramente, me ha sorprendido. Pero no cambiemos de tema, no me has dicho aún lo que te ha parecido excitante.

—Que tú me dejaras entre los brazos de otro hombre. Que me tocara, que me acariciara, que me besara, que me follara como a un animal.

—Creo que lo que más te ha gustado era solo que te follara, porque lo demás ya lo habíamos hecho. Así que no me digas tonterías. Mejor dime, ¿Te gustaba cómo te follaba? La tenía grande, ¿Verdad?

—Sí, la tenía enorme, si quieres saberlo. Pero lo que más me gustaba es que la tenía durísima, muy dura. Notaba como me llegaba al fondo de la garganta. Me producía hasta un poco de dolor.

—Eres realmente una puta —le dije con rabia. —Delante de una polla dura te olvidas de todo, ¿Y qué pensabas cuando te follaba?

—¡Pensaba en ti!

—¿Qué? ¡Martina, no me cuentes chorradas!

—De verdad Samuel, te lo prometo, era como si el placer que estaba sintiendo me lo dieras tú. Carlos satisfacía mi cuerpo, pero tú satisfacías mi mente. Cada vez que notaba su polla dura y grande palpitando dentro de mí, era como si me follaras tú. Saber que tú estabas ahí, escondido, que me mirabas, me excitaba. Me imaginaba lo dura que la debías tener, sabiendo que otro hombre

me estaba follando.

—Pensaba que, a un cierto punto, te habrías levantado. Creo que me habría gustado que lo hicieras. No creía que fueras capaz de llegar tan lejos.

—Pero has sido tú el que ha querido esto. ¡Eres tú quien me has obligado a esto! Quien, en un cierto sentido, me ha engañado. ¡Eres tú! Tú lo has creado. ¡Tú! Yo he complacido tu deseo de dejar que otro hombre me follara. Ha sido una fantasía tuya. —me lo decía gritando y con lágrimas en los ojos. —No era un placer físico el que he sentido, era mental. Él no era nada para mí, representaba solo el medio para darte placer a ti Samuel. No existe mayor placer para una mujer que saber que su hombre la desea. Si tú crees realmente que yo haya disfrutado con el simple hecho de haberme follado a un tipo con la polla grande, entonces no has entendido nada de mí. Me estoy tomando muy en serio mi actuación de actriz como tu esclava. Saber, que soy tuya y solo tuya, me produce un placer enorme.

No le dije nada, tenía razón. Había sido un estúpido. Además, tenía razón en una cosa. Me había excitado muchísimo verla con otro hombre mientras follaba. La culpa de todo esto era mía y solo mía, y tenía que asumir las consecuencias.

—Perdóname...perdóname Martina. Perdóname, eres mía y solo mía, y siempre lo serás.

Tiré de ella hacia mí y, abrazándola, caímos en un sueño profundo. La mañana después, los rayos del sol penetraban a través de las ventanas inundando la habitación. Martina se levantó de golpe y se metió corriendo bajo la ducha. Fue precisamente ese torrente violento del agua lo que me despertó. Después de unos 20 minutos salió de la ducha aún mojada y se tiró sobre mí con todo el peso del cuerpo, poniéndome los pelos mojados en la cara.

—No... ¿Qué haces? Joder, Martina, estás completamente mojada... no Martina...

—Bien, así aprendes a dormir. Despierta, es hora de levantarse.

—¿Por qué tanta prisa? Podemos quedarnos aún un rato más aquí disfrutando desde la cama de las vistas al mar. O ir a la piscina. Además, tenemos que irnos antes de las 16:00, tenemos tiempo.

—No, venga... Samuel, ¡Levántate! No tengo ganas de quedarme en la cama. Salgamos a dar un paseo.

—Espera, espera, dame unos minutos. Dime al menos qué te ha parecido la noche de ayer que no me has dicho nada.

—Pero ¿Cómo que no te he dicho nada? ¡Te lo he contado todo! ¿Qué quieres saber aún?

—Cuando ese tipo te follaba, ¿Te gustaba? ¿Disfrutabas mucho? ¿Te gustaba más que cuando lo haces conmigo?

—Samuel, era diferente, no se puede comparar. Ya te lo he dicho. Él representaba el objeto de mi deseo que en ese momento utilizaba para darte placer a ti.

—Sí, lo sé, también tú para mí eres otra cosa, esto es verdad. Pero quiero decir físicamente, ¿Te gustaba? Hacerlo con él, ¿Te gustaba más que conmigo?

—Era demasiado mecánico, demasiado planeado, demasiado cuadrulado. Quiero decir... era bueno, ¡Sí! pero parecía que lo hiciera leyendo un manual. Contigo me siento involucrada, me transporta. Con él me gustaba y punto, no había emociones.

—¿Cómo te habría gustado que fuera?

—¿Qué quieres decir? ¡No te entiendo!

—Me excita mucho conocer tus fantasías, lo sabes. ¿Cómo te habría gustado que hubiera sucedido?

Se tumbó cerca de mí en la cama, y mirando el techo, empezó a narrar. Martina tenía una fantasía envidiable. Era capaz de contarte historias e involucrarte como si las estuviera viviendo

de verdad.

—Se hace tarde, es de noche. Estoy tumbada en la cama pero no duermo. Alguien entra en mi habitación y no enciende la luz. Me mira y se desnuda sin hacer ruido, sin decir nada. Hace como si yo no estuviera allí. Se tumba a mi lado, siento su respiración. Yo tengo los ojos cerrados y pienso qué podría acontecer cualquier cosa. Siento que me coge las manos y las ata con esposas a la cama. Siento el frío contacto del acero en mi piel. Sé que son esposas de las que dejan marca en el cuerpo y en el alma. Me ata las manos a la cama, no puedo liberarme. Está oscuro, en la habitación hay silencio. Pero es un silencio que hace ruido. Siento luego sus manos que empiezan a tocarme. Mi respiración se acelera. Una situación invisible se apodera de mi mente, de mi cuerpo. Siento sus manos que me atan los pies a la cama. Ya no puedo moverme. Con una cinta adhesiva me cierra la boca y me tapa los ojos, no sé qué hacer. Empieza a pegarme con un látigo de cuero a lo largo del cuerpo. Con golpe cada vez más fuertes. Como si quisiera castigarme de algo que no he hecho. Me hace daño. Intento liberarme pero no puedo. Introduce un vibrador dentro de mí, uno de esos juguetes mecánicos llenos de bolitas. Empieza a moverlo con maestría. Siento que se infla y se desinfla dentro mi sexo. Su movimiento giratorio me produce placer, hasta que alcanzo el orgasmo. Me desata la esposa y se va sin decir ni una palabra. Dejándome tumbada en la cama. Empapada de placer. Una situación así me habría encantado.

Mira Samuel, estoy empezando a conocerme, a entender quién soy y qué quiero de un hombre, y esto te lo debo a ti. No podría volver a vivir una relación normal, corriente, simple. Creo que amo las situaciones que no dan tregua, que no dan respiro, extremas. Emociones que hacen latir mi corazón. Arriesgada e impredecible. Pero son las que me gustan, son las que me hacen sentirme viva.

Me quedé un poco conmocionado con esa descripción. Me di cuenta de que esa chiquilla madrileña ya no era tan ingenua. Ya no era la Martina que yo había conocido. Pero me gustaba que se hubiera convertido en eso. Puede ser, que siempre hubiera sido así y no lo sabía.

«El sexo pierde cualquier poder de perversión cuando se vuelve explícito, mecánico, repetido. Cuando se vuelve una obsesión se transforma en aburrimiento. Los componentes principales del sexo son partículas intelectuales, fantasiosas, románticas, emotivas. Que necesitan sentir algo nuevo, morboso, intrigante. Necesitan estar unidas por algo más que un simple acto banal. Conocido como un intercambio de placeres corporales. Es la complicidad mental la que hace que se eleven los placeres. La que otorga al sexo su estructura sorprendente y sus transformaciones bajo sus elementos afrodisíacos. No se puede encoger y limitarlo solo a las propias sensaciones. De este modo, se marchita, muere, se seca su sangre. La fuente del poder sexual es la curiosidad, la intriga, la pasión, el juego, el riesgo. El sexo, para estar vivo debe estar regado de lágrimas, de risas, de palabras, de promesas, de escenas, de celos, de todos los ingredientes. De miedo y de valor, de viajes al extranjero, de caras nuevas, de romances, de historias, de sueños, de fantasías, de música, de danza, de vino. Solo los latidos del sexo y del corazón junto, pueden crear el éxtasis y elevar el alma, creando el amor»

## CENA EN CASA DE UNA AMIGA

Después de nuestro fin de semana en el Hotel Arts, nos perdimos de vista durante algunos días. Yo estaba absorto en mis proyectos de arquitectura y ella salía del trabajo más tarde de lo habitual. A finales de semana, me llamó.

—Eh, italiano, has desaparecido del mundo ¿Qué haces?

—Estoy muerto, trabajo como un loco y tengo los cojones hinchados con estos clientes. ¿Y tú qué haces?

—¡Yo también estoy siempre ocupada! ¿Me propones algo divertido para este fin de semana?

—A decir verdad, pensaba ir a Italia, ya hace casi dos meses que no voy.

—¿Para ver a tu madre?

—Claro querida, para ver a mi madre, que es la mujer más importante del mundo. Y para recoger también unos documentos que necesito para renovar el pasaporte. Me he dado cuenta de que los he dejado en Florencia. En el consulado de Barcelona son súper lento para darte un permiso, si no voy en Italia no podré viajar fuera de Europa.

—¿Hablas en serio Samuel? ¿Y eso? No me habías dicho nada, ¿Y cuándo te vas a Italia?

—Creo que este lunes, no sé, tengo que buscar los billetes de avión.

—¿Este lunes? Samuel, ¡Es pasado mañana! ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Querías enviarme una foto desde Florencia?

—Venga Martina no seas exagerada, te lo estoy diciendo ahora. Estaré fuera una semana.

—¿Cómo? ¿Una semana? ¿Yo no puedo irme sola ni siquiera dos días y tú te vas toda una semana?

—Ya te lo he dicho, Martina. Hay varias cosas que tengo que resolver y quiero estar unos días con mi madre.

—¿Y por qué no me llevas contigo? Me prometiste que me enseñarías Florencia y que me presentarías a tu madre. ¿O no te acuerdas?

—Esta vez de verdad que no puedo Martina, más adelante, te doy mi palabra.

—¿Lo prometes? ¿Como todas las cosas que prometes? Sigues siendo el mismo. Siempre me dices lo mismo, siempre tienes una excusa para no dejarme participar en tu vida.

—Martina, pero ¿Qué coño te pasa? No quiero hablar siempre de tonterías.

—¿Tonterías? Estas son tonterías para ti, pero no para mí. Si tú lo haces, yo también.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es una amenaza?

—No, pero si yo quiero viajar, voy a hacerlo también. Y no me importa lo que pienses o lo que me digas.

—Martina, ten cuidado. No juegues con fuego porque podrías quemarte.

—¿Es una amenaza? ¿Me estás amenazando? Samuel, si viajas a Italia, pásalo bien y dale recuerdos a Florencia de mi parte —me dijo alterada.

—Martina, en el próximo viaje te llevo, te lo prometo.

—¿Por qué? ¿Es que tienes algún viaje programado? ¿Me invitas a ir contigo?

—Pero si siempre me dices que no puedes dejar el trabajo y que tienes que trabajar.

—Mira cariño. Incluso si tú no lo sabes, en veinte días tengo una semana libre. Me toca, ya que no cogí vacaciones este verano.

—Buena idea, yo también quiero desconectar un poco. Si cuando vuelva de Italia te has portado bien y me cuentas alguna novedad divertida, nos vamos tu y yo lejos de todo el mundo.

—El sábado por la noche voy a la cena de Caterina, te acuerdas de Caterina, ¿Verdad? Te he hablado de ella algunas veces, mi amiga de siempre.

—Sí... creo que sí, ¿Es esa amiga tuya medio oriental?

—¡Sí! Esa, tailandesa. El sábado he quedado con ella y, el domingo, todas las chicas de Zara, las dependientas de la tienda junto al bar donde trabajo, organizan una cena en casa de una de ellas y vamos a celebrar un cumpleaños de una de ellas. Si quieres cuando llegue a casa, te llamo por Skype y, si aún estás despierto, hablamos un rato.

—Bueno, entonces quedamos en eso.

No me llamó el sábado ni el domingo, hasta que no volví a Barcelona no hubo forma de hablar con ella. Cuando llegué al aeropuerto de Barcelona, a las nueve de la noche, le envié un mensaje algo subido de tono.

—Pero ¿Se puede saber qué coño estás haciendo? ¿Por qué no me respondes? ¿Se puede saber qué te ha pasado? Llámame que estoy muy cabreado.

Después de unos 20 minutos, mi teléfono sonó.

—Hola.

—¿Hola? Hola un carajo, pero ¿Dónde has estado? Te he llamado mil veces, te he enviado mensajes que no has respondido nunca. ¡Has desaparecido! ¿Pero te has vuelto tonta? ¿Te pasa algo?

—No... Nada... Nada... Todo va bien.

—¿Cómo que nada? ¿Va todo bien? ¿Qué tipo de comportamiento es este? ¿Quieres decirme qué pasa? No hagas que me enfade. Ahora cojo un taxi y voy a tu casa. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Estaba ocupada y no podía responderte.

—¿Ocupada? ¿Cómo que ocupada? ¿Haciendo qué y con quién?

—Haciendo mis cosas, cosas que no te conciernen.

—Martina, de verdad, no me cabrees. No me digas gilipolleces, no soy un idiota. Dime qué coño has hecho y por qué no respondías a mis llamadas.

—¿Qué pasa Samuel? ¿No puedo ni siquiera hacer lo que quiero? ¿Debo decirte todo lo que hago y con quién?

—Mira a Martina, puedes hacer lo que quieras, a mí me da igual, pero debes decírmelo si no quieres que nuestra complicidad se rompa y se vaya toda la mierda. Y te lo digo en serio. De una vez por todas, métetelo en la cabeza, haz lo que quieras, pero yo quiero saberlo, de lo contrario, cada uno por su camino.

—Siempre amenazando, siempre con estas amenazas. Tú lo sabes bien, nuestra complicidad es casi imposible que desaparezca y yo no quiero mentirte, pero hay cosas que no quiero contarte.

—¿Qué no quieres contarme? ¿Te estoy amenazando? ¿Qué coño me estás diciendo? ¿Se puede saber lo que ha pasado en estos días? Quiero verte ahora y lo hablamos.

—No esta noche no puedo, he quedado con Daniela.

—¿Daniela? ¿Y quién coño es Daniela? No me importa, ¡Quiero saber qué ha pasado! Con Daniela quedaras otro día.

Empecé a gritar. La gente que había bajado del avión y me veía chillar de esa forma, debía pensar que estaba loco. Aunque era tarde, el aeropuerto de Barcelona estaba lleno de turistas que iban y venían.

—Bueno, está bien, nos vemos. ¿Te parece bien si nos vemos a las 23.00 en el bar de debajo de mi casa y hablamos?

—¿Hablamos? ¿Y de qué hablamos?

—Hablamos...Tengo que decirte algunas cosas importantes.

—Bueno, entonces te espero en el bar.

Salí del aeropuerto y cogí un taxi. En el camino, pensaba en lo que podía haber sucedido. Hice que el conductor me dejara algunas calles antes. Necesitaba calmarme antes de verla. Caminé hacia la casa de Martina, mirando hacia el suelo. Esas situaciones me hacían enfadarme mucho. Llegué antes de que ella y me senté en una mesa del bar en el que teníamos la cita y la esperé, mirando ansiosamente la puerta de entrada. En el bar ya estaban limpiando e iban a cerrar dentro de poco, yo era el único cliente. Para hacer más amena la espera, pedí algo de beber. Una copa de vino asqueroso de la casa. La vi entrar, caminando lentamente, con el rostro algo serio.

—¿Entonces? —le pregunté con impaciencia cuando se sentó frente a mí —¿Se puede saber lo que quieres hablar conmigo? ¿Por qué has desaparecido?

Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Me miró en silencio sin abrir la boca. Llamó a la chica y pidió lo mismo que yo estaba bebiendo. Parecía tener todo el tiempo del mundo.

—¿Entonces? —le dije otra vez —¿Quieres decirme algo? ¿Quieres hablar? —le dije impaciente.

—Bueno... espera dame tiempo, no sé por dónde empezar. Solo espero que no te enfades, después de todo, me dijiste que querías algunas novedades.

—¡Habla, habla, habla! Abre la boca, por favor.

—¿Recuerdas que te dije que el sábado por la noche iba a cenar a casa de Caterina y que el domingo iba a la fiesta de unas amigas?

—Lo recuerdo... ¿Y entonces?

—Bueno, sucedió algo muy inusual que no pude prever o imaginar...

—¿Quieres decirme de una vez por todas qué ha sucedido?

—Aquella noche no quería salir, de hecho al principio le dije a Caterina que no porque no quería estar entre tanta gente. Pero Caterina me invitó a su casa a comer algo y me prometió que cenaríamos solo nosotras... Al saber que estaríamos solas, cambié de opinión. La compañía de Caterina siempre ha sido agradable, y además, el hecho de que no me iba a encontrar con más personas me hacía sentir bien. Así que, a eso de las 21:00h visto que había pedido permiso para dejar el trabajo antes, me presenté en su casa llevando un pastel que había comprado. Caterina vive en el Barrio de Gracia, en una calle estrecha al lado de la plaza del sol. En un pequeño apartamento amueblado con un estilo oriental Zen, muy acogedor e íntimo. Cuando toqué el timbre, me abrió la puerta y me recibió con una radiante sonrisa en los labios. Me abrazó y me dio un beso de bienvenida tocando mis labios. No le presté mucha atención, ya que realmente somos amigas desde hace mucho tiempo y ese beso no despertó en mí ninguna sospecha. La cena fue

fantástica. Caterina es muy buena en la cocina y cocinó su especialidad oriental. También tomamos dos botellas de vino blanco espumoso que hicieron que me diera vueltas la cabeza. Luego terminé con un Sake que ella misma había preparado. Varias veces piropeó mi cuerpo, acercándose a mí y tocándome la mano. Pero incluso en esa situación, no me di cuenta de nada. Entre nosotras, las amigas, es algo normal. Después de la cena, no sé cómo terminamos sentadas en un gran sofá lleno de cojines, riendo y bromeando. En un momento dado, para mi sorpresa, ella se sentó detrás de mí y comenzó a masajear mi espalda. Estaba confundida, no entendía esa actitud tan calurosa hacia mí. De repente se me acercó y me dijo al oído:

—Sabes, todos los chicos me aburren, quieren acostarse conmigo, pero no encuentro ningún incentivo para estar con ellos. Siempre me aburro con los chicos. Aunque no soy lesbiana, quiero encontrar una mujer con la que pueda crear la complicidad correcta y vivir algo hermoso con ella. Y dichas estas últimas palabras, empezó a besar mi cuello. Yo me sorprendí, pero no pude evitar que ella me abrazara cada vez más fuerte. Sentí sus manos acariciándome, deseosas y ansiosas, por mi cuerpo, introduciéndose debajo de mi blusa y apretando mi pecho con fuerza. Yo, puede que sorprendida por esa situación, y al mismo tiempo bloqueada, respondí de manera automática sin darme cuenta de esos besos y esas caricias tan intensas. Todo me pareció tan dulce que no supe cómo detenerlo. Para mi sorpresa, sentí que me excitaba. Rápidamente me desabrochó los botones de la blusa y comenzó a tocar mis pechos desnudos. Sentí fuego dentro de mí, y también, que mis pezones se endurecían cada vez más al contacto con su pequeña mano. La empujé sin mucha convicción, alejándola de mí. Pero ella volvió decidida. En un momento dado dejó de besarme y mirándome a los ojos me dijo seria:

—Te quiero, tengo ganas de ti, siempre te he deseado.

Y diciendo eso, se quitó la camisa de un solo gesto y se abalanzó sobre mi pecho. Por primera vez, estaba completamente desnuda delante de ella. Agarró mis pechos con sus manos y comenzó a lamerlos con avidez apretándolos. Chupó mis pezones, que se volvieron duros como dos pequeños clavos.

Me dejé llevar por completo por ese placer. Lo siento Samuel, lo siento mucho, pero en ese momento el placer que sentí fue tan grande que comencé a jadear de deseo, sosteniendo con mis manos su cabeza contra mi pecho. Sus besos se volvieron más atrevidos y comenzaron a bajar al ombligo, humedeciendo mi cuerpo con saliva. Ya no pude evitar el placer y mis suspiros se hicieron más y más fuertes. Incluso a pesar de mi rechazo, suplicándole que se detuviera... que no podía ser... que no se podía hacer. Pero ella, independientemente de mis súplicas, continuó. Yo en ese momento ya no tenía inhibiciones, había perdido el control de mi cuerpo.

—Tengo ganas de chupártela, de sentir tu olor, tu sabor. Te deseo, Martina. Te deseo como a nadie. —me decía constantemente mientras besaba mi cuerpo. Su lengua subía y bajaba alrededor de mis piernas y su nariz golpeaba mi clítoris haciendo que enloqueciera de placer. Sentía sus labios sobre mi piel. Sentí su vientre contra el mío. Su cuerpo estaba sobre mí en un baño de sudor. Estaba paralizada por la excitación, mi corazón latía muy rápido. Sentía su cálido aliento sobre mí.

—Te deseo —susurraba en mis oídos, tienes que ser mía, mía, mía. Me estoy volviendo loca de deseo, pero quiero que este momento de intimidad dure el mayor tiempo posible —me decía continuamente.

Sentí su lengua haciéndome cosquillas de forma sabia. Como si mi cuerpo fuera suyo. Como si siempre lo hubiera hecho. Yo suspiré, me estremecí, temblé. Aunque Caterina era mi mejor amiga, y esto debería haberme inhibido un poco, hacía ya un rato que estaba cerca del orgasmo. Tenía ganas de correrme, de gritar, de decirle todo el placer que sentía, pero intenté contenerme. Mis

ojos estaban cerrados, no quería pensar en lo que estaba haciendo. Pero podía sentir su lengua moviéndose rápida en mi clítoris. Con sus manos me mantenía las piernas abiertas para poder entrar todo lo posible dentro de mí. Exploraba cada mínimo pliegue de mi sexo. Hacía cosquillas a mi clítoris y lo chupaba como una polla. Lo sostenía ligeramente entre sus dientes y con la punta de su lengua me daba pequeños golpecitos. Introdujo dos dedos buscando mi punto "G" mientras seguía lamiéndome. Entonces, instintivamente, cogí su cabeza y comencé a moverme siguiendo sus movimientos con el torso. Caterina comenzó a follarme con su lengua, insertándola por completo dentro de mi sexo y moviéndola rápidamente. Mientras intentaba empujarla más y más adentro como si quisiera meter incluso su cabeza, sentí cómo llegaba un escalofrío desde mi interior y alcancé un orgasmo increíble. Disfruté como una loca Samuel, como no había disfrutado nunca con ningún hombre, perdona si te lo digo, ni siquiera contigo. El orgasmo fue violento y me hizo temblar por completo. El cuerpo fue invadido por emociones de placer. Disfruté en la boca de Caterina, y cuanto más disfrutaba, más metía su lengua en mi sexo y más enérgicamente se movían sus dedos dentro de mí. No se paraba ni un instante. Entraba y salía con los dedos, que había entrelazado para darle más grosor, con rapidez y soltura. Como si un miembro masculino me estuviera follando, robándome hasta la última gota de placer. Cuando terminó, cansada y exhausta, me dejé caer otra vez en el sofá, con los brazos extendidos en esa multitud de cojines. Había sido un orgasmo violento e infinito.

Caterina se levantó y se acercó para quitarse el Kimono que llevaba puesto. Comenzó a besar mi boca, mi cara, mis labios, con una infinita dulzura. Su boca sabía a mí y a mi excitación. Y nuestras lenguas intercambiaron saliva en unos besos cada vez más chispeantes y vibrantes. Luego se puso de pie sobre mí, abrió sus piernas y me dijo:

—Chúpame, chúpame, Martina dame placer. Quiero correrme en tu cara —dijo, tirando de mi cabello.

Intenté de nuevo detenerla diciéndole que no estaba convencida. Pero ella insistió. Nunca antes había lamido el sexo de una mujer, excepto aquella vez en Formentera que tú también recuerdas. Cuando me obligó aquella chica holandesa. Pero en esa situación, con Caterina, mi amiga de toda la vida no sabía cómo hacerlo. Comencé a lamerlo despacio, dulce y lentamente. Tratando de encontrar un punto de placer para ella. Caterina abrió su sexo con sus manos para que pudiera lamerlo mejor. Se movía hacia atrás y hacia adelante con su torso, frotando su sexo sobre mi cara. Era la primera vez que hacía algo así. En un momento dado, cogió mi cabeza entre sus manos y tiró de mi pelo con fuerza para que no pudiera liberarme, comenzó a moverse como si me estuviera cabalgando. Golpeaba con su sexo en mi cara, gritando y gimiendo de placer. Aumentó el ritmo hasta que la escuché gritar y, sentí un río corriendo por mi boca. En ese momento, el ritmo disminuyó hasta que se detuvo por completo y ella se sentó sobre mí. Para romper el hielo, le dije que no sabía que le gustaban las mujeres porque siempre la había visto con hombres. Y ella respondió que incluso aunque le gustaban los hombres, ella siempre me había deseado y lamentaba el hecho de que saliera contigo. Esa noche me quedé en su cama, haciendo el amor con ella.

Me quedé sin palabras, seguí mirándola esperando de saber si había algo más. Por un lado, la historia me había molestado, creando cierto celo dentro de mí pero, por el otro, me había excitado muchísimo. Valoré mucho la sinceridad y la honestidad de decirme lo que sucedió. Después de todo, si hubiera querido mentirme u ocultarme algo, habría sido fácil para ella. Me volví aún más consciente de lo que ya sabía. Era un volcán en erupción capaz de hacer cualquier cosa. En un año que salimos juntos se había convertido en otro tipo de mujer. Una mujer que estaba empezando a amar, a pesar de que su determinación me asustaba.

—¿Qué piensas Samuel? —me preguntó con una sonrisa, estirando su brazo sobre la mesa, tratando de tocarme la mano —Vamos, dime algo. ¿Estás enfadado conmigo por lo que te he contado? Sabes que siempre tengo que decirte la verdad. ¿Qué se suponía que debía hacer? Quería decírtelo Samuel, por eso no has tenido noticias mías. No tenía el valor de decirte todo esto. No sabía cómo te lo ibas a tomar. Siento si estás enfadado, de verdad que lo lamento mucho

—¿Estás disculpándote por algo? ¿Ha cambiado algo entre nosotros? ¿O tal vez hay algo que aún no me has dicho?

—No...No, esto no altera y no cambia nada entre nosotros —me respondió con preocupación — y nuestra profunda complicidad continúa como antes. Así como continúa el hecho de que eres el hombre que amo. El más importante de mi vida. Solo me dejé llevar, tal vez me sentía sola.

—Hiciste bien en decirme la verdad, Martina —respondí cuando me recuperé de la sorpresa — la única cosa es que creía que estas cosas no eras capaz de hacerlas sola. Pero veo que puedes prescindir de mi presencia fácilmente.

—No, no es verdad. Samuel no es así, y lo sabes. Pensé en ti todo el tiempo y deseé que estuvieras allí para ver la escena. Solo pensar en eso, me excitaba aún más.

Sonreí divertido por sus palabras, me levanté de la silla y le di un beso. Ella me miró en silencio.

—Estuve diez días en Italia y has hecho un desastre, eres terrible.

—Me sentía sola.

—¿Solo porque me fui diez días?

—Tenías que haberme llevado contigo.

—¿Me dices cómo lo hacía? Y además tú trabajas, habrías perdido el trabajo.

—Podría haber pedido un permiso.

—¿Un permiso? ¿Y a quién se lo pedías? ¿A ese tipo gordo?

—Podría al menos haberlo intentado.

—No, Martina, no podía, lo sabes. Cuando voy con mi madre, me gusta estar con ella.

—Y esto que significa, ¿Que nunca me la presentarás?

—Por supuesto, un día lo haré. Pero ese no es el tema. ¿Quieres decirme por qué lo hiciste? Tengo curiosidad por saberlo.

—Venga Samuel, no seas ingenuo. Lo hicimos en Montenegro, en Formentera, y ¿Lo qué pasó en el Hotel Arts entonces? ¿Estaba bien solo porque tú estabas allí?

—Joder Martina, pero ¿Cómo es que no lo entiendes? Era diferente, era muy diferente.

—¿Diferente? ¿Y por qué era diferente? A ver, ¡Explícamelo!

—¡Porque yo también estaba allí! ¿Cómo es que no lo entiende? Fuimos cómplices en ese acto y compartimos los placeres mentales y sexuales juntos.

—Pero ¡Si no hiciste nada!

—Sí, pero la excitación mental fue grande, como la complicidad que nos unía. En cambio, hacerlo sola es como si me hubieras traicionado.

—Pero Samuel, sabes que nunca lo haría con nadie. Nunca te traicionaría con nadie. Pensé que te podría gustar de alguna manera.

—¿Gustar? ¿Y por qué debería gustarme?

—En el fondo a ti te gusta que yo así sea, después de todo, siempre te he contado todo y siempre te he dicho la verdad. Podría ocultártelo pero no lo hice. Esto también significa ser cómplices o tal vez mucho más.

—Es cierto, es verdad.

—Entonces, ¿La próxima vez lo haremos juntos?

—¿La próxima vez? Entonces, ¿Te gustan las mujeres?

—No, ¡No! No digas tonterías. Lo decía solo porque forma parte de nosotros, de nuestro juego. Eres tú quien me ha creado así, hecho así, acostumbrada a vivir algo que yo pensaba que no existía. Es cierto que yo también acepté este juego y he aprendido mucho estando contigo. He crecido y me he convertido en una mujer. Antes tenía mi novio, nos veíamos el fin de semana, y cuando podía, iba a su casa a hacer el amor. Vacaciones juntos, un futuro tranquilo normal, habitual, estándar, una vida fácil. Y no pongas esa cara Samuel, sé lo que quieres decir, una vida aburrida, banal, simple. Es cierto, pero es la existencia de la mayoría de las personas. De todas mis amigas. ¡Entonces llegas tú! Entras como un volcán en mi vida, me detienes, me conquistas, y empiezo a vivir contigo una forma de vida totalmente diferente. Donde en un principio no me reconozco, pero luego, con el paso del tiempo, me gusta, me gusta muchísimo y me doy cuenta de que es parte de mí. Tal vez siempre ha sido parte de mí. Y gracias a ti he sido capaz de descubrirlo. La mujer que he llegado a ser siempre ha vivido dentro de mí, solo que yo no tenía los medios para descubrirlo. Y además, si quieres saberlo Samuel, te lo agradezco porque me permitiste vivir, liberarme, no tener miedo a nada. En definitiva, la vida, es todo lo que puedes contar que has vivido, hecho y probado. Y si no tienes nada que contar, tu vida es pobre.

—¡Bien! ¡Claro que sí! Es cierto, estoy de acuerdo. Por esta razón, a pesar de la gran diferencia de edad que nos divide, estoy bien contigo. Y no tengo la sensación de estar con una chiquilla de veinte años sino con una mujer. Y esto me fascina.

—Mira Samuel, lo que me gusta de estar contigo, no es solo porque te amo y no podría vivir sin ti, sino también porque contigo me siento una mujer completa y satisfecha. Aunque esto me da un poco de miedo.

—¿Miedo? Y qué tiene que ver el miedo con eso.

—La mayoría de las mujeres tienen miedo.

—¿Miedo de qué? No te entiendo.

—¿Pero cómo que no lo entiendes? Tenía miedo, tengo miedo. Miedo a enamorarte aún más de ti, miedo al sufrimiento, miedo a vivir una vida que fuera un infierno junto a ti. Un lobo siempre rodeado de mujeres.

—¿Rodeado de mujeres? Pero Martina, ¿Estás loca? No tengo ninguna mujer.

—¡Tenía miedo! ¡Miedo! ¿Lo entiendes? Yo quería y quiero algo más seguro, más concreto, un futuro estable. Quería darle a mi existencia una forma definitiva. Pero nunca habría imaginado que todas esas cosas hermosas que yo deseaba no tenían nada que ver con la felicidad y el amor. Y si no amas... nada tiene sentido.

—Miedo... Miedo... tenías miedo, ¿Y yo? ¿Qué lugar tenía yo en tu miedo? Tal vez... es mejor tener miedo de las cosas y luchar por ellas, si crees en ellas y si valen la pena para ti, que no tenerles miedo pero estar aburrido de tenerlas. En el amor, como en casi todos los asuntos humanos, el entendimiento cordial es el resultado de un malentendido. Es muy fácil confundir el sentimiento con la compañía, el deseo con la aceptación, la comodidad con la oportunidad y el amor con la amistad. El amor, en el alma no es más que la pasión de prevalecer, en la mente es el deseo de vivir, y en el cuerpo es poseer lo que uno ama. Pero el amor, el amor verdadero amiga mía, es para los valientes. Fuera de eso, el amor, es una copia de lo que tendría que ser.

—No... No... ¡No es así! ¡No es así!

El amor también puede ir acompañado de un miedo terrible, el miedo al futuro y el riesgo de ir

demasiado lejos. El miedo de que todo conduzca solo a la muerte de nuestra llamada y amada libertad. El miedo a ser lastimado, porque amar significa ser vulnerable. Amar es siempre un riesgo. A veces, es mejor permanecer en tu concha encerrado. Porque a veces, una mirada es suficiente para dudar. Es suficiente que alguien nos tienda una mano para que, de inmediato, sintamos lo frágiles y vulnerables que somos. Para que todo se derrumbe como una pirámide de cartas y te encuentres sola. Yo tenía miedo de que esto pudiera pasarme a mí.

—Pero quien no arriesga nada, no hace nada, no tiene nada y no es nada. Tal vez pueda evitar el sufrimiento, pero no podrá aprender, sentir, cambiar, crecer, vivir o amar. Será un esclavo encadenado por sus certezas y sus obsesiones. Tal vez... nunca estará decepcionado u sufrirá como quien tiene un sueño que alcanzar, pero cuando mire tras de sí, tendrá la única seguridad de haber desperdiciado su vida. Una vida sin amar.

Martina había cambiado. Tenía que aceptarlo, se había convertido en una mujer más madura, más insaciable, más peligrosa incluso para mí. Ya no sabía dónde estaban sus límites ni de lo que esa pequeña niña era capaz de hacer.

«El amor es quizás la más carnal de las ilusiones. Digo ilusión si pensamos que amar, como muchos creen, sea poseer en el sentido material de la palabra. Si el amor fuera poseer, ¿Cómo podemos poseer el cuerpo de otra persona?

No podemos poseer el cuerpo de otra persona con la pasión y el deseo. No podemos hacer que la materia sea nuestra. E incluso si fuera así, sería solo un acto momentáneo porque precisamente el cuerpo cambia y se transforma a nuestros ojos en el momento en el que se vive. Si solo se ama carnalmente las sensaciones que sentimos inicialmente desaparecen rápidamente. El cuerpo es, simplemente, una obra estética que se transforma y termina con el tiempo. La belleza nunca ha tenido la capacidad de penetrar en el ser. Y uno no puede atar el corazón a lo que es pasajero y cambia con el tiempo. El recuerdo de los sentimientos experimentados al hacer el amor permanece vivo en las mentes de los amantes solo si las dos almas se vuelven cómplices. El alma rara vez se comunica con la materia, siempre se relaciona a un nivel superior, donde los gestos y las palabras no son suficientes.»

## CABO VERDE

Era un domingo por la tarde, en Barcelona llovía a mares. Me asomaba de vez en cuando al balcón y observaba la calle desierta. Todo el mundo atrincherado en casa. Pero yo no tenía ganas de estar en casa. No tenía ganas de leer, ni de escribir, no sé, había dentro de mí un cierto malestar que me empujaba a salir. Entonces, decidí ir al cine. Salí de casa y esperé a que pasara un taxi, lo cogí y me dirigí hacia los Multicines Sarrià. No sólo porque viviera relativamente cerca, sino también porque los sillones del cine eran muy cómodos, la pantalla de proyección grande y poseía un excepcional sistema de sonido. Fui a la taquilla a sacar la entrada y le pedí a la chica que me diera un asiento más o menos en el centro de las últimas filas, ya que hasta ese momento los asientos de la sala estaban casi todos disponibles. Cuando entré en la sala, justo antes de que empezara la película, me di cuenta de que estaba medio vacía. No había comprado palomitas, latas de Coca Cola, bolsas de golosinas, cacahuetes ni todas esas cosas odiosas que venden en la entrada al cine y que la gente come ruidosamente mientras ve la película, molestando a los demás. Cuando las luces se atenuaron, comenzaron las proyecciones publicitarias sobre películas que se emitirían en el futuro. Una de esas imágenes atrajo mi atención. Estaba filmada en África y el paisaje era impresionante. Terminada la película, había dejado de llover y me dirigí hacia casa. Sabía que esa noche, después del trabajo, Martina vendría a mi casa. Le hice una copia de las llaves haciéndome prometer que la habría utilizado sólo en algunas ocasiones. Cuando entré en la casa, ella estaba acostada en el sofá leyendo.

—Martina, ¡He tenido una idea!

—Dime —preguntó curiosa bajándose las gafas y cerrando el libro sobre las piernas.

—He pensado que podríamos ir de viaje a África.

—¿A África? —respondió entusiasmada por la propuesta. Y ¿Dónde te gustaría ir?

—Si quieres, vamos a Cabo Verde. He ido un par de veces, y conozco el país. Los caboverdianos son amables y acogedores y la comida es buena.

—Me han hablado ya de Cabo Verde, siempre he pensado en ir, aunque nunca me he animado.

—Bien. Entonces, ¡Decidido! Mañana voy a la agencia, doy un vistazo a los complejos turísticos disponibles y lo organizo todo. Podemos ir a un pueblo de chozas que una vez vi en un documental. Me gustó mucho.

—¿Una choza? Y ¿Por qué quieres una choza? Son incómodas, ¿No? ¿No es mejor a un hotel con vistas al mar?

—¡Las chozas están todas frente al mar! Y además, la choza me da morbo.

—¿Pero es posible que busques el morbo en cualquier cosa que hacemos?

—¡Mira quién habla! Cuando te conocí eras una niña inocente y te has convertido en una mujer hambrienta de sexo.

—¡Pero mira con qué me sales ahora! ¿Quién tiene la culpa de todo esto?

No le respondí.

La noche antes de partir, Martina se quedó a dormir en mi casa. A decir la verdad, dormimos poco. Por la emoción del viaje y porque quisimos celebrarlo con unas cuantas botellas de vino.

—Me gusta la idea de ir a Cabo Verde —le dije abrazándola—. Es una misteriosa isla llena de vegetación, con una estimulante naturaleza.

—Tu ya has ido, ¿Verdad?—me preguntó.

—Sí, estuve en la capital, la isla de Praia, durante unos dos meses cuando trabajaba en la importación y exportación de café. Conozco muy bien el país. Te he preparado una sorpresa que te va a encantar.

—¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa? Dímelo, no me hagas quedarme con la intriga.

—No, no quiero que te pierdas la ilusión de descubrirlo. No te asustes, no es nada grave, es algo bonito e inocente.

—Nada contigo es inocente. Tú no eres un hombre inocente Samuel.

—¿Qué significa que yo no soy un hombre inocente?

—Quiero decir que eres un hombre que puede sorprender a una mujer, pero de inocencia nada.

—¡Tienes demasiados prejuicios!

—No, no, Samuel, no lo has entendido, no tengo prejuicios, de hecho agradezco que hayas pensado en mí. Todo lo que me propones me fascina porque es intrigante. Una mujer puede aprender mucho de ti y esto me estimula enormemente.

Dos billetes de ida y vuelta Barcelona—Lisboa y, desde allí, un vuelo directo vuelo a Cabo Verde, con una compañía de línea. Encontré afortunadamente un bungalow en primera línea de playa. Yo estaba entusiasmado de volver a Cabo Verde después de tanto tiempo. Cabo Verde es un pequeño paraíso dividido en islas de origen volcánico en medio del océano, donde se respira una profunda tranquilidad y placer de vivir. Su música, debido a los éxitos que ha obtenido Cesaria Evora, se ha desarrollado a nivel internacional. La población, predominantemente negro criollo, es extremadamente acogedora y cálida, y es fácil hacer amistades. También porque en la playa siempre se te acerca alguien que quiere venderte algo. Y aunque la mayoría de ellos son pobres, son muy dignos. Pocas personas saben que en Cabo Verde existen complejos turísticos donde van mujeres solas en busca de aventuras sexuales. Visto que los negros que viven allí, tienen una reputación de ser buenos amantes, con atributos sexuales muy, muy exagerados. Además, el carnaval de Mindello, la isla más desarrollada de Cabo Verde, después de Río de Janeiro, es el más turístico y más divertido del mundo.

El Hotel Meliá Tortuga Beach de Boavista se encontraba en primera línea, en la maravillosa playa de arena blanca de Algodoeiro. Una isla preciosa con aguas cristalinas y arena blanca. Boavista, con las playas con forma de duna como en el desierto, era la isla más alejada del continente africano y en la antigüedad, era la capital de Cabo Verde. Tranquila durante el día, pero muy animada por la noche, está considerada por todos la «París» africana.

A la mañana siguiente, en el desayuno, nos presentaron oficialmente, a todos los huéspedes del complejo turístico, los animadores, cocineros, criadas y masajistas. Martina quedó impresionada por la belleza escultural de los cuerpos de dos masajistas africanos muy jóvenes. Uno tenía 23 años, e el otro 21. De hecho, después de la presentación, reconoció explícitamente que esos dos negros eran muy guapos. Sin embargo, confesó que nunca se habría liado con ninguno de ellos, porque a ella no le gustaban los negros y no soportaba el fuerte olor de su piel. A mí me llamó la atención una telefonista africana, dulce y sensual, de tan solo 16 años pero embarazada de seis

meses. Una tarde, mientras Martina tomaba el sol tumbada en una tumbona, le sugerí que me gustaría mucho verla mientras recibe un masaje de uno de los dos masajistas negros que nos presentaron. Un masaje relajante con cremas y aceites perfumados era lo que necesitábamos para vivir algo diferente y romper con la monotonía de esos días. En lugar de un masajista africano, sin que ella lo supiera, pedí que fueran dos. Primero uno y, más tarde, entraría el segundo. No un simple masaje relajante, sino un masaje Tántrico. Tocándola en las partes más íntimas y sensibles de su cuerpo. Tratando de despertar sus deseos sexuales y morbosos. Esto formaba parte del acuerdo secreto que había hecho de antemano con los dos jóvenes masajistas. Para la ocasión, la tarde del masaje, para relajarse y hacer que la piel estuviera más elástica y suave, Martina se había dado, durante casi una hora, un baño en la bañera llenándola de sales perfumadas, y se había puesto la ropa interior más bonita y sexy. Envuelta en un gran albornoz de algodón blanco, visiblemente emocionada, esperaba, con los hombros apoyados sobre la cama y con las piernas cruzadas, a que entrara el masajista. Yo estaba sentado delante de ella. Nervioso, excitado, incluso un poco celoso de lo que había preparado en secreto, pero también tenía curiosidad por ver su reacción. Después de un rato esperando allí, mirándonos a los ojos sin decir una palabra, uno de los masajistas, con un pareo atado en la cintura, entró en el bungalow. Era uno de los chicos que Martina había visto en la presentación. Puede que tuviera la piel incluso más oscura. Con un cuerpo atlético y musculoso, no demasiado alto pero robusto, entró descalzo en la habitación. Tenía los ojos grandes y negros, cejas pobladas, labios gruesos y carnosos y el pelo largo recogido hacia atrás con una trenza. Después del ritual de las presentaciones, el masajista la cogió de la mano, tirando de ella suavemente hacia él, pasó la frontera de las cortinas transparentes y entró en la sala de masajes. Le quitó el albornoz lentamente, haciendo casi que se deslizara sobre su piel y la ayudó a sentarse en la cama, ya preparada y cubierta para la ocasión por una sábana de seda. La calurosa noche se imponía con su silencio y oscuridad. Muchos de los invitados ya dormían, y sólo el canto de los grillos nos hacía compañía. Era una situación extremadamente excitante para ella, para mí y también para el masajista, que parecía visiblemente excitado. A pesar del ventilador de aspas, que desde la parte superior de la habitación giraba silencioso moviendo el aire del bungalow, hacía un calor tremendo. Un calor húmedo y pegajoso. Imposible no sudar. El cuerpo musculoso y la piel del masajista, ya mojado por el sudor, brillaba a la luz de esas velas perfumadas encendidas para la ocasión. Martina, tumbada en la cama con el sujetador y las braguitas, tenía una sexualidad animal. El primer intento del masajista para desabrocharle el sujetador y quitarle las braguitas, fue inmediatamente bloqueado por los ojos de Martina, que lo fulminaron con una mirada feroz.

—No se vuelva a atrever a quitarme la ropa interior.

—Lo hacía sólo para masajearle y darle más placer —le respondió él con cierta timidez, casi asustado por esa reacción inesperada y dura.

—No se preocupe por mi placer, lo puedo apreciar igualmente dejándome la ropa interior puesta.

El masajista me sonrió y, sin añadir una palabra, cogió el aceite perfumado y lo versó, primero en sus manos, luego en los hombros de Martina. Comenzó a masajearle la espalda descendiendo lentamente. Deslizaba sus manos por sus nalgas, apretándolas y acercándolas entre ellas. Comenzó a masajearle las piernas, los pies, las plantas de los pies, los dedos uno por uno, las pantorrillas, luego otra vez los muslos. Con sus manos fuertes y robustas le abrió ligeramente las piernas y comenzó a masajearle el interior de los muslos. Poco a poco, cada vez más arriba. Se acercó lentamente a su sexo, protegido por las finas braguitas de encaje blanco, para frotarle por encima con toda la mano. Pero esas caricias demasiado íntimas hicieron que se sobresaltara, y de nuevo

interrumpió.

—¿Qué hace? Pero, ¿Cómo se atreve?

—Déjeme señora... déjelo en mis manos —le respondió con un sonrisa—será agradable...déjeme ocuparse de usted.

—Pero qué señora ni señora. ¡No intente volver a tocarme así! de lo contrario me levanto y me voy.

Se relajó otra vez y el joven masajista volvió a acariciarle las piernas, los muslos, otra vez el interior de los muslos, dejando deslizar, a veces, la punta de los dedos bajo las braguitas, tocando su sexo, como si no hubiera tenido en cuenta lo que Martina le había dicho. Martina, casi rendida ante tal insistencia, empezó a gemir, a suspirar, y poco a poco su resistencia se hizo cada vez más y más débil. Tal vez ella había decidido que era mucho más agradable dejarse llevar y vivir el momento.

—¿Qué hace? ¡No!... ¡He dicho que no!

—Déjeme señora... Déjeme, relájese... Le daré mucho placer señora blanca...

—No... No... Así No... Así... si... despacio, despacio...

Pasó así la primera media hora. En un momento dado, se abrió la puerta del bungalow y en silencio, casi de puntillas entró el otro joven masajista. Tenía los ojos grandes y negros, el pelo rapado muy corto, y la piel aún más oscura que el primero. Descalzos, con los pies largos y delgados que se hundían en la arena. Un cuerpo fibroso y musculoso. Hombros anchos y un pecho de atleta. Manos grandes y robustas con dedos largos y finos. Cuando Martina lo vio entrar, puso una expresión de sorpresa en la cara e hizo un gesto para levantarse, dejando caer una pierna de la camilla. Pero, puede que por el calor o ya transportada por el placer de esas manos que la tocaban con maestría, aceptó el juego. Comenzó así un sube y baja de manos. Cuatro manos que la llevaron a una excitación mental y física difícil de controlar. Las manos descendían lentas y pesadas a lo largo de su espalda. Las yemas de los dedos se deslizaban a lo largo de las curvas, a veces apretándole la piel. Los dedos fuertes y largos paseaban con desenvoltura entre las fisuras más sensibles de ella.

De vez en cuando, un gemido de placer.

—Sí... siiiii... aaaaaah...

Pero también de rechazo.

—Pero ¿Qué hacéis?... no, no, noooo... ahí no...no quiero, parad...siiiii.

Silenciada por la fuerza y potencia de esas manos que parecían violarla.

—¿Le gusta si le toco así...y así? ¿A señora gusta mi mano? Mi mano es grande y fuerte.—le decía un masajista— Dar mucho placer a señora blanca.

—Si... si... me gusta... eres bueno... eres muy bueno... muy bueno, sigue... sigue...

Nunca habría reconocido a nadie que las caricias de esos dos chicos negros le gustaran tanto. Pero era así y no podía ocultarlo. Comenzó a jadear, a moverse, a retorcerse de placer. Hasta que, casi reprimiéndolo por vergüenza, tuvo un orgasmo. Justo, en el momento en el que uno de los dos muchachos había conseguido introducir con maestría la mano en medio de los muslos, tratando de entrar con los dedos dentro el sexo de ella.

—Pero ¿Qué hace?... no... siiiii... me voy... me voy... me voyyyy...aaaah... aaaah... siiiii...

Después de ese orgasmo, su cuerpo se abandonó. Los dos jóvenes masajistas se dieron cuenta de su entrega, y con un movimiento rápido, consiguieron quitarle el sujetador. Luego, con palabras dulces que le susurraban a los oídos, también le quitaron las braguitas.

—Señora... déjeme... no miedo... placer, solo placer, mucho placer.

—No, no, no, no quiero... las bragas no... Por favor dejadme... déjame... no, no quiero...

—Sí, sí sí señora déjenos, placer... mucho placer, déjenos manejar esto, placer...

Tuvo que rendirse, la fuerza e insistencia de los dos masajistas negros era demasiado incluso para ella. Además, eran ambos muy agradables y guapos, y esto era un gran estímulo para Martina. Ahora se encontraba desnuda, tumbada en una cama entre dos desconocidos. Entre dos cuerpos sudorosos y fuertes, visiblemente excitados y deseosos de poseer a una mujer blanca, hermosa y sensual como Martina, que representaba para ellos la presa más codiciada. En ese momento, podía pasar cualquier cosa. Me senté frente a ellos, sabía lo que pasaría, por ese acuerdo tomado anteriormente. Y aunque me estaba muriendo de los celos, quería llegar hasta el final. Uno de ellos deslizó su mano entre sus piernas y, haciendo un poco de presión, fue capaz de abrir e introducir dos dedos dentro de su sexo. Sus dedos entraron duros y largos hasta el fondo, mientras que con su pulgar largo y grueso jugueteaba con su clítoris. Previendo una reacción de Martina, que con un salto repentino intentó levantarse, el otro chico, le atrapó los brazos contra la camilla impidiéndole de esta forma moverse.

—No... No... No quiero... pero, ¿Qué hacéis? siii... siii... parad... parad.

—Déjeme señora, dar mucho placer.

—No... No... Sí... siiiiii... sí... así... así... más... más...

Empezó a gritar de rabia, y de enojo por no poder salir, pero la lujuria había tomado el control de la razón. Violada, obligada, forzada contra su voluntad a las exigencias de esos dos jóvenes chicos. Dos chicos negros a los que ella nunca habría permitido que la tocaran. Ya era demasiado tarde para parar, demasiado tarde para dar marcha atrás, demasiado tarde. Estaba más allá del punto de retorno.

—Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii... ooooooooooooooh... siiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Un orgasmo donde la mente y el cuerpo, la razón y el deseo, se unieron en el placer físico. Uno de ellos, el más musculoso, estirando un brazo, agarró una toalla, la enrolló y se la puse debajo del vientre de Martina para que su culo estuviera aún más alto, y su cuerpo formara una montaña. Acercándose a ella y abriéndole las nalgas con las manos, empezó a lamer el orificio del culo con la lengua. Le introducía la lengua hasta donde podía entrar. Ella respiraba y gemía de placer. Un placer que pronto se transformó en dolor. De hecho, de repente, quitó la lengua y le metió un dedo, seguido por otro. Aunque sus dedos estaban cubiertos por esa crema untuosa, el dolor era inevitable.

—Aaaaaaah... ayuda... no... no...no... no...Por detrás no quiero... esto no... Dejadme ir, dejadme ir... aaaaah.

A veces se paraba y dejaba caer algo de saliva entre sus dedos, para después reanudar sin parar. El orgasmo también esta vez fue inevitable. Gritó de placer, escondiendo su rostro con rabia bajo las almohadas que tenía a su alrededor.

—Siiiiii... siiiiii... siiiiii... aaaaah... me voy... aaaaah... siiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Ya no respondía de su cuerpo drogado por ese placer. La giraron... con la cara hacia arriba, levantándola por la fuerza de los brazos. Uno de ellos comenzó a chuparle con avidez el pecho y a morderle los pezones duros. Cogió entre los grandes labios un pezón que comenzó a apretar con los dedos. Lo mordió, lo chupó, como aspirándolo, con dulzura y luego con fuerza y codicia. Martina inundada de deseo, arqueaba la espalda, cerraba los ojos, apretaba los dientes. Con las manos se agarraba a los laterales de la camilla... pero ya no oponía resistencia. Uno de los masajistas, se tumbó encima de ella. Martina empezó a moverse enérgicamente, pero el peso y la fuerza del chico superaron su resistencia.

—¿Qué haces? Déjame...deja que me vaya... ¿Qué quiere hacer?

Él, sin hablar, sin responder, cubriéndola con el peso de su cuerpo, comenzó, con su lengua gorda y rosada, a besarle el cuello mientras que, con las manos le agarraba los brazos contra la camilla para que no pudiera levantarse. El otro, le abrió las piernas y, con fuerza, comenzó a lamer su sexo húmedo, perfumado. Le lamía sin piedad sosteniendo firmemente sus piernas abiertas. El clítoris sobresalía duro y recto. Mientras tanto, los dos chicos se habían quitado los pareos. Desnudos, con sus cuerpos negros, musculosos, sudorosos y con sus miembros duros y grandes excitados hasta al extremo, se restregaban contra el cuerpo de Martina. El más joven de los masajistas le cogió una mano y la obligó a tocárselo. Martina opuso una tenue resistencia, pero luego comenzó a tocar con su mano esa gran polla negra. Podía ver la cara roja de Martina por ahogar los gemidos, mordiéndose los labios para evitar de gritar. También el otro chico hizo lo mismo. Martina, con dos pollas en sus manos, las movías rítmicamente hasta que uno de los chicos llegó al orgasmo. Parecía un río. Mientras su polla permanecía dura y palpitaba, gran parte de ese líquido salpicó en el pecho de Martina, mojando incluso su cabello. Después de unos minutos, también el otro chico alcanzó el orgasmo, y también sobre el pecho y el cuerpo de Martina que, presa de un frenesí sexual, continuó agarrándolos en sus manos como si aferrara un trofeo, para sentir aún el calor y el latido de esas pollas enormes. Una maraña de cuerpos sudorosos, de olores, de sabores, de gemidos, de suspiros, de gritos de placer, incluso de rechazo en ese juego sexual. Un juego que se me estaba yendo de las manos, de hecho, uno de los dos masajistas, el de la polla más grande, en un momento de gran excitación la penetró y comenzó a moverse lentamente dentro de ella. Ese gesto me sorprendió, e incluso Martina no se lo esperaba. Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. La polla de ese joven negro era tan grande que no entraba dentro de ella.

—No...no...nooooo...ahhhh...es enormeee... ohhhh.

Sus brazos estaban buscando otra vez un punto donde agarrarse en los extremos de la cama. Se agarró al borde del cabezal. Después de unas horas, cuando todo terminó y los cuerpos estaban saciados de placer, los dos masajistas satisfechos de haber tenido la oportunidad de aprovecharse de una mujer blanca, se levantaron y, casi pidiéndome permiso, se fueron. Martina, tumbada en la cama, desnuda, sudorosa, con los ojos cerrados, agarraba entre sus manos una almohada, para protegerse, o tal vez para sentir aún parte de esas sensaciones increíbles. Me miró a la cara y con ojos dulces me dijo.

—Ha sido una experiencia fantástica, maravillosa, única. Te lo agradezco Samuel, por haberme hecho este regalo, por haberme hecho sentirme mujer.

—¿Harías algo parecido sin mí? ¿Follarías con otro si yo no estuviera?

—Pero ¿Qué dices Samuel? ¿De qué estás hablando?

—Vi cómo mirabas a esos dos hombres negros, seguramente te gustaban. ¿Habrás hecho algo con ellos si yo no hubiera estado aquí contigo?

—Samuel, yo no haría nada sin ti. Tú has sido mi maestro sexual —comenzó a reír—y además, tú también dices siempre que entre nosotros hay una complicidad especial. ¿Por qué debería mentirte?

—Lo sé, lo sé —le respondí para tranquilizarla—Sé que no me mentirías nunca.

Era la primera vez que Martina me escondía algo, aunque no lo dijera. Me di cuenta por la luz de sus ojos. Era la primera vez que ella me estaba mintiendo. Tal vez estaba cambiando. En vuelo de vuelta se quedó dormida y yo la miraba con dulzura y con gran complicidad. Esa complicidad que siempre había reinado entre nosotros.

«La mentira hace que uno se aleje del otro porque instaura una barrera difícil de superar. Quién miente, crea una energía negativa capaz de destruir. La mentira es el reflejo de un alma ambigua, que utiliza el engaño para seguir adelante y obtener beneficios miserables. Siempre tiene una excusa que justifique su acción carente de cualquier sustancia. Sin la verdad no se puede construir algo importante en la vida, y mucho menos si se trata de un amor. Aunque a veces la verdad es dura, difícil y vergonzosa de decir para quien ha mentido, sólo en el momento en el que estos vencen sus miedos y sus desconfianzas, que lo tienen encadenado como a un esclavo, puede elevar su alma y con un espíritu libre, volver a nacer como una persona nueva. La mentira dicha, repetida y jurada una y mil veces, puede convertirse en una verdad para quien la dice, pero no lo es. Sigue conservando entre sus palabras la fuerza para destruir no sólo el presente y el futuro, sino también el pasado. Contamina la confianza y el amor depositado en esa persona, exponiendo que nada de lo vivido era cierto. Quién miente, una vez descubierto, demuestra en su miseria, que siempre lo ha hecho porque está acostumbrado a hacerlo. El amor, que debería ser el sentimiento más sincero entre dos personas que se prometen recorrer un camino junto, está minado de mentiras»

## LUZ DE GAS

Como cada noche antes de bajar las persianas para dormir, miraba al edificio de enfrente para observar las típicas escenas familiares que se desarrollaban ante mí. La familia de la cuarta planta, con padre felizmente tumbado en el sillón, aplastado por su gran barriga. La madre concentrada leyendo una novela barata. La hija en el ordenador chateando con quién sabe quién. En la planta baja, la señora de la tienda de comestibles, descansaba sentada en la silla de madera con la cabeza doblada, medio dormida. Y como siempre, espiaba a mi pareja favorita. Dos recién casados. Incluso hice una apuesta conmigo mismo el día que los vi entrar en el apartamento abrazados y sonrientes con sus vestidos de ceremonia. Tiempo estimado dos años, máximo tres. Se dice que un buen matrimonio es aquel en el que cada uno nombra al otro guardián de su soledad. Al observarlos durante algunos meses, era evidente que la soledad pertenecía a cada uno de ellos sin que la compartieran. Dos existencias opuestas y separadas. Una eutanasia lenta e inexorable. Observando esas escenas de la vida diaria, confirmaba mi teoría sobre los demás. A pesar de tener la compañía diaria, estaban más solos que yo, pero no lo sabían. Por lo menos yo, a diferencia de ellos, estaba solo por elección propia. Una condición en la que tenía el control total de mí mismo y de mi vida. Ninguna intromisión del exterior, excepto Martina que venía a menudo a mi casa, violando el pacto que habíamos establecido. A veces, se quedaba tanto tiempo que me ponía nervioso. Ya no podía escribir, y me quitaba los momentos de concentración. Se tumbaba en el sofá, encendía la televisión, escuchaba música, hablaba con las amigas, y me ponía de los nervios.

—Ese maldito móvil nunca deja de sonar, y cuando no suena llegan mensajes. ¿Puedes ponerlo en silencio por favor? ¡Estoy escribiendo!

—Son mis amigas, ¿Qué quieres que haga? ¿Les digo que cuando estoy contigo no me llamen?

—Tus amigas, tus amigas, siempre hay algo o alguien que molesta.

—¿Y cuando llaman tus amigos entonces? ¿No molestan?

—Cuando me llaman a mí me pongo al teléfono solo cinco minutos y no durante horas como tú. De todas formas, nunca por la noche.

—¿Si son solo las 22:00 de la noche!

—¿Exactamente! Son las 22:00 de la noche y a estas horas no se llama a las casas de los demás —le dije levantando la voz.

—Hemos quedado a las 23:00, por eso me llaman.

—¿Has quedado a las 23:00? ¿Y dónde? ¿No me has dicho nada?

—Venga Samuel, no empieces ahora, ¿Eh? Claro que te lo dije. Es solo que tú no te acuerdas nunca de nada de lo que te digo.

—Martina no me cuentes chorradas, no me habías dicho nada. Y ¿Dónde vas?

—No lo hemos decidido aún, es el cumpleaños de Ana y vamos a celebrarlo todas juntas. Somos cuatro amigas.

—¿A qué hora tienes intención de volver?

—¡No lo sé! Y ahora no seas pesado, por favor.

No le respondí, tenía los nervios a flor de piel, ese imprevisto había cambiado mis planes. Pero, por otro lado, no podía enfadarme. Martina no salía casi nunca con sus amigas y no podía negarle que celebrara un cumpleaños.

—Cuando termines de cenar, si no estás cansada, llámame, quizás podamos vernos.

—Claro, no te preocupes, cuando termine te llamo, y si quieres te vienes.

Eran las 3:00 de la mañana y no había recibido todavía ningún mensaje. Intenté llamarla, pero su teléfono estaba fuera de cobertura. No podía quedarme en casa esperándola como hacen los maridos cornudos. Decidí entonces, dar una vuelta por la ciudad para ver si la encontraba o, por lo menos, descargar la tensión que tenía. Me puse las zapatillas deportivas, una camiseta negra, una chaqueta y salí de casa como un cohete. Cogí mi Scoopy y patrullé alrededor de los bares a los que ella podría haber ido. Conociendo sus gustos, pensé que no sería difícil encontrarla. Pero nada, parecía que se la había tragado la tierra. Eran ya las 4:00 de la noche, había entrado y salido como un desquiciado de, al menos, cinco o seis locales sin ningún resultado. Cansado de dar vueltas como un idiota, decidí hacer un último intento en el Luz de Gas. Un viejo teatro convertido en discoteca, conocido en Barcelona como un lugar donde conocer hombres y mujeres. Casi siempre lleno de mujeres que buscan el amor y de hombres que no consiguen encontrarlo. Esa noche había música en directo. Cuando llegué al local, una larga cola de personas esperaba para entrar. Esperé pacientemente. Como ya se anunciaba en la entrada, el interior estaba muy lleno. Di una vuelta por el bar de arriba, chocando con la gente que salía y bajaba por la escalera principal. Fui al bar de la planta baja, cerca de la pista de baile y luego, al de detrás del escenario. Pero ella no estaba por ninguna parte. Me preguntaba dónde estaría. Pero en el fondo, estaba contento de no haberla encontrado allí. Decidí irme. Me dirigía hacia la salida cuando, revisando los escenarios, vi a Martina sobre un cubo bailando como una loca. Debajo de ella, un grupo de búfalos que no follan nunca, excitados por sus movimientos. Me quedé de piedra. Me acerqué a ella casi corriendo, golpeando con el hombro a cualquiera que se cruzaba en mi camino.

—Pero ¿Qué coño haces Martina? ¡Martina! —le grité.

Ella bajó la mirada y cuando me vio se le cambió la expresión del rostro. Aunque su expresión era la de alguien que se había bebido dos botellas de whisky.

—Samuel ¿Qué estás haciendo aquí?

—Baja inmediatamente o subo yo y te bajo a bofetadas —le dije gritando. —¿Se puede saber qué coño estás haciendo aquí?

Bajo la mirada curiosa y demencial de aquellos búfalos reprimidos, Martina descendió del escenario.

—He venido con mis amigas. Te había dicho que iba a salir con ellas, ¿No?

—No me importa nada de tus amigas. Pero mira cómo coño estás vestida.

A decir verdad, estaba preciosa. Llevaba un mono de licra rosa, botas negras atadas en la parte trasera y el cabello hacia atrás, recogido con una gomilla. Llevaba también unas gafitas redondas. Estaba muy sexy.

—¡Vámonos antes de que me cabree de verdad! —y la cogí de un brazo tirando de ella, pero Martina se resistía.

—¡Estoy con mis amigas! ¿Entiendes que estoy con mis amigas? No voy a ninguna parte.

—No me importan tus amigas. ¿Entiendes? No me importan, te vienes conmigo —estaba muy enfadado.

—¿Puedo ayudar? ¿Hay algún problema? Dijo un tipo con cara de estúpido mientras se acercaba hacia nosotros. Tenía que ser el tonto de la disco. Siempre hay uno que quiere ponerse en evidencia.

Furioso como estaba, no me pude contener.

—¡El problema eres tú! Si no te vas inmediatamente me cabreo de verdad. Métete en tus asuntos. Estoy hablando con mi chica, así que no me toques los huevos o te rompo la cara.

—Perdona, pero yo estoy hablando con ella —me respondió casi sin mirarme a la cara y permaneciendo delante de Martina.

Ese chico alto, moreno, más bien robusto, vestido como el típico muchacho tonto, me estaba cabreando. Era uno de esos que quieren dar sabor a la sal y creen saberlo todo en la vida cuando en realidad no han tenido nunca el valor de vivir realmente. Buscaba problemas. Me coloqué entonces entre él y Martina, que me tiraba de la chaqueta y me pedía que me fuera. Acerqué mi cara a la suya a una distancia de un centímetro.

—Eres un imbécil. ¿Quieres que me enfade de verdad? Estoy hablando con mi chica, ¡Gilipollas! —estaba realmente dispuesto a todo.

—¿Es tu chica? —preguntó sorprendido por la evidente diferencia de edad.

—Sí, es mi chica y tú deberías meterte en tus asuntos.

Sin añadir nada más, bajo la mirada y se fue. Miré entonces a Martina que, nerviosa, tiraba de mí por un brazo. Entonces me volví hacia ella y le dije de una forma dura y brusca:

—Martina, vete a la mierda, ¿Vale? ¡Que te vayas a la mierda! Eres una zorra y siempre lo fastidias todo. No quiero verte nunca más. Haz tu vida, que yo haré la mía.

—¡No! ¡No! Samuel espera, no hagas esto, no ha pasado nada, ¡No he hecho nada de malo! —me gritaba entre lágrimas saliendo conmigo del local.

—¡Vete a la mierda Martina, a la mierda! Me estás mintiendo, ya no me dices la verdad. Siempre tienes un millón de compromisos después del trabajo. Estoy seguro de que escondes algo —estaba realmente enfadado.

—¡Samuel! Samuel... espere, deja que me explique... espera. ¿Qué dices?

Me giré rápidamente, aceleré el paso y la dejé ahí, delante de la entrada, ante los ojos sorprendidos de todos. Aunque esa situación hacía que me sintiera mal y me partía el corazón en dos, estaba cansado de sus excusas, justificaciones y actitudes de victimismo. No tenía ganas de volver a casa, en esas condiciones no habría podido dormir. Entonces cogí la moto y di una vuelta por las pequeñas calles de Barcelona. Llegué a la orilla del mar y me senté en un banco de piedra para relajarme un rato. Me ayudaba a pensar.

«Nada hiera ni envenena tanto como la decepción. Porque la decepción es un dolor que proviene siempre de una esperanza que se ha desvanecido. Una derrota que nace de una confianza traicionada. Del engaño de alguien a quien creíamos.

Siempre he pensado y sigo pensando que en la vida no se puede tener todo, y tampoco se puede hacer todo, así como no se puede estar en dos lugares a la vez. La vida nos obliga a elegir. La fuerza radica en la elección y en el poder de las propias decisiones. La elección es difícil porque se encuentra entre la voluntad y el deseo. Elegir a alguien significa descubrir una vida diferente a la que hemos conocido y también significa, invitar a esa persona a descubrir la nuestra. Elegir, significa decir no a algunas personas que, a veces, invaden nuestro territorio. Significa posicionarse del lado de la persona que hemos elegido para permitir que entre los dos nazca una barrera de protección. Significa ser coherentes, honestos, leales y sinceros con quién hemos elegido. No mentir ni siquiera en las pequeñas cosas porque son precisamente éstas las que impiden el crecimiento del amor»

## DUBAI

Ya habían pasado algunos días desde aquella noche. Yo no la había vuelto a llamar y ella había hecho lo mismo. Me entristecía vivir esa situación con Martina, pero a veces era realmente insoportable y no quería nunca, jamás, renunciar a nada, y esto en una relación no es posible. Pensé dejar pasar otros tres días sin llamarla y, luego, llamarla el fin de semana para aclarar las cosas. Pero el destino quiso anticipar los hechos y sucedió algo que esperaba desde hacía mucho tiempo. Una tarde anónima, mientras caminaba tranquilo por el Paseo del Born casi llegando a la iglesia de Santa María del Mar, mi teléfono sonó con una melodía que me indicaba que había entrado un mensaje al correo. Me senté entonces en un banco para leerlo. Uno de esos que se encuentran alrededor de la plaza principal, rodeado por árboles. En el banco que se encontraba delante del mío, estaban sentadas y dialogaban con una cierta complicidad, dos chicas turcas, una morena y una rubia. Me di cuenta en seguida de que eran turcas porque viví dos años en Estambul por trabajo. No les hice demasiado caso, porque pensaba que el mensaje que me había llegado era de Martina y tenía curiosidad por leerlo. Sin embargo, era una oferta de trabajo muy interesante y beneficioso en Dubái. Leí el correo que me había llegado tres o cuatro veces con gran atención. También había un número de teléfono. Llamé en ese momento y acordamos una reunión en Madrid para definir todos los detalles del tema. Si las cosas iban bien en esa reunión, después de haber recibido una transferencia de dinero en mi cuenta, me habría ido a Dubái para llevar a cabo la decoración de un apartamento de un jeque árabe. El apartamento en cuestión era de 3.000 m<sup>2</sup>. Era la oportunidad que había estado esperando desde hace tiempo como arquitecto. Me abriría muchas puertas. Y visto que como escritor no terminaba de despegar, era una ocasión que no podía dejar pasar. Estaba contento de haber recibido esa propuesta y quería compartirla con Martina. Me parecía también una buena oportunidad para borrar lo que había sucedido entre nosotros a Luz de Gas y volver a empezar de nuevo con ella. Estaba pensando cómo decírselo y cómo iba a reaccionar. Pensé que se alegraría, pero me equivocaba. Se lo tomó peor de lo que pensaba. Nos vimos en su hora de descanso y le expliqué la oferta de trabajo y todo lo que había sucedido.

—Así es Martina, lo más probable es que en veinte días deba irme a Dubái para desarrollar un proyecto para mis clientes.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Qué tienes que ir a Dubái? ¿Tienes que desarrollar un proyecto? Pero qué dices Samuel, hace tiempo que solo te dedicas a escribir. ¿Me dijiste que habías dejado el trabajo como arquitecto y ahora te vas a Dubái?

—Pero Martina, te estoy diciendo que es una gran oportunidad y tú parece que estás en otro planeta. ¡No te olvides de que yo me gano la vida como arquitecto y no como escritor! Son unos clientes rusos y me han ofrecido un proyecto que hay que desarrollar en Dubái para un jeque árabe que es cliente suyo. ¿Qué hago? ¿Les digo que no? ¿Cómo gano dinero? ¿Me mantienes tú?

—Pues iros a tomar por culo tú y Dubái. ¿Me dejas durante un mes y quieres que yo esté

contenta? ¿Y qué vas a hacer en Dubái, follarte a las putas? No me creo ni una palabra de lo que me dices, ¿Y luego te enfadas conmigo porque salgo con mis amigas a bailar a la discoteca? Vete a la mierda Samuel. A mí no me vas a volver a ver.

—Pero ¿Qué estás diciendo? Tengo que ir a trabajar, ¿Lo entiendes? ¿No entiendes cuánto pagan? Es una buena oportunidad para mí. ¿Cómo voy a decir que no? ¿Cómo puedo seguir escribiendo si no tengo dinero para vivir?

—Por supuesto que tienes que decir que no. ¿Y yo que hago aquí? ¿Espero un mes sola? Me prometiste que íbamos a vivir juntos cuando volviéramos de París, luego de Cabo Verde, y sin embargo ¡Nada! Me dejas sola otra vez, y entonces ¿Tus promesas?

—¿Qué dices Martina! ¿Estás loca? ¿No me escuchas cuando te hablo? Los clientes rusos quieren mi ayuda en un proyecto en Dubái, pero ¿Qué quieres que haga?

—Tú vas a Dubái para follarte a una puta de las que conoces. Todas las mujeres que van a Dubái son de esa clase. Todas putas que buscan dinero fácil.

—No sé lo que hay en Dubái porque nunca he estado allí, pero puedo asegurarte que yo no busco a ninguna puta, y no voy a follar con nadie. Hablas solo por hablar. Voy solo veinte días y me pagan muchísimo, ¿Entiendes que esa es una oportunidad que no puedo dejar escapar?

—¡No! ¡No lo entiendo! ¡No puedo entenderlo! ¿Por qué no me llevas contigo entonces? Si no hay nada raro, llévame contigo.

—Pero Martina, ¿Qué dices? ¿Estás loca? Siempre hemos viajado juntos, te he llevado a muchos lugares, pero esta vez no puedes venir conmigo porque es un viaje de trabajo.

—Entonces no me preguntes nada más y ya veremos si estoy aún aquí cuando vuelvas. Yo también quiero hacer mi vida.

—Martina, te lo prometo. No te enfades, cuando vuelva de Dubái cogemos un apartamento para vivir juntos —le dije levantando el brazo con la palma de la mano abierta.

—No me creo ni una palabra de lo que dices. ¡No me lo creo! Hace un año que me lo prometes y no lo cumples. Mira Samuel, y te lo digo en serio, si te vas a Dubái no cuentes conmigo, ¡Se acabó!

—¿Quieres arruinar nuestra historia por una tontería así?

No añadió nada más, se levantó y me dejó allí, sentado en el bar, delante de mi café. Me arriesgaba a perderla de nuevo, pero no podía rechazar esa oferta. Era mi vida.

Cuando estaba en el avión, sus palabras retumbaban en mi cabeza. Ni siquiera me había podido despedir de ella. Se había negado a verme y no respondía a mis llamadas. Cuando llegué a mi destino, tuve la sensación de que el viaje había durado sólo unos minutos. Bajé del avión, cogí un taxi y sin ni siquiera mirar a mí alrededor, me dirigí hacia el hotel. El Hotel donde me alojaba, el BurjalArab, construido en una isla artificial estaba considerado el único hotel de siete estrellas del mundo. De todas las habitaciones, la más pequeña, en la que yo me alojaba, era de 170 m<sup>2</sup>, y se podía ver el mar abierto a 360°. La tarifa del hotel era de aproximadamente mil dólares por noche. La decoración había sido encargada por el Jeque de Dubái a la famosa diseñadora China Chew Khuan, cuyo equipo utiliza una gran cantidad de mármol procedente de Italia. En el hotel trabajaban personas de 80 países diferentes alrededor del mundo y cada cliente era atendido en su propio idioma. En la planta 27 había un bar desde donde, de noche, se podía observar todo Dubái.

Cuando volvía al hotel, cansado de trabajar, me sentaba en un sillón y, observando el mar, pensaba en Martina. Sola, en Barcelona, trabajando en ese bar de mierda.

La primera noche no cené, no tenía hambre. Me quedé en el hotel, tumbado en la cama mirando fijamente el techo. Me estaba arriesgando a perderlo todo, a perder lo que habíamos construido a

lo largo del tiempo. Cuando las cosas entre nosotros iban bien me sentía más fuerte que ella, más seguro, más... Pero ahora que estábamos en crisis ella era más fuerte y más decidida. Por primera vez sentía que no iba a dar marcha atrás. No entendía por qué, pero tenía el presentimiento de que me estaba ocultando algo, era demasiado firme en su decisión. Tenía la cabeza llena de pensamientos, de preguntas, de una confusión ensordecedora que no dejaba que me concentrara ni siquiera durante las reuniones de trabajo. Dejaba pasar el tiempo esperando que, mediante algún mecanismo extraño, se arreglara todo entre yo y Martina. No me había sentido nunca tan solo como durante esos días. Sentía un dolor que me atravesaba el pecho y me provocaba una ansiedad y un estado de ánimo difícil de superar. Como si me estuviera muriendo. Recordaba todas las cosas de ella, las palabras que me decía cuando reía, cuando me abrazaba, cuando hacíamos el amor. La forma en la que llevaba el pelo, de besarme, de estrecharme. Sonreía al pensar en los momentos que habíamos compartido juntos. No quería renunciar a ella, pero no podía rechazar una oferta tan importante y beneficiosa. Intenté llamarla por teléfono los siguientes días, pero nunca respondió. Lamentablemente mi vida siempre había estado rodeada de decisiones irrevocables, y era yo quien tenía que superar los obstáculos si quería seguir hacia adelante. Pasados los primeros días sin noticias de Martina, decidí a escribirle una carta para que se diera cuenta de que en el fondo yo siempre había estado cerca de ella, y que a veces en la vida hay obstáculos que deben superarse juntos.

«Martina, escúchame... Lee esta carta que te escribo e intenta entender que para mí no es fácil. Es cierto, prometí que después de Cabo Verde nos iríamos a vivir juntos, pero no me ha sido posible. Si todavía confías en mí, te prometo que cuando vuelva de Dubái lo haremos. Voy a dejar mi trabajo como arquitecto y me voy a dedicar solo a escribir, escribiré una novela que hable de nosotros y la llamaré «Una Dulce Madrileña».

Martina... mi amor... el amor es la alianza de dos almas que se observan y se estudian en esa profundidad que les une, donde se superan las diferencias. El amor perfecto no existe, está muerto, anticuado, estancado, porque no posee lo primordial... el deseo, el temor, la pasión. Hay una fisura en cada cosa, pero en esto reside el secreto de amar... Éramos dos desconocidos cuando te vi la primera vez. Nuestras miradas se encontraron cuando entraste en ese pequeño apartamento. A partir de esa mirada comenzó el final de mi historia personal, de mi vida. Todo se rompía tras de mí y todo perdía importancia. Y los amores vividos hasta entonces, desaparecían en el aire. Creí en esa conexión mágica, y sigo creyendo que el amor verdadero, ese que marca la vida de cada uno de nosotros, debe florecer con su fuerza en los primeros momentos. Donde las miradas cruzan, donde late el corazón, donde los cuerpos desean amarse, y una voz dentro de ti te dice sí. De lo contrario nunca llegará, ni siquiera después de una generación. Martina, no destruyas todo lo que ha habido entre nosotros, no merece la pena.»

No recibí ninguna respuesta. Pasé veinte días inmersos en una indescriptible tristeza. Cuando llegué a Barcelona sentí que estaba volviendo a casa, pero a una casa vacía, porque Martina ya no estaba conmigo. El día después de mi llegada, fui al bar donde trabajaba. Me escondí para observarla y comprender su estado de ánimo. Conseguí verla, parecía triste y distante. No tuve el valor de entrar, de acercarme a ella. Dejé pasar otros dos días y decidí hacer el último intento de acercamiento. Fui a la floristería y compré tres rosas rojas, las más hermosas. El número tres es el símbolo del amor. El pasado, el presente y el futuro, representan la eternidad de un amor. Le escribí una nota desde el fondo de mi corazón y se las envié. No recibí ninguna respuesta, y no tuve más el valor de ir a verla de nuevo. La llamé de nuevo al móvil y, como me esperaba, no

respondió. Tuve que aceptar el hecho de que Martina quería cerrar para siempre nuestra historia. Entonces, empecé a salir por la noche, a emborracharme, a descuidarme. No me importaba nada ni nadie. Estaba tan triste y con el ánimo tan destrozado que nada tenía importancia para mí. No tenía ganas de estar con ninguna mujer. Sentía dentro de mí que habría roto para siempre esas cadenas que, de alguna manera, aún nos unían.

Pero una noche, mientras estaba en casa, tumbado en el sofá emborrachándome, Martina, inesperadamente, me llamó.

—Hola Samuel... Samuel...

—Hola Martina, me alegro de oírte —le dije de inmediato.

—¿Te molesto? —me preguntó ella.

—No, no, en absoluto. Estoy aquí en casa tumbado en el sofá, solo con una botella de vino, como cada noche —añadí para dulcificarla —¿Cómo estás?

—Bien —respondió sin euforia —te he llamado para decirte dos cosas importantes...

—Espera —le dije —¿Cuándo te veo? —le pregunté directamente.

Silencio... solo sentía unos suspiros largos.

—¿Vengo a tu casa esta noche? —le pregunté de nuevo. —Podríamos ver una película tumbados en el sofá, o hablar sobre nosotros, ¿No? Tengo tantas ganas de verte Martina...

—Esta noche no puedo —respondió mintiendo.

Estaba dándome largas, lo sentía. Y esto no era agradable. Estaba claro que era su manera de decir adiós. Me sentí muy triste.

—¿A qué hora vuelves a casa? —le pregunté —no podía terminar con una llamada de ese tipo.

—No lo sé. Mañana tengo una clase importante y voy a tener que levantarme temprano.

—¿Me he perdido algo? —le pregunté. ¿Quieres decirme algo? ¿Quieres dejarme para siempre? ¿Quieres dejarme por teléfono? ¿Después de lo que hemos vivido juntos?

Esperaba escuchar su voz diciendo que era el típico capullo, pero no.

—Nada... nada, no quería decirte nada.

Me hizo sonreír esa afirmación, tenía que tranquilizarla, hacerle saber que aún me interesaba. Porque, aunque me obstinara repitiéndome que no quería, no podía estar sin ella. Sólo entonces me di cuenta de que la amaba.

—No hago más que pensar en ti —le dije.

—¿Mientras me follas? Me respondió con dureza.

—¡Exacto! —le respondí —solo pensarlo me excita. Martina quiero verte esta noche.

—¡Siempre puedes follarte a otras! Esas con las que quedas en Dubái. Creo que no te faltan las mujeres.

—Martina... Pero ¿Qué dices?

—Yo no soy una a la que te follas y luego la dejas. ¿Pero por quién me has tomado? ¿Crees que soy una de esas putas a las que estás acostumbrado?

—Te he buscado como un loco, te he llamado mil veces, mensajes, rosas, te he escrito dos cartas, te he suplicado como a ninguna. Pero, ¿Qué quieres que haga? ¿Haces todo esto porque he ido a Dubái? ¿No he ido a divertirme, sabes? ¡Lo hice por nosotros, para darnos una vida mejor!

—¿Por nosotros? ¿Lo hiciste para nosotros? Venga Samuel no me hagas reír, no me cuentes gilipolleces. Lo has hecho por ti, porque eres un egoísta.

—¿Egoísta yo? Y ¿Por qué soy un egoísta? Y ¿Por qué soy un egoísta? Venga, ¡Dímelo!

—Porque solo piensas en satisfacer tus deseos. Nunca pierdes una oportunidad para estar lejos

de mí y hacer lo que te dé la gana.

—Pero Martina, por favor, ¿Qué dices? Era trabajo, solo trabajo, ¿Entiendes? Me han pagado bien y he pensado hacerte un regalo... si me perdonas, claro —le dije sonriendo.

El hecho de que llamara era una buena señal. No quería seguir discutiendo sobre el mismo tema que no nos iba a llevar a ninguna parte. Sabía que Martina era sensible a los regalos, y yo presionaba todas las teclas para coger ventaja.

—¿Realmente habías pensado en hacerme un regalo? ¿Y qué regalo?

—Es una sorpresa. Pero ¿Me perdonas o no? —le pregunté esbozando una sonrisa

—¿Has decidido que ha llegado el momento de ir a vivir juntos? ¿Ya has cogido un apartamento?

Volvía siempre al mismo tema. Era difícil convencerla de lo contrario.

—De esto tenemos que hablar... Si me...

—¿Tenemos que hablar? ¿Te atreves a decirme que tenemos que hablar? Mira Samuel, no me llames más, no quiero saber nada de ti, ni de tu trabajo, ni de tus regalos, ¡Nada! Haz tu vida y yo haré la mía. Te había llamado para decirte algo importante, pero no te digo nada, no te mereces nada, adiós.

Y me colgó el teléfono en la cara. Por un momento me quedé mirando el teléfono. Nadie se había permitido nunca a mandarme al infierno de esa forma y eso me molestaba muchísimo. Colgué el teléfono y la llamé inmediatamente, pero respondió el contestador. Dejé un mensaje pidiéndole que me llamara. Después de unos diez minutos volví a llamarla, la llamé una y otra vez. Esperando una señal de ella, le escribí un SMS donde le decía que quería explicarme, que necesitaba verla, hablar con ella, aclarar que todo había sido un malentendido. La llamé varias veces, pero siempre respondía el contestador que saltaba inevitablemente al tercer tono. Esa chiquilla tenía el poder de hacerme enfadar y de ponerme de los nervios. ¿Pero quién se creía que era? Después de una docena de llamadas, nervioso por la debilidad que le estaba demostrando a ella y a mí mismo, le dejé un último mensaje de rencor.

—¡Vete a tomar por culo no me lo ha dicho nunca nadie! De todas formas, vete a tomar por culo ¡Tú!

Me había afectado y no podía hacer nada. Estaba marcado por ella. Tenía que reconocerle mi debilidad. No quise rendirme. Fui a su casa, la luz estaba encendida y llamé varias veces a la puerta. Se asomó a la ventana y me miraba sin decir nada.

—Martina, ¿Puedes abrirme?

Sin responder, me abrió la puerta.

—He llegado hace casi dos meses, he hecho lo posible por buscarte, por llamarte, por tener un contacto contigo, me has ignorado siempre. ¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—¿Y a ti qué te importa? Si tú haces lo que quieres, yo también. ¿No tengo el mismo derecho? Estaba muy enfadada contigo y aún lo estoy.

—Pero ¿Cómo que hago lo que quiero? Entonces es que no quieres entenderlo, te he dicho que era un trabajo, nada más que trabajo. Siempre he estado pensando en ti. ¿Has recibido mis rosas? ¿Leíste mi carta?

—Sí, bonitas, muy bonitas, me han gustado mucho. Pero lo que me molesta de ti es que siempre haces lo que quieres. ¿Ocupas todo mi espacio, y yo tengo que estar siempre dispuesta a perdonarte?

—¿Y mi carta? ¿Has leído mi carta? ¿Has visto lo que te he escrito?

—Sí, tu carta me conmovió, pero eso no cambia nada. Es inútil cambiar de tema con rosas y con cartas. Sabes que todo esto me gusta, ¡Esto no es un juego! Y yo ya no estoy jugando, o hacemos las cosas de cierta manera o nos dejamos para siempre.

—Escucha Martina, no tiene sentido terminar nuestra historia por un hecho así. Podemos hacer un largo camino junto, no merece la pena perderlo todo. Tuve que ir por trabajo y lo sabes, pero te prometo una cosa... Si aún crees en mí claro.

—¿El qué?

—Que, si por alguna razón tuviera que irme de nuevo, te llevaría conmigo. Y en este mismo momento empiezo a buscar un apartamento para irnos a vivir juntos. A partir de mañana dejo mi trabajo como arquitecto para escribir... y estar más tiempo contigo. Pero me tienes que perdonar y prometer que no vamos a volver a hablar de esto. ¿Quieres?

Se acercó a mí y, abrazándome fuerte, empezó a llorar. Cogí su cara entre mis manos y empecé a besarla lentamente, secándole las lágrimas que caían. Amaba a esa pequeña chiquilla, era ya evidente. Tenía que rendirme ante los hechos. Destapé entonces una botella de champán que había llevado. Cuando bebía, Martina se hacía más sensible. Nos besamos en las mejillas y al tocar su piel e inspirar su aroma, se despertó dentro de mí mi parte animal. Por un lado, había una inocencia espontánea, por otra me excitaba de forma insana, esa chiquilla me tenía hechizado. Ahora que estaba frente a ella, no sabía más, si era la reticencia con la que me rechazaba lo que hacía que la deseara o el amor. Era frágil y estaba asustada, pero al mismo tiempo segura e impenetrable. Pero había algo que se me escapaba, era demasiado determinada y no conseguía explicármelo. Me acerqué todo lo que pude a ella y le susurré en un oído.

—Me gustas, Martina, me gustas mucho, te deseo —le dije para tranquilizarla —He pensado en ti todo este tiempo y no puedo estar sin ti.

—Necesitaba esto... que tú me dijeras estas palabras... tener la seguridad de ser deseada y querida por ti.

—Déjate llevar, te deseo mi amor, no he hecho más que pensar en ti y tengo unas ganas locas de hacer el amor contigo.

La respiración corta de Martina me la puso dura de inmediato. Un segundo después la tenía entre mis brazos. Se me había tirado encima con un impulso decidido, cogiéndome casi de sorpresa. La levanté del suelo llevándola en brazos hacia la cama. Nos trasladamos, aún agarrados el uno al otro, a su habitación y, después de haberla dejado suavemente sobre la cama, empecé a quitarle la ropa. Cada parte de aquel cuerpo se reveló ante mis ojos de una forma nueva y diferente. Parecía tener a otra mujer entre mis brazos. Martina me deseaba de una forma intensa, y yo a ella. Sus manos frenéticas hurgaban en mis pantalones, en mi camisa, deseosas de quitármela. Cuando llegó al tercer botón, me di cuenta que no podía esperar más. Me quité la camisa como un guante y comencé a besarla casi ahogándola, para quitarle el pensamiento de alejarme.

—¿Me deseas Samuel? ¿Has pensado en mí?

—Martina... Martina, mi amor, mi amor, he pensado en ti siempre, sólo en ti.

Entré dentro de ella e hicimos el amor como si no lo hubiéramos hecho nunca, con una extrema dulzura y un deseo profundo. Noté en su cuerpo una sensación de calor, un fuego que le atravesaba la piel y, como por arte de magia se dejó llevar por un intenso orgasmo de placer. Me fui de su casa tarde esa noche, necesitaba pensar. Al día siguiente, como le prometí, la llamé por teléfono para saber cómo estaba.

—Hola Martina ¿Cómo estás? ¿Has pasado una buena noche?

—Huiste como un conejo anoche sin una razón. Me dejaste sola otra vez.

—Pero Martina, tenía que irme ¿No entiendes por qué?

—Yo lo entiendo todo, eres tú el que no entiendes.

Cambié de discurso para no abrir otra discusión.

—¿A qué hora acabas el trabajo esta noche?

—Como siempre, hasta las 23:00 ¿Por qué?

—Te quiero llevar a un sitio que he descubierto por casualidad. Quiero probar contigo una experiencia única.

—¿De qué se trata?

—Fíate de mí, es una sorpresa.

Ella, a su manera, también había sido valiente. También a su manera se había puesto en juego, se había arriesgado y se había lanzado a vivir una aventura mayor que ella. Tal vez tenía miedo de mi forma de ser, demasiado seguro y autoritario que, de alguna manera, había aumentado las diferencias y ampliado las distancias entre nosotros. Quizás la respuesta estaba en esa gran diferencia de vida y de experiencias vividas. Tal vez nuestros mundos eran tan diferentes que era imposible que pudieran estar juntos. Me había centrado demasiado en otras cosas, en lugar de transmitir lo que verdaderamente necesitaba Martina para sentirse amada. La seguridad, la protección, la estabilidad. Sentirse importante para alguien. No le había dado tiempo de acostumbrarse a mí. No le había dado el tiempo que ella necesitaba para entender. Ella también tenía sus cosas, su vida, su manera de ser y de querer, de vivir y de desear, de amar y de alejarse cuando ese amor le resultaba imposible. Y yo había sido un hombre imposible. No le había hablado con el lenguaje del amor, hecho de comprensión, de tolerancia, de perdón. Sino que había utilizado un lenguaje duro y prepotente que escondía mis debilidades, mis miedos, mis inseguridades. Sin embargo, a pesar de todo, amaba a esa pequeña madrileña. Estaba arrepentido de mi comportamiento y no quería perderla. No quería renunciar a ella.

«Nos han hecho creer que el amor verdadero solo se encuentra una vez. Pero no nos dijeron bajo qué imagen se presentará. Nos han hecho creer que, en el amor, cada uno de nosotros es la mitad del otro, y que la vida solo tiene sentido cuando conseguimos encontrar la otra mitad. Pero no nos dijeron que, para encontrar la otra mitad, reconocerla y apreciarla, antes debemos conocernos a nosotros mismos. Nos han hecho creer que, en el amor, dos personas deben vivir de la misma forma, pensar lo mismo, actuar del mismo modo y tener la misma visión de la vida. Pero no nos dijeron que esto es anularse entre sí, y que el amor es el encuentro de dos individuos con personalidades y deseos diferentes, que se aman sin tener que depender el uno del otro. Nos han hecho creer que casarse es una obligación y que desear a alguien fuera de esa obligación es pecado. Pero no nos dijeron que existen muchas formas de pensar y de ver el amor. Nos han hecho creer que existe una única fórmula para obtener la felicidad y que es la misma para todos aquellos que buscan la felicidad, fuera de esa fórmula no lo encontrará nunca. Pero no nos dijeron que esta fórmula no funciona, nunca ha funcionado y nunca va a funcionar, y que en la vida hay muchas alternativas, y la felicidad es subjetiva para cada uno de nosotros. Pero lo más importante, es que nunca nadie nos dijo que todas estas cosas teníamos que descubrirla»

## TRAVESTI

La sorpresa que le prometí a Martina era realmente diferente, algo que nunca habíamos vivido. La idea me vino por una casualidad. Unas noches antes, entré en Internet para echar un vistazo a algunos sitios orientales instalados en la ciudad. Encontré un lugar donde se ofrecían diferentes tipos de masajes realizados por todo tipo de personajes que uno pudiera imaginar. Los travestis más hermosos de Europa, procedentes de todas las partes del mundo, vivían este gran edificio administrado por chinos. Se podían contactar a través del número de teléfono móvil que aparecía bajo su imagen. Cada uno de ellos había expuesto cique o seis fotos que lo mostraba en varias posiciones. Pero lo que desatascaban especialmente era su atributo masculino, casi siempre de grandes dimensiones. Captó mi atención una mulata del Caribe. Su nombre era Armandino. Tenía un cuerpo maravilloso y una cara más bonita que muchas de las mujeres que había conocido hasta entonces. Estaba equipado con una polla de 30 cm que exponía, dura y recta, rodeada de anillos metálicos. Era una polla gigante y la sostenía con orgullo entre sus manos, declarando por escrito que era activo y pasivo tanto con hombres como con mujeres. Intrigado, llamé al número que aparecía impreso.

—Hola, ¿Armandino?

Me respondió al instante, como si me estuviera esperando.

—Hola amor... soy yo, dime.

—He visto tus fotos en la página web y me gustaría hablar contigo para un servicio algo especial.

—Dime cariño ¿Qué te gustaría que te hiciera? ¿Te gustaría que te follara? ¿Quieres follarme tú con un amigo tuyo? ¿Quieres un trío?

—No, No... Armandino, —me hizo reír —no es para mí, es para mi novia. Me gustaría sorprenderla con un masaje...

—Cariño, —me interrumpió Armandino —¡Este no es un lugar de masajes! ¡Yo no soy un masajista!

—Bueno, algo más que un simple masaje. Me gustaría hablar personalmente contigo y ponernos de acuerdo en el precio, y ver si las fotos que has expuesto son reales.

—Perdóname cariño, pero yo no estoy disponible para los curiosos, tengo trabajo.

—No, no Armandino, yo no soy un curioso, solo quiero que nos pongamos de acuerdo. No me gusta hablar de estas cosas por teléfono. He visto que quieres 300€ la hora, el precio me parece bien. Si eres bueno, y si las fotos son reales, estoy dispuesto incluso a regalarte 50 € de propina, pero necesito verte antes.

—Mí amor, trabajo hasta las 22:00 y aquí no puedo recibirte para hablar. Si quieres, cuando termine, sobre las 23:00, vienes a mi casa y hablamos de lo que quieras. Pero te advierto que por

este servicio cobro 500 €

—Pero 500 € por una hora es muchísimo, ¡Armandino! me parece un abuso.

—Amor, son 500 €. A mí no me gustan a las mujeres. ¡Yo soy una mujer! Así que, si quieres divertirme, tienes que pagar un extra. Pero si no te parece bien, lo dejamos, no tengo tiempo que perder.

—Vale, vale, dame la dirección, esta noche a las 23.00 estaré en tu casa.

Cuando llamé al timbre de la puerta de su casa, no me podía imaginar que un travesti ganara tanto dinero como para vivir en un lugar como ese. La casa era un moderno edificio de color rosa y blanco, rodeado por un parque inglés, donde destacaba una piscina con forma de corazón rodeada de plantas gigantes. En la parte posterior, una pista de tenis. Armandino, me esperaba apoyado en la puerta de entrada. Pude verlo mientras caminé por el parque acercándome a él. Vestía una bata rosa hasta los tobillos con brillantes de colores. Llevaba zapatos de tacón de color naranja. Cuando entré en la casa, me acomodó en el salón. Eché una mirada alrededor, su casa parecía un estudio cinematográfico. Lleno de estatuas de escayola que representaban hombres y mujeres desnudas.

—Entonces amorcito ¿Qué es lo que quieres tan especial como para venir a mi casa?

—Mira Armandino, los servicios no son para mí, sino para mi novia. Me gustaría sorprenderla, quiero algo realmente especial, mucho más que un simple masaje.

—Y ¿Qué te gustaría que hiciera? —me preguntó curioso —¿Que me la folle? ¿Que la deje chuparme mi gran polla? ¿Qué le pegue y la maltrate? Soy muy bueno en el practicar el sado—maso.

Estuvimos hablando durante casi dos horas. Le expliqué todo detalladamente, acordando el día, la hora y el precio. Cuando me fui me saludó dándome un gran abrazo. Armandino, además de tener una enorme polla, también tenía un pecho increíble, parecía realmente una mujer. Al día siguiente llamé a Martina.

—Martina te he preparado una sorpresa única, te va a gustar.

—¿Qué clase de sorpresa? —me preguntó con cierta curiosidad.

—He encontrado un lugar donde hacen masajes Tantricos como los que hacen en indonesia.

—¿Sólo hacen masajes? —me preguntó recelosa.

—Sí, claro, solo masajes.

¿A qué hora sales del bar esta noche?

—Precisamente hoy no trabajo. Tengo que ir al médico. Termino sobre las 17:00 de la tarde.

—Muy bien, entonces a las 21:00 voy a recogerte en taxi y vamos a ese lugar.

—¿Cómo me tengo que vestir?

—No sé, ponte algo tan simple como puedas. Una camisa, un vestido, algo práctico.

—Vale, entonces te espero en casa a las 21:00.

Después de unos veinte minutos que el taxi circulaba entre aquel caótico tráfico, se paró delante de un edificio de cinco pisos de ladrillo visto. Una escritura con caracteres chinos sobre una placa dorada en la entrada de un elegante portón nos recalcaba que estábamos entrando en otro mundo. Un mundo prohibido, un mundo perverso. Cuando toqué el timbre, un chino con una bata de seda negra con grandes flores rojas bordadas en la parte delantera nos recibió e, inclinándose varias veces ante nosotros con las manos cruzadas en el pecho, nos llevó a través de un largo pasillo de mármol oscuro iluminado solamente por las pequeñas luces incrustadas en el suelo hasta llegar a una puerta cubierta por una piel roja. Observé cómo Martina miraba a su alrededor, curiosa pero desconfiada. Yo estaba tranquilo.

—¿Es un lugar chino? —me preguntó Martina, que hasta ese momento no había abierto la boca.

—No, no es chino. El masajista es del Caribe —le respondí sonriente.

La puerta roja se abrió con un mecanismo automático dando acceso a una gran habitación de mármol rosa poco iluminada. De la parte superior del techo descendían cortinas transparentes que cubrían las camillas individuales que estaban repartidas en diferentes puntos de la gran habitación. Por lo menos había treinta. Cerca de cada camilla, dos o tres chicas chinas atendían al cliente, ya fueran hombres o mujeres. Todos juntos, como un gran hostel comunitario. Pero la oscuridad, creaba una cierta intimidad al aislar a las tumbonas e impedía ver claramente quiénes eran esas personas.

—Y ¿Esto qué es? —me preguntó sorprendida Martina.

—No sé, nunca he venido antes, pero me parece un lugar fantástico.

Tres chicas chinas, también con una bata de seda negra, se inclinaron ante nosotros y, cogiendo a Martina de la mano, nos llevaron a la habitación que había reservado. Le quitaron el vestido y la tumbaron en una cama grande de tres plazas. Alrededor de ella, había algunos vasos de cobre de los que salía el humo de un incienso con un fuerte olor a marihuana. Me eché a un lado y, como ya había acordado con Armandino, presenciaba sentado toda la escena sin abrir la boca y sin poder acercarme. Comenzaron con una esponja para untar en el cuerpo de Martina una suave crema perfumada, pasándole las manos hacia adelante y hacia atrás. Le acariciaban el pecho, el vientre, las piernas, el interior de los muslos, los pies, los brazos, todo el cuerpo estaba cubierto por esa crema, y las manos de estas tres chinas se alternan con destreza. El objetivo era calentarla y llevarla a un alto punto de excitación. De hecho, las seis manos pasaban también por el sexo de Martina parándose para frotarlo suavemente. Por su expresión, pude ver que estaba muy excitada. Esa preparación erótica duró casi una hora, después de eso, la levantaron y la llevaron a otra habitación más pequeña, iluminada sólo por una gran vela central suspendida en el aire como un candelabro. Le quitaron de nuevo la bata, y la tumbaron en un gran colchón colocado en el suelo. Inclínándose y sonriendo mil veces, se fueron. Yo me había sentado en la zona oscura. En una silla, fuera del círculo de luz que producía la gran vela. Martina no podía verme, yo perfectamente.

—¿No dices nada? —le pregunté para romper el silencio.

—Samuel, no sé qué decir, estoy sorprendida. No me esperaba toda esta ceremonia, me parece de vivir otra realidad. Como si se tratara de una película.

—Relájate Martina, lo mejor está por venir.

Dicho esto, nuestro diálogo fue interrumpido por Armandino, que entró en la habitación con una bata larga de seda amarilla, y con un pareo atado debajo la cintura, también amarillo.

—Pero ¡Qué bonita es esta chica! —exclamó cuando vio a Martina.

Martina lo miro sin decir una palabra.

—Levántate, levántate amor, déjame verte, déjame verte. Pero qué hermosa eres, eres realmente hermosa, y qué cuerpecito tienes —le dijo cuando ella se puso de pie delante de él.

—Túmbate amor, túmbate otra vez en la cama, te daré un masaje que te dará mucho placer.

El pecho de Armandino era enorme, su cuerpo era hermoso y armonioso, su piel bronceada y sus manos grandes y afiladas. Parecía una mujer. No sabía si Martina se dio cuenta inmediatamente de que era un travesti. Puede que, en la oscuridad, la voz femenina, los modales amables y educados, la engañaron. Se quitó la bata, cubrió su cuerpo con un aceite perfumado, y empezó a frotarse sobre el de Martina. Cada vez que pasaba por encima, aprovechaba para besar su pecho, chupar un pezón, o agarrarle el culo. Martina estaba más bien bloqueada. No sabía cómo

comportarse.

—Dime que te gusta... déjame ver cómo se ha mojado tu sexo —le decía Armandino en el oído.

Y sin añadir nada más, puso una mano en el sexo de Martina y comenzó a frotar dulcemente. Cogiendo entre sus dedos su clítoris. Martina se sobresaltó, pero no dijo nada. Por la expresión de su rostro, que podía vislumbrar por la luz de la vela, se había ya dado cuenta de que ante ella no tenía a una mujer, sino a un hombre.

—Es un lago tu chica —dijo Armandino esbozando una sonrisa.

Mientras tanto, yo me desnudé, me quité los pantalones y me tumbé en la cama a lado de Martina. Cogí su cabeza y la acerqué a mi polla.

—¿Qué haces? —me preguntó sorprendida al verme desnudo junto a ella.

—Métetela en la boca y chúpala —le dije de forma autoritaria.

—Pero ¿Cómo? ¿Delante de él?

—Venga Martina, estoy demasiado excitado —le dije, agarrando su pelo y acercando su boca a mi polla. Métetela en la boca y chúpala, tengo ganas de correrme en tu boca.

Martina se giró, se puso a cuatro patas y empezó a chuparla con avidez mirándome a los ojos y agarrando mi polla con las dos manos. Yo, que había estirado las piernas, las puse entre las suyas, abriéndolas un poco e impidiendo que pudiera cerrarlas. Por detrás, Armandino le había abierto ligeramente las nalgas del culo y seguía masajéandole el orificio, untándole la crema. Le metió un dedo dentro que sobresaltó a Martina, pero no dijo nada. Armandino, que era un experto, sabía cómo moverlo. Debo admitir que era realmente bueno. A un cierto punto, cuando mi excitación era casi al máximo, sin que Martina se diera cuenta, le hice una señal con la cara a Armandino, que ya se había quitado el pareo. Su polla de treinta centímetros dura y recta, era enorme. Parecía aún más grande de lo que había visto en las fotos. Después de haberse puesto un condón y haberse cubierto con aceite para deslizarse mejor, se acercó a Martina como si le estuviera masajeadando los hombros y, con un golpe enérgico y rápido, se la metió dentro. Comenzando a moverse con fuerza dentro de ella. La follaba fuerte.

—Ah, no, no, no quiero, Pero ¿Qué haces? Noooo

Armandino continuaba follándola con unos movimientos cada vez más fuertes. Vi que a Martina le faltaba el aliento.

—Ah... Ah, no, no, no... Qué polla... No... No... Qué poll... aaa... tiene Samuel..., que poll... no, no.

—¿Te gusta? ¿Te gusta amor? —le gritaba Armandino que, inclinándose hacia delante, le tocaba el pecho con las manos apretándolo fuerte, e impidiendo que Martina pudiera huir.

—Sí... no... No... Sí... sí, sí... ohh... no...Sí, sí...

Yo, tumbado en la cama, estaba muy excitado. Agarraba a Martina por los brazos, de forma que no pudiera liberarse, bloqueándole las piernas con las mías, de forma que no pudiera cerrarlas.

—Sigue chupándola Martina, sigue, que estoy cerca del orgasmo —le dije levantando mi voz.

—No puedo, no puedo. Ahhh, es demasiado grande, demasiado grande. No, no... Cómo se mueveeee... ahhh... despacio, despacio. ¡Qué grande es! Demasiado grande... ahhhh... sí, sí...qué polla...qué polla...aaaaah.

—¿Te gusta? ¿Te gusta? —le preguntaba excitadísimo.

—Ah... si, me gusta, me gusta, pero es demasiado grande... ahhh, despacio, que me duele... me duele... ahhh... Qué polla...

—Grita, grita, dime que te gusta —le decía aguantándole la cabeza. Grita, grita.

—Sí... sí... me gusta, me gusta mucho Samuel... qué polla... ahhh... Qué polla... ahhh.

Al sentir esos gemidos ya no pude contenerme más y exploté llenando la boca de Martina con mi líquido. Armandino comenzó a moverse más rápido, más profundo, vi que Martina había apoyado la cabeza en mi polla y se agarraba a mis piernas con sus brazos. La oía gritar, gemir de placer, un placer que duró mucho tiempo porque Armandino no podía llegar al orgasmo. Martina explotó en otro y luego otro y luego un último orgasmo tremendo. No se movía, seguía agarrada con sus manos a mi polla, con los ojos cerrados, con la cabeza apoyada en mí. Lo único que sentía es que seguía gimiendo como si hubiera hecho una larga carrera. Armandino se levantó y, en silencio, salió de la habitación sin decir una palabra. Dejándonos solos. Martina seguía tumbada, con su cara sobre mí.

En el taxi, para volver a casa, ninguno de nosotros habló. Yo intenté encontrar su mirada, pero Martina mantenía su mirada fija hacia adelante. Parecía hipnotizada. Traté de romper el silencio con algo banal.

—Martina. ¿Te apetece tomar una copa de vino antes de ir a casa?

Sin abrir la boca, movió su cabeza para indicar que sí. Nos paramos en un bar anónimo que encontramos a lo largo del camino a casa. Una atmósfera de una época pasada. Lleno de gente guapa y joven. Algunos estaban sentados en sillones de cuero viejo, consumidos por el tiempo y de las quemaduras de cigarrillos. Otros, en viejas sillas de madera con el respaldo forrado de piel roja, o tumbados en la alfombra ya desgastada. Las paredes estaban empapeladas con páginas de periódicos viejos, amarilleadas por el tiempo y el humo. Una música un poco sorda surgía de un gramófono sin fuerza.

—Entonces Martina... no has dicho ni una palabra.

—Pero ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Y dices que me amas? ¡Esto no es amor!

—Pero Martina, por favor, no digas tonterías. Pero ¿Cómo puedes decir que esto no es amor? ¿Crees que yo puedo hacer esto con otras mujeres? ¡No exageres!

—¿Que no exagere? Soy yo quien te digo que no exageres. Pero ¿Te das cuenta? ¡Has hecho que me folle un travesti! Un hombre.

—Pero Martina, eras tú quien quería probar algo diferente, ¿No? ¿Te ha gustado o no? Y además, con un hombre... y Carlos en el Hotel Arts., ¿No era un hombre?

—Pero ¿Qué tiene que ver el Hotel Arts. con esto? Por supuesto que me ha gustado, me ha gustado todo, pero todo esto me asusta, me da mucho miedo. Me da miedo por nosotros, por mí, por nuestra historia, ¿Dónde vamos a acabar?

—¿Miedo? ¿Pero por qué tienes miedo? Sólo es un juego, diversión, nada más.

—¿Un juego? ¿No ves que ya no hay límites? ¿Dónde vamos a llegar? No se puede basar una relación solo en el sexo, en el placer, la libido, en la perversión. ¿Donde llegaremos?

—¡Claro que no! Pero esto es una diversión, una fantasía, un juego. También son necesarias estas cosas en una pareja, ¿No? Y, además, ¿No eras tú quien quería probar algo intenso e diferente? Martina te amo tanto, eres mi chica. Si no hago estas cosas contigo, ¿Con quién las tengo que hacer?

—Sí pero ¡nunca imaginé tanto! ¡Yo no estaba preparada para esto! ¿Lo entiendes?

—Pero ¿Te ha gustado o no? Dime la verdad, ¿Te ha gustado?

—Sí, claro, ya te lo he dicho. Tenía una polla enorme, una polla durísima, y sabía moverlo, pero ¿Tú me amas realmente Samuel?

—Pero Martina, ¿Qué estás diciendo? ¿Me preguntas si te amo? Por supuesto, esto es una prueba del amor que siento por ti. Estas cosas no las puedo compartir con nadie más, ¿entiendes?

—¿No lo harías con ninguna otra mujer? ¿De verdad que no lo harías con ninguna?

—Martina tú lo sabes, eres mía y solo mía. Estas cosas las haría solo contigo mi amor.  
Me acerqué a ella y la abracé.

—Sí Samuel, soy sólo tuya, toda tuya.

Con Martina me sentía yo mismo. Me sentía más auténtico. Sentía que era mía y carnalmente me pertenecía. Pero esa noche, cuando me quede solo en mi casa, me inundó una melancólica tristeza. No por lo que pasó, si no por lo inútiles que fue vivirlo.

«Pero el cuerpo tiene su propia autonomía. Se alimenta de deseos y necesidades opuestas, de aquella donde se alimenta el alma, que busca el amor de la otra mitad, en un océano lleno de sensaciones. Mientras el cuerpo se une a otro con movimientos comunes, mundanos e invariables, el alma si no encuentra su propia dimensión con aquellos que reconocen como iguales, se aleja, aislándose de ese monótono momento.

El alma sabía de antemano que ese cuerpo, por muy atractivo y sensual que fuera, tendría sentido sólo si conseguía alcanzar una conexión más alta»

## ALGO DIFERENTE

Aquella noche, Martina no quiso quedarse a dormir en mi casa, y esto me sorprendió mucho. No conseguí dormir, pensaba en nuestra experiencia con Armandino. Quizás había ido demasiado lejos. Me sentí culpable una vez más, un gusano. Y me dio miedo de perderla. En los días siguientes no recibí ni una llamada de teléfono. Comprendí que había exagerado, me había equivocado otra vez. Después de algunos días sin saber de ella, fui a verla a la Universidad. Sabía que solía ir a la Universidad antes de ir a trabajar. Cuando entré me dirigí hacia la biblioteca, y como me esperaba, la vi absorta tras una pila de libros. Me senté sonriendo a su lado.

—Hola —le dije —he venido a verte, ya que no respondes al móvil.

Me esforcé por mantener un tono amable y contenido. Observé la expresión de Martina alternarse en diferentes y contrastantes expresiones. Entonces, le pedí explicaciones.

—¿Qué pasa Martina? Te noto rara, ¿Te has arrepentido de algo? Si me he equivocado, te pido disculpas.

—¿Disculpas? ¿Me pides disculpas? Mira, la verdad es que me das miedo, me asustas —dijo casi sin mirarme.

—Pero ¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Me das miedo en el verdadero sentido de la palabra. Tú practicas un tipo de sexo que, para mí, es exagerado, inoportuno, al límite. Es decir, no es lo que quiero, y no puedo aceptarlo. Y además, de un hombre no solo quiero sexo. De mi hombre quiero algo más, todo esto es inaceptable.

—¿Es inaceptable? Le pregunté nervioso —¿Creo que nunca te he obligado a hacer nada! Siempre has sido libre de elegir de aceptar o no hacerlo. Si algo no te gusta ¿Por qué lo haces entonces? Creo que lo que hemos hecho, lo hemos decidido siempre juntos, ¿No?

—No... No... es inaceptable —respondió —Es un conflicto con mis experiencias de vida. Creo que tú y yo somos incompatibles. Samuel, no puedo darte lo que quieres. Y tú, no puedes darme lo que yo quiero.

—¿Y qué necesitas de mí Martina? Aparte de vivir juntos, claro. ¿Quieres a un hombre que te ame y que permanece a merced de tus necesidades, que se doblega sin objetar a tus histerismos, un hombre que se dé a ti para que puedas dirigirlo y manejarlo como quieras? Siempre he sido claro, honesto y leal contigo. Te he dicho siempre la verdad acerca de quién soy. Has sido tú quien ha elegido estar conmigo.

—Es verdad, es totalmente la verdad. Pero las cosas cambian, las parejas evolucionan, y lo que empezó como un juego se ha convertido en algo realmente serio. Yo también he cambiado y ya no soy la chica que conociste. Yo te amo Samuel, y quiero estar contigo, pero ya no estoy dispuesta a

hacer tanto. ¿Lo puedes entender?

—No busco historias Martina, me parece bastante claro, y tú quieres exactamente lo contrario de lo que yo quiero. Estoy dispuesto a estar contigo porque estoy bien, pero aún no me apetece tener algo demasiado serio. Aún no, y tú no quieres darme el tiempo que necesito.

—Lo sé, lo sé, pero ¿Por qué no intentamos encontrar un término medio?

—¿Un término medio?

—Sí, un compromiso. Yo me entrego a ti y tú te entregas solo a mí.

—Tú realmente no quieres entenderme, ¿verdad?

—¡Eres tú el que no quiere entenderme! Entender mi manera de ver las cosas. Eres demasiado egoísta y te centras demasiado en tu placer como para pensar en mí.

—Eres injusta al decirme eso, todo lo que hemos hecho juntos ha sido porque nos gustaba a los dos, sobre todo a ti. ¿Y ahora me lo hechas en cara?

—No te hecho nada en cara Samuel, solo te digo que contigo no se avanza, no hay un cambio. Yo quiero volar en una relación, seguir adelante, crear algo, mientras que tú estás enganchado a las comunes cosas banales y terrenales, simples y materiales. Un mísero placer físico.

—Martina, no digas estas tonterías, eso no es así y tú lo sabes.

Traté de tranquilizarla diciéndole que me sentía atraído por ella de una forma especial. Pero ella seguía con su actitud.

—Pues para mí es más que sexo, mucho más. Yo también siento una intensa atracción física hacia ti, pero yo quiero algo más, solo sexo no es suficiente. Si quieres eso vete con tus putas a las que estás acostumbrado y déjame vivir mi vida.

Me levanté de golpe y me fui sin añadir nada más. Así no podía seguir, siempre había alguna pequeña discusión. Los días siguientes retomé mis hábitos de siempre, iba a trabajar, escribía, leía, veía a viejos amigos. Estaba intentando ocupar el tiempo tanto como fuera posible. Por la noche iba casi siempre al gimnasio para descargar tensiones. Pero Martina seguía en mis pensamientos. La idea de que en ese momento alguien pudiera tocarla, me estaba matando. Solo imaginar que la mano de otro hombre la tocara, la besara, la abrazara, entrara dentro de ella o su lengua pudiese darle placer, era inaceptable para mí. Y ese pensamiento me atormentaba continuamente. La quería más de lo que mi imaginación hubiera podido imaginar, más de lo que mi cuerpo pudiera desear. Pero eso no era amor, eso era posesión, era miedo de dejar a otro lo que yo sentía que era mío. Por esto, tenía que tomar la decisión de no verla más, de dejarle vivir su vida. Sería la mejor decisión para ambos, pero era difícil, muy difícil. Y tener que hacerlo me atormentaba el alma. Mientras luchaba con mis pensamientos, había conseguido convencer a Martina que me perdonara y le había prometido regalarle un vestido de marca, hacer un viaje junto y llegar a un nuevo acuerdo entre nosotros. Estaba intentando eliminar de cualquier manera, todas nuestras discusiones. Pero durante ese periodo no tenía suerte y las cosas se me liaban solas. El trabajo de escritor se me complicó. La novela que había comenzado a escribir, "Una dulce madrileña", me robaba horas durante el día y durante la noche, y no me dejaba tiempo ni siquiera para estar conmigo mismo. El sábado y el domingo, cuando podía estar algo más tranquilo, me dedicaba desde la mañana hasta la noche a escribir, pero nunca era suficiente.

Me lie con las historias y no conseguía encontrar el hilo conductor. Necesitaba dedicarle más tiempo. Tiempo que no tenía. Sabía que Martina tenía muchas ganas de ir al Rocavillage conmigo para pasear por las tiendas y comprar juntos, lo que a ella le gustaba. Yo debería haberle dado este regalo, en el fondo se lo merecía. Pero ese día tan esperado, las cosas se complicaron.

«A veces, el sentido profundo de una experiencia, se revela aunque esa experiencia parece superada. Es justo en ese momento que adquiere un significado inesperado, y todo vuelve a revelarse como se hubiera estado encerrado en una vieja caja.

He llegado a pensar que cada ser humano es solo el sueño de sí mismo, y muere sólo cuando deja de soñar.

El soñador no tiene ninguna historia porque se centra en vivir su propio sueño. Que vive y muere cada día. No es un simple hombre, es un genio incomprendido. Algo neutro. Su mundo vive dentro de él, un rincón de vida inaccesible. Como si quisiera escapar y esconderse de los demás, se refugia en ese rincón totalmente suyo. En ese momento, con su capacidad de soñar, se siente con el derecho de creer que la vida no es un efecto de sus sueños, sino más bien una interpretación de la realidad. Esa interpretación en la que los demás no tienen acceso ya que no tienen la misma capacidad de soñar.

El soñador busca la chispa para que surja dentro de él algo que conmueva su alma, que haga latir su corazón, hervir su sangre y transmitir nuevas sensaciones.

En el mundo de hoy, para vivir felices, debería haber más soñadores que den color a la vida y hagan brillar el alma, que hombres realistas y prácticos, que entristecen el mundo. Aunque soñar es peligroso, porque alimenta deseos sin tener fundamento, si el hombre deja de soñar muere»

## ROCA VILLAGE

—Martina, de verdad que lo siento pero no puedo acompañarte a La Roca Village, tengo que terminar el último capítulo de la novela.

—Pero ¿Por qué no vienes? Me lo habías prometido.

—Martina, es importante. Tengo buenas ideas y las palabras fluyen fácilmente, tengo que aprovechar esta vena creativa. He estado bloqueado últimamente.

—¡Me lo habías prometido! ¡Teníamos que ir juntos! Tú prometes y no lo mantienes, es una característica tuya.

—Martina lo sé, lo sé, está mal. Lo siento. Mira, lo hacemos así: Ya te había comprado esta tarjeta con la que puedes gastar hasta 500 €. La compré para ti hace una semana. Puedes ir cuando quieras y donde quieras, entrar en cualquier tienda y comprarte lo que más te guste. Créeme, me encantaría ir contigo, pero es imposible. Intenta entenderme.

—Pero Samuel, ¡No es lo mismo! No quiero tu dinero. No quiero que me compres. Quiero tu compañía, tu complicidad, tu presencia. Eso es lo que es importante para mí.

—Martina, perdóname, te llevo a cenar esta noche y me lo cuentas todo.

—¿Quieres comprarme con otras cosas?

—Martina, por favor... Necesito que me comprendas, te lo pido por favor.

Contrariada, cogió la tarjeta, me dio un beso y sin ni siquiera darse la vuelta, se marchó. Yo sabía que se había vuelto a enfadar. Cuando Martina salió de mi casa, me volví a meter en mi escritura intentando aprovechar mi momento creativo. Me quedé encerrado en casa escribiendo prácticamente todo el día. Pensaba en Martina de vez en cuando, a lo qué estaría haciendo, a lo qué estaría comprando. Sentía muchas ganas de llamarla para escuchar su voz. Pero sabía que una llamada telefónica con ella habría interrumpido mi flujo creativo. Así que decidí esperar hasta que volviera a casa por la noche. Conociéndola, seguramente tenía muchas cosas que contarme.

Cuando Martina llegó a casa con sus compras, se tiró en el sofá sin decir ni una palabra y percibí una extraña luz en sus ojos.

—¿Entras en casa así y no me dices nada? —le pregunté interrumpiendo definitivamente mi trabajo.

—Samuel, estoy cansadísima. He estado todo el día de tiendas, había un montón de gente.

—¿Y no tienes nada que contarme?

—¿Quieres que vayamos a comer una pizza?—me preguntó.

—¿Una pizza? ¡Perfecto!

Me di una ducha rápida, me puse la primera camisa y pantalones disponibles y en diez minutos estábamos ya en la calle sobre mi Scoopy de camino a la pizzería. Fuimos a una pizzería italiana en el barrio de Poblesec. La típica *trattoria* con manteles de cuadros rojos y blancos, jarrón en la

mesa, la clásica botella de vino, las sillas de paja y las paredes llenas de viejas fotografías de la bella Nápoles. Yo sabía que la pizza que hacían estaba muy buena. Con un único inconveniente, el restaurante gestionado por napolitanos era muy, muy ruidoso. Tal y como son los napolitanos. Después de haber pedido las pizzas, yo una Margarita, e Martina una calabresa, volví a sacar el tema.

Esa luz que vi en sus ojos al entrar en casa alimentaba mi curiosidad por saber lo que había sucedido.

—Pero Martina, ¿No me cuentas nada? Te he regalado 500 €, has estado todo el día comprando ropa, ¿Y no tienes nada que contar?

—Tendría mucho que contarte, pero no sé si contarlo.

—Martina, por favor, no comiences con tus habituales juegucitos. Empieza a contarlo y ya está.

Me miró como intentando encontrar el principio de la historia. Por dónde empezar.

—Entonces, ¿Quieres decirme cómo has pasado el día?

—Cuando salí de tu casa no fui directamente a La Roca Village, si no que pasé por casa a cambiarme.

La miré sorprendido aunque no dije nada.

—Yo quería estar a la altura de la situación. Ir a comprar a La Roca Village y poder gastarme esa cantidad de dinero hacía que me sintiera como Pretty Woman en las escenas de la película donde ella se viste muy elegante para ir de compras. Después de haberme dado una ducha y haberme perfumado apropiadamente, cogí del armario un vestido corto con un escote bastante abierto que dejaba ver los tirantes del sujetador. Cuando salí de casa, me dirigí a la parada del autobús que, precisamente en ese momento, estaba pasando y, corriendo un poco, lo cogí. Una vez en el autobús, se sentó delante de mí un señor de unos setenta años, un hombre muy interesante. Después de unos minutos sentada, me di cuenta de que el hombre con barba blanca y elegante me estaba mirando las piernas. Mi lado exhibicionista, que tú conoces bien, jugaba con la imaginación. Cuando llegué a mi parada, me levanté y me puse delante de la puerta saludando al señor con una sonrisa. Estaba de pie justo delante de él. La altura de su cara se encontraba orientada hacia mi sexo. Creo que podía oler su perfume. Me estaba explorando con los ojos. Me desnudaba, me deseaba, podía sentir sus ganas de restregarse entre mis muslos para buscar mi sexo y chuparlo como un helado. Las puertas se abrieron y obligaron a mis rodillas a doblarse para bajar del autobús. Un susurro acarició mi oreja. Ese hombre me susurró algo que no fui capaz de entender. Cuando se cerraron las puertas, me giré y vi su mirada cruzarse con la mía. Vi en sus ojos claramente el deseo de poseerme. Me sentí el objeto de su deseo. No sé por qué, pero mi excitación se había transformado en un deseo desenfrenado de ser acariciada, de ser penetrada por ese extraño. Mi fantasía creció con mis pasos. Contoneaba la cadera sobre esos zapatos de tacón alto, frotando los muslos, sintiendo el hilo del tanga que me acariciaba el sexo como si fuera el dedo de un hombre dándome un placer insólito. Como si tuviera un objeto entre las piernas. En mi mente se hacía cada vez más viva la imagen de la mirada de ese hombre de barba blanca que deseaba mi cuerpo. Me paré entonces delante de una vitrina de lencería, reflejándome en el cristal entre los modelos expuestos. Me imaginaba yo también en el escaparate como esos maniqués, y fuera, muchos hombres mirándome excitados por mi cuerpo. Como una puta que se exhibe en los escaparates de un barrio de luces rojas, en esas callejuelas infames de una vieja ciudad portuaria. Para calmar toda esa ebullición sexual que se había apoderado de mí, me paré a tomar un zumo de naranja en un simpático bar recién abierto, gestionado por dos chicas argentinas. Después de un tiempo allí, un chico que distribuía folletos publicitarios se acercó a mi mesa y dejó un papelito

encima. Los fuertes colores me empujaron a leerlo. Era la publicidad de una nueva tienda. Una famosa cadena holandesa había abierto una tienda de sado—maso. Vendían de todo, tanto para hombre como para mujer. Látigos, esposas, espuelas, botas, ropa, pelo, máscaras, mazos, vibradores de todo tipo, había también una sala con instrumentos de tortura donde se podría practicar. Intrigada por todos esos los artículos impresos en el paquete, fui a ver. No te lo vas a creer Samuel, pero tenían cosas fabulosas. Así que empecé a probarme vestidos y monos de látex muy sexis.

—De hecho, me he comprado un mono y un vestidito muy atrevido.

—Cuando llegemos a casa me los enseñas—le dije intrigado—Estas cosas me gustan.

—Samuel ¡No te imaginas! Son muy sexy y me quedan muy bien.

—Sí, esto me lo puedo imaginar.

—¡Los compré pensando en ti!

—¿En mí? Venga ya...

—Sí, sé que estas cosas te gustan y te dan morbo. Y, además los puedo llevar siempre en un lugar particular, ¿No crees?

—No es tan fácil encontrar el lugar adecuado para llevar este tipo de cosas. Tal vez en una celebración especial, pero muy especial...

La ocasión no se hizo esperar.

«El principio del amor es dejar que la otra persona sea ella misma. De lo contrario, sólo amaremos el reflejo que vemos de nosotros.

He entendido que, para poder reconocer el alma del amor, primero hay que abrirse y liberarse de mil miedos, de mil actitudes, de mil lógicas que nos llevan por el mal camino. Tener el coraje de vivir la pasión, significa superar su naturaleza incompleta. Abrir un espacio donde lo que ha sido creado para nosotros, cuando llega, consiga encajar. El amor es una oportunidad que la vida presenta a todo el mundo, para crecer y llegar a ser algo más que solo uno mismo. Amar no es pasar el tiempo para crear un proyecto juntos, amar es el proyecto en sí. No es la unión de dos seres sin terminar, sino el encuentro de dos almas que se estaban buscando entre sí. El peligro en el amor no procede nunca de aquello que es diferente, sino de lo que es igual. Y esto porque, las seguridades que se buscan apagan la llama del deseo e impiden al alma, encender el fuego dentro de nosotros. La capacidad de dar es una oportunidad para ser felices, la capacidad de perdonar es la nobleza del alma y la capacidad de volver a empezar, es creer en lo que vivimos»

## FIESTA PRIVADA

El sonido del teléfono al lado de la cama me sobresaltó y, dando manotazos al aire, intenté encontrar el interruptor de la luz. Pasados unos segundos, me di cuenta de que tenía la cabeza en el lugar de los pies. Ese maldito teléfono seguía sonando. Finalmente fui capaz de encender la luz. Era casi mediodía. Tenía la impresión de que acababa de dormirme.

—¿Sí? —pregunté mientras trataba de encender mi cerebro.

—¿Estabas durmiendo? —Era Martina.

Me quedé un momento en silencio, confundido.

—Lo siento, dormías... ¿Te he molestado? —me preguntó.

—Pero ¿Qué dices?, ya estoy levantado —intenté imitar la voz de una persona despierta.

—Quizás sea mejor que te llame más tarde...

—No, qué va. Dime Martina, no te preocupes.

Puse los pies en el suelo y me pasé una mano en la cara.

—¿Te he despertado? Lo siento —me dijo de nuevo.

—Que no, venga, te lo juro, estoy solo un poco resfriado, algo sin importancia.

—Quería darte una invitación para esta noche —me dijo ella.

—¿Qué invitación? —le pregunté intrigado.

—De mis amigas, dan una fiesta en la casa de una de ellas que se ha graduado. Va a ir un montón de gente.

—¿Dónde es la fiesta?

—En Montserrat, en una villa del siglo XVI, un sitio precioso.

—La fiesta comienza a las 22:00 y no se sabe cuándo terminará. Puedes venir cuando quieras, incluso después de la medianoche.

—Pero así me pierdo todo lo bonito, ¿Eh?

Noté que sonreía.

—Me organizo y te llamo para ir juntos.

—Entiendo... ¿No puedes verdad?

—No, no he dicho eso.

—Entonces dime una hora ¿No? Lo siento pero tengo que dejarte, dime si vienes ¿OK? —me repitió otra vez.

—Adiós, gracias por haberme llamado y por la invitación.

Apagué la luz y me volví a dormir.

Hice todo lo posible para ir a la fiesta con Martina pero los imprevistos de última hora me obligaron a llegar tarde. Martina iba con sus amigas y me esperaba en la fiesta.

Cuando llegué, la puerta oxidada de una vieja casa construida en piedra y rodeada de olivos y abetos, se abrió lentamente. Repartidos por el césped, asomaban pequeños focos con forma de setas. El parque estaba lleno de sombras que parecían mirarme. La villa estaba en la cima de una colina. Desde lejos, al acercarme a la casa, podía ver las sombras de los invitados que se movían detrás de las ventanas iluminadas. Disminuí la velocidad. Me gustaba mirar sin ser visto. Como si estuviera espiando. Me llegaba un sonido de melodía mezclado con voces y risas. Los ruidos de las fiestas son siempre los mismos. Entré dentro por una de las puertas que daban al jardín. La enorme sala estaba llena de gente. Al menos 200 personas se movían en una atmósfera brillante, luminosa, radiante. Sin un propósito o una finalidad visible. Me metí entre la gente mirando a mi alrededor buscando a Martina. Comencé a merodear por el salón, picando de las bandejas pizzas, dulces y aperitivos salados. Preocupándome solo de tener el vaso siempre lleno. La intensidad de las voces aumentaba al mismo tiempo que las botellas de champagne se abrían una detrás de la otra. Buscaba desesperadamente a Martina pero no la veía. Me imaginaba cómo podría estar vestida y buscaba entre la gente ese tipo de vestido. Todos estaban sonriendo y eso me entristecía muchísimo. De vez en cuando, entre la multitud me parecía ver su cara, su cabello o un perfil que se parecía al de ella. Últimamente nos peleábamos mucho y la relación se había enfriado un poco, había tensión entre nosotros. Mi corazón latía fuerte con el presentimiento de que algo estaba a punto de suceder. Y mi ansioso afán por encontrarla, se estaba transformando en una obsesión. Decidí no pensar más en ella, pero seguía viéndola por todas partes. Para cerrar el tema me acerqué a un rincón del salón, donde me metí entre un grupo de personas que estaban alrededor de un piano. El pianista ya estaba sentado en su lugar. Entornaba los ojos y deslizaba un dedo sobre la partitura como si quisiera refrescar su memoria. Era un chico atractivo. Las mujeres lo miraban atrapadas por su misterio. Comenzó a murmurar acariciando el teclado con los dedos y haciendo que la gente que le rodeaba lo deseara aún más. Estaba a punto de irme cuando él empezó a tocar. Sus dedos rebotaban en las teclas del piano como pelotas de ping—pong. No sé cómo, pero esa música hizo que Martina apareciera en mi mente. Su mirada, su cuerpo que rociaba sexo, sus labios de chiquilla mimada. Escuchar esas notas era como oír su voz, como si ella y esa música fueran lo mismo. Luego caminé hasta la esquina más apartada del salón, vi un sofá orientado hacia la ventana y me senté, mirando fuera el cielo oscuro, estrellado, bonito, profundo como nunca. Cuando, de repente, vi su reflejo en un cristal. Era a unos diez pasos de mí y yo le daba la espalda. Estaba allí detrás de mí, de pie, hablando con un tipo con el pelo rizado. Un tipo banal, con cara de tonto. Martina se giraba constantemente hacia mí. Ya me había visto y parecía nerviosa. Me quedé allí inmóvil, sentado con mi copa de vino y haciendo como si nada. Reflejado en el cristal, seguía sus movimientos tratando de interpretar sus palabras. La vi balanceándose sobre las piernas con aire impaciente. Ese hombre de pelo rizado hablaba moviendo su cabeza y con aires de conquistador torpe, se acercaba a ella más de lo necesario. Martina se echaba hacia atrás. Se veía que no lo estaba escuchando, y que esperaba solo la ocasión de quitárselo de en medio, aburrida de esa conversación. Finalmente, Martina le dijo algo, esforzándose por sonreír. El chico de pelo rizado puso cara de decepción, murmuró algo, extendió sus brazos y con media sonrisa desapareció entre los invitados. Ella se quedó donde estaba, miraba alrededor mordiendo los labios, parecía perdida. Pero no se movía, no venía hacia mí. No podía entender por qué no venía a mí. Entonces me giré de golpe hacia ella. En cuanto vio que la miraba, me sonrió y me saludó con aire inocente. La saludé desde lejos levantando la copa, pero no me moví. Ella seguía mirándome, parecía pegada al suelo. Luego, de repente, desapareció entre la multitud. Y yo, con la copa en la mano, decepcionado de su actitud, me levanté y seguí dando vueltas por allí. Desapareció ante mis ojos como un fantasma. Quería saber qué significaba ese comportamiento

absurdo. Levanté mis ojos y la vi subir los últimos escalones de una majestuosa escalera de madera que llevaba al piso superior. Llegó a la parte superior y en un segundo se esfumó de mi vista. Esperé más de media hora a que apareciera de nuevo, pero nada. Entonces algo sucedió en mi cerebro. Puse mi vaso sobre una mesita y la seguí. Empecé a subir la escalera, llegué a la cima con temblores en los huesos y latidos retumbando en el corazón. Vi un pasillo ante mí que desaparecía en la oscuridad, era muy largo. Busqué el interruptor de la luz pero no lo encontré. Fui entrando poco a poco por el oscuro pasillo. En el suelo había una alfombra que ahogaba mis pasos. No hacía ningún ruido. Iba hacia adelante con cautela, pero un par de veces me golpeé la rodilla contra un mueble colocado contra la pared. La música del piano, las risas de la fiesta se alejaban a cada paso hasta que se convirtieron en solo un zumbido. No veía nada. Abrí una puerta al azar, no vi nada. Pocos metros más hacia adelante, abrí otra, vi una pareja que follaba. No se dieron cuenta de mi presencia y la volví a cerrar para no molestarles. Dos puertas después abrí otra, vi varias mujeres vestidas de cuero negro que azotaban a un hombre crucificado. Abrir otra, más pequeña que las demás, vi a dos negras gordas que tenían sexo con una chica de piel blanca como la leche. La chica no tenía más de veinte años. Parecía que le gustaba mucho. Me paré un momento para ver la escena, era muy excitante. Las dos negras estaban con sus cuerpos gordos sobre ella impidiendo que se moviera. Una de ellas tenía una gran polla de goma atada a la cintura y la estaba follando. Me habría quedado a ver cómo terminaba, pero no paraba de pensar en Martina. Ya hacía un rato que daba vueltas en ese pasillo oscuro abriendo puertas, pero no conseguía encontrarla. ¿Pero dónde se había metido? Fui hacia adelante y, de repente vi una línea de luz que salía de una puerta entreabierta. Me pareció escuchar algunas risas exageradas. Contuve mi respiración y me acerqué a la puerta atraído de esa tenue luz. Martina estaba allí, en medio de la habitación y sollozaba tirando hacia arriba de la nariz. De vez en cuando le salía una especie de gruñido. Las lágrimas descendían por sus mejillas y ella las quitaba con los dedos. Me quedé inmóvil con los ojos abiertos, mirándola a través de la ranura de la puerta. Después de unos minutos se calmó. Se acercó a un espejo y empezó a arreglarse el pelo. Pasaba sus dedos bajo los ojos para quitar el cerco negro del rímel corrido por las lágrimas. Agarré el picaporte, empujé la puerta y entré.

—¡Eres tú! —dijo al verme.

No parecía sorprendida.

—No sé... si soy yo, creo —respondí avanzando como un robot.

Me acerqué a ella, coloqué mis dedos entre sus cabellos y la acerqué a mí. Estaba pálida y tenía los ojos envueltos en una luz desesperada. Me abrazó fuerte, buscando mi cuello con su boca. Sentí que me mordía pero no me moví. Bajé mi cara y la besé. Cerró los ojos y permaneció inmóvil. Sacudía ligeramente la cabeza, las piernas, temblaba por completo. Me di cuenta de que estaba intentando irse, escapar de mí...

—Estás despeinada —le susurré en el oído. La besé con fuerza y la abracé, y ella empezó a llorar otra vez. Un llanto angustiadoso.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al verla en ese estado. Nunca la había visto así.

—Perdóname Samuel... perdóname —me decía entre lágrimas.

—¿Quieres decirme qué ha pasado Martina?

—Quiero irme a casa —dijo levantando un poco la mirada.

—¡Quiero saber lo que ha pasado!

Se armó de valor y tomando una profunda respiración y abrazándome fuertemente, empezó a contármelo.

—Al llegar a la escalera, comencé a seguir ese pasillo para ver a dónde llevaba. Entré en una habitación porque oí unas voces y vi a dos hombres que follaban delante de una mujer sentada vestida de negro que, con un látigo, les pegaba de vez en cuando. Yo permanecí inmóvil varios minutos observando la escena. Esos dos hombres se dieron cuenta y me invitaron a entrar. Me dio miedo y hui. Entonces, entré en otra habitación. En la pared había cientos de fotografías de mujeres desnudas, recortes de revistas pornográficas, posters con posiciones del kamasutra. No sabía dónde estaba, pensé que era una especie de museo del sexo y me quedé mirando. Él...ese desconocido llegó por detrás de mí, me giró de golpe y, con fuerza, me vendó los ojos con un pañuelo negro. No sabía quién era, no me dio tiempo a ver su cara, sentía solo sus manos haciéndose dueñas de mi cuerpo. Oí el interruptor de la luz apagarse y luego no conseguí entender nada. No sé por qué pero quería seguirle el juego. Estaba casi hipnotizada por ese hombre. Tenía un modo de hacer, duro y decidido y, aunque estaba asustada, me sentía atraída. Oí pasos de otras personas que entraban en la habitación. Luego, varias manos me bajaron el vestido desabrochándome los botones. Me quitaron el sujetador y me dejaron solo con el tanga, las medias y los zapatos. Estaba con los ojos vendados, desnuda, no veía nada. A mi alrededor, sólo oscuridad, susurros, voces, manos que me aguantaban con fuerza. Dos, quizá cuatro manos... o seis, no recuerdo. Muchas manos comenzaron a tocar mi cuerpo. Dos manos arriba tocándome el pecho, otras por delante intentando hacerse hueco abriéndome las piernas, otras por detrás tocándome el culo. Sentí que las manos que me acariciaban el culo me quitaron el tanga rompiéndolo con fuerza. Comencé a sentir por detrás unas manos que frotaban mis nalgas intentando abrirlas. Metiéndome unos dedos dentro. Noté que las manos se alejaban y venían sustituidas por labios, muchos labios. Me mantenían las nalgas abiertas y me besaban por detrás, por delante, entre las piernas, dentro de mi sexo. Noté otra lengua que bajaba por las vértebras, otra sobre los pechos, otra en el cuello. No sé cuántos eran, pero yo no podía liberarme de ellos. Muchas manos, muchas bocas, todo el mundo quería darme placer. Estaba con los ojos vendados, desnuda, y sabía que aquellos hombres querían follarme. Me sentí el centro de atención, me sentía deseada y sentía sus miembros grandes, duros y excitados, acercarse a mi cuerpo. Sentía que podían hacer conmigo lo que quisieran, era la fuente de sus deseos más oscuros. Entonces, de repente, no oí voces, solo suspiros, gemidos, un jadear continuo. No era capaz de pensar, no podía razonar, me sentía débil, frágil. Oí de nuevo unas risas y, después el silencio. Me quite el trapo de los ojos, se habían ido todos. Me volví a vestir rápidamente y salí de la habitación intentando encontrar la salida para volver a salón. Pero esta casa es un laberinto y me perdí otra vez. Sentí una extraña excitación. Este lugar me transmitía algo que no sabría describir. Ví en la penumbra la luz de una vela acercarse lentamente. Oí los pasos lentos y fuertes de un hombre que se acercaba a mí. Tenía un cierto temor pero estaba intrigada por saber quién era. El hombre que se acercaba a mí, en la oscuridad del pasillo, se movía lentamente. Era alto y robusto. Fui hacia él para preguntarle cómo salir. Era de piel oscura. Pude ver sus enormes ojos de un color indefinible y sus grandes labios, carnosos y sensuales, que dejaban entrever una fila de dientes blancos. Se acercó y me sonrió sin responder a mi pregunta. Me puso un dedo en los labios indicándome que no hablara, que no preguntara nada más y que lo siguiera. Tuve un gran escalofrío cuando apoyó sus dedos en mis labios. Lo hizo suavemente. Mis labios estaban mojados y con un gesto casi espontáneo me acerqué a su dedo presionando sobre él. Me quedé observando su rostro y me di cuenta de que era guapísimo. Tranquilo y confiado, cogió mi mano y tiró de mí lentamente. Entramos en una gran sala donde había una cama blanca rodeada por miles y miles de rosas. Alrededor de la cama, unos hombres sentados con máscaras puestas miraban la escena. Ese desconocido tiró de mí hasta el borde de la cama. Con las manos me quitó la ropa, me cogió en

brazos y me colocó desnuda encima de la cama. Introdujo su cabeza y su lengua entre mis piernas. Su lengua era tan grande como un miembro y sentía que me perforaba. Cruzó sus brazos en mi vientre y yo cogí sus manos y las apreté fuerte, tirando de ellas hacia mí. Levanté ligeramente la cabeza y vi su pene enorme. Entró dentro de mí y me folló delante de todos como a un animal.

No dije nada... estaba angustiado por esa historia mientras Martina llorando seguía abrazándome pidiéndome perdón. Nos dirigimos hacia la puerta de salida, yo delante de ella, a una distancia de tres metros. Sin hablar, nos subimos en un taxi que nos llevó a mi casa. Martina esa noche durmió toda la noche abrazada a mí. A la mañana siguiente se fue temprano, dejándome dormir. Tuve una extraña sensación, era la primera vez que se iba sin despedirse. Me di una ducha, me preparé un café y me tumbé un momento en el sofá a pensar sobre su actitud tan diferente. Luego me levanté y fui a coger el móvil que había dejado en la habitación.

«Esta es la diferencia entre sexo y amor, el sexo vacía, el amor llena. Creo que también sea justo vivir así... sin pensar demasiado, sin demasiadas complicaciones, dejándose llevar por el momento.

He llegado a la conclusión de que, visto que es la naturaleza esencial de cada uno de nosotros la que determina el carácter y la actitud, la vida de todo ser humano no puede ser diferente a la que es. El amor es tal vez la ilusión más carnal, si se piensa que amar sea poseer. Pero si amar es poseer, ¿Cómo podríamos poseer el cuerpo? No podemos hacer que la materia sea nuestra. Y aunque así fuera, sería solo un acto momentáneo, porque el cuerpo cambia y se transforma ante nuestros ojos en el instante en el que se vive, y nos queda solo la sensación que se ha sentido inicialmente, que después de un tiempo desaparece y, desapareciendo esa sensación, desaparece también el deseo y la pasión de amar ese cuerpo»

## EL CAMBIO

La llamé al móvil, pero no me respondió. Le envié dos mensajes que tampoco respondió. No entendía lo que podía estar pasando. Pensando en la noche anterior, podía imaginar que se había vuelto a enfadar. Además, las circunstancias le habían obligado a vivir algo realmente duro. Pero no entendía por qué me culpaba de eso. Me tiré de nuevo en el sofá. No tenía ganas de hacer nada, solo quería hablar con Martina. Cuando no hablaba con ella me sentía mal. Un moscardón me había seguido y había entrado por una ranura de la ventana. Seguía volando a un centímetro del techo. Me puse un pañuelo mojado sobre la cara y seguí pensando en Martina, y en la noche anterior. La veía delante de mí con esos labios que incendiaban los ojos de quien la miraba. Tenía unos labios maravillosos esa niña. Era una zorra, pero me gustaba muchísimo. Ese moscardón que daba vueltas se posaba continuamente sobre mis piernas. Me quité el pañuelo de la cara y el moscardón se me posó en la barriga. Era grande y peludo, y estaba ahí, con esas patitas asquerosas, dando vueltas sobre sí mismo. Traté de aplastarlo con la mano abierta, un segundo después se me posó en una mejilla, casi como si quisiera provocarme. Iba a lo suyo y no estaba interesado en mí. Para intentar matarlo, me di una bofetada en la cara, pero de nuevo no lo conseguí. Si hubiera tenido una escopeta le habría disparado. Ese moscón tenía la capacidad de sacarme de quicio, del mismo modo que Martina al no llamarme. Comencé a caminar desnudo por la casa. Era agradable, me hacía sentir libre, el amo total de mi vida. Me hice un bocadillo con unas sobras de mortadela que tenía en el frigorífico desde hacía dos días. Me tumbé otra vez en el sofá a ver la tele haciendo algo de zapping. No había nada interesante. Las migas del bocadillo me caían entre las piernas, me puse tan nervioso que tiré el bocadillo. Al lado de la televisión había una fotografía de Martina y yo dándonos un beso. La miraba constantemente. El moscardón que zumbaba sin descanso sobre mi cabeza era la única señal de vida en ese espacio. Pasado un rato, me quedé dormido. Me desperté alrededor de la medianoche con un agujero en el estómago. Martina no me había llamado durante todo el día. No tenía nada que hacer, no quería ir a ningún sitio, no quería hablar con nadie. Quería estar solo un rato, tranquilo conmigo mismo. Me asomé al balcón y vi algunos bares abiertos. Pensé en Martina. En aquel momento todavía estaba trabajando en el bar. Decidí ir a aclarar lo que estaba pasando entre nosotros. Por el camino pensé que, si no quería perderla, tenía que cambiar. Me llené la cabeza de buenas intenciones que habría llevado a cabo. Esta vez estaba totalmente decidido. Se acabaron los juegos eróticos y situaciones extrañas, tenía que vivir con ella de una forma diferente, más real. No quería perderla. El bar estaba desierto, una gran habitación con estantes llenos de pasteles de navidad a mitad de precio. En la parte superior, entre polvorientos barriles, un televisor encendido. Sentado detrás del gran mostrador de madera había un hombre que parecía ser el dueño. De hecho era el. Parecía un carnicero pequeño, gordo, sin cuello, peludo como un mono. Estaba limpiándose las uñas con una navaja. Detrás de él había una cortina de cuerda de plástico que llevaba a la parte de atrás.

—Martina, hay gente —dijo con una voz ronca cuando me vio entrar.

Me senté en una mesa bajo un ventilador de madera que movía el aire. El dueño la llamó otra vez.

—Martina, hay gente, ¡Ven!

Martina no apareció, entonces vino él arrastrando los pies por el suelo. Tenía el típico aire cansado de aquel que no hace nada nunca. Con la camisa sucia fuera de los pantalones como recién despertado. Pasó un trapo húmedo en la mesa y me miró como si esperara algo. Olía a peste.

—Una cerveza, gracias —le pedí.

Regresó a la barra y abrió una botella. Martina apareció en aquel momento. Lo primero que vi fueron sus ojos grandes e infelices cubiertos por un velo de tristeza, negros como nunca los había visto. Encastrados con fuerza en ese rostro de rasgos delicados. Su cabello estaba recogido en una coleta. Era la señal de que estaba revolucionada.

—Te he llamado dos veces —repitió el dueño.

—Fui un minuto al baño.

El dueño le dio la espalda y se sentó en un taburete de paja. Abrió un periódico arrugado y le dijo:

—¿Qué cojones haces siempre en el baño? ¿Vives ahí?

—Hago lo que todo el mundo hace —respondió.

—No te pago por estar en el baño —respondió él.

Ella no dijo nada más. Colocó el vaso en una bandeja y salió de la barra hacia mi mesa. Sus ojos estaban llenos de rabia. Me puso la cerveza por delante sin mirarme.

—Es un cerdo asqueroso —dijo en voz baja, entre dientes.

—Si necesitas ayuda, cuenta conmigo —le dije.

—Te he repetido cien veces que no vengas a verme al trabajo.

—¿Por qué te avergüenzas de mí?

—Samuel, no digas tonterías que no es un buen momento.

—¿Entonces?

—Es que en este lugar asqueroso no quiero que nadie venga a verme, y mucho menos cuando está el dueño. Es un hombre que da asco. Además, ¿Se puede saber qué más quieres de mí?

—Quería hablar contigo Martina, y definir nuestra situación. Pero ¿Qué te ha pasado? ¿He hecho algo? Debería estar enfadado yo contigo por lo que pasó en la fiesta, no tú.

—Definir nuestra situación, no me hagas reír. Estoy cansada de definir, estoy cansada de hablar, ya estoy cansada de escuchar excusas y estoy cansada de todos esos juegos sexuales que no nos llevan a ninguna parte. Yo quiero una historia real, quiero hechos.

—Pero es de esto que he venido a hablar, de hechos.

Me miró ignorando mis palabras. Puso el ticket en la mesa y volvió detrás de la barra ignorando mis palabras.

Me sentí como si me hubieran abofeteado. Martina no se merecía a alguien como yo. Ella era dulce, tierna, vulnerable, débil, tímida, una mujer demasiado especial para estar junto a alguien como yo. Un lobo solitario que había pasado por la vida sólo conquistando. Era incapaz de tomar una decisión, de darlo todo, de olvidarse de su egoísmo. Que no sabía luchar por algo en común, por algo que valiera realmente la pena. Ella empezó a limpiar la máquina de café con movimientos bruscos, automáticos y repetitivos. De vez en cuando me miraba.

—Voy fuera, límpialo todo bien —le dijo el dueño —que dentro de poco cerramos.

—Lo hago siempre —le respondió ella con tristeza.

—¡Esta mañana el váter daba asco!

Martina no respondió. Al dueño le daba igual, cogió el dinero de la caja y se dirigió a la salida sin prisa. Se detuvo en la puerta para desperezarse y bostezar, ocupando toda la puerta con los brazos extendidos.

Martina estaba preciosa, cuando estaba enfadada me gustaba más. Quería hacer algo para atraer su atención, pero no se me ocurría nada. Finalmente encontré en el bolsillo un trozo de papel y un bolígrafo y me puse a escribir algo con aire pensativo. Estaba seguro de que ella me estaba mirando, pero hacía como si nada. Escuché sus pasos acercándose a mi mesa, yo seguí escribiendo. Ella se quedó quieta a mi lado observando lo que escribía. Cubrí el folio con la mano y me giré.

—Tengo que cerrar, me dijo con gesto serio.

Tenía una mirada amarga

—¿Cuánto es? —le dije levantándome

—Dos euros —me respondió ella.

Me acerqué hacia la puerta mirándola y le dije:

—Martina, ¿Quieres terminar ya con esta tontería? ¿Qué coño te pasa? ¿Podemos hablar con calma? Debería ser yo el que me enfadara, y sin embargo eres tú la que estás enfadada conmigo. ¿Qué culpa tengo yo de lo que pasó en la fiesta? ¡Has sido tú quien lo ha hecho!

—Tú, siempre tú, ¿Entiendes que eres tú quien me empuja a hacer ciertas cosas? ¿Crees que me gustó hacer lo que hice?

—Martina, ¿Podemos hablar con calma? ¡Nunca te he obligado a hacer nada! ¡No puedes culparme de todo!

—Si esperas que hable contigo, olvídalo. Creo que no tienes ningún argumento del que podamos hablar, ya que no has entendido lo que ha pasado. Estoy cansada de ti, y no pienso estar con un hombre que no es capaz de dar un paso más allá conmigo. Sólo sexo, estoy harta de tus juegos morbosos, quiero algo más de la vida. ¿Puedes entenderlo?

—Pero ¿Qué dices? ¿Cómo que no doy ningún paso? ¡Si hace casi un año que estoy saliendo contigo! El tiempo que pasa para cada uno de nosotros no es el mismo, querida. Te estoy pidiendo solo algo más de tiempo para reflexionar y para pensar y te parece que esté pidiendo algo imposible.

—¿Y cuánto tiempo más necesitas? ¿Dos, tres años? Dime, ¿Cuánto tiempo necesitas para tomar una decisión? Eres una persona incapaz de comprometerte y de tener responsabilidades. Creo que eres una persona tan egoísta que ni siquiera sabes el significado del amor.

—¿Que soy egoísta? ¿Que no sé cuál es el significado del amor? ¿Y tú qué sabes si yo conozco el significado del amor? Si hace un año que estoy contigo, significa que me interesas ¿No? ¿Entiendes que yo soy un hombre diferente? No aspiro como todo el mundo a tener hijos, a casarme, a tener una familia. Aspiro a otras cosas, esto no te lo he negado nunca.

—Ya estoy cansada de oírte decir que eres diferente sólo para ocultar el miedo que tienes dentro de ti. Te he dicho mil veces que renunciaría a casarme y a tener hijos por ti, pero para ti no es suficiente. Yo también soy diferente de todas las mujeres que has conocido, yo valgo mucho más y quiero un hombre que me valore y no tenga miedo a estar y a vivir una relación conmigo. Aunque las diferencias entre nosotros sean grandes.

Me hizo sentir una gran rabia interior, la habría matado. Decidí no seguir con esa absurda

conversación. Me levanté de golpe, dejé dos euros encima de la mesa, y me fui sin decirle adiós. No quería entender mi postura, ¿Qué tenía que hacer? Por un lado, no quería renunciar a Martina, pero por el otro, sabía que vivir una relación seria con ella habría sido imposible. Advertía una extraña sensación que me comunicaba que lo que Martina me decía, no era del todo la verdad. Por lo menos no era toda la verdad. No sé porque pero percibía que me estaba escondiendo algo. ¡Pero cosa!

«Amar no significa llevar las cuentas de quién hace cada cosa. De quién hace más o menos. Amar es entender que hay momentos en los que tenemos que dar más de lo que recibimos, pero que habrá otros en los que necesitaremos recibir más de lo que somos capaces de dar. Amar es poder leer entre las líneas de una carta las palabras que no han sido escritas, escuchando las sensaciones que tu alma te comunica. Sólo con el corazón, podemos averiguar si el hombre o la mujer que se encuentra a nuestro lado tienen el poder de hacer que nuestra alma brille y será un gran amor, o será solo la compañía y la conveniencia del momento.

En el amor, elegir alguien quiere decir descubrir una vida diferente de la que hemos conocido hasta ese momento e invitar a esa persona a descubrir la nuestra. Ponerse de su parte para poder construir una barrera invisible que proteja lo que nos gustaría vivir junto a esa persona. No está permitido traicionar, ni con palabras, ni con el pensamiento, porque con una acción similar nos traicionamos a nosotros mismos. El amor, sin esa unión secreta, sin ese pacto del alma, sin ese respeto, sin esa complicidad, sin esa fuerza de voluntad que debemos emplear para defender y proteger lo que hemos elegido, incluso el amor más fantástico, más sublime, más intenso y pasional, con el tiempo se rompe, se destruye, se desvanece, porque no hemos sido capaces de crear las bases importantes donde brotan los grandes valores de la vida»

## SE ALEJA DE MÍ

Dejé pasar otros tres días, no tuve ninguna noticia de Martina. Esta vez estaba realmente enfadada o...conociendo a las mujeres, me escondía algo, pero ¿El qué? Esa forma de actuar tan determinada no era típica de ella, había algo que no llegaba a entender. Decidí ir a verla otra vez al bar.

Estaba lloviendo mucho, llegué al bar completamente empapado. Ella estaba sola, con los codos apoyados en la barra, tenía un aire triste y aburrido. Me miró mal.

—Hola —le dije con una sonrisa.

Movió la cabeza y la bajó. Al levantarla me dijo:

—Esperaba no volver a verte nunca.

—Esa es la razón por la que he venido.

—Deberías dejarme tranquila, e buscarte a otra. No tengo ganas de perder más tiempo contigo.

—Estoy en un lugar público, no me puedes echar.

—Si no te vas llamo a la policía.

—¡Llámala!

Ella se secó las manos en el delantal y fue a la parte trasera. Después de un rato volvió con aire aburrido.

—¿Estás todavía aquí? —me dijo seria

—Mira, Martina quiero solo estar un rato tranquilo. He estado escribiendo todo el día, me duelen los dedos, me queman los ojos, estoy cansado, solo quiero una cerveza y me voy.

Me fui al final de la barra y no dije nada más. ¿Pero qué coño le pasaba? ¿Ya no podía hablar? ¿Tenía otro hombre? Era demasiado exagerada esa forma de actuar.

—¿Por qué no intentamos salir otra vez uno de estos días? —le pregunté.

—No me hagas reír.

—Vamos a la Costa Brava, a un hotel que conozco, cenamos en un restaurante acogedor y hablamos un poco sobre nosotros, tranquilamente.

—No me hagas reír.

—¿Prefieres ir a otro lugar? Si quieres vamos a los Alpes, a esa casita en la montaña donde...

—No me hagas reír,.. Ni muerta.

—¡Dime entonces tú lo que prefieres!

—Prefiero que te vayas —me dijo seria.

—Sería inútil si me fuera, pensaría solo en ti.

—Pero no me hagas reír, eres un actor muy malo.

—Pero ¿Por qué no crees nunca lo que digo?

—Tuviste tu oportunidad, ahora ya no me interesas, no eres un hombre creíble.

—La gente puede arrepentirse, ¿Sabes? Y, además, ¿Puedes explicarme de una vez por todas qué ha pasado? ¿A qué se debe este cambio de actitud? Dime que es lo que pasa.

—No me interesa tu arrepentimiento, sería caer siempre en lo mismo. Además, no quiero explicar nada, tienes que entenderlo solo. Y si no lo entiendes es tu problema no el mío.

—Al menos dame una oportunidad. Al menos intentémoslo una última vez. Al menos escucha lo que tengo que decir.

—¡No me hagas reír! ¡No! No quiero escucharte más.

No se quedaba quieta ni un momento, siempre encontraba algo que hacer para no mirarme.

—¿Sabes? Pienso mucho en ti y siempre tengo muchas ganas de hacer el amor contigo.

—No sabes lo poco que me importa.

Hizo una mueca, pero vi que le había gustado escucharlo. En el fondo, también ella era una mujer que amaba gustar.

—¿No te gusta escuchar que te deseo y que te echo de menos?

—No de ti.

Estaba empezando a cansarme, mi paciencia tenía un límite. Me dio la espalda y desapareció en la parte de atrás. Volvió con una escoba. Salió de detrás de la barra y se puso a barrer el suelo con brutalidad avanzando hacia mí. En un momento dado se detuvo en medio de la sala y levantó su rostro mirándome fijamente.

—¿Se puede saber qué quieres de mí? —dijo con desprecio.

Estaba a un paso de mí, su cabello despeinado le cubría la mitad del rostro. La cogí del brazo, tiré de ella hacia mí y le di un beso. Ella cerró sus dientes. Soltó la escoba y me puso las uñas en el cuello. Seguí empujando mi boca contra la suya. Mi lengua intentaba entrar mientras ella me arañaba la piel. Me dolía y, finalmente, tuve que dejarla escapar. Ella dio un paso atrás.

—Eres un capullo —me dijo. ¿Y tú serías un escritor? —me dijo de improviso.

Me giré de repente

—Claro que lo soy.

—Los escritores no van por ahí violando mujeres —dijo con rabia.

Se echó algo fuerte en un vaso, le temblaban las manos de la rabia. Verla en apuros me divertía. Me levanté y me acerqué a la barra.

—Lo siento, —le dije —venga Martina, perdóname, volvamos a empezar de cero.

—No quiero nada de ti, no quiero ni siquiera excusas.

—Lo siento otra vez.

—Vete a la mierda, no quiero verte nunca más. Te he amado mucho, podía amarte todavía mucho más, no has sabido apreciar lo que yo te daba y ahora no tengo nada más que darte.

Cogió su vaso y se alejó unos pasos.

—Pero he dicho que lo siento —dije insistiendo.

No hizo caso de mis palabras y desapareció otra vez en la parte trasera del bar. Me bebí toda la cerveza de un buche y me fui. Estaba mareado, tenía un malísimo sabor de boca, un sabor amargo. En mi mente aparecía siempre Martina. Me senté en un banco empapado por la lluvia. La calle estaba desierta, no pasaba nadie, a esa hora todo el mundo estaba ya en su casa. Volví al bar un poco antes del cierre. Me puse a dar vueltas alrededor esperando que el bar cerrara. Después de un rato se apagaron luces del bar. Me escondí detrás de un coche y esperé. La vi salir. Cerró la puerta, bajó la persiana, y vi que a paso lento se alejaba hacia su casa. El corazón latía en mi

garganta. No me gustaba lo que estaba a punto de hacer. Corrí entre los callejones para acortar el camino y encontrarme con ella. Salí frente a ella de repente en una esquina. Dio un grito.

—Gilipollas, no vuelvas a hacerlo.

—¿Te asusté? —le dije con una sonrisa.

—Estás loco —me dijo.

Y siguió caminando sin mirarme. Los tacones de los zapatos golpeaban en las piedras con un sonido duro, rígido, malo.

—Para un segundo —le dije —¡Necesito hablar contigo!

—¡Ni hablar! ¡Vete!

—Dame un momento —le dije acercándome a ella.

—Si me tocas me pongo a gritar.

—No te toco, te lo juro.

—Quiero estar sola.

Empezó a llover fuerte otra vez.

—Está lloviendo —le dije.

—Ya lo veo.

—¿No puedes parar ni un minuto?

—No tengo nada que decirte.

Abrió un pequeño paraguas y aceleró su ritmo. Corrí hacia adelante y metí la cabeza bajo su paraguas. Ella lo pasó a la otra mano y me dejó a la intemperie. Intenté resguardarme bajo un techo. Al pasar junto a los bidones de basura, cogí una caja de cartón y me la puse en la cabeza para protegerme un poco. Ella se volvió para mirarme y se le escapó una risa. Caminaba rápidamente, la acera era estrecha. Con ese cartón en la cabeza me sentía uno estúpido.

—Martina... Martina... Martina...

—Pero ¿Qué quieres?

—Solo quiero decirte una cosa.

—Dila... ¡Dila y vete!

—Párate un momento, por favor.

—¡Que pesado! ¿Qué quieres?

—Sólo una estúpida estropearía todo lo que ha habido entre nosotros. Martina, no merece la pena piénsalo.

—Me gusto así —y siguió caminando rápidamente.

Tiré la caja de cartón que tenía en mi cabeza, ya estaba empapado. Aceleré mi ritmo y la alcancé mientras abría el portal de su casa.

—No te vayas, por favor —le dije —espera un minuto.

—Vete a dormir Samuel, quiero estar sola. Y desapareció dentro del portal de su casa.

Cuando ella entró dentro sin ni siquiera girarse, sin decir ni una palabra, huyendo así de mi rabia incontrolada, sentí su ausencia en el mismo momento en el que la perdí.

Me dirigí hacia casa con la cabeza baja hacia el suelo. Con un vacío en el alma y con el corazón roto en mil pedazos, entré en casa, me tiré en el sofá y a la luz una vela comencé a llorar como un bebé. Quise llamarla, gritarle que no se fuera, que me perdonara, que volviéramos a empezar. Me asomé al balcón y me puse a observar las calles, las casas, la gente, el mundo que me rodeaba. Observaba a mí alrededor la existencia que se movía indiferente y rápida. Ya nada tenía sentido para mí. Los pensamientos corrían rápidos uno tras el otro hiriéndome, y escapaban

dejándome con el recuerdo de esa herida. A veces intentaba retener al menos aquellos que me podrían ayudar. Me aferraba con fuerza para no perderlos, pero también estos se deslizaban dejándome con otros que se introducían amenazantes dentro de mí. Quería morir, desaparecer, por mi fracaso, por no haber sido capaz de gestionar esa pequeña partícula de belleza, de felicidad, de alegría, de amor, que la vida casualmente, sin merecerlo, me había regalado. Había traicionado mi destino.

«Para amar tienes que tener los requisitos que el amor exige, la verdad, la lealtad, la honestidad, el coraje. Pero para ser amados hay que tener una profundidad de ánimo que haga comprender a la otra persona que merece la pena arriesgarse para vivir algo bonito y verdadero contigo.

Un persona no es lo que consigue transmitir con su presencia que puede incluso esconderse detrás de una actitud falsa, sino es el resultado de sus elecciones, de sus decisiones, de su forma de ser y de comportarse. De cómo enfrenta las compromisos y corrige los propios errores. En definitiva, es el resultado de sus acciones. Siempre pensé, y lo sigo pensando, que en la vida no se puede tener todo, y no se puede tampoco hacer todo, del mismo modo que no se puede estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo. En la vida si tiene que elegir, y la fuerza de una persona reside en el poder de esa elección, ya sea buena o mala. Se basa en la capacidad para ejercer su libre albedrío, que es la expresión de la libertad individual. Significa cerrar unas puertas y abrir otras. Consiste en decir no a algunas personas para dar prioridad a quien nos interesa. Se basa en el respeto que empleamos al defender las decisiones que hemos tomado, sin escondernos detrás de excusas mezquinas. Y donde no hay opción, no hay nada, porque no existe el hombre, no existe el individuo. Existe solo la oportunidad, la necesidad, la fragilidad que une a los más débiles»

## VENEZOLANO

Esperé algunos días y, luego, la llamé a casa. Nuestra historia no podía terminar así. No podía aceptar que una historia tan intensa terminara sin una explicación lógica, o al menos convincente. Sentía que ella me amaba aún, y yo no conseguía explicarme su comportamiento. ¿Qué había debajo? Tenía que saberlo. La llamé y curiosamente me respondió.

—Si quieres esta noche que no trabajas podemos ir a cenar y hablar de nosotros. Tengo algo muy importante que decirte. Martina yo no puedo vivir sin ti, necesito verte.

—Lo siento Samuel, pero tengo una cita esta tarde, no puedo.

Había cambiado el tono de voz. No me dio excusas ni justificaciones. Seguía sin entender lo que le estaba pasando.

—¿Una cita? ¿Y con quién tienes esa cita?

—No te tengo que dar ninguna explicación, pero te diré algo para que entiendas la razón de mi decisión. La de no verte nunca más.

—Dime, te escucho.

El corazón me latía en la garganta y me temblaban las piernas por los nervios.

—Hace unos días llegó al bar un venezolano, y se presentó como un hombre de negocios con intereses en todo el mundo. Quería conocerme. Cuando me senté en la mesa a hablar con él me ofreció un trabajo...más bien un servicio y me paga muy bien por ello.

—¿Un venezolano? ¿Te conoció por casualidad en el bar y te ofrece un trabajo? ¿Pero piensas que soy idiota? Ese quiere follarte Martina.

—Venga Samuel, siempre igual. Cuando te digo algo que se sale de la normalidad, piensas inmediatamente que alguien quiere follarme.

—¿Y qué te habría ofrecido este genio venezolano?

—Todavía no me lo ha dicho, solo me ha adelantado que debemos vernos en un lugar que aún tiene que comunicarme. Y me ha invitado a cenar para explicarme el trabajo que tendré que hacer.

—Pero ¿Eres tonta? ¿Te ha tomado por una puta? Quién sabe lo que estará pensando. Tú vas a cenar con un desconocido, y yo ¿Qué hago?

—Samuel, estoy harta de tus argumentos de continuos celos. Siempre me atacas, siempre piensas en lo peor. Además, ¿Tú haces lo que quieres y yo no lo puedo hacer? Además, yo ya no me siento tuya.

—¿Qué quieres hacer? Te has vuelto loca. Una mujer, por la noche, debe estar con su hombre y no ir a restaurantes con desconocidos venezolanos que quieren follársela. ¿Ya no te sientes mía solo porque ha aparecido este idiota que quiere follarte y te ha prometido quién sabe qué? ¿Te has convertido en una puta?

Me colgó el teléfono en la cara. Por un momento no sabía qué hacer, estaba temblando de los

nervios. La duda roía mi alma. Decidí vestirme rápidamente y acechar alrededor de su casa para ver qué sucedía. Quería llegar hasta el final. Cogí un taxi por un tiempo indefinido para poder seguirla. Llegué a su casa y esperé. Esa broma estaba empezando a costarme cara, muy cara. Después de 30 minutos de haber llegado la vi salir del portal de casa vestida completamente de negro. Pero ¿Dónde iba? Yo estaba agachado dentro del taxi. Elegante como nunca la había visto. Con el vestido de látex negro que había comprado en Roccavillage, con unos zapatos negros de tacón alto, maquillada y con el pelo recogido cubierto por una gran capa negra que le llegaba hasta los tobillos. Como la que llevan los vampiros en el cine. Cogió un taxi y se fue, y yo con el mío, detrás de ella. Su taxi se paró en el Casino del Puerto Olímpico. Se bajó y entró rápidamente en el interior. Y yo detrás. Se sentó delante de un hombre muy elegante algo gordo con la cara de idiota rico. Un tío así no podía ofrecer nada bueno. Unos sesenta y cinco años bien llevados. Por la forma de actuar y por la elegancia tenía que ser un político del partido comunista. Son todos iguales los del partido comunista. Sentí que mi sangre hervía de rabia, pero, al mismo tiempo, de tristeza. Pero ¿Por qué lo hacía? ¿Necesitaba el dinero? ¿Qué le podía proponer un venezolano? ¿Por qué destruía con tanta maldad lo que había entre nosotros? ¿Qué se escondía detrás de todo esto? No era la primera vez que Martina tenía una actitud similar. ¿Y entonces por qué me había mentido?

Martina había cambiado, se había convertido en otra mujer, o simplemente en una mujer y yo no quería verlo ni aceptarlo. Tal vez me resultaba cómodo esconderme detrás de la excusa de que fuera aún una niña, pero no era así. Tuve que aceptar la evidencia de que, aunque Martina era muy joven, había aprendido rápidamente los mecanismos de la vida. Conseguí esconderme en la cocina donde podía observar a través de un vidrio toda la escena y no ser visto. Había sobornado a un paquistaní que trabajaba de cocinero y que lo único que quería era dinero, como todos los paquistaníes. Cuando terminaron de comer salieron juntos. Él le había apoyado su gorda mano de dedos cortos en la espalda. Cogieron un taxi y se fueron rápidamente. Yo con el mío siempre detrás. Se detuvieron frente a un hotel de cinco estrellas de la Avenida diagonal.

Sobornar al hombre del hotel me costó mucho más que al cocinero paquistaní. Tuve que inventarme una historia increíble, que se convirtió en creíble cuando le dejé 500 € en el bolsillo. Conseguí una habitación cerca de la de ellos, solo una puerta nos separaba. Podía escucharlos solo poniendo una oreja en la pared. Las paredes divisorias eran finas como hojas de papel. Cuando me di cuenta por lo que le habían pagado tanto y qué tipo de trabajo debía hacer, decidí no esperar más y entré como un ciclón. Mi corazón latía con fuerza cuando presencié la escena. Verla fue más duro de lo que podía imaginar. Estaba vestida de la cabeza a los pies con un mono ajustado de látex rojo, que dejaba al descubierto su pecho desnudo por delante y, por detrás, le salía el culo por un gran agujero. No era el vestido que había comprado en el Roccavillage, era otro, mucho más atrevido, que no me había enseñado. Tenía también una máscara roja que le cubría el rostro y un látigo en la mano. Él, ese idiota venezolano, estaba atado de pies y manos, desnudo en una silla sin respaldo, parecía más un taburete. Disfrazado de mujer con una peluca rubia con dos trenzas largas, tenía la espalda totalmente roja de los latigazos. Su atributo estaba amarrado con una cuerda, con un peso atado al final, que suspendía por un agujero hecho en el taburete y se movía como un péndulo. Tenía que ser muy doloroso cada vez que realizaba cualquier movimiento. No entendía nada.

Más tarde, hablando con el portero del hotel, supe que ese masoquista depravado que ni siquiera tenía sexo, era un famoso político del partido socialista venezolano, amigo íntimo del presidente. Le gustaba experimentar el sentimiento de inferioridad con jóvenes chicas como Martina. Dispuesto a pagar grandes cifras de dinero para esto. Le gustaba que lo insultaran, lo

golpearan. Le gustaba ser maltratado, insultado, pegado como un esclavo. Le daba placer probar dolor. Martina había entrado en contacto con este mundo a través de Internet. Había colocado sus fotos eróticas en un sitio especializado y se ofrecía como una experta dominadora que utilizaba instrumentos muy dolorosos para dar placer a hombres conocidos de la televisión y el cine. Políticos, empresarios, pero, sobre todo, jugadores de fútbol hacían cola para estar con ella. Cuando me vio se quedó petrificada. La cogí de un brazo y la saqué al instante, dejando al venezolano atado en la silla mirándome aterrado.

—Y tú, pervertido, si dices una sola palabra vengo a por ti y te corto las pelotas —dije con rabia.

A Martina no le dio tiempo ni de vestirse. Cogí todas sus cosas y, sin decir nada, las metí en una bolsa. Luego, la cogí de la mano y la saqué de allí con fuerza, dándole un tirón que le podía incluso romper el brazo. Me fui golpeando la puerta.

Salí del hotel llevándomela conmigo super enfadado.

—¿Me dices por qué coño estás haciendo esto? ¿Eres una puta o te has vuelto loca?

—Tú eres el que me ha enseñado todo esto. ¡Si me he vuelto así es culpa tuya! ¡Tuya! ¡Tuya!

—¿Culpa mía? Pero ¡Yo nunca he hecho estas cosas! Nunca te dije que hicieras estas cosas, lo haces por dinero ¿Verdad?

—¡Por supuesto que lo hago por dinero! Yo no soy una puta. No me acuesto con nadie, solo contigo.

—Pero entonces ¿Qué necesidad tienes de hacer esto? ¿Y el trabajo en el bar no es suficiente? ¿Por qué haces esto? Quiero la verdad Martina o soy yo el que desaparece y no me ves nunca más.

—Samuel, el dinero que gano en el bar no es suficiente.

—¿Suficiente? ¿1200€? ¿No son suficientes para vivir? ¿Cuánto quieres?

—Esa no es la cuestión.

—Ah no, y ¿Cuál es la cuestión? ¡Dímelo tú entonces!

—Samuel, la cuestión es que he tomado una decisión importante en mi vida. Te lo iba a decir más adelante.

—¿Y cuál sería esta decisión tan importante?

—Samuel hace meses que te digo que nos vayamos a vivir juntos y tú siempre me dices que no es el momento. Yo he hecho de todo por ti, he renunciado a todo, a París, a mis estudios, a tener una relación normal con mis padres que no aprueban que tú y yo estemos juntos. Pero tú siempre me dices que no.

—¿Qué no? ¿Pero qué cojones tiene esto que ver ahora?

—Haciendo este trabajo puedo ganar mucho dinero, casi 5000€ al mes. Estoy ahorrando porque si tú antes de terminar el año no te decides a tener una historia seria conmigo y a vivir juntos, yo lo dejo todo. Te dejo a ti, dejo Barcelona y me voy.

—Te vas... y ¿Adónde irías?

—Me voy a Bangkok

—¿A Bangkok? ¿Para qué?

—Una amiga mía, mi mejor amiga, trabaja en el Hotel Hyatt de directora. Me ha dicho que si voy me contrata para trabajar en la recepción. Se gana muy bien y es una experiencia de vida a la que no quiero renunciar.

—¿Y lo nuestro? ¿Mandas todo a la mierda? ¿Se acaba todo?

—Samuel, depende de ti, no de mí. Estoy dispuesta a seguirte donde quieras, pero no así. Esta

historia no tiene sentido para mí.

—Mira, vamos a hacerlo así, deja inmediatamente de hacer este trabajo de mierda y te prometo que pensaré seriamente en ir a vivir contigo.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes de verdad? ¿Esta es la buena?

—Palabra de honor, ¡Te lo prometo Martina! Además, yo también estoy apegado a ti.

—Bueno, entonces esperaré otra vez. Vamos a ver qué pasa. Pero te advierto Samuel que es la última vez.

—¿Te irías a Bangkok sin mí?

—Me daría pena, me destrozaría el alma, pero créeme, tendría que hacerlo.

«Yo en el amor... deseo tener paciencia, pero no tolerar a quien me roba la serenidad y a quien insiste en quitarme la energía. Deseo tener siempre la posibilidad de perdonar, pero no olvidar lo que se me ha dicho o hecho. Deseo amar mucho e intensamente, pero no ser esclavo de un sentimiento que me lleva al fondo de un abismo. Deseo cumplir al menos un sueño encerrado en mi corazón desde hace mucho tiempo, pero que no se convierta en una obsesión. Deseo eliminar poco a poco los parásitos que rodean mi día a día, pero no dejar nunca de confiar en una mujer. Deseo poder experimentar todo lo que el amor me proponga, pero no renunciar nunca a conocer la verdad de esa proposición. Deseo luchar contra la costumbre y el aburrimiento intentando alimentar mi fantasía, pero no despreciar lo que me ha dado un valor en la vida.

Deseo mirar siempre, cada día, a mi mujer, con los ojos de un niño recién nacido, pero no olvidar lo que he vivido con ella. Y con el paso del tiempo, envejecer juntos, y poder seguir soñando y deseando proyectos comunes aún sin cumplir. Y permanecer aún más unidos cuando algún deseo se quede ahí, fluctuando como una pompa de jabón, porque las circunstancias no han sido las favorables. Y reír como dos almas en una, mirando hacia atrás el camino de vida recorrido, los obstáculos superados, los momentos difíciles y los inolvidables»

## Bangkok

Se tranquilizó y nos fuimos hacia casa, pensaba que ya había pasado todo. Estaba considerando irme a vivir con Martina, de hecho, ya había decidido que lo haría. No quería perderla. Pero dos días más tarde recibí un mensaje de texto que me dejó muerto.

—Hola Samuel, ¿Cómo estás? Necesito hablar contigo, es importante.

—Estoy en casa escribiendo mi novela, ¿Qué quieres decirme?

—Es mejor que nos veamos, tengo que decírtelo cara a cara. ¿Puedo ir a tu casa?

—Si quieres ven, te espero.

Cerré el libro y empecé a pensar en qué podía ser eso tan urgente que tenía que decirme. Pasados unos 20 minutos sonó el timbre, le abrí la puerta y ella subió.

—Pasa, pasa —le dije curioso por saber qué tenía que decirme. ¿Entonces? ¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirme?

—¿Me ofreces una copa de vino antes?

—¿A esta hora?

—Me da fuerzas para decirte lo que tengo que decirte, es importante. Le eché una copa de vino, estaba ya nervioso por saber qué quería decirme.

—Samuel, he tomado una decisión seria.

—¿Qué decisión? —le pregunté asombrado.

—Me voy. Me voy a vivir a Bangkok. He comprado el billete y dentro de 10 días me voy. Antes de que me digas algo, quiero decirte que me ha costado muchísimo hacer lo que he hecho, pero seguir por este camino no me ha llevado a ninguna parte. Contigo no hemos dado ni siquiera un paso hacia adelante, ha sido imposible crear algo, crear un futuro. Te echaré mucho de menos Samuel.

Me quedé de piedra, no podía ni imaginar que Martina tuviera el valor de hacer algo así. Me cogió desprevenido, el corazón se me hizo pequeño y mi alma empezó a llorar de dolor.

—¿Y yo? ¿No piensas en mí? Tú te vas a Bangkok. Lo que significa que nuestra relación ha acabado. ¿Todo acabado? ¿Esto es lo que quieres? ¿No me dijiste que me dabas esta última oportunidad? ¿Y ahora?

—Lo que quiero decir es que yo lo he dado todo en esta relación, la culpa es tuya que no has sabido valorarlo. No has estado a la altura de este amor verdadero y sincero. Te lo has tomado como un juego, pero era una cosa seria. No ha sido un juego, al menos para mí. Créeme Samuel, no puedo imaginar una vida sin ti, pero tampoco me imagino esperando algo que no llega y nunca llegará. Nunca llegará nada porque contigo no hay horizontes. Si tú no me amas déjame ser libre para vivir mi vida, y si me amas tienes que demostrarlo, tienes que entrar en el juego y arriesgarlo todo como lo he arriesgado yo por ti, sin buscar las certezas del futuro.

—¿Y entonces yo? ¿No he hecho nada? ¿Es que yo no he arriesgado mi tiempo contigo?

—Samuel, yo por ti no he invertido solo mi tiempo, sino mucho más que eso. Te dije que estaba dispuesta a renunciar a todo, a los estudios, a la familia, a los hijos, a casarme, lo único que quería era vivir contigo como una pareja normal. Yo no soy un juguete sexual con el que pasar momentos agradables. Yo valgo mucho y tú no me has valorado hasta ese punto. No quiero sufrir ni un día más por ti y me voy, es mi decisión. Si me amas, demuéstalo y sígueme, sabes dónde encontrarme.

—¿Quieres echar a perder esta historia? Pero ¿Cómo voy a seguirte?

No me respondió, no escuché salir ninguna palabra más de su boca, se levantó y en silencio se acercó hacia la puerta.

—¡Martina no puedes dejarme así! ¡No puedes irte! —le dije gritando.

Estaba desesperado, me caían lágrimas de los ojos. No quería que todo terminara. No quería perderla. Pero me di cuenta de que era demasiado tarde. Se paró en el umbral, se giró hacia mí y me dijo:

—Samuel, de verdad, déjalo, me voy. Ya he tomado mi decisión, tú hablas mucho pero no haces nada. Estoy cansada, estoy cansada de esta historia y de tus palabras.

—¿Qué quieres que haga? ¿Dime qué quieres que haga!

—Haz lo que quieras, yo he tomado mi decisión y no voy a dar marcha atrás. Esta vez me voy y si me amas me seguirás.

—Martina por favor, pero ¿Cómo lo hago? ¡No seas absurda! ¿Lo dejo todo para ir contigo? ¿Cómo lo hago? ¿Cómo vivo? ¿Me mantienes tú? Intenta ser razonable por favor, te lo pido por favor.

—¿Razonable? ¿Me dices que sea razonable? He hecho de todo y no merece la pena, somos incompatibles.

—¿Incompatibles? Pero no digas tonterías, ¿Hace casi dos años que estamos juntos y me dices que somos incompatibles?

Abrió y cerró la puerta con fuerza tras ella. Intenté ir tras ella, pero era demasiado tarde. Oí cómo bajaba las escaleras rápidamente y el eco de un llanto penetrante. Un llanto desesperado. Cerré la puerta, y me inundó una tristeza indescriptible. Con las lágrimas que me bajaban una tras otra en un llanto ininterrumpido, cogí la botella de vino y empecé a beber. Seguí con otra, y luego otra, quería perder el conocimiento del mundo, de ese mundo que me hacía sufrir. Los pensamientos se movían con rapidez en mi interior. Mi mente estaba llena de recuerdos y experiencias vividas juntas. Me acerqué al escritorio junto a la ventana que daba hacia la calle, desde donde, asomándome un poco, podía ver los coches pasar, la gente caminando deprisa y las últimas luces aún encendidas de las tiendas que estaban a punto de cerrar. Necesitaba desahogarme, abrir mi corazón, dejarme llevar para poder descansar en paz. Todo estaba confuso dentro de mí. Mis pensamientos se mecían entre la realidad y la ilusión, entre el sueño y la esperanza, entre la verdad y la mentira, se escapaba y se deslizaba, negándose, a veces, a dejarse atrapar. El vino, de alta graduación, me dio el impulso para liberarme y abrirme. Me quité la camisa y, con el torso desnudo, me tumbé de nuevo en el sofá. Abrí un poco la ventana y dejé que todo lo que tenía dentro de mí saliera de la manera que prefiriera. Incluso de manera desordenada. El tiempo era importante para mí, para que comprendiera que incluso mis convicciones más sólidas podrían estar equivocadas. Que mis afirmaciones podían haber sido caprichos del momento. Me hundí en mis reflexiones y seguía con los ojos esas sombras que parecían perseguirse. El viento frío que entraba por la ventana me daba un momento de alivio. Apreté la

botella contra el pecho como si estuviera abrazando a una mujer. La mujer que más deseaba. Pero la mujer que yo quería no estaba allí conmigo, se había ido para siempre.

«Hay sólo una cosa que temo en la vida, y es el dolor del alma. No me refiero al sufrimiento en sí mismo, sino más bien, a no ser digno de ese sufrimiento. No estar a la altura de ese dolor. La vida no es nada, tal vez solo sea una farsa para los que no saben sufrir, y saber sufrir no significa buscar el dolor, sino aceptarlo cuando este se presenta. Puede parecer absurdo, pero a veces es precisamente cuando sentimos un dolor profundo, es cuando nos damos cuenta de que estamos vivos y que somos partícipes de algo importante. Ante tales circunstancias, un hombre puede entregar su valor, su dignidad, su esencia, olvidándose todo aquello que es y traicionar su alma dejándose superar y destruir por los hechos, o puede decidir luchar para resurgir y volver a nacer como un individuo diferente, dueño de otra fuerza.

Para conocer lo que tenemos dentro de nosotros mismos tenemos que sufrir. Sin dolor, la vida sería un paseo sin reflexión. Sin dolor, no puede haber ninguna felicidad. Así como sin tristeza, no puede haber alegría. Así como sin pobreza no puede haber riqueza. Sin dolor no podemos apreciar lo que tenemos, vemos y vivimos, pero sobre todo lo que hemos perdido».

## SE ACABÓ

Esta era la definitiva, Martina no iba a dar marcha atrás, me iba a dejar para siempre. Ella sabía que yo la quería mucho, pero, como todas las mujeres, necesitaba oírlo y, sobre todo, que se lo demostrara. Había llegado el momento de elegir. Me mojé la cara con el agua caliente y fría y me tiré en la cama, la noche me ayudaría a decidirme.

A la mañana siguiente me levanté temprano, mientras preparaba mi habitual taza de café pensaba en Martina y a todos los momentos maravillosos compartidos con ella. En nuestros llantos, en nuestras risas, en cuando hacíamos el amor, en los lugares donde habíamos estado, en las cosas que habíamos compartido y en las situaciones eróticas que habíamos vivido. Como en una película antigua vista varias veces, las escenas pasaban por mi mente con nitidez, como si las estuviera viviendo otra vez.

Los días pasaban lentamente y sin entusiasmo. Pensaba solo en Martina y cada vez que volvía a casa, me escondía para llorar y no ser visto por nadie. Todo se mostraba ante mí de una forma diferente. Las cosas habituales, los lugares habituales, la gente de siempre. Esas formas de vida que antes tenían un sentido normal, banal y común, ahora atraían mi atención como algo extraordinario. Volver a casa por la noche y, antes de dormir, sentir su presencia ahí, a mi lado, y abrazar la almohada, y cerrar los ojos y empezar a soñar y a pensar que ella no se había ido, intentando sentir, a través de esa almohada, el perfume de su piel. En ese silencio doloroso la veía y escuchaba su voz, sentía el olor de su pelo, de su cuerpo e intentaba entender la magia que vivía a través de su sonrisa. Como esa noche que, después de hacer el amor, nos dormimos exhaustos en el sofá abrazados uno al otro. Hubiera querido parar el tiempo.

Ahora, cuando me despierto por la mañana y no la veo a mi lado, me resulta difícil afrontar el día. La vida ante mí tiene un sabor diferente, ya no veo el mundo por lo que es, sino que lo veo por lo que soy y por lo que siento en ese momento. Tengo ganas de verla, de hablar, de estar con ella, y explicarle que no vale la pena perderlo todo por un pequeño malentendido.

Un día... llegué a casa más tarde de lo habitual. Cuando cerré la puerta de casa, me di cuenta de que estaba solo, y cómo mi vida valía poco si a mi lado no estaba la persona que yo amaba. Entendí una vez más, que la vida era pobre si no podía dar y recibir amor de la persona que yo quería. Decidí romper esa situación que se había creado y que cada vez se hacía más insoportable. Ya lo había decidido. Me senté ante el ordenador con el café en la mano. Me metí en Internet y reservé un vuelo para Bangkok. Estaba dispuesto a todo por no perderla y, si no era demasiado tarde, por reconquistarla. Y en el momento en el que compré el billete mi alma volvió a sonreír, y una insólita alegría se apoderó de mí ser, y pensé intensamente a Martina. Mientras el avión despegaba hacia Bangkok, yo sumergido en mis dolorosos pensamientos decidí escribirle una carta. Algo que me salía del profundo del corazón.

Porque del sueño que soñamos, yo no me olvido.

Aunque ahora estemos lejos, me gustaría poder decirte lo que pienso y lo que vive aún dentro de mi corazón; me gustaría hablarte de amor, un amor que habías encontrado pero, quizás, ese amor era tan grande que no fui capaz ni de entenderlo, ni de defenderlo.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, tumbada en el sofá y a la luz de una vela, delante de una botella de vino que compartíamos con amor y alegría escuchando una música suave, poder hablar, como hacíamos antes, de nosotros. Romper el silencio de nuestras miradas con esos largos diálogos, que muchas tardes nos acompañaban hasta altas horas de la noche, para terminar juntos haciendo el amor.

Esos momentos maravillosos estaban llenos de deseo y de pasión por soñar el mismo tipo de vida que nos habría gustado compartir. Esos momentos estaban llenos del amor que cada uno sentía por el otro. Un amor que yo esperaba que no terminara nunca.

Sabes... cuando te vi la primera vez pensé que había algo en ti que yo necesitaba, luego, con el pasar del tiempo, entendí que eras solo tú la que yo necesitaba.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para poder decirte que no valía la pena discutir por las pequeñas riñas sin importancia. No era necesario enfadarse por cosas inútiles y banales que no servían para otra cosa que para separarnos, y alejarnos de nuestro sueño, desgastando poco a poco el amor que habíamos construido. Amarse como lo hacíamos nosotros era el regalo más hermoso que la vida podía darnos. Pero quizás era tan grande y tan hermoso que nosotros, pequeños como éramos, no lo supimos apreciar.

Sabes... no es fácil para nadie encontrar a su alma gemela y, cuando esto sucede, nunca se hace lo suficiente para defender y respetar y proteger ese amor. Ese maravilloso regalo que el destino nos había dado.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para decirte que fue bonito, fue realmente bonito vivir ciertos momentos contigo. Me llenabas el corazón de alegría cuando te veía reír, y me volvía loco de deseo cuando hacíamos el amor.

Y, aunque fuera de nuestro castillo, las tentaciones eran muchas para ambos, y habrían podido provocar dolor, tristeza, sufrimiento, y hacer pedazos del amor que juntos habíamos construido, para mí no había nada, ni nadie, que pudiera ocupar tu lugar.

Sabes... lo que nació por diversión o por un banal encuentro destinado a acabar en el transcurso de una noche, se había transformado para mí en el amor más importante de mi vida.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para decirte que jamás quise dejar de besarte, de acariciarte, de abrazarte en aquellos momentos maravillosos cuando hacíamos el amor. Cuando tú eras mía y solo mía... porque así te sentía, porque en eso he creído y he invertido más de lo que tenía. Me gustaría dormir aún a tu lado, poner mi pierna sobre tu cuerpo para protegerte y defenderte de la oscuridad, y abrazarte lo más fuerte posible para que nadie pueda alejarte de mí. Sentir aún el calor y el olor de tu piel, y el sudor de nuestros cuerpos que, muy cerca el uno del otro, rodeados de la oscuridad y del silencio de la noche, dejaban que sus almas se amaran intensamente para después despertarse por la mañana aún más unidos, aún más cerca, aún más enamorados.

Sabes... hay almas que no dejan nunca de amarse, su amor es eterno. Y esto se produce porque lo que las atas es más fuerte de lo que las separa.

Me gustaría decirte que no es suficiente tener sueños para que éstos se vuelvan realidad. No es suficiente tener los mismos proyectos de vida para sentirse unidos. No es suficiente tener empatía el uno con el otro para entender el propio corazón. Porque no son los sueños y no son los proyectos comunes los que fortifican un amor, sino que es la capacidad y la voluntad que vive dentro de cada uno de nosotros, de realizarlos.

Me gustaría que tu estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para decirte que si decides amar no puedes traicionar, no puedes mentir, no puedes hacer nada que provoque dolor... ni siquiera por rabia, ni por venganza, ni por orgullo, no puedes hacerlo por nada del mundo.

Sabes... cuando una persona te desilusiona es duro, pero cuando no comprende ni siquiera el daño que te ha hecho, el dolor que te ha ocasionado, y no se hace responsable de sus propias acciones, y no te pide perdón arrepintiéndose, es mucho peor.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para hacerte a entender que la complicidad es el ingrediente más importante del alma, sin la cual el amor perdería la fuerza. Me gustaría hacerte entender que los buenos momentos pasados unen, pero que los malos superados unen aún más porque empujan hacia adelante a la relación, la protegen de los ataques futuros, la hacen más fuerte para superar los obstáculos que deberá encontrar. Y es precisamente superar esos obstáculos lo que une a dos personas en un pacto de alianza indestructible.

Sabes... si amas a alguien por su belleza, no es amor, es deseo. Si amas a alguien por su inteligencia, no es amor, es admiración. Si amas a alguien por su riqueza, no es amor, es conveniencia. Pero, si amas a alguien y no sabes por qué; e intentas separarte pero no puedes, e intentas olvidar pero no puedes, e intentas no pensar pero no puedes, e intentas sustituirlo pero no puedes, y cuando antes de dormir es lo único que te viene a la mente, esto es amor. Un amor único, grande, eterno.

Me gustaría decirte que, incluso si éramos dos personas diferente, con experiencias y formas de ver la vida diferente. El modo que tu tenia de relacionarte con los demás a mí me provocaba sufrimiento.

Sabes... el amor no es lo que se dice sino es lo que se demuestra con la propia actitud y es solo a través del comportamiento, que uno puede entender cuánto es amado por el otro.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para decirte tantas cosas bonitas, para mirarte a tus ojos oscuros que me rompían el corazón cuando se llenaban de lágrimas, acariciarte y besarte, y poder decir todavía que eres mía y solo mía y que vives aún dentro de mi corazón.

Sabes... el amor, el de verdad, no hay que suplicarlo y tampoco exigirlo, tiene que tener la fuerza en sí mismo. Entonces arrastrará y crecerá, y creará una energía llena de alegría y felicidad.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para decirte en definitiva cómo veo yo el amor y hacerte entender, despejando cualquier duda, que te he amado y he luchado por tenerte cerca de mí.

Lo he intentado... lo he intentado de verdad.

Sabes... en el amor la renuncia no es una derrota, es más, a veces es necesaria, porque no se puede encontrar el camino correcto para amar si no se tiene la fuerza de abandonar el equivocado, al cual por debilidad o por el poco respeto que tenemos por nosotros mismos, no queremos renunciar.

Me gustaría que tú estuvieras aquí, aquí cerca de mí, para decirte tantas cosas. Pero tú no estás, estás demasiado lejos, y yo estoy aquí solo, tumbado en ese sofá que compartíamos con amor y alegría pensando a los sueños que queríamos realizar juntos.

Las luces se apagaron. El avión estaba alto en el cielo. Había llegado también para mí el momento de reposar.